# BEBA



MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950



---

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 62

CARLOS REYLES

BEBA

Preparación del texto a cargo de

JOSÉ PEDRO BARRÁN Y BENJAMÍN NAHUM

CARLOS REYLES

# BEBA



*Prólogo de*
*WALTER RELA*



MONTEVIDEO
1965



# PROLOGO

## El paso de la estancia cimarrona a la organización cabañera

La publicación de *Beba* (1894) marcó el ingreso de Reyles, dentro de la hasta entonces limitada narrativa uruguaya de ambiente rural,[1] con un trabajo de fundamentación sociocrítica.[2]

Es además el primero que por la entidad de su materia permite estructurar una opinión crítica eficaz. *Por la vida,* escrito tempranamente y bajo efecto sicológico de problemas demasiado inmediatos y personales, carece de significación artística y fue oportunamente juzgada por el autor.[3]

En 1892 apareció en Madrid su importante ensayo sobre *El gaucho*, cuyos párrafos finales sintetizan un juicio que de inmediato desarrolla ampliamente en *Beba:*[4] enfrentamiento entre formas tipo de nuestras estancias cimarronas tal como estaban estructuradas a mediados del siglo XIX, y el impulso innovador que tiende a la organización rural bajo el dominio de la ciencia pecuaria contemporánea.

1 Ese año, Eduardo Acevedo Díaz lograba con *Soledad* no sólo la segunda de sus grandes novelas (*Ismael* es de 1888) sino privilegiado sitio en la literatura nacional del siglo XIX.

2 Advertimos sobre los límites de esta opinión desde que como todas las otras novelas de Reyles, la crítica obedece a un fuerte tono subjetivo.

3 Reyles la excluyó sistemáticamente de su bibliografía, e incluso la tradición sostiene que hizo desaparecer el ejemplar que por ley figuraba en la Biblioteca Nacional. Fue una edición de 500 ej. Mont., Imp. de El Ferrocarril, 1888.

4 Publicado en "La Correspondencia de España", su texto se reprodujo con autorización del autor en: *Nuestro País*, cuadros descriptivos del Uruguay, compilación de Orestes Araújo. Mont., Dornaleche y Reyes, Imp., 1895, p. 225-243.

Dos factores perfectamente diferenciados pero concurrentes, influyeron en el plan de la obra: 1) circunstanciales, 2) ideológicos.[5]

Entre los primeros hay que considerar por su orden: a) los objetivos, y b) los subjetivos. Examinaremos cada uno.

a) En contraste con la euforia ganadera de los años 1830 a 1843,[6] al fin de la Guerra Grande (1843-1852) la situación de la campaña uruguaya era francamente comprometida: disminución sensible de las haciendas y desvalorización de tierras.[7] Fue un momento de doble crisis: económica y moral. La continua presión de las convulsiones políticas asfixió el curso normal de los negocios rurales. Pero en la encrucijada de la crisis aparecieron hombres de empresa que, plantándose ante la realidad concreta, trataron de imprimir un régimen de trabajo que consiguió modificar la fisonomía del país.

Si la lucha inicial fue tremenda los resultados se palparon en el correr de diez años.[8] Basta revisar las

5 Se tratarán en el cap siguiente

6 "El período histórico de la República es interesante desde 1830 hasta 1843, porque en ese período los ganados tomaron un inmenso desarrollo, los saladeros se multiplicaron y coincidiendo en ese estado la famosa guerra de los Río Grandenses, toda la riqueza pecuaria de aquella provincia buscó en el Uruguay la seguridad y las conversaciones industriales de su consecuencia" En: Ordoñana, Domingo, *Conferencias sociales y económicas de la Rep. O. del Uruguay con relación a su historia política* Mont., Imp. La Colonia Española, 1883.

7 Refiriéndose a D Carlos Genaro Reyles, Menafra dice. "En estas andanzas, conoció unos campos que poseía el Comendador en el Departamento de Tacuarembó Cuando le habló de ellos a Don Domingo (Correa), éste le contestó que si los quería se los regalaba, pues no tenían mayor valor". En Menafra, Luis A.: *Carlos Reyles* Mont., Univ. de la Rep., y Ed Síntesis, 1957, p. 21

8 El señor Juan Mac Coll en una carta propaganda del año 1861 dice textualmente: "Compré en 1855 el campo en que trabajo a razón de $ 2.000 la suerte de estancia de 2 700 cua-

estadísticas de la época para comprobarlo. Así tenemos que en 1860, cuando en toda la República se censaron 221.243 habitantes, se registraban 2.594.833 ovinos y 5.218.760 vacunos. Bajo la presidencia de Bernardo Berro (1860-1864) las cifras acusaron valores más estimables todavía, como consecuencia de que los cambios radicales operados en la manufactura textil europea exigieron inusitada demanda de materia prima. Nuestro país ingresó entonces en el grupo de los exportadores (junto con Argentina y Australia) incrementando la cría de ovinos que, encarada en forma racional por los estancieros de origen inglés (y algún francés como Benjamín Poucel), fue considerada como una excelente inversión de capitales. A modo de resumen tenemos que si en 1862 Adolfo Vaillant en sus *Apuntes* .. consignaba 3.618.000 lanares, en 1866, de 14 a 15.000.000, en 1872 estimaba su cuota en 20.000.000.[9] El empuje era tan firme que ni la revolución de Venancio Flores (abril de 1863) o su dictadura (1865-1868), consiguieron pararlo. Otro hecho fundamental completa el cuadro de prosperidad en la producción pecuaria: la "era del frío" que iniciada en 1868 modifica fundamentalmente la industrialización de la carne. La actividad frigorífica, al necesitar mejor calidad y peso en los animales destinados a la faena, dinamizó el trabajo de la cabaña.

Frente a este hecho irreversible los ganaderos progresistas incrementaron la experiencia de importar re-

---

dras Hoy valen $ 8.000 la suerte". "Mi suegro Mac Eachen empleó $ 22.000 en campos y ovejas en 1853 y 1854, y cinco años después, en 1859, su capital le dejaba un beneficio líquido de $ 123.000, gracias, también es verdad, a la suba de precios"

9 Vaillant, Adolfo: *Apuntes estadísticos y mercantiles sobre la R.O.U.. , correspondientes al año 1862*... Mont., Imp. Tip. calle de las Cámaras 41, 1863.

productores finos para refinamiento de las haciendas criollas. La transformación de la estructura socio-económica del campo uruguayo entró en el orden moderno, y dejaba atrás la vieja estancia como un símbolo del estancamiento nacional.

b) Carlos Genaro Reyles fue uno de los tantos hombres decididos a imponer en sus establecimientos las nuevas fórmulas. Su espíritu de pionero en la edad madura continuaba perfectamente el temple recio y dominador que primó en su juventud. Se inició por cuenta propia en 1853 comprando un predio en Tacuarembó a ocho pesos la cuadra, y en 1877 denuncia como bienes "adquiridos a fuerza de una labor perseverante"[10] cuatro estancias modelos para su época (Bella Vista, Palmira, El Paraíso y La Carolina), pobladas de vacunos nacidos de los primeros Durham que trajo a costa de invertir "cerros de esterlinas".[11]

---

10 En polémica sostenida con el diario "A Patria" y refutando erróneas apreciaciones, D. Carlos Reyles contestó en "La Nación" del 17 de abril de 1879 lo que sigue: "A pesar de ser de pública notoriedad y por consecuencia casi inútil esta declaración, manifestaré al señor redactor de "A Patria" que los bienes que poseo adquiridos a fuerza de una labor perseverante, no emanan de herencia como lo afirman. Al finado Comendador Correa me ligó durante muchísimos años una amistad intrínseca cimentada en recíproca estimación a cuya sombra manejamos algunos negocios lucrativos para ambos indistintamente, para los cuales yo personalmente contribuí con capital propio, adquirido en larga época de anhelosa laboriosidad".

11 D. Carlos G Reyles ocupó cargos públicos (diputado, senador, jefe político de Tacuarembó, etc ), desde los que puso siempre empeño en mejorar las condiciones generales de la campaña, tal como se desprende de los proyectos presentados al Parlamento. En su testamento considerado como "un documento humano" legó pensiones vitalicias, asignaciones para pago de maestros rurales de las escuelas que él fundara, etc. (p 109-116). Véase: Seijo, Carlos, *Carolinos ilustres* Mont, Imp El Siglo Iustrado, s f y *Archivo Carlos Reyles,* Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional de Montevideo: Documentos relativos a la actuación legislativa de Carlos Reyles (padre).

En 1894 su hijo Carlos trazó una semblanza que podemos correlacionar sin dificultades con los materiales preparatorios de *Beba.* Probando nuestra afirmación transcribimos fragmentos que muestran su vinculación con la novela:

"No bien puso manos a la obra de mejorar la hacienda vacuna por medio de los Durhams, convirtiendo al mismo tiempo el modo de criar (no me atrevo a llamarlo método ni menos sistema) casi salvaje de nuestros mayores en una tarea grave, racional e inteligente, cuando se vio en guerra abierta con las rutinas y preocupaciones de los viejos ganaderos y empezaron a detener su marcha imprevistas dificultades. Tuvo que instruir el mal preparado personal en una serie de trabajos nuevos y antipáticos a la mayoría; que vencer las repugnancias del criollo a desprenderse de sus añejas y queridas prácticas pastoriles y en fin, que trastornarlo todo, hombres y cosas para influír directamente en la reproducción del ganado y manejar una ganadería de cincuenta mil animales, con la misma y prolija administración que los ingleses emplean en las suyas de cincuenta piezas. Y aquí dieron principio sus grandes trabajos; la división y subdivisión de cincuenta y tres suertes de estancia por medio de cercas de piedra y alambre, para cultivar separadamente las diversas categorías de mestizos; la formación de aguadas artificiales, allí donde el fraccionamiento dejó a los campos sin ellas; la creación de montes para el abrigo de los productos más delicados y selectos, y otras empresas semejantes y no menos dificultosas. Ni los grandes desembolsos, ni las guerras civiles que ponían en peligro sus ganados, ni la sonrisita burlona de los otros criadores lo hicieron vacilar un solo instante; él proseguía la comenzada obra sin dudas ni sobresaltos, confiado tranquilamente en el porvenir y en sí mismo.
Diez años trabajó sin obtener ni un solo resultado positivo. Esto es muy elocuente; un hacendado vulgar, un comerciante que por medio de la ganadería se propusiese hacer dinero, habría renunciado a tan importante tarea; pero él no, él aplicando el inspirado lenguaje de Carlyle a más modestas cosas, era un héroe-creador, un vidente que venía al mundo a hacer lo suyo y lo hacía a pesar de los pesares, contra viento y marea. A nadie que haya sondea-

do su encendido amor por la obra que traía entre las manos, parecerá artificioso o estrambótico lo dicho anteriormente. Para él la reforma ganadera era algo más que un cambio de táctica encaminado a obtener estos o aquellos fines; era lo suyo, su misión, lo cual entrañaba los gérmenes de una industria nueva y poderosa, que en época no lejana, fecundaría el suelo virgen de la patria. En sus sueños de creador y propagandista entusiasta, veía à los reproductores de su establecimiento, a la sangre rica y generosa del Paraíso, inoculada a todas las ganaderías de la República valorizando a los criollos y vislumbraba para entonces como cosa caída de su propio peso, la exportación de ganados al Brasil y Europa, cuna para él de nuestra independencia verdadera, prosperidad y engrandecimiento."

"Apenas hay una estancia o cabaña que no cuente con la sangre Durhams del Paraíso. No explica este éxito la mejor calidad de los reproductores o la bondad de los pastos: el secreto está en lo que él puso, en la personalidad del criador.

Examinando detenidamente los primeros reproductores importados, allá en el año 1859, se dio exacta cuenta de sus perfecciones y ventajas para la producción de carnes y grabándose aquellos tipos en la memoria como modelos, se propuso criar animales cerca de tierra, de osamenta fina — por experiencia sabía que a mucho cuerno poca grasa — y de cuerpo cilíndrico y maciso.

Ni un solo día dejó de tener presente su propósito; antes de admitir una vaca en rodeo Tipo, la miraba y remiraba durante una hora, desechando a muchas, aunque hermosas, por no sé que imperfecciones que él, únicamente veía. Acompañó esta vigorosa selección de un cuidado escrupuloso en la crianza, empleando discreta y racionalmente, como lo hicieron los grandes criadores Bakerwell, Colling, Bott y sus discípulos, la consanguinidad, la escuela In-andin breeding de los ingleses, que con ellos, les dio excelentes resultados."

"Durante su larga y penosa enfermedad, tuvo siempre presente el fracaso, y algunas horas antes de morir, hablándome del Paraíso, su tema fijo desde que cayó en cama, me hizo prometerle que seguiría sus vastos planes, completando el valor de su vida y que cuando lo creyese oportuno,

acudiesa a una exposición argentina a discutirles el primer premio. Esta fue la última prueba que me dio del amor a su obra. Se lo prometí... y en eso estamos."[12]

Expresiones como: "se lo prometí"... "en eso estamos", que configuran una actitud personal tan sincera como recia, dan la tónica de la responsabilidad con que Carlos Reyles (h), se integró a la vida rural activa.

Desde el día que tomó posesión de sus bienes, desterró el azar en los cruzamientos, clasificó y agrupó por sangre y sexo, recogió las historias en ordenados libros genealógicos y construyó sin cesar praderas, refugios, aguadas, boxes, siguiendo las modernas técnicas que beneficiaban la reproducción y cría del ganado. Este encuentro con la realidad, que en lo interior significaba una franca admiración por la obra de su padre (años antes no bien comprendida), en lo exterior representó la lucha directa, "de frente", contra "la sonrisita burlona de otros criadores". Porque aun cuando los nuevos métodos empezaban a hacer historia y los resultados prácticos se traducían en los más altos precios pagados en Tablada o en la demanda cada vez mayor de reproductores, los ganaderos conservadores, que infelizmente formaban mayoría en el país, los seguían negando sin discutir,[13] tal como sus pa-

12 Biografía de D. Carlos Reyles por Carlos Reyles (h.), publicada en la "Revista de la Asociación Rural del Uruguay", 31 de enero de 1894. Conceptos parecidos tiene la carta enviada al Sr. Ernesto Villega Suárez, ("El Siglo", 7 de junio de 1921).

13 "Las discusiones con estancieros rutinarios en nuestra campaña y en la Argentina sobre zootecnia y cuestiones agropecuarias y algunas de las respuestas que daban aquéllos: "¿Para qué preocuparse por sembrar? Viene la langosta y se lo traga todo. ¿Para qué preocuparse por mejorar el ganado? Viene la guerra civil en las cuchillas y usted pierde los animales porque los soldados de uno u otro bando se los degüellan para carnearlos. Lo mejor es dejar las cosas como están y nada más. No hacerse mala sangre y que sea lo que

dres lo habían hecho frente al avance de las vías férreas o del alambre que cercaba los campos abiertos para dar vigencia a la propiedad privada de la tierra.

Y aunque la periodicidad de las guerras civiles, con la secuela de violencias y saqueos en las zonas pecuarias, fue factor regresivo en el proceso de refinamiento de haciendas, el camino estaba abierto y era imposible volver atrás.[14]

Carlos Reyles ingresó en la primera etapa de la lucha por la organización rural trabajando sin descanso junto al grupo de cabañeros dispuestos a cerrar definitivamente el ciclo de la estancia cimarrona. Carlos Reyles (h) como novelista, fundiendo valores objetivos y subjetivos, expresó en *Beba* el aspecto dinámico de ese tiempo histórico, que entrañaba una profunda conmoción socio-económica en toda la República.

## Punto de partida de una ideología

Las ideas de Reyles representan en *Beba* el punto de partida de un sistema crítico que se irá definiendo en el tiempo, a través de dos manifestaciones complementarias: la actividad práctica (la cabaña, la polí-

---

la Providencia quiera. Eso que llaman "progreso" es para dolor de cabeza y para meterse en camisa de once varias". En: Guillot Muñoz, Gervasio, *La conversación con Carlos Reyles*, Mont., Inst. Nac. de Inv. y Arch. Literarios, 1955, p 29.

14 "En 1875, en enero, la revolución encabezada por el coronel Latorre, y algunos meses más tarde la contrarrevolución encabezada por el coronel Muniz, que se conceptúa concluida en los momentos que escribimos estas líneas Así pues, en cuarenta y cinco años, dieciocho revoluciones! Bien puede decirse, sin exageración que la guerra es el estado normal en la República." Sigue al pie de página: "Después de escrito esto hemos tenido la revolución del 10 de marzo que ha elevado al poder al actual Gobernador Provisorio. ¡Van, pues, diecinueve revoluciones!" En: Varela, José Pedro, *Obras Pedagógicas, La Legislación Escolar*, t. I, Mont., Bib. Artigas, Col. Clásicos uruguayos, 1964, p. 34-35.

tica y el gremialismo rural, entre 1898 y 1927), y la teórica (sus ensayos filosóficos: *La muerte del cisne,* 1910; *Diálogos Olímpicos,* 1918-19; *Panoramas del mundo actual,* 1932; *Incitaciones,* 1936; *Ego sum,* 1939).

Concretamente *Beba* muestra tres formulaciones que integran un mismo orden ideológico: [15]

1º) Crítica a las anticuadas estructuras rurales (y su contrapartida: defensa de la moderna técnica pecuaria cuyos resultados ocuparán lugar preponderante en la economía general del país).

2º) Vigencia del antagonismo campo-ciudad.

3º) Apoteósis de la energía, la fuerza y la riqueza material, como valores superiores en el hombre.

1º) Una parte importante de la novela refiere minuciosamente las actividades cabañeras de Gustavo Ribero, insistiendo preferentemente en el apareamiento de consanguíneos y en el documentado registro de los progresos realizados, (caps. I, II, IV, V, VI, VIII, X, XI, XIII). Esto de por sí significa enjuiciamiento al trabajo de los ganaderos rutinarios. Y para que no queden dudas de su intención desde el cap. I lo expresa en forma directa:

"Siguiendo el vasto plan de cría razonada que le bullía en el magín, se propuso, en primer término, evitar toda

15 Debemos advertir nuestra discrepancia con el juicio de Menafra: "Las ideas filosóficas de *Por la vida* y la estética realista que ellas engendran son las mismas que constituyen la estructura de *Beba* Constituye una excepción, pues sabemos que cada novela de Reyles corresponde a una evolución de sus ideas filosóficas. En *Beba,* no aparecen expresadas directamente." En: Menafra, o. c., p. 75-76.

> causa de ruina y degeneración en las nuevas producciones: los apareamientos indeliberados entre consanguíneos, las uniones entre animales jóvenes o de formas desemejantes u origen incasable; y por otra parte, favorecer aquello que fuera propicio al amplío desarrollo de las diferentes razas que se procreaban en "El Embrión": aparecieron libros y registros genealógicos, y las faenas empezaron a ser cada vez más difíciles y prolijas: tenían que hacerlo todo con pie de plomo y trabajar más con la cabeza que con el cuerpo, para llevar en la memoria tanta y tanta señal como distinguía los ganados y cuyo principal objeto era diferenciar su origen y finura. Con todo esto, tomaron las faenas camperas un carácter grave y racional, en abierta oposición con el rutinario e irreflexivo que antes las distinguía, carácter al que no lograban avenirse así como así aquellas gentes que vestían el pintoresco chiripá y calzaban bien resobada bota de cuero de potro." [16]

Además cuando tiene oportunidad de explicar ante don Pascual Benavente y el coronel Pedro Quiñones su confianza en los métodos científicos lo hace con toda pasión. [17] De ahí el tema deriva a otro premeditado propósito de Ribero (Reyles), asegurar que sólo por el camino activo y continuado de las exportaciones de nuestros productos madres conseguiremos consolidar la riqueza nacional. [18]

Años más tarde esta prédica tendrá oportunas reivindicaciones que encuentran sus vías normales de difusión pública en dos documentos que llevando la firma de Reyles definen francamente su ideología:

a) El folleto *El ideal nuevo* (1903) en el que a la par que se exime de todo compromiso político con el

16 Cap. I, p. 6-7 y véase además: cap. II, p. 20; cap. VI, p. 78-79; cap. VIII, p. 94-95.

17 Véase cap. X, p. 114-115; 116-117 y 121.

18 Véase: cap. X, p. 117-118; 122-123.

partido colorado, fustiga acremente a los hacendados retrógrados:

"...el estanciero, en cuyos brazos duerme un sueño soporífero la riqueza nacional, busca sólo el medio de trabajar, pensar y gastar lo menos posible y, naturalmente, mira con malos ojos los procedimientos científicos aplicados a la cría, las máquinas agrícolas perfeccionadas y las industrias rurales que en otras partes se explotan con grandes resultados, pero que demandan facultades y conocimientos que él no posee ni se aflige por adquirir." [19]

b) La conferencia leída con motivo del Congreso Ganadero convocado por la Liga del Trabajo de Molles (diciembre de 1908), en la que afirmó:

"Y bien señores, siendo la producción nuestra exclusivamente rural, dicho se está que el primer cuidado y el más perentorio deber de las clases dirigentes, debiera de haber sido el de robustecer por todos los medios imaginables, la energía productora de la campaña, considerándola como el fermento activo de la vida nacional."
"He aquí porqué en mi sentir, la actividad rural es una cosa cuasi sagrada; he aquí por qué se me antoja más grave e inteligente producir un carnero de cuarenta libras, que pronunciar un discurso de cuarenta horas; he aquí por qué no vacilo en llamar miopes y obtusos a los directores de la opinión que no ven en cada estancia, en cada cabaña, en cada rancho empotrado en lo alto de las cuchillas como un nido de hornero en la punta de un poste, un foco de energía vivificante y un centro de cultura, donde, mejor que en las escuelas y universidades, se vigorizan los músculos y se afina la inteligencia del país; he ahí, finalmente, por qué tengo por espíritus chatos y materialistas a los que no llegan a descubrir las fuerzas morales del es-

19 Lo escribió al regreso de su segundo viaje a Europa, al enterarse de que las actividades del "Club Vida Nueva" (fundado en 1901 por un grupo de jóvenes colorados disidentes con la política centralista de los dirigentes) se apartaba de los principios originales para entrar en el juego de la politiquería nacional. Se publicó en Mont., Imp. Dornaleche y Reyes, 1903.

fuerzo rural, cómo ignoran, por falta de espiritualidad precisamente, la suma de energía, paciencia, sacrificio, pensamiento y virtud que se condensan en las duras y áureas entrañas de la moneda. Digámoslo sin ambages: lo serio e importante entre nosotros, hoy por hoy, son los rodeos y majadas; lo trascendente, el esfuerzo y la inteligencia rural; las sístoles y diástoles del país, la producción y el cambio de los productos agrícolas. Por todo ello, organizar esa producción y robustecer las energías productoras, elevando por acción refleja, al mismo tiempo, el nivel intelectual de los hombres de campo, paréceme la tarea más noble, más patriótica y más inteligente a que puede consagrarse todo aquel que haya nacido en tierra uruguaya."

"Es necesario, porque lo piden los grandes intereses actuales y el porvenir de la campaña, aumentar la capacidad productora y hacer inteligente y armónico el esfuerzo, antes desordenado, de los trabajadores rurales; es necesario nutrirlos de conocimientos técnicos para que puedan resolver ventajosamente los problemas cada vez más complejos de la producción selecta; es necesario prepararse para afrontar las cuestiones sociales, que no tardarán en plantearse en las estancias, y constituir una fuerza que haga respetar, en cualquier momento de turbación política, los intereses rurales; es necesario, por último, que los pioners que han salvado mil veces de la ruina al país, reaccionando contra la muerte después de los colapsos de la guerra, y enriquecido a todas las clases con el fruto de su trabajo y virtudes viriles, le den forma orgánica a su ideal generoso y robusto, y lo hagan prevalecer en la campaña, en los pueblos, en las ciudades."[20]

Estas dos contundentes expresiones de la ideología de Reyles, están contenidas en todo lo que de autobio-

20 La Liga del Trabajo de Molles fue creada por inspiración de Reyles con un objetivo de mayor alcance: fundación de la Federación Rural del Uruguay. Del congreso de 1908 surgió un Consejo Provisorio que cesó en sus funciones en 1911. Recién en el XII Congreso anual de la Asoc. Rural y como reacción a la política impositiva del batllismo en el campo, se consigue aunar opiniones que darán cima al proyecto federativo en 1915, nombrándose a Reyles encargado de la redacción de los Estatutos sociales El discurso leído en Molles se editó en Mont., Imp. Dornaleche y Reyes, 1908.

gráfico tiene *Beba*. No cuesta mucho descubrir que la conducta y la problemática de Ribero —en los pasajes que aparece aferrado a la realidad de "El Embrión"— es contemporánea de la de Reyles en "El Paraíso".

La lucha por triunfar con los reproductores criados en su establecimiento, para luego seguir el ejemplo con sus descendientes, fue propósito personal del autor de *Beba*.[21] También las oposiciones y desconfianzas que a otros merece la obra de Ribero, las vivió oportunamente Reyles, porque entregado mental y físicamente a la constante renovación del trabajo cabañero, tuvo que enfrentar la saña de sus enemigos.[22]

En Ribero (como en Reyles) hay una necesidad orgánica de que la acción confirme el pensamiento, porque es un teórico-práctico que actúa con un sentido exacto del tiempo que dispone para concretar una hazaña que decretará la defunción de las formas arcaicas en materia ganadera.

2º) Aunque el antagonismo entre el campo y la ciudad es un viejo problema rioplatense, Reyles en *Beba* le da la dimensión concreta que tiene en nuestro país en las últimas décadas del siglo XIX.[23]

Por razones de técnica narrativa el autor lo muestra a través del juego antagónico de personajes-representantes de las dos entidades. Sus opiniones, gustos,

---

21 Véase cap. X, p. 122-123.

22 A dos años de publicada *Beba* ocurrió un lamentable incidente que costara la vida al Escribano Eduardo Piccardo. En julio de 1898, Reyles hizo publicar en los diarios de Montevideo, en el periódico local de Durazno y repartió profusamente entre sus vecinos, una circular que alude a calumniosas palabras vertidas sobre la seriedad de los trabajos que llevaba a cabo en "El Paraíso". Texto en Menafra, o. c., p. 115-116.

23 Pero es en *El Terruño* (1916) donde este problema adquiere su mejor expresión ideológica.

quehaceres, modalidades, se mueven en el curso de la novela con una fluidez engañosa, encubridora de una severa actitud crítica.

La criatura Beba le sirve tanto de por sí, como para fusionar los antagonismos Pascual Benavente-Ribero, Rafael Benavente-Ribero. Las emociones que siente Beba al rencontrarse con el medio rural [24] le imponen un contraste con el recuerdo de la ciudad. Para Beba la vida en la estancia es símbolo de libertad, de movimiento sin limitaciones, en tanto que Montevideo representa la opresión física y mental. Por eso su instinto la orienta rápidamente en el paisaje abierto que conoció desde su infancia, y le deja ver con ojos limpios su inadaptación a la vida ciudadana. [25]

La presencia de Pascual Benavente en "El Embrión" cumple un doble objetivo: mostrar a un agente de la burguesía financiera montevideana cuyos fines no coinciden con los de la clase ruralista, y a un oponente directo (en función de los intereses económicos de Beba, que de algún modo trata de investir) de las innovaciones que lleva a cabo Ribero. [26] Rafael Benavente como tipo social anodino representa a "la juventud elegante" [27] que Reyles conoció, perteneció y frecuentó, desde la salida del colegio Hispano-Uruguayo hasta su matrimonio con Antonia Hierro (1885-1887).[28]

24 Véase cap. II, p. 22-23; cap. III, p. 33-37.

25 Véase cap. XII, p. 136-139.

26 Véase cap. VI, p. 78-79; cap. VIII, p. 94-95; cap. X, p. 121-122; cap. XI, p. 127-128.

27 Véase cap. V, p. 63-67.

28 El Sr. Cipriano Herrera, procurador de la testamentaría de Carlos G. Reyles se presentó ante el Juez Letrado de lo Civil (en 1886) oponiéndose a la solicitud de Carlos Reyles de fecha 2 de diciembre de 1886 de "habilitación de edad para

Fuera del cuadro personal anotado, la oposición campo-ciudad tiene en *Beba* el matiz de la etapa de superación del primitivo conflicto entre "la ciudad y el territorio" que históricamente arranca con la organización de nuestros partidos tradicionales.

Un ejemplo de lo que afirmamos, está en la presencia del caudillo don Pedro Quiñones personero rural de la política militarista de Máximo Santos [29] y en la cerrada oposición de Ribero en aceptar el destino económico del país como una fatalidad ligada a la calidad (buena o mala) de los gobernantes [30] La raíz del problema está para Ribero (Reyles) en la idiosincrasia nacional, [31] en que siendo un pueblo potencialmente dueño de todos los recursos que la técnica ofrece y estando en la campaña la materia prima que, perfeccionada nos proporcionaría riqueza material y bienestar social, negamos posibilidades al progreso por seguir la corriente de las mentalidades rutinarias. [32]

administrar sus bienes" y en defensa del Sr. Seijo albacea y tutor del menor dice· "El señor José Ramón Seijo ha tenido que luchar con sus ligerezas, con sus violencias, con sus tendencias extraviadas, porque es el prototipo de esas naturalezas apasionadas, que a los dieciocho años necesitan ser a cada paso moderadas y contenidas". "Todo Montevideo sabe que se ha dado a todos los excesos de la primera juventud"

29 Como oposición al coronel Quiñones tenemos al caudillo Pantaleón de *El Terruño*.

30 Véase cap X, p. 118-120.

31 Véase cap. X, p 119-120. En el discurso que pronunció en su cabaña de Melilla (8 de setiembre de 1901) durante el acto de fundación del "Club Vida Nueva", Reyles desarrolló conceptos similares. Compárese por ej. "Aunque sea doloroso, es necesario decirlo: somos una nación de vitalidad pobre, no por razones políticas, sino porque somos un pueblo sin alma, es decir, un pueblo cuyas aspiraciones no van lejos porque anímicamente no vive o vive de prestado, sin ideas propias, sin sentimientos propios, sin cultura ni civilización original ni castiza". Se publicó bajo los auspicios del "Club Vida Nueva", cuya primera presidencia ejerció Reyles. Mont., Dornaleche y Reyes, 1901.

32 Lógicamente que por su posición social y económica Ribero no puede hacer otro tipo de planteamientos. Reyles,

3º) La apoteósis de la energía, la fuerza y la riqueza material, se presenta en *Beba* todavía, en estado de impureza y casi siempre mezclada con las reacciones temperamentales de Ribero frente a la hostilidad de los que no comprenden que el triunfo de su obra (aunque contenga fuerte dosis de ambición personal) se convertirá en beneficio para todos. Y que los que hoy se oponen por mezquindad o conformismo tendrán que aceptar a breve plazo la reforma de la estructura agraria como única posibilidad de sobrevivencia colectiva. La historia está de su lado: por un lado el destino actual de los pueblos vitalmente envejecidos, y por otro el ejemplo de la creciente influencia de aquellas naciones que desarrollan técnicamente sus riquezas naturales.

Ribero al desplegar una energía que parece no conocer obstáculos, y dominar una voluntad (digna de un discípulo de Nietzsche) tan firme como que ha sido capaz de transformar la primitiva estancia "El Tala" en el próspero "Embrión" —desde su punto de vista— está dando razón de ser al dominio absoluto de la fuerza como objetivo de toda empresa humana que aspire al triunfo sobre la materia.

Este concepto que aparece bastante maduro en el discurso de la Liga del Trabajo de Molles,[33] tomará

---

que se escuda detrás de sus palabras, cuando actuó en el plano gremial lo hizo defendiendo el patrimonio de la clase rural a la que pertenecía y más todavía, desde que por autoconfesión se declara "un individualista irreductible" (Guillot Muñoz, o. c., p. 52) defendiendo su propio patrimonio. No podía ser de otra manera. Por eso carecen de rigor las críticas que, siguiendo la línea argentina en relación a *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, señalan que Reyles vio de manera muy subjetiva la realidad nacional, desde su condición de poderoso hacendado y que no descendió nunca de ella.

33 "El hombre es un animal esencialmente utilitario. Si se observan bien sus actividades, veráse que éstas, después de pasar por mil retortas y alambiques, van a condensarse

forma filosófica en el primero de los tres ensayos que integran *La muerte del cisne*; el de "La ideología de la fuerza".[34]

## Comentario crítico

El realismo afirmó su influencia en Hispanoamérica en el momento que Francia había conseguido equilibrar el individualismo personal del romanticismo con el racionalismo científico del naturalismo, dando nacimiento a un nuevo movimiento estético: el simbolismo. Nuestros narradores siguieron cronológicamente retrasados (como con las corrientes literarias precedentes) en relación a la literatura europea.

La lectura de Zola, desde las formas más cerradas del naturalismo hasta su evolución final con dominancia de las notas moralizantes, siguió siendo muchos años después de su decadencia un modelo digno de imitación.

Si a fin de siglo se cruzan los caminos del realismo y del modernismo, el límite temporal entre am-

---

en la producción, porque la producción es fuerza, y la fuerza es lo que asegura la vida. Por eso, como antaño la capacidad militar, en el mundo moderno la capacidad productora, es la síntesis, el substratum de las excelencias nacionales y lo que constituye, en resumen, la superioridad de los organismos políticos."

"Como la selección natural, la selección del oro es implacable para los que no saben o no pueden luchar y vencer. Los débiles, los enfermos, los viciosos, los ineptos, los inactuales desaparecen, y, al fin de cuentas, la humanidad gana; de donde resulta que, contra los viejos prejuicios de la moral espiritualista, el oro es un purificador, aunque como esencia y jugo de la fuerza y del deseo humanos lleve en sí condensadas todas las grandezas y todas las impurezas de la vida."

34 Véase: Lauxar, *Carlos Reyles*, Mont., Barreiro y Ramos, 1918, p. 89-118; Ardao, Arturo: *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX*, México, F. C. E., 1956, p. 113-118, y *La voluntad de conciencia en Reyles*, Mont., Fac. Hum. y Ciencias, 1962, p. 6-7.

bos es tan estrecho, que en Reyles apenas con dos años de diferencia aparecen *Beba* (novela realista) y *Primitivo* (1896) primera de las tres novelas cortas de concepción modernista *(Academias)*.

Pero *Beba* a pesar de su filiación concreta, tiene como toda la obra de Reyles, características que denuncian el signo personal de su autor, sus preocupaciones extra-literarias. Es una novela compleja por la superposición de temas: el ganadero puro y el conflictual amoroso, y dentro de éstos por el doble plano realidad-fantasía (también agudizado en su narrativa y ensayos estéticos) en el que obliga a moverse a los protagonistas.

El empleo de los recursos que la Psicología prestó a las últimas piezas del naturalismo, cumple aquí, además del conocimiento interno de los personajes, con el intento más general de mostrar aspectos fundamentales de la condición humana.

En cuanto a la técnica seguida para la composición literaria,[35] Beba abre el camino a través de la oposición de personajes para las novelas subsiguientes de Reyles. En este caso la oposición (aislada o en parejas) sirve para definir dos grandes zonas críticas: campo y ciudad (contra la regresiva estructura ganadera: Ribero-Quiñones; y contra los falsos prejuicios de la burguesía ciudadana: Ribero-Benavente).

35 Sobre procedimientos técnicos, Reyles fijó su posición en trabajos tales como: el prólogo de *Primitivo* (luego rehecho para *El Extraño*); el artículo sobre· "La novela del porvenir" (publicado en "El Liberal" de Madrid, 21 de setiembre de 1897, en contestación del comentario crítico de D Juan Valera a sus *Academias*); y en el ensayo "Arte de novelar" ("Incitaciones", Stgo, Ercilla, 1936, p. 43-62). Arturo Sergio Visca en: "Leyendo a Reyles" (*Tres narradores uruguayos*, Mont, ed. Banda Oriental, 1962, p 19), advierte sobre la triple eficacia de "enfrentar dialécticamente grupo de personajes antagónicos".

La problemática Ribero-Beba en cambio, aunque recibe la influencia de oposiciones externas, está defendida por un clima de intimidad amorosa.

El núcleo conflictual amoroso cumple su ciclo. La ascensión, largamente preparada y que empieza en Beba adolescente, se afirma desde el primer día que, casada con Rafael, regresa a "El Embrión". Desde ese momento no es necesario más que el contacto personal, en un medio favorable a Ribero, para que la clarificación se produzca.

El climax está determinado por un hecho azaroso (la crecida del Río Negro y la salvación de Beba) que pone en juego la identificación pasional de ambos seres (al creer próxima la muerte) como si fuera un accidente natural. El descenso lo decide una sola de las partes por abandono de la responsabilidad contraída al desencadenar el conflicto.

Los destinos primero individuales se funden en el momento crítico, para regresar al final a su estado naciente (sólo que con consecuencias directas sobre la generosidad de Beba). El fracaso material de Ribero (cap. XXII) encuentra salida en el viaje a Europa (especie de auto-defensa) [36] que al liberarlo del medio agresivo, en definitiva lo rehace como individuo actuante. El cambio para Beba, el fracaso amoroso le disminuye las fuerzas defensivas hasta el límite de imposibilitar toda reacción psicológica frente al trauma de su frustrada maternidad.

El suicidio, que carece de valor dramático porque el personaje estaba de antemano aniquilado por angustiante soledad, resulta una solución cómoda para concluir la novela.

---

36 Véase cap. XXV, p. 256.

Como valor intrínseco de la obra queda la acertada descripción de algunos personajes. Hemos anticipado que Gustavo Ribero representa en gran parte la medida autobiográfica de Reyles, alterada por necesidad de ficción. Las ideas sobre zootecnia defendidas con vehemencia, la cita concreta de nombres de criadores ingleses y sus métodos denuncian lecturas contemporáneas del autor. [37] Otro tanto lo confirman las páginas que dedica a relevar los beneficios que sus registros aportan al establecimiento; [38] el orgullo que tiene al mostrar sus reproductores en proceso de refinamiento; la crítica a la situación actual de la campaña y el venturoso destino económico de nuestro país el día que se establezca una corriente continua de exportaciones.

Lo es también por la energía, el carácter agresivo, las tajantes resoluciones que parten de su ego absolutista, [39] la protesta contra el conformismo ambiente, etc.

Lo que no sabemos es si hay desvinculación con su personaje en todo lo que se relaciona a la destrucción moral de Beba.

La protagonista pertenece a la misma estirpe que Ribero y ambos representan la bifurcación del autor. [40] Esto ayuda a explicar la interdependencia afectiva con Ribero, el fracaso con Rafael y la felicidad que se tra-

37 Véase cap. I, p. 15-16 y cita biografía de Carlos G Reyles.

38 Véase cap. X, p. 114-115.

39 Véase cap. XXIII, p. 243-244.

40 Lauxar, o. c., p 41 dice: "En efecto, Reyles ha encarnado su personalidad en esos dos personajes, con cierta apariencia de contención femenina y más firmeza de fondo en la muchacha, con brío más pronto y menos constancia en el hombre. Tío y sobrina sólo difieren en que el primero tiene más fácil y rápida la resolución que traduce en actos sus ideas, y en que, al fin, contra toda espectativa razonable, ceja ante opiniones que eran para él prejuicios despreciables. Ambos en lo demás sienten y piensan y hacen lo mismo".

duce al volver a la realidad (cap. XIX). Lo más ilustrativo de este personaje está en las páginas del diario íntimo que muestran en el tono confesional al ser hiperemotivo con urgencias de liberación, y en el alegato una deseable justificación o al menos comprensión del proceso amoroso con Ribero. El retrato de Rafael lo conocemos por vía directa (su comportamiento en la estancia) y por la indirecta (anotaciones de Beba en su diario). Ramoncito es uno de los tantos jóvenes universitarios fracasados (Reyles vuelve a trabajar ese tipo en *El Terruño)*, que muestra aquí aristas de saliente humanidad frente a la desdichada Beba.

El coronel Pedro Quiñones representa al caudillo rural de la época de Santos. Reyles se detiene en señalar este detalle, tanto para evitar riesgosas e injustas generalizaciones como para mostrar concretamente un "tipo del momento histórico".[41]

Quiñones es un personaje logrado con gran acierto. En pocas palabras se evidencia su característica de sujeto taimado, peligroso, lleno de cautela y desconfianza, que sabe cómo emplear la influencia del cargo público en beneficio personal. En él queda también circunscripto el sentir y actuar del ganadero de la vieja guardia.

Con otras figuras menores y fugaces, Reyles da la nota pintoresca del ambiente rural uruguayo. Como ejemplo tenemos al mayordomo Ciriaco (cap. XIII), la curandera doña Melitona (cap. XIX) y la hija menor del puestero Braulio (cap. XII).

En cuanto al paisaje actúa en medida adecuada y siempre en función de los personajes. También está presente, aunque con menos intensidad que en otras

41 Lauxar, o c, p. 45.

novelas, una de las constantes preocupaciones de Reyles: el ideal estético. [42]

Finalizando la opinión crítica expresamos que en *Beba* no se alcanza el nivel artístico que tiene su cuento *Mansilla* (1892) o *La raza de Caín, El Terruño, El Embrujo de Sevilla* y algunos de los inmejorables capítulos de *El Gaucho Florido.*

Si su adhesión a las filas del realismo literario es un hecho cierto del que su autor hace caudal, merecen reparos: el esmero descriptivo en todo lo que se refiere a materia propia de la zootecnia, la objetividad parcial para enfocar el medio ambiente, así como la nota chocante del monstruo engendrado por Beba y la sugerida relación con los apareamientos entre animales consanguíneos, hechos por Ribero.

Otras cosas que merecen censura por lo artificiales son: las peculiares enseñanzas que Ribero imparte a su sobrina (cap. IV) y las notas de Beba en su diario con fecha de 1º y 3 de agosto respectivamente (cap. XVI).

En cambio un elemento novedoso que debe obligatoriamente señalarse es la actuación alternada de los planos reales e ideales en la conducta de los protagonistas, lo que les trasmite conciencia de aristos obligados a vivir como inadaptados en un mundo mezquino de fantasía.

Por último, creemos que la auténtica innovación dentro del tema rural-nacional está en la categoría del pensamiento crítico —dialécticamente ejercido por Gustavo Ribero— que por su frecuencia en la obra, autoriza a definirla —aunque cautelosamente— como una novela ideológica.

WALTER RELA

42 Véase cap. XIV, p. 154-155.

## *CARLOS REYLES*

Nació en Montevideo el 30 de octubre de 1868. Su padre fue un rico hacendado y político uruguayo quien se destacó por su obra de perfeccionamiento de la ganadería nacional. Realizó sus primeros estudios como pupilo en el Colegio Hispano-Uruguayo, pero no continuó estudios universitarios. Al fallecer su padre en 1886 se constituye en único heredero de una de las mayores fortunas del país, que, luego de su matrimonio en 1887 con Dª Antonia Hierro, pasa a administrar libremente. En adelante su actividad se repartirá entre sus tareas de hacendado y cabañista en el Uruguay y la Argentina, sus frecuentes viajes, y el ejercicio de las letras. En 1888 publica su primer ensayo novelístico *Por la vida* y en 1894 su primer novela realista *Beba*, a la que siguen las "Academias": *Primitivo* en 1896, *El Extraño* en 1897 y *El Sueño de Rapiña* en 1898. En 1900 publica su segunda novela importante, *La raza de Caín*. Actúa fugazmente en política intentando un movimiento reformista que englobe los diversos partidos existentes. Funda con ese propósito el Club Vida Nueva (1901). El Club tuvo una vida efímera y no sobrevivió al alejamiento de su presidente, Reyles, quien, disgustado con este fracaso, intentará un movimiento al margen de los partidos. En 1903 reclama en su folleto *El Ideal Nuevo* una unión de las fuerzas económicas del país, proyecto que se concretará en 1915 en la fundación de la Federación Rural. *La Muerte del Cisne* publicada en 1910 sirve de justificación filosófica de este movimiento preconizado por Reyles, mientras *El Terruño* (1916) es la visión novelística del mismo. De 1918 a 1919 publica *Diálogos Olímpicos* (1º *Apolo y Dionisio*. 2º *Cristo y Mammón)*. Realiza constantes viajes por Europa. En 1922 aparece su novela *El embrujo de Sevilla*. Afectada gravemente su enorme fortuna debe regresar al país donde le nombran asesor literario de la Comisión Nacional del Centenario (1929-30), planeando el ciclo de conferencias que historiaron sintéticamente la literatura uruguaya y que se publicaron en 3 volúmenes en 1931. En 1932 es designado para la Cátedra de Conferencias de la Universidad y el mismo año publica su última novela, *El Gaucho Florido (La novela de la estancia cimarrona y el gaucho crudo)*. Publica sus conferencias y ensayos en *Panoramas del mundo actual* (1932) y en *Incitaciones* (1936). Este año es designado presidente del Servicio Oficial de Difusión Radioeléctrica En 1937 estrena en el Teatro Urquiza (Montevideo) *El burrito enterrado*, pieza en tres actos. Muere en Montevideo el 24 de julio de 1938. Póstumamente se publicaron *A batallas de amor... campos de pluma* (1939) y *Ego Sum* (1939).

## CRITERIO DE LA EDICION

*Beba* ha sido publicada anteriormente en Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1894, (Primer millar), en Madrid, R. Velasco, s. d., (Segundo millar), y en Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1936.

La presente edición sigue fielmente el texto de la nombrada en primer término, modificándose únicamente la acentuación de conformidad con las nuevas disposiciones de la Academia Española.

J. P. B. y R. N.

# BEBA

# I

Dominando el llano, señoreándose en la altura de una *cuchilla* se alzan las paredes del *Embrión,* un antiguo establecimiento de campo. Tres caminos, que por entre zarzas y matorrales se pierden en los campos lindantes, escalan la pedregosa *cuchilla.* El primero, sin hacer muchas eses, conduce a la casa; el segundo, pasando por delante de los viejos corrales de *ñandubay* medio destruidos, con portillos de trecho en trecho, muere al pie de los *galpones* o establos de paredes de terrón y techo de paja; y el tercero, haciendo arabescos en la falda de la colina para evitar el tortuoso zanjón que la hiere profundamente en aquel costado, llega hasta la huerta, que a espaldas del edificio desarrolla la poderosa vida de sus verduras.

En un monte de *espinillos* y *coronillas,* que limita la propiedad a la derecha, tropieza la vista... después se extiende la llanura por todas partes, regular y monótona, sin que interrumpa su pobreza y desnudez otra cosa que el arroyo que la surca, el *Cacique,* de aspecto bravío, merced a la ancha hoja del *camalote* y a la salvaje *paja brava* que defienden sus orillas arenosas.

El establecimiento volvía a la vida después de seis horas de tranquilo reposo.

De pronto rasgó el aire el cacareo enronquecido y así como *cascado* de un gallo viejo; en seguida los perros, tosiendo unos y gruñendo otros, quizá para desterrar de sus pulmones el frío aspirado en toda

una noche de dormir al raso, dieron en rondar los cuatros costados del edificio, olfatea por acá, olfatea por allá, buscando dónde guarecerse de la helada que caía; mugieron las vacas y balaron los ternerillos allá, cerca de los corrales, junto a cuyos nudosos postes se arrimaba en las noches crudas el ganado *tambero*, y por último, rechinaron los cerrojos del portón, y un hombre abrigado en un recio poncho de invierno y silbando una canción del país, atravesó el anchuroso patio, manchando por un momento el suelo con una silueta bien delineada y vigorosa a los rayos de la luna, que en mitad del cenit dejaba caer una luz vertical, intensa y límpida, que realmente parecía pesar sobre los techos de teja del blanco caserío.

Al llegar a un extremo del patio empujó una puerta pequeña y grasienta, la de la cocina, y entró.

No había ni un mal tizón ardiendo, y tuvo que encender una vela que encontró pegada a los ladrillos del muro, para ver algo, no gran cosa, en medio de las tinieblas que lo rodeaban y que hacían más densas las espesas capas de hollín que cubrían las paredes y los tirantillos del techo. En un trapo viejo envolvió el *cabo* y así lo puso a que ardiera en el fogón, entre tanto que él con perezosa calma y silbando siempre, iba amontonando sobre la llamita ramas chicas de leña seca; arrimó la caldera llena de agua a las llamas, y cogiendo un banco, un pedazo de *ceibo* cilíndrico que hacía veces de tal, sentóse sobre él, con las piernas cruzadas adelante, los codos apoyados en las rodillas, las manos en los carrillos y fija en la leña, que chisporroteaba alegremente, una mirada vaga y al mismo tiempo precisa, de esas que parecen mirar un punto cercano y que sin embargo no ven

los objetos próximos, perdiéndose en la inmensidad aunque tengan un muro por delánte.

Poco después entró otro paisano.

—¡Helada bárbara está cayendo! dijo al cerrar la puerta tras de sí, y al reconocer a su compañero preguntó: — ¿Y el mate?

—Ahí lo tiene, aparcero, — respondió el interrogado. — Y poniendo las manos cerca de la lumbre repuso: — ¡Frío loco!... vamos a sacar *lechiguana* gorda hoy.

Uno tras otro fueron los peones entrando en la cocina, para agruparse alrededor del fuego y disfrutar todos a una el confortante calorcillo, que les desentumecía los engarrotados miembros y aclaraba la voz. Carraspeaban, sacudían los hombros, dábanle fuego, después de *armarlo* con mucha parsimonia, al cigarro de tabaco negro, húmedo y mal oliente; y padeciendo ese estado de insensibilidad y desmemoriamiento que sigue al despertar, se estaban quietos y silenciosos, distraídos en ver quemarse la leña o solazándose en rayar con la punta del cuchillo el suelo terroso de la cocina.

Estaban realmente quebrantados por la bárbara gimnasia a que venían sometiendo sus cuerpos desde luengo tiempo atrás. Todas las semanas emprendían trabajos nuevos y raros, desconocidos para la mayor parte de ellos, y las viejas y clásicas faenas *camperas*, que eran pocas y fáciles, se modificaban diariamente con mil extrañas reformas, ganando, no sabían ellos si en perfección, pero a no dudarlo, en dificultad y engorro. No bien concluían un trabajo, cuando se les obligaba a emprender otro: aquello llevaba miras de no concluir nunca.

Desde el campo a la huerta y desde la huerta al mismísimo edificio de la estancia, por todas partes se dejaba sentir la influencia innovadora, el roce modificador de las ideas que, como geniecillos maléficos y traviesos, poseían, desde algún tiempo a aquella parte, el ánimo del propietario de "El Embrión": Gustavo Ribero Algunos de los peones, como no sabían a qué objeto iba enderezado el decidido empeño de don Gustavo en reformar y volverlo todo del revés, empezaron a poner en tela de juicio la firmeza de su razón, y los restantes dieron en murmurar y pronosticar graves daños.

Las reformas dieron principio por la división y subdivisión de los *potreros*. Los cercos y alambrados pronto fraccionaron el campo en cien partes, haciendo que semejara desde las alturas, una inmensa tela de araña suspendida sobre la tierra. Este fue un trabajo rudo y costoso del que surgieron otros, que no lo eran menos, como el darles agua permanente, por medio de canales y aguadas artificiales, a los potreros que en el fraccionamiento quedaron sin ellas. A estos trabajos siguieron complicadas y sutiles clasificaciones de los ganados, según su origen, grado de sangre y sexo. Siguiendo el vasto plan de cría razonada que le bullía en el magín, se propuso en primer término, evitar toda causa de ruina y degeneración en las nuevas producciones: los apareamientos indeliberados entre consanguíneos, las uniones entre animales jóvenes o de formas desemejantes u origen *incasable;* y por otra parte, favorecer aquello que fuera propicio al amplio desarrollo de las diferentes razas que se procreaban en "El Embrión": aparecieron libros y registros genealógicos, y las faenas empezaron a ser cada vez más difíciles y prolijas: tenían que hacerlo

todo con pie de plomo y trabajar más con la cabeza que con el cuerpo, para llevar en la memoria tanta y tanta señal como distinguía los ganados y cuyo principal objeto era diferenciar su origen y finura. Con todo esto, tomaron las faenas camperas, un carácter grave y racional, en abierta oposición con el rutinario e irreflexivo que antes las distinguía, carácter al que no lograban avenirse así como así, aquellas gentes que vestían el pintoresco *chiripá* y calzaban bien resobada bota de cuero de potro.

En la chacra también ahincó el diente el espíritu innovador de Ribero. Después de graves lecturas y serias meditaciones, se opuso a que el pasto se dejara secar al sol durante horas y horas, como aconsejaba la tradicional rutina: apenas cortado se ponía a fermentar en grandes montones, cuando no era metido debajo de tierra en profundos pozos, como el que refunfuñando habían hecho días atrás y que contaba unos veinte metros de longitud; los terrenos se labraban de otro modo, y las plantaciones iban siendo cada vez más extensas y variadas.

Y naturalmente con el modo de trabajar cambiaron las herramientas. Los antiguos arados de madera, fueron sustituidos por otros de hierro, a todas luces más sólidos y apropiados a su fin; aparecieron rastrillos y cortadoras movidas por caballos, y algunas máquinas de vapor empezaron a cruzar la chacra, soltando agudos silbidos, que hacían parar las orejas al ganado que pastaba por los alrededores.

El caserío fue casi todo refaccionado, y además agrandado con una caballeriza de estilo moderno, cuyos ladrillos blancos y rojos, y techo de pizarra de colores, producía entre los otros establos de tosca piedra ennegrecida por la lluvia, una nota muy pintores-

ca y alegre; y por fin, como cúpula y remate de todo esto, la vieja estancia del Tala perdió su antiguo nombre para tomar el del Embrión, doblemente significativo y acomodado al nuevo carácter que iba adquiriendo de establecimiento modelo.

Las innovaciones importaban grandes desembolsos y sacrificios sin cuento, pero Ribero marchaba siempre adelante, sostenido por una extraña fiebre de trabajo que le producía calenturientas visiones de éxito. Y la tal fiebre, acompañada de mal humor y destemplanza en dichos y obras, los peones lo recordaban perfectamente, se había apoderado de Ribero algunas semanas después que siguieron al casamiento de su sobrina, la niña Isabel, *Beba*, como él la llamaba cariñosamente. El, siempre alegre y decidor, anduvo un tiempo alicaído y displicente, y luego, como si el tedio se le hubiera convertido en fuerza, le entró un afán enfermizo de agitarse, de moverse, que lo llevaba a andar de un lado a otro todo el día, paseando en la cabeza sus vastos proyectos de reforma y adelanto.

Sin haber salido enteramente de los limbos del sueño, permanecían los peones junto al fogón, inmóviles y silenciosos. Recién cuando el mate empezó a circular de mano en mano, y el costillar de oveja ensartado en el asador y que lamían las llamas en sus *crescendos*, principió a dorarse, soltando algunas gotas de sabroso jugo, salieron de su mutismo; recobraron su viveza característica los rostros tostados y curtidos por el aire y el sol, y las lenguas rompieron a hablar en ese dicharacheo vivo y retozón que maneja el criollo.

Entre tanto huían las estrellas y por el oriente clareaba el día. El monte de espinillos y coronillas, que limitaba el campo por aquella parte, surgía de entre las nieblas medio borroso, ostentando tonos inseguros,

violáceos parduscos y grises azulados; el cerro del *Carancho* a la izquierda y casi en la oscuridad, semejaba uno de esos pardos nubarrones que en los días de tormenta se ciernen sobre la tierra a tan corta altura, que parecen besar los frontispicios de las casas, y el arroyo, el *Cacique*, sin que se distinguiera aún el cristal de sus aguas, dibujaba apenas en el suelo una línea gris y tortuosa, que desaparecía acá, entre la paja, y tornaba a aparecer allá, en un claro, cual si fuese un monstruoso culebrón, que por entre *pajonales* y *camalotes* se deslizara sigilosamente.

Saludando el nuevo día cantó el *teru-teru* en la cañada; el grito del avizor *chajá* se oyó a lo lejos, y de allí a poco, percibióse cada vez más claro el cencerro de la yegua madrina, la *overa azuleja*, que delante de la tropilla trotaba alegremente camino del corral.

Como si aquel sonido fuera un aviso quedaron desiertas las cocinas, y los peones silbando o canturriando un cielito, atravesaron el patio haciendo sonar el *ris ras* acompasado y rítmico de sus espuelas de *fierro*. Con el clásico *pellón* de oveja en una mano y en la otra el freno de sonoras coscojas, llegaban al corral, y allí, en cuclillas o perezosamente recostados en los gruesos postes, esperaban, entre aburridos y cansados, a que el capataz, un indio alto y fornido, de rostro bonachón, que se entretenía en hacer en el lazo toda suerte de floreos y dibujos, les eligiera el *flete* que habían de montar.

Despreciando el aire frío y sutil que le amorataba el rostro, estaba Ribero en la puerta del corral, sin otro abrigo que el finísimo *vicuña*, que formando caprichosos pliegues caía de sus hombros.

Era un hombre de más que mediana estatura, magro de carnes y recio de espaldas, sin que esto le comunicara pesadez al cuerpo, airoso y flexible. Poseía su rostro de facciones enérgicas, unos ojos de color verdoso claro, de mirada penetrante y un tanto dura, ojos encapotados cuando miraba con detención algún objeto y las cejas enarcándose sobre la corva nariz, de ventanillas muy movibles, caían sobre ellos, prestándoles un sombreado intenso, que hacía resaltar el brillo metálico del iris. La boca de labios un poco gruesos y elásticos, permanecía sonriendo siempre, medio oculta por el bigote y la barba, que sin retoques de tijera crecía sobre el pecho con el mismo estudiado abandono que el pelo, que usaba largo, a la manera de los artistas franceses.

Lucía siempre igual o semejante atavío: americana cruzada, pantalón de pana y corbata de lazo, calzaban sus pies botas altas de cuero blanco, apretadas en las piernas y anchas sobre las rodillas, y cubría su cabeza un sombrero, ya de castor, ya de paja, según que fuera verano o invierno, de amplias alas, debajo de las cuales, acariciándole las orejas y besándole el cuello, flotaba la luenga y enmarañada melena.

Allí, en el Embrión, vino al mundo y pasó la infancia, pero los primeros años de su juventud corrieron en la ciudad, donde se hizo bachiller y cursó algunas materias de medicina. Las luchas políticas que agitaban el país, lo distrajeron de sus estudios; sin prevenciones de ningún género, dejándose arrastrar de su brioso temperamento, se entregó a ellas en cuerpo y alma, y fue a ratos periodista, a ratos orador de sobremesa en banquetes más o menos clandestinos, y tal cual vez, hombre de acción en infructuosas asonadas y trifulcas. Caldeaban su cabeza, por aquel tiempo

hermosa como la de un Adonis, sueños romancescos, y hacían latir su corazón esas nobles ambicioncillas que suelen sentirse a los veinte años, y que prestan fuego a la mirada y aspecto de alegría y salud al rostro. Cuando de cerca pudo apreciar los hombres y las cosas, se rompió el encanto, y entonces, con una cantidad muy regular de escepticismo en el cuerpo, y en la sensibilidad así como embotada por tantos rudos choques con la siempre prosaica realidad, tornó al campo, para ponerse al frente del establecimiento que hasta ese día había administrado su hermana Berta, ocho años mayor que él y ya enferma del mal que iba a llevarla al sepulcro.

Ocupado en la dirección de la estancia y el estudio de las ciencias naturales, que siguió cultivando con amoroso empeño, transcurrieron los años sin que turbaran su apacible vida, grandes alegrías ni grandes dolores. Los pujos de político no volvieron a atormentarlo; de todos los vagos deseos de gloria que un día lo agitaron, sólo le quedó una sonrisita escéptica, sin conservar de sus sueños de poeta otra cosa, que el lazo coquetón de la corbata y la fina guedeja de su pelo castaño. En el invierno solía hacer, acompañado de Beba, algunos viajes de recreo a la ciudad. En el último volvió sin su compañera de todos los días: Beba se había casado: una cosa muy sencilla y al parecer sin importancia, pero que grabó honda huella en su existencia.

Cuando el capataz tiraba el lazo, se detenía Ribero para ver enfrenar; luego tornaba a pasearse con el objeto de quitarse el frío, que le producía hormigueos en la planta de los pies.

—A ver si ensillan pronto, — ordenó cuando todos los peones tuvieron los caballos enfrenados.

Midiendo mucho las palabras se atrevió a decirle el capataz:

—Yo creo, don Gustavo, que debíamos esperar a que el sol calentara un poco; ha caído una helada muy grande, y si con este frío movemos el ganado se nos va a enflaquecer.

—No tenemos otro remedio... de la ciudad me piden plata y hay que hacerla. — dijo mientras lentamente y con la cabeza gacha se alejaba del corral.

—Déjeme tres o cuatro peones para traer las manadas y usted llévese el resto.

Al pasar por delante del establo de los toros, que extendía sus muros de piedra desde los corrales hasta los apriscos de las ovejas, se detuvo un instante.

Las puertas estaban abiertas para que entrase el fresco de la mañana, y desde fuera pudo ver al ganado apurar entre resoplidos de placer, sus respectivas raciones de maíz y alfalfa. Hundían el ancho y húmedo hocico en el pesebre, sacaban y volvían a meter la lengua repetidas veces, y ya con la boca llena, sacudían la cabeza y meneaban la cola, clavando sus ojos redondos y verdosos de blanda mirada, en el campo, que se extendía ante ellos cubierto de apetecible yerba, amarillenta a trechos, a trechos verde negruzca, y blanquecina aquí y allá, donde la helada no se había evaporado aún.

Siguiendo la línea de los establos se divisaban, medio ocultos por dos frondosos paraísos, los bretes de encerrar ovejas, los cuales remataban en el vasto edificio destinado a las trasquilas, en cuyo piso veíanse todavía algunas manchas de alquitrán, remedio de uso en el establecimiento para curar las ovejas heridas. Por unos y otros lugares paseó Ribero su investigadora mirada, y recién allá, frente a las caballeri-

zas, se detuvo otra vez para acariciar el cuello de los sementales, que sacaban su cabeza fina e inteligente por el ventanillo de los *boxes*.

—¡Hola Príncipe! ¡hola Germinal! — y se sentó frente a ellos en un banco de piedra que había hecho colocar expresamente en aquel sitio, para desde él y con comodidad, recrearse en la contemplación de las hermosas bestias.

Allí tomaba el desayuno casi todos los días: un gran vaso de amarillenta leche, que el caballerizo le traía apretado entre sus dedos gruesos y torpes.

Con el vaso en la izquierda y en la diestra un buen bizcocho *casero*, observaba a Bautista, que después de haberle traído el desayuno a él, se entretenía en peinarle las crines a Germinal, el reproductor más apreciado de la estancia. Era un *tostado* de excelente lámina, ancho de pechos, fornido de patas y cuello de cigüeña, que remataba en una cabecita huesosa, fina, en la que despedían luces, como dos rubíes al sol, unos ojos vivarachos y saltones. Al roce del cepillo, enderezaba las orejas, piafaba impacientemente y hendía el aire con prolongados relinchos, que le ponían de relieve las costillas haciéndole temblar toda la piel, y a los que contestaban sus compañeros con otros más formidables y estridentes, semejantes a toques de clarín.

Bautista armado de un látigo hacía por tranquilizarlos: "*¡Quietoo* Favorito! *¡quietoo* Germinal!" — pero a los pocos momentos tornaban los sementales de nuevo a su diana de clarines, y era que después de un año de reposo y regalo, de recibir confortantes alimentos y disfrutar, tendidos en mullida cama de húmeda paja, el calorcillo benéfico que templaba en invierno las caballerizas, ya fuertes y vigorosos, empe-

zaban a estirar el cuello y el hocico, gimiendo blandamente al soplo de la primavera, que les traía del campo, como oleadas de su inmenso erotismo, olores y aromas excitantes.

—¡Ah pícaro! ¡cómo se conoce que has olido la primavera! — prorrumpió Ribero acercándose y sujetando a Germinal para que Bautista pudiera concluir de limpiarlo. —*¡Quietoo*, querido! *¡Vamooos!...* ¡no te apures, pronto verás a tus señoras!... Hoy no hay que darle la ración hasta que se retire de las yeguas. — dijo después, dirigiéndose a Bautista.

Ya la salida del sol dibujaba en el horizonte anchas fajas de un rosado pálido, semejante a heridas abiertas, cuando se sintió sordo batir de cascos en el suelo, y de allí a poco, desfilaron unas tras otras por delante de las caballerizas, las manadas que conducían cuatro peones, jinetes en rucios *sotretas* de cuello estirado y andar rastrero.

Uno a uno y con mucho cuidado, pusieron los padrillos en libertad en sus respectivas manadas. Se practicaba también en el establecimiento la monta a mano, pero como no era necesario reservar los servicios de los sementales por ser pocas las yeguas, prefería Ribero, salvo en contadas ocasiones, hacerla en libertad, lo cual le aseguraba una producción mayor.

Nervioso e intranquilo presenció la faena en medio de las nubes de polvo que levantaban las yeguas corriendo por los corrales. Cuando se sosegaron pudo examinar a su placer las crías, los potritos de escasas crines y ondeado pelo, que corrían junto a las madres sin que parecieran herir la tierra con sus remos finos pero fuertes.

Los tales animalitos eran el resultado de atrevida experiencia que después de muchos estudios se resol-

vió Ribero a llevar a cabo, y consistía en una reproducción entre consanguíneos, destinada a fijar algunas cualidades muy hermosas que poseían los hijos de Príncipe, el reproductor más antiguo del establecimiento, y los no menos hermosos de Germinal, producto de aquel padre con una propia hija. Antes de decidirse estudió en cuantos libros pudo haber que trataran del caso, las opiniones de los zootecnistas y criadores, que eran muchas y muy encontradas, y por fin, animado con el clarísimo ejemplo del ilustre Bakewel y de los hermanos Colling, que por una serie razonada de apareamientos entre consanguíneos obtuvieron, aquél la variedad Dishley, Leicester antes de ser perfeccionada, y estos últimos la variedad Durham, el mejor animal vacuno para carne, se decidió a emplear el mismo método que ellos, pero con mucha parsimonia y sólo entre animales altamente semejantes, que tuvieran bien determinadas aquellas cualidades que se proponía fijar y aumentar, y ningún defecto, pues no echaba en saco roto el dicho de Goyot: "La consanguinidad es la ley de herencia que obra sobre potencias acumuladas como obran dos fuerzas paralelas aplicadas a un mismo punto," y por tal razón podrían también duplicarse las imperfecciones. La opinión contraria de Tomás Weble y de algunos otros criadores, que a pesar de todo seguían sugiriéndole dudas, dejaron de preocuparlo cuando hojeando el *Herd Book* se encontró con que los notables toros Hublack, Bolingbroke, Favorito, Comet y otros, eran producto de uniones consanguíneas en grados muy próximos.

Haciendo estudios, comparando las crías con el modelo que él tenía metido en la cabeza, y sacando difíciles conclusiones, iba Ribero de manada en manada,

cartera en mano, sin darse punto de reposo en tomar toda suerte de apuntes y notas. Les midió las articulaciones y el pecho a algunos potrillos, y la alzada a otras tantas yeguas, y luego guardó la cartera y se estuvo un rato contemplando a Germinal, que ufano, con el pescuezo erguido y la cola en alto, trotaba de un lado para otro. Siguiendo sus gallardos movimientos recordaba Ribero los prolijos cuidados de que había hecho objeto, durante cuatro años, al noble animal, cuya distinción, plenitud de formas y brioso temperamento le parecía que tenían algo suyo, algo debido exclusivamente a su arte. Y lo pensaba orgulloso de haber sabido ayudar a la sabia naturaleza en la formación de aquel ser.

—Las otras hijas de Príncipe, ¿no se sueltan? — le preguntó Bautista, refiriéndose a las cuatro únicas hermanas de Germinal que dormían bajo techo.

—No; quiero que las vea trotar antes la señorita Isabel; — y recordando que según rezaba la carta que había recibido el día anterior, Beba llegaría esa misma tarde en el tren de las cuatro, se pegó una palmada en la frente y dijo: — Hoy llega la señorita; procura tener como un espejo los galpones.

—¿Y los padrillos?

—A las diez ve a buscarme para retirarlos de las yeguas.

Y se alejó sonriendo placenteramente, y sintiéndose muy feliz, como hacía mucho tiempo que no lo estaba.

## II

Fue aquel un día de limpieza general y continuo trajín. Se abrieron puertas y ventanas, y el aire y el sol penetraron en las habitaciones cerradas desde largo tiempo atrás y donde se respiraba una atmósfera húmeda y fría. Al grito de "hoy llega la señorita", corrían las escobas con desacostumbrada ligereza sobre los embaldosados pisos; los plumeros azotaban sin compasión muebles y trastos, y los paños de fregar se deshilachaban sobre los empañados espejos, o fregoteando los pasadores de las puertas, sucios y enmohecidos.

En la alcoba que Beba ocupaba de soltera, no quiso Ribero que se hiciese modificación alguna; todo estaba como ella lo había dejado al partir y así lo encontraría: el lecho mullido y regalón en medio de la alcoba, frente a la espaciosa ventana; el armario de luna a la izquierda; la mesita de cedro, sobre la que descansaban cubiertas de polvo, las rimas de Becquer, algunas obras de A. de Musset y varias cartas a medio concluir, a la derecha, y en un ángulo el lavabo, muy mono y como velado por un artístico pabellón de gasa azul. Veíanse aún sobre la piedra de mármol que lo adornaba, algunos frascos de esencias y el jabón de glicerina que endurecido y surcado por hondas grietas semejaba dentro de la jabonera de cristal, un molusco petrificado dentro de su concha. Una nota íntima, familiar traía a la memoria el recuerdo de quien hacía dos años no la habitaba: era

el peinador que Beba vestía al levantarse, y que pálido y amarillento, colgaba como un pingajo de la percha, donde había languidecido a la espera de su ama. — "Dejemos el cuarto así; yo creo que ha de gustarle verlo tal cual lo dejó," — se dijo Ribero.

Terminada la prolija limpieza de las habitaciones, hizo barrer los patios y limpiar los establos y caballerizas; a los caballos se les pusieron las mantas de gala, a los toros se les dio un conveniente fregoteo de cepillo y *rasqueta,* y a eso de las cinco de la tarde, cuando el coche que conducía a Beba hizo alto frente a la entrada de la casa, ya habían concluido las mujeres su tarea y estaban allí, esperando a la niña, muy aseadas, relimpias y ufanas dentro de sus almidonados vestidos de percal, con las renegridas cabelleras relumbrosas de aceite y los rostros hechos una pura almíbar. Ribero delante de ellas, pálido, pero sonriente, esperaba también, apoyado en un pilar del portón.

Antes que nadie se apeó Beba.

Efusivamente abrazó a su tío, repartiendo en seguida besos y apretones de manos entre sus antiguos servidores, contenta y locuaz como una chiquilla que empieza a gustar el ansiado mes de vacaciones.

"Está más delgada, no debe de ser feliz," — se dijo Ribero examinándola rápidamente.

Los otros viajeros se apearon también, pero nadie echó de verlo, hasta que Beba, saliendo de su atolondramiento, los presentó con visible embarazo, como si no estuviera muy segura de la amabilidad de aquellos señores.

—Mis suegros, mi esposo, mi cuñada y concuñado, — a éste último lo señaló sonriendo ya.

Cambiaron los de Benavente con Ribero, al que conocían de antes, un saludo entre afectuoso y comedido, dándoles a las demás gentes las buenas tardes a secas, sin tenderles la mano. Después de esto hubo un momento de silencio embarazoso, durante el cual cambiaron miradas rápidas, penetrantes y forzadas sonrisas, y del que las arrancó Beba con sus alegres exclamaciones: luego, despojándose del abrigo, se colgó del brazo de Ribero y echó a andar, animándolos a todos a que la siguieran por las enredadas callejas que formaba el apretado caserío de la estancia.

—¿Has notado la soltura de Isabel? — dijo doña Pepa por lo bajo, poniéndose muy grave, como siempre que en los extraños o en los suyos observaba algún ademán, dicho o detalle que a ella le parecía incorrecto. — ¡Qué criatura! tiene unos arranques verdaderamente estrepitosos, — añadió empinándose, pues era pequeña y regordeta, para cogerse del brazo de Benavente.

Entre tanto Beba, sin darle lugar a Ribero a que contestase, le hacía mil preguntas relativas a las gentes y a las cosas del establecimiento. Concluyó tan largo interrogatorio, preguntándole por *Maritornes*, una chancha muy hermosa que había dejado en días de dar a luz al partir.

—¡Maritornes! ¡Maritornes! — repitió Ribero, que evidentemente pensaba en otra cosa. — ¡Maritornes! ¡Maritornes! ¡ah sí! tuvo diez hijos, pero se comió la mitad de ellos la muy bruta, y lo peor del caso es que no quería criar a los otros.

Ella hizo muchos aspavientos, y de pronto poniéndose seria exclamó bajito, para que no la oyeran los que venían detrás:

—¡Ah, qué ganas tenía de ver todo esto!

Lo dijo con acento tan profundamente sincero, que él la miró sorprendido, como el que recibe de manos a boca una importante revelación.

Desconfiaba por algunos párrafos de las cartas de Beba que no era muy dichosa, y por eso creía adivinar en las palabras de ésta, tan sencillas y naturales, un sentido oculto, una alusión a algo de que los dos estaban en antecedentes. Sin saber de qué se turbó, y por disimular su turbación dijo:

—Te encuentro delgada.

Ella esquivó la mirada de Ribero, y entonces éste prosiguió cambiando de asunto:

—Conque tenías ganas de volver; yo creí que ya nos habías olvidado.

—¡Olvidado!... ¡no lo sabes tú bien! — dijo haciendo un gesto muy expresivo y tuteándolo según la costumbre que había adquirido de pequeñita, un poco por lo joven, cariñoso y retozón que era su tío, y otro poco porque a éste le placía oirse tutear y le había dicho mil veces que así lo tratase. — Puedo asegurarte sin mentir ni *en esto*, que no ha transcurrido un solo día sin que pensara en ustedes. Aquí se respira, se vive... a mí me gusta mucho el campo. Créeme, Tito, si de mí dependiera no volvería a la ciudad. Pero a *él* no le gusta el campo, cree que es cosa de salvajes: en cambio a mí me revienta la ciudad con su vida frívola e insípida. Allá me encuentro como encajonada, pareciéndome que todas las paredes donde se clavan mis ojos acostumbrados a la distancia, están a punto de desplomarse sobre mí... En fin, que sigo con mis aficiones de cabrita montés y no puedo amoldarme a una vida llena de fórmulas vacías, y circunscrita a ciertos quehaceres, paseos y diversiones. ¿Recuerdas la nostalgia que se apoderó de

mí cuando tú y mamá me pusieron en el colegio? Pues bien, en Montevideo me ataca la misma murria; me encuentro sola, extraña a todo y a todos, como gallina en corral ajeno. ¿Y tú, Tito, qué tal? — añadió dándole por segunda vez aquel nombre cariñoso, que era un derivado de tiito.

—Así, así; si no trabajara tanto, me aburriría soberanamente.

—¿Seguirás herborizando, eh?

—No; desde que te fuiste no he agregado un solo vegetal a mi colección. Ahora me fastidia eso.

Y los dos callaron, Beba haciendo esfuerzos para ahogar el vivísimo deseo que sentía de espontanearse, y él conteniendo a duras penas las mil preguntas que se le venían a la punta de la lengua, y que consideraba indiscreto formular. De pronto, sacudiendo la cabeza, como si quisiera alejar tristes pensamientos, acertó a decir, entre pesaroso y risueño, mirándola cariñosamente:

—¡Si vieras el chocolate que me dan por las mañanas!... parece hecho con ladrillo, y muy claruchо; poquitas veces, en gracias de Dios, he echado de menos el que tú me hacías, con manteca, algunas gotas de curaçao y qué sé yo qué otros ingredientes.

"¡Pobre Tito!" pensó ella enternecida, con los ojos arrasados en lágrimas, como si hubiera oído una cosa muy triste; "me lo tienen medio abandonado, pero para algo he venido yo aquí: desde mañana le haré yo misma el chocolate, y con huevo, que era como más lo apetecía."

Los Benavente caminaban veinte pasos atrás, examinando con disimulo y fingida indiferencia cuantos objetos se les ofrecía a la vista. Deteníanse a veces algunos segundos, para hundir la mirada en éste o en

aquel sitio, y luego, sin decirse palabra, tornaban a caminar, muy graves, circunspectos y firmes en la conducta que como gentes de muchas campanillas se habían trazado, de no admirarse de nada ni por nada.

Ramoncito, el yerno de los Benavente, que no estaba en aquellos tan refinados *tiquis-miquis* de la corrección, y usando de más espontaneidad cometió la manifiesta imprudencia de admirarse muy sentidamente a la vista de los hermosos sementales, que alojados en bonitos boxes y sujetos por relucientes cadenas de bronce al argollón de los pesebres, lucían las gallardas formas; pero tuvo que ahogar su entusiasmo porque doña Pepa, frunciendo los labios y entornando los ojos, le dijo a la pasada, con muchísimo retintín:

—¡Ramoncito, Ramoncito, no seas inconveniente!

A la sombra de una de las muchas acacias que rodeaban la huerta, hizo Ribero colocar algunas sillas que ocuparon los Benavente, en tanto que él y Beba, so pretexto de ver el estado de las siembras, recorrían en todos los sentidos la chacra, destripando terrones, pisoteando alfalfares, y hundiendo los pies hasta el tobillo en algunas partes de la tierra recientemente rastrillada.

—¡Qué hermoso es esto! — exlamó Beba, respirando con fruición el aire aromatizado de la huerta — ¡qué hermoso, qué hermoso! — repitió clavando los ojos en una parte de la colina que cortada por el arado en triángulos y paralelogramos regulares y de varios colores, producía un efecto tan pintoresco como peregrino. Fracciones de tierra negra y húmeda se extendían acá y allá, separadas por angostas sendas de otras de color amarillento-pardusco, resecas por el sol; el verde subido e intenso de la cebada resaltaba

sobre el verde apagado de la alfalfa recién nacida, que iba embadurnándose más y más a medida que aumentaba de tamaño, hasta terminar allí, donde había florecido, en un tono oscuro mate; algunos retazos del terreno cubiertos de maíz y habas salpicaban la chacra en muchos lugares, y las hortalizas esparcidas al capricho por toda ella, concluían de exornarla con sus ricos y vigorosos colores. Cuando una ráfaga de viento besaba los sembrados, la huerta se encendía en mil reflejos: tintas de oro cambiaban las panojas del maíz y las espigas del *balango*, violáceas-azuladas las flores de la alfalfa, rojas y verdes las hortalizas, cual si aquel pedazo de tierra regularmente cortado y matizado por tan varios colores, fuese uno de esos disformes brillantes de los cuentos de hadas cuyas facetas lucieran al sol sus múltiples luces.

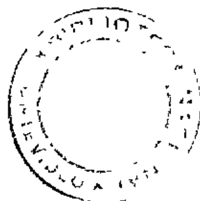
"Tienen ojos y no ven; seguramente no experimentan lo que yo" — se dijo Beba fijándose en los Benavente; y dirigiéndose a su tío agregó en voz alta:

—Esto es lo que me faltaba y lo que a mí me gusta; pero es posible que haya gentes que no sientan y aprecien estas bellezas... sí, sí, esto es lo que yo echaba de menos en Montevideo.

—Padecías la nostalgia del Embrión, — dijo Ribero en tono de broma, y acordándose repentinamente de la resolución y contento con que Beba le había contestado afirmativamente, cuando le preguntó si deseaba casarse; resentido por el sonoro e inesperado *sí*, cuyo recuerdo todavía lo lastimaba, agregó enarcando las vigorosas cejas:

—Siempre supuse que tus gustos y aficiones no encajarían en aquella casa; te lo dije, pero tú no me hicistes caso y ahora...





—Es verdad, —le interrumpió ella,— entonces no escuché tus consejos, pero, ¿acaso podía escucharlos? No, a nosotras las mujeres, cuando tenemos un capricho, no nos detiene nada, sólo deseamos satisfacerlo; — y luego se dijo para sus adentros: "Así nos sale la cuenta: generalmente pagamos un capricho con la desgracia de toda la vida;" — y se puso a pensar, mientras caminaba por la chacra, en que su casamiento, que ella siempre tuvo por extraordinario suceso que le había de acaecer andando el tiempo, hubiera acaecido ya, fácil y sencillamente, como una cosa cualquiera e insignificante.

Ella se casó como se casan la mayor parte de las mujeres, sin conciencia de lo que prometía al pie del altar, vendados los ojos y oscurecida la razón por pueriles caprichos del momento. Por lo demás todo ocurrió de la manera más natural del mundo. Principiaron los amoríos con Rafael, joven apuesto y bien parecido, por un tiroteo de miradas tímidas al principio, y luego francas e insistentes. Unas amigas, — ¿quién no las tiene para estos casos? — buscaron la ocasión de que se encontraran, y en aquella primera entrevista estuvo Rafael muy amable y cortés, aceptando ella sus finezas y galanteos por pura vanidad femenil, por tener quien le siguiera los pasos por calles y plazas, y quien le asestara los gemelos en el teatro. A ella le gustaba él por su elegancia, soltura de ademanes y desparpajo en el hablar; sintiéndose enorgullecida de tener rendido a un joven que gozaba entre la *crème* el preciado título de perfecto *mozo de salón*. "¡Qué bien se viste! ¡qué bueno y espiritual debe de ser!" — se decía. Por otra parte, era para ella muy divertido verse objeto de atenciones y preferencias que Rafael no cesaba de prodigarle, máxime

cuando todo ello no le traía pesadumbre de ningún género, ni cuidados mayores. Y en este estado hubieran languidecido sus amoríos hasta morir de consunción, como puros devaneos que eran, si un fortísimo antojo, un arrechucho de niña voluntariosa de los que con frecuencia le daban a ella, no hubiese convertido de la noche a la mañana aquellos insustanciales amores en pasión ardentísima.

Un paseo en bote por la bahía, ¡cosa más simple! tuvo la culpa de todo.

Ella iba sentada en la popa, manejando el timón e incitando a las señoritas y caballeros que remaban, a que redoblaran sus esfuerzos, pues uno de los botes que habían vencido al principio de la carrera recobraba el terreno perdido, amenazando darles alcance. Rafael vestido con amplios pantalones de dril a rayas y camiseta a la marinera, que dejaba al descubierto sus brazos bien torneados, de piel blanca y suave, remaba en el primer asiento, cerca de Beba. Cuando a fuerza de brazos y pulmones volvieron a distanciarse nuevamente del bote que los perseguía, un remero cansado ocupó el asiento de Beba y ésta el de Rafael, que de pie, echándose a cada impulso del remo hacia adelante, la ayudaba a remar. A los gritos de ánimo del timonero ¡hala, hala, hala! sentía Beba sobre sus rodillas la presión de las del joven y en el cuello su tibio aliento. Como si padeciera un mareo, sintió que la cabeza se le caía a un lado y a otro, a la vez que experimentaba en las mejillas un calor muy grande y la sensación de muchos miles de alfilerazos; no parecía sino que la sangre agolpada allí, iba a romper los poros de la piel y a escaparse por ellos. En tan críticos momentos, Rafael se inclinó más sobre ella,

y casi rozándole el rostro con sus labios murmuró muy quedo:

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero, — respondió Beba sin saber lo que decía, tuteándolo por primera vez.

Cuando llegaron al término de la carrera, seguidos por los otros botes, cuyos remeros hacían esfuerzos inútiles para alcanzarlos, Rafael dejando los remos y sin atender a la salva de aplausos que partían de todos los botes esparcidos por el puerto, posó en Beba una mirada tierna e interrogadora, y ésta le sonrió dulce y sumisamente: le pertenecía en cuerpo y alma.

Una impresión fuerte, ¡valiente cosa! y sin embargo esto bastó a Beba; por tan menguado detalle se sintió inclinada hacia él, hasta dar con tan estúpida pasión en las puertas de la iglesia. Vino después el arrepentimiento, pero tarde; cuando el mal no tenía imaginable compostura; cuando estaban casados y bien casados: por lo civil, por la santa madre Iglesia y para siempre...

—¡Qué pobre cosa somos! un grano de anís es una montaña en nuestra vida, — exclamó Beba, y asaltados ambos por iguales o parecidas ideas, fueron acercándose a los Benavente, que en aquel momento se las habían con grandes vasos de leche recién ordeñada.

—Aquí nos tienen exponiendo nuestros proyectos de vida campestre, — dijo don Pascual. — Yo opto por la vida salvaje; mucha leche, mucho *churrasco*, y nada de trajes apretados y a la moda.

—¡Jesús! — exclamó Mariquita, su hija, que para llamar la atención tenía la costumbre de admirarse por cualquier cosa.

—¿Quiere que nos convirtamos en charrúas?

—Poco menos; me parece que después de tanto recibo y sarao como hemos dado este año, nadie me negará el derecho de descomponernos un poco, eso es, de descomponernos un poco. ¿No cree lo mismo, amigo Ribero?

Este asintió sonriendo, y entonces dijo doña Pepa, que siempre reía las ocurrencias de su marido, y hasta cierto punto las exornaba y remataba con algo de su propia cosecha:

—¡Benavente tiene unas cosas!

"¡Qué majadero debe de ser este señor y qué insoportable esta señora!" — se dijo Ribero mirándolos a ambos con no fingida curiosidad.

Después de cambiar algunas frases insignificantes, Ribero y Beba se sentaron al pie de una acacia, cerca de don Pascual, pero sin oír la gárrula charla de éste, distraídos ambos en mirar a Bautista, el galponero, que montado en elegante sulky hacía trotar por las calles de la huerta una preciosa yegua doradilla.

—He domado todas las hermanas de Germinal para desarrollar sus huesos y músculos, y también para conocer sus cualidades. *Finura* es la mejor trotadora; fíjate cómo mete las patas de atrás. Es hija de la madre de Germinal. El primer potrillo que tenga con éste, lo criaré para padre. Esto es casi apurar el método de la consanguinidad, pero después de muchas vacilaciones me he decidido, porque ni Germinal ni su hermana tienen defectos que trasmitir; por el contrario, poseen hermosas cualidades que se sumarán en el hijo si no fallan las leyes de la herencia. Mi experimento no es otra cosa que la aplicación de la ley de los semejantes en su más lato sentido. ¿Qué te parece?

—Me parece una excelente idea, — afirmó ella; y a punto seguido se pusieron a hablar del porvenir del Embrión.

Ribero expuso sus vastos planes. Una vez que las experiencias practicadas en la cría caballar habían tenido el más lisonjero éxito, pensaba extenderlas al ganado vacuno y ovino. Tenía que hacer muchos y muy costosos trabajos preliminares, y que salvar no pocos inconvenientes para ordenar una cosa de suyo tan desordenada como era la cría de los ganados en grandes proporciones, pero bien merecía la pena de sacrificarse y devanarse los sesos la dulce perspectiva de un resultado tan hermoso como aquel que vislumbraba, y que era nada menos que llegar, por medio de una constante y prolija selección y de apareamientos razonados, a triplicar las cualidades más preciosas de las razas que se cultivaban en el país. A los caballos les daría belleza, talla y poder; peso y precocidad para el crecimiento y engorde a los vacunos, y a las ovejas vellones tupidos, parejos, de mucha lana y relativamente larga. Una tarea grande y hermosa en que ocuparse toda la vida.

Beba lo escuchaba estremeciéndose de placer cuando los pensamientos de Ribero coincidían con los suyos.

"Ya verá él, — se dijo, — cómo no he perdido el tiempo; también tengo acá yo mi grano de arena para la grande obra de la *cría razonada.*"

Principiaba a caer la tarde cuando regresaron a las casas. Al pasar por delante de los galpones, experimentó Beba un verdadero enternecimiento a la vista de *Comet,* el viejo toro padre de la estancia. Con los ojos entornados, luciendo los huesos al través del pellejo, medio dormitaba la pobre bestia frente a su ra-

ción de maíz molido, que así y todo, apenas podía masticar. Cuando los Benavente y Ramoncito llegaron allí, ella, sin temor de ensuciarse, se acercó a Comet, diciendo mientras lo acariciaba:

—Aquí tienes al fundador de nuestra actual ganadería; es imposible calcular los servicios prestados por este toro. ¡Pobre Comet, qué flaco está! — y luego dirigiéndose a Ribero interrogó: — ¿Este año no lo echaremos a las vacas, eh?

Sonrió éste, y arreglando con el pie la paja que le servía de cama al toro dijo:

—No está el pobre para fiestas; a duras penas he podido salvarlo este invierno, pero para el que viene me parece que nos quedamos sin Comet.

—Pues, señor, interrumpió don Pascual, sin quitarse de la boca el veguero que fumaba, — confieso que se me alcanza poquísimo de estas cosas... rústicas, pero francamente, el toro no me seduce; tendrá mucho mérito, pero lo que es la figura...

—Tiene que considerar que Comet cuenta veinte años muy bien cumpliditos; ¡si usted lo hubiera visto en sus buenos tiempos, cuando pesaba mil doscientos kilos!

En seguida para convencer a los Benavente, que mirando al toro sonreían con incredulidad, no exenta de impertinencia, hizo Beba una apología de los servicios prestados por Comet, y también de la noble estirpe a que éste pertenecía; poniendo al descubierto con sus palabras, su mucho entusiasmo y los peregrinos conocimientos que en la materia atesoraba. Dijo que por las venas de Comet corría sangre de *príncipes y duques*, nacidos en Inglaterra y descendientes de aquellos hermosos reproductores que los hermanos Colling vendieron al liquidar sus respectivas ganade-

rías, a precios estupendos. Según rezaba la partida de nacimiento del noble animal, era *Bates* por parte del padre, y *Booth* por la madre, de modo que en él se habían juntado para abrillantar su mérito, las dos sangres rivales de la variedad Durham. Enumeró después, los premios conquistados por Comet y varios de sus hijos en diferentes exposiciones, pero cayendo en la cuenta de que los Benavente no la oían, distraídos en ver a los murciélagos hender el aire con rápidos ziszás, cogióse del brazo de su tío y salió del establo con la cabeza gacha y el rostro nublado por repentino disgusto.

—¡Qué mundo éste, Tito! — exclamó.

Nada dijo Ribero a esto, y en silencio siguieron avanzando lentamente, envueltos en las tintas grises del crepúsculo, y como impresionados por el profundo desmayo en que poco a poco caía la naturaleza toda.

## III

Cuando Rafael y Beba se retiraron a sus habitaciones, el primero pretextando que estaba rendido del viaje, la besó en la frente, y abriendo la boca, desapareció por la puerta de la alcoba inmediata, donde le habían preparado una bien mullida cama.

—¡Te vas a acostar ya... son recién las nueve! Anímate hombre, ven a hacerme un rato de compañía, mientras yo arreglo mis ropas. ¿No tienes ganas de hablar?

—Lo que tengo es un sueño que no veo; ¿te parece broma un viaje de cuarenta leguas en ferrocarril y diez en coche? ¡friolera!

—Pues yo he hecho el mismo viaje que tú y no tengo ni pizca de sueño. — replicó ella un poco mal humorada. — Si hubiera sabido que te ibas a acostar tan pronto, me habría quedado charlando con Tito, que siempre se acuesta tarde.

Nada repuso Rafael, y ella dejándose llevar del deseo de comunicarse, de *abrirse* que le retozaba en el cuerpo, probó todavía a distraerlo, haciéndole algunas preguntas sobre la estancia y los hermosos paisajes que habían visto, pero como él sólo contestara con monosílabos, hizo un gesto de impaciencia y empezó a despojarse de sus ropas.

Crujieron los hierros de la cama de Rafael, y la voz de éste saliendo de entre mantas, articuló un "buenas noches" apenas perceptible; obra de un cuarto de

hora después, empezó a sentirse su respiración pausada y regular.

Beba se puso en una bata blanca de amplias y caladas mangas, y calzados sus diminutos pies por monísimas chinelas turcas, abrió las ventanas que caían al campo, y disfrutando del fresco que entraba por ellas, se ocupó en la prolija tarea de colocar ordenadamente en el lavabo, una serie de botes, frascos y chismes que iba desenterrando de una maleta muy cuca de piel de cocodrilo, que resguardaba no menos linda funda de percal con muchas hebillas y correítas.

Colocó primero los frascos de mayor tamaño, violeta, rosa y piel de España para la cabeza, Colonia y vinagre de toilette para las ropas interiores y el agua de lavarse, y junto a éstos alineó algunos más pequeños de esencias y perfumes, el ilang-ilang, el heliotropo blanco y otros y otros, que pronto cubrieron todo el estante. En la piedra dispuso el perfumador, la caja de polvos, la pasta para los dientes y algunos botes y chirimbolos, que con sus formas raras y colores bonitos le dieron un aspecto muy mono y coquetón. Luego, tocando acá y allá con sus hábiles manos, ahuecó y compuso artísticamente en un periquete, los pliegues del cortinaje, que mustio, desairado y medio ocultando el mueble, caía hasta el suelo.

"Esto ya parece otra cosa: huele a Beba," — se dijo retirándose dos pasos para apreciar mejor la vista que presentaba el lavabo. — "Mañana le daré las gracias a Tito, por haberme reservado mi antiguo aposento, mis muebles y libros, mis poetas íntimos," — añadió sonriendo al recordar los sueños de oro y deseos y ansias de *un no sé qué* muy dulce y amable que la continua lectura de A. de Musset y de Becquer le habían producido años atrás.

Sobre la mesita colocó la carpeta de escribir y algunos libros, y ocupada en la restauradora tarea de darle a la alcoba su primitivo aspecto, anduvo en continuo trajín durante un par de horas, con el cuerpo muy ágil y la imaginación despierta. A veces se detenía, miraba en derredor como buscando algo que ilustrara su memoria, y una vez encontrado el objeto, tornaba a pasearse de un extremo a otro de la alcoba. pensando y fantaseando.

Sin sueño y sin tener con quién hablar de los dulces sentimientos que en aquel instante la embargaban, arrimó la mecedora al balcón, y columpiándose suavemente, se abandonó a ellos, mientras hundía la mirada en la desierta llanura, que sin perder un momento su monótona regularidad, fundíase con el horizonte allá a lo lejos.

Bien conocía Beba la porción de tierra circunscrita por la media naranja del cielo que el sol recorría diariamente, surgiendo por la mañana de la espesura del monte, y ocultándose por la tarde, tras el corpulento *ombú* que guarecía el *rancho* de la vieja Pepa, antigua y única partera del lugar. Corriendo por aquellos campos había ido creciendo bajo el amparo y suave tutela de dos seres amados, Berta, su madre, una mujer de aspecto dulce y bondadoso, aunque enfermizo, y el hermano de ésta, Gustavo, el *patrón*, como le nombraban las gentes de la estancia. Ambos adoraban en ella: Berta con amor profundo, reflexivo y melancólico; Gustavo con cariño retozón, como correspondía a sus pocos años y robusta salud de cuerpo y de alma. Las desocupadas avecillas del monte no disfrutaban más libertad que ella gozó en su infancia, un poco por prescripción facultativa, y otro poco por condescendencia y mimo de Berta y Gustavo. En punto

a recreos y ejercicios hacía verdaderamente lo que le venía en voluntad: tan pronto mataba *cachirlas*, como se perdía en el monte a caza de grillos, como saltaba a la cuerda y rompía juguetes y muñecas.

Interminables eran sus excursiones por el campo. Días hubo en que siguiendo la mansa corriente del Cacique, matando sapos, lagartijas y otras alimañas escondidas en las grietas de las barrancas, se alejó de la casa una y dos leguas. Palmo a palmo conocía las orillas del arroyo, y una a una las angostas y tortuosas sendas que abrían en los pajonales las vigorosas cabezas de los carpinchos, divirtiéndola en extremo ver cómo éstos a su vista, se arrojaban al agua resoplando amedrentados. Generalmente armábase de una *fija*, algo así como un tridente pequeño, y con sigilo, cautela y todas las precauciones del cazador furtivo, exploraba el Cacique, procurando clavar a la sabrosa *tararira*, que en las horas de sol fuerte dormita sobre las aguas.

Sin que la intimidara la soledad, sin apuros ni cuidados, y tejiendo en su fantasía extrañas quimeras, vagaba a la ventura, hasta que el hambre, y sólo el hambre, la hacía volver, para presentarse a Berta con los carrillos encendidos, echando fuego, suelta y enmarañada la rubia cabellera y hechas una lástima las sayas de percal.

Prescribióle esta vida de cabrita montés el mejor médico del pueblo. Como Beba era un poco anémica, juzgó oportuno darle amplia libertad; que corriera, que saltara a su gusto; la naturaleza había de vigorizar la planta endeble que parecía no tener fuerzas para vivir, y así fue: las mejillas de Beba se colorearon pronto, y su cuerpo pequeño y un tanto raquítico, empezó a desarrollarse briosa y lozanamente, como si

fuera infiltrándose en él la exuberante vida que por todas partes la rodeaba.

Aquella capa de tierra que le daba el tesoro de la salud, y con la cual vivía Beba en continuo contacto, en íntima comunicación, tomó en su mente la simbólica forma de una matrona, muy hermosota y muy sensible, a la cual, por explicable agradecimiento, cobró hondo y vivísimo cariño. Y bordando y bordando en el bastidor de su rica fantasía, llegó a atribuirle un lenguaje muy elocuente y expresivo, que ella interpretaba de un modo singular: sintiendo sensaciones análogas a las que de seguro sentía la simbólica matrona. Por la mañana, con los pies humedecidos por el rocío y el cuerpo anegado en un ambiente fresco y oloroso, respondía de este modo al lenguaje de la matrona: experimentando dentro del pecho una inefable frescura y un contento tan grande que la hacía correr y correr por el campo hasta caer en el suelo desfallecida. En las horas de sol fuerte era otra cosa: la matrona parecía dormitar acariciada por sueños voluptuosos; del pasto ardiente desprendíanse aromas cálidos y excitantes; las flores, dobladas sobre sus tallos, desmayábanse con las caricias del sol, y ella participando de este muelle adormecimiento, sentía agradable languidez y dulcísimo sueño que la llevaba a dormir la siesta... Por la tarde, como a la matrona, una dulce tristeza la embargaba. A veces queriendo interpretar mejor el lenguaje de aquélla, hundía la cabeza en el húmedo surco de la tierra recién abierta por el arado, y entonces experimentaba sensaciones muy peregrinas, inexplicables: se le dilataban los pulmones, bailoteábale el corazón dentro del pecho de un modo inusitado, corríale la sangre por las venas impetuosa y atropelladamente, y todo su ser vivía más

de prisa, al influjo de aquel verdadero vaho de vida, que penetrando su cuerpo por todos los poros de la piel, parecía llenarlo de vigor y de salud.

Cuando cumplió diez años le prohibieron aquella vida libre y desocupada que también tenía serios peligros. Era necesario educarla, y Berta se propuso instruirla en las primeras letras, pero la niña se rebeló; no prestaba oídos a las amenazas de su madre; cuando ésta la creía ensimismada en el estudio, era cuando Beba escurriéndose como una lagartija, después de dar al traste con los cuadernos de palotes, huía al campo.

Por vía de castigo decidieron ambos hermanos ponerla en el colegio. Entonces empezó a deslizarse para Beba una vida sin encantos; la amistad y agasajos de las otras niñas no la cautivaban, sus juegos no la distraían, muy al contrario; mirábalos con enojo, porque les brindaba a sus condiscípulas un placer que ella no podía gozar. Y así, sintiendo éstas y otras análogas desazones, se estaba en el colegio, sin comunicarse con nadie, devorada por una aversión secreta contra la alegría de las demás niñas, siempre triste y huraña, como pájaro arisco robado al monte silencioso y prisionero en bulliciosa pajarera.

A la hora del regreso un temblorcillo nervioso apoderábase de ella; parecía revivir. Con el oído alerta y conteniendo la respiración, oía a la portera pronunciar los nombres de las pocas niñas que sus sirvientas venían a recoger: cuando aquélla pronunciaba el suyo, salía brincando de la clase, subíase sobre el *petizo*, y a todo galope regresaba al Embrión, respirando fuerte, ansiosamente, como si en la sala del colegio le hubiera faltado el aire.

En una quietud enfermiza y constante murria se trocó la antigua e infantil alegría que llevaba Beba a vagabundear por los campos; tornóse muy juiciosa; no apetecía juego ninguno; con una formalidad impropia de sus años ayudaba a Berta en el desempeño de los quehaceres domésticos, y cuando ésta la dejaba libre para que se recrease, no iba como antaño a recorrer las orillas del Cacique, ni a brincar alegremente por la llanura, no: se dirigía a su dormitorio, y allí sola, oculta a las miradas de Berta, cuidaba del aseo de su personita, permaneciendo horas enteras delante del espejo, contemplándose, admirándose...

¿A qué se debía este repentino cambio? Hablaron largamente de ello Berta y Gustavo, pero sin acertar a explicar la causa de tan rara metamorfosis. Intranquilos, temerosos observaban la evolución del carácter de la niña. Berta, sobre todo, poseída de un triste presagio que le sugería el recuerdo doloroso de su único e infausto amor, pasaba la vida en un puro sobresalto. El continuo desmayo y abatimiento de Beba, el afán que ponía en componerse y asearse, y el apego a la soledad, le recordaba con miedo su niñez, llena de ensueños y amores ideales. Beba también padecería los arranques de corazón que tan caros le costaban a ella, y como ella seguramente, su niña, ¡su querida niña! sería también desdichada.

Ribero olvidó pronto los temores que al principio lo habían asaltado. Las *rarezas* de Beba le parecieron cosas de la edad, sin importancia alguna, pero hízole pronto variar de parecer la observación de un hecho elocuente. Un día Berta, con las mayores precauciones lo llamó y llevándolo hasta la sala, le indicó que se fijase en la ventana que caía al jardín: allí estaba Beba con la cabeza apoyada en los barrotes de hierro;

de sus ojos inmóviles, clavados como saetas en un punto del espacio, caían gruesas lágrimas que le rodaban por las mejillas sin que el rostro expresara el menor sufrimiento.

"¿Qué tienes, qué te pasa, por qué lloras?" — le preguntaron; pero ella sin contestar sonrió forzadamente y luego, avergonzada, echó a correr hacia las piezas interiores, dejando a los dos hermanos suspensos y conmovidos, como si de manos a boca se hubieran encontrado con una gran desgracia.

"Te lo he dicho, Gustavo, te lo he dicho, mi Beba será muy infeliz," — prorrumpió Berta entre lágrimas, abrazándose al cuello de su hermano.

Ribero figurándose que el colegio era perjudicial a la niña, se propuso completar él mismo la educación de ésta. Berta, dudando de la necesaria severidad del nuevo pedagogo, mostróse en un principio, rehacia al proyecto, pero él tanto hizo, que al fin ella lo dejó disponer a su antojo. Sin embargo, solían tener serias disputas. Beba recordaba aún las palabras que un día pronunció Ribero para acallar los temores de Berta, palabras que se le grabaron fuertemente en la memoria, aunque su oscura penetración de niña no alcanzó a descifrar claramente.

"A pesar de tus razones yo sigo en mis trece. Tú eres su madre y puedes hacer lo que te plazca, pero yo siempre me opondré a que Bebita vaya al colegio. He observado que el trato de las otras criaturas la apena, quizá porque al franquearse con ellas se ríen de sus ideas extravagantes de niña romántica y dada a ensueños. Eso es malo y puede traer peores consecuencias. Acuérdate de lo que dijo el médico: "A esta edad y con su carácter cualquier burla hiere el corazón con una herida difícil de curar, y que si se

cura, al cicatrizarse, suele dejarlo encogido para toda la vida." Por su instrucción y educación no te apures. ¿Me crees tan inculto o poco experto que no sepa instruir a una criaturita, poniéndome formalmente a hacerlo? y además, ¿para qué estás tú? Ya verás cómo con un poquito de trabajo la educamos e instruimos, en cuanto haga falta para que sea una verdadera señorita mientras permanezca soltera, y una perfecta esposa, si es que se casa. Los profanos no alcanzan a comprender lo difícil y peligroso que es educar. Hay que estar en todo y preverlo todo, para que la educación produzca sus saludables efectos, sino mal negocio. Nunca olvidaré lo que repetidas veces me dijo al respecto mi catedrático de filosofía. Muchos conocimientos en la cabeza de un niño, son como un arma de dos filos, peligrosa siempre; con ella corta y a veces se corta con ella. Yo he ido a exámenes de señoritas que hablaban de psicología con la misma frescura que pudiera hacerlo Bernard: "las impresiones son corrientes nerviosas, el corazón un músculo hueco, muy hueco!" y después de todo esto, dice que se les rompe el tal músculo de amor y mueren de puro románticas. Dime tú ahora si son perdonables tales contradicciones. No, los conocimientos deben entenderse y aplicarse, de otro modo de nada sirven y causan la risa de esas dentaduras artificiales que para todo son buenas menos para mascar. Huyamos como al fuego de tales ridiculeces; y nada de darle a Bebita esa ciencia pedante y mal digerida de los colegios, que suele acarrear, andando el tiempo, no pocos daños.

"A fin de que sus conocimientos no sean vano palabrerío, cultivaremos a un tiempo su inteligencia y su corazón, de esta manera: tu formarás la parte *vi-*

*driosa*, íntima y esencialmente femenina de la mujer, lo que nos la hace adorable a los hombres; yo el ser inteligente y reflexivo; tú le darás esas exquisiteces del sentimiento que convierte a la menos agraciada de su sexo en amable criatura, y yo le daré del mundo una intuición, ni muy vulgar y prosaica, ni muy poética y encumbrada, mezcla saludable de ambas cosas, que ilumine su cabeza disipando las nubes de temprano romanticismo que la oscurecen, sin que esto implique dejarla caer en grosero prosaísmo. Eso, eso, ni ángel ni demonio, pero ambas cosas a la vez; lo que al fin somos: monigotes de barro que anima una chispa del fuego divino. Tu hija es sumamente sensible y sobrado precoz para que puedan educarla maestras o *institutrices* que no sientan por ella el cariño que nosotros sentimos," — agregó por último sombríamente.

Los dos hermanos emprendieron con amorosa solicitud la tarea de educar a la niña; pero cuando sus desvelos empezaban a dar el apetecido fruto, Berta consumida por la honda pena que desde años atrás roía su existencia, cayó en cama para no levantarse. La enfermedad arrancaba de largo. Después de la muerte de Miguel, la tristeza se había apoderado de ella. El pesar necesitaba de toda la sangre de su cuerpo; los pulmones se resintieron y apareció la tisis. De buena gana se hubiera dejado morir, pero el nacimiento de Beba le dio valor y fuerzas; sin embargo, la terrible enfermedad había echado hondas raíces en sus entrañas y la inexorable sentencia, arrollando ruegos, cuidados y medicinas, se cumpliría al fin. Languideció; empezaron a dibujársele los huesos de la cara; se le hundieron las sienes, y los ojos, agrandados por profundas ojeras, miraban cada vez más tristes y melancólicamente. Corría el mes de agosto, frío

y lluvioso, cuando la enfermedad tomó tan desesperado carácter. Ribero y Beba se pasaban las horas sentados cerca de la pobre tísica, procurando aquél, arrancarla, con palabras de ánimo y esperanza, del abatimiento y tristeza en que había caído, pero ella, contra lo que generalmente sucede, no se dejaba alucinar; lo oía sonriendo, y luego, volviéndole la espalda para ocultar su dolor, lloraba silenciosamente.

Una noche, después de un vómito de sangre, llamó a su hermano, que dormía en la alcoba inmediata, y haciéndolo sentar muy cerca de ella, le dijo con voz fatigada y cavernosa:

"Quiero pedirte un favor, el último, Gustavo. Cuando mi Bebita tenga edad para comprender ciertas cosas, refiérele mi triste historia. Yo no me avergüenzo de ella, y mi niña, si la comprende, tampoco se avergonzará. No le ocultes nada; que conozca mi grande pecado aquí, en la tierra, que allá arriba quién sabe si lo es, pero al mismo tiempo explícale el grande amor que me indujo a cometerlo: así mi hija sabrá respetar mi memoria."

Se detuvo un instante para tomar aliento y luego prosiguió:

"Cuida mucho de ella; estudia sus menores actos, y sé su apoyo en la vida; repara que no tiene a nadie más que a tí... Yo desearía, pero quizás es mucho pedirte, que no te separaras de ella nunca, me entiendes, nunca, volvió a repetir, ¡ah! pero tú no me entiendes, nunca y que..."

No pudo continuar, y entonces Ribero comprendiendo que la vida de Berta tocaba a su término, salió precipitadamente de la alcoba, para volver a los pocos momentos trayendo a Beba en los brazos.

La tísica cogió entre sus manos la cabeza de la niña, y mirándola fijamente, se estuvo mucho tiempo, hasta que el corazón cesó de latir. La palidez de la muerte extendióse sobre su rostro terroso y demacrado, donde quedó impreso y así como vivo y palpitante, el acerbo dolor de no haberle podido decir a su hija todo lo que ella, por cruel experiencia, sabía del mundo y sus maldades.

## IV

Después de la muerte de Berta, Ribero se dedicó casi por entero a la educación de la niña. Las clases dieron principio en su mismo escritorio, que tenía visos de museo o gabinete de hombre de ciencia, merced a los curiosos objetos que profusamente lo adornaban: restos de animales antediluvianos, minerales y plantas secas, que él se entretenía en coleccionar en las muchas horas de ocio que le dejaban libres los quehaceres del campo.

Era el escritorio un salón espacioso, limpio y bien aireado; las dos ventanas que caían a la huerta, lo inundaban de hermosa luz, sin esos amarillentos reflejos que tanto lastiman los ojos del que estudia. Cuando estaban abiertas las ventanas, los olores del huerto subían hasta el salón, y entonces percibíase claramente, el canturreo cansado y soñoliento del quintero que abajo cavaba la tierra.

Sentíase Beba al entrar todas las mañanas en aquel recinto, presa de fuerte emoción. Los cráneos, mandíbulas, dientes y otros restos de animales fósiles, que se ofrecían a su vista, ya colocados ordenadamente en macizos estantes, ora esparcidos al capricho por el suelo, hasta sobre la mesa de escribir, le producían el respeto mezclado de temor religioso que suele sentirse en una sala de antigüedades egipcias, ante los restos fríos de otra edad. Lo que la sorprendía grandemente era un cráneo de megaterio, y la formidable armadura de mammuth que Ribero tuvo la encomiástica pacien-

cia de restaurar pedacito por pedacito. Siempre que él entraba en el estudio, dirigía una cariñosa mirada a la hermosa y rara pieza, y una vez Beba lo oyó decir, presa del loco entusiasmo del coleccionista: "Este es un gran ejemplar, no lo poseen en muchos museos." — Por eso ella miraba el colmillo de idéntica manera y con igual respeto, que en la iglesia a la Virgen del Carmen, que según el decir de las gentes, hacía muchos y muy portentosos milagros.

De mañana a las ocho, entraba en el escritorio: el pelo cuidadosamente peinado, limpias y recortaditas las uñas, y sintiendo todavía en las mejillas, la dulce frescura del reciente lavatorio. — "Buenas días, Tito," — le decía. — "Buenos días, querida," — le contestaba Ribero, al que siempre encontró hojeando algún libro o revolviendo los petrificados huesos; y después de besarlo, iba a sentarse frente a un gran armario repleto de curiosas piedras, toscas vasijas de barro, puntas de flechas, y otros chismes, y en cuya parte superior leíase en rojos caracteres estas palabras: "Arqueología India"; la bien nutrida biblioteca le quedaba a la espalda; a la derecha el precioso colmillo, el cráneo del megaterio y una centenada de restos antediluvianos, y a la izquierda la mesa de escribir del tío, cubierta de grandes y viejos librotes.

Con la gramática o la aritmética por delante hacía que estudiaba, pero su imaginación en alarma siempre, huía de tales estudios. Se distraía a menudo contemplando a Ribero, que, soplete en mano, *trataba por el fuego* un mineral cualquiera; mordíase los labios de risa al verlo con los carrillos hinchados, saltados los ojos y el rostro enrojecido a fuerza de tanto soplar, luego llegaba el duro trance de dar la lección, y como si no hubiera abierto el texto...

El principio de la historia fue lo que leyó con verdadero gusto. Las luchas de los bravos españoles con los indómitos charrúas, la interesaron en extremo; ella siempre *iba a los indios*, y por llegar prontamente al desenlace, leía unas tras otras las páginas, excitada su curiosidad infantil con tantos bonitos episodios e interesantes aventuras como en ellas se desarrollaban. Las lecciones prácticas eran también comidilla muy de su gusto. Salían juntos, y cogidos amistosamente del brazo, caminaban a la ventura; él sin darse punto de reposo en explicarle cuantas curiosidades y fenómenos le ofrecía la varia naturaleza, y ella escuchándolo absorta, con la boca abierta, como si las sustanciosas disertaciones de Ribero fueran una serie de cuentos muy bonitos y entretenidos.

Las pláticas versaban sobre zoología o botánica, extendiéndose casi siempre, por natural desenvolvimiento del discurso, a la zootecnia y a la agricultura, materias en las cuales había hecho estudios nada comunes. Una vaca mestiza de Durham, éste, aquel pasto, la *cola de zorro*, el trébol, le proporcionaban sabroso tema para hablar dos horas, no mesurada y fríamente, como un hombre de ciencia, sino con calor y pintoresca frase, que iba aficionando a Beba a las cosas de la estancia, a las que, por otra parte, era naturalmente inclinada.

A las orillas del Cacique se dirigían generalmente. Con las piernas metidas en barro, arremangados los pantalones, sin hacer caso del sol, que le hendía la cabeza, ni del agua que, filtrando el recio cuero de sus zapatos de caza, le humedecía los pies, hablaba y hablaba de la vida de millares de seres que Beba ni aun en sueños había sospechado su existencia. Una vez que lo oyó disertar largamente sobre la repro-





ducción de las algas, preguntóle de regreso al Embrión, después de haberlo pensado mucho:

"¿Tito, las flores sienten amor como las mujeres?"

"No tanto, querida," — le contestó él riendo a carcajadas, y luego poniéndose repentinamente grave, agregó muy despacio, como si no estuviese muy seguro de lo que iba a decir: "No tanto, pero no creas que mucho menos tampoco."

El desmedido amor de Beba por la Matrona, que Berta juzgándolo loco y dañino trató de reprimir, crecía al calor de las palabras de Ribero, aunque bajo otras formas y matices. Sentía vivamente y apreciaba las bellezas naturales, y por otra parte, iba interesándose en la cría de la estancia y en los problemas zootécnicos, que tanto preocupaban a su tío. Con sumo placer departía con él de razas y cruzamientos, y a veces, hasta lo ayudaba a hacer croquis y planos de galpones, o a buscar la genealogía de tal cual toro en el *Herd Book*. Sin dejar por esto sus resabios de niña amiga de adornos y perifollos, tornóse muy laboriosa y dada a la meditación; sin embargo, sus estudios no pasaban del piano y la pintura, y las meditaciones, lejos de ser originadas por algún grave tema, no eran otra cosa que devaneos de su imaginación, que arrancaban de cierto inconsciente pero afiebrado deseo de estudiarse e interpretar lo que desconocía del mundo y del amor, sobre todo desde aquel tiempo en que, con el florecimiento de su sexo, sentía cosas muy raras, alegrías inauditas, tristezas inexplicables y sueños voluptuosos. — "¿Cómo soy yo? mi mirada es triste como la de Ofelia, camino así, siento esto, ¿qué será?" — y se personificaba con todas las heroínas de las novelas que leía.

En Montevideo, donde pasaba los inviernos desde la muerte de Berta, se afinó su gusto y aprendió el difícil arte de vestirse con elegancia y agradar. De noche frecuentaba los teatros con Ribero, y de día, a excepción de algunas tardes en que sus amiguitas iban por ella para dar un paseo por las calles más concurridas, se dedicaba al cultivo de la música y de la pintura. Con todo esto, y la lectura de algunos buenos autores en verso y prosa, iba Beba adquiriendo mil atractivos que hacían de ella una criatura interesante, con sus perfiles románticos, un poco rara, pero a pesar de eso encantadora.

Frisaba Beba en los catorce años, cuando un detalle al parecer insignificante, vino a completar la obra de su transformación moral, a delinear el ser delicado y poético que como por arte de magia iba saliendo de la niña cerril, de la cabrita montés: este detalle fue el conocimiento de su origen y de la tristísima historia que lo envolvía. Una vieja, que en sus mejores tiempos había sido partera en aquellos parajes, fue quien le narró el suceso. Vivía cerca del Embrión, en un miserable rancho de bajísimo techo y torcidas paredes que amenazaban desplomarse, y Beba la visitaba con el pretexto de socorrerla, pero lo que la movía a ir allí, eran los ratos de solaz que le proporcionaba la vieja, refiriéndole anécdotas e historietas de las gentes del *pago*. De este quisque más y de aquél menos, de todos sabía alguna cosa, y su antigua profesión de partera, la hacía guardadora de muchos y muchos misterios que encerraban la honra de algunas familias... Un día, dejándose llevar de su incorregible labia, tuvo la imprudencia de referir algunos detalles de la historia de Berta; las tales palabras que enhoramala pronunció, excitaron la curiosidad de Beba, quiso saber lo

que su madre tuvo tanto empeño en ocultarlo, y a fuerzas de caricias y zalamerías, hizo que la antigua partera le refiriese el caso: era la historia de un idilio amoroso, destrozado a lo mejor por un suceso inesperado y trágico.

"Tu madre, dijo la vieja, fue la mejor moza de estos pagos. Aunque había nacido aquí no tenía el aire de una *campusa*, al contrario, su porte habría dado que envidiar a cualquier señorita del pueblo. Era de regular estatura y regordeta, pero tenía un talle que parecía se iba a quebrar de puro fino, así, y un *aquel* en la cara... ¡figúrate cómo andarían los mozos de por acá! De todas maneras y a todas horas le hacían la corte, como dicen los *puebleros;* pero ella como si tal cosa; sólo miraba con buenos ojos a Miguel Conde, un rubiecito muy bien parecido que desde mucho tiempo atrás le venía *arrastrando el ala.* Generalmente los veíamos juntos, y en las *yerras*, bautizos y otras fiestas no bailaba tu madre sino con él. Nadie se hacía cruces, porque se hablaba de casorio, y hasta sus enemigos — envidiosos de él y celosos de ella — llegaron a mirarlos con buenos ojos, al verlos tan lindos y tan enamorados.

"Hasta aquí iban las cosas a pedir de boca. Aunque los padres de Miguel y tus abuelos eran enemigos y hasta se habían *lanseao* en algunas revueltas, parecían mirar sin disgusto los amores de sus hijos, pero quiso la suerte *indina* que estallara la guerra, y los dos caudillos del departamento volvieron a encontrarse frente a frente. Tu abuelo capitaneaba a los colorados, y el padre de Miguel a los blancos. ¡Dios sabe las perrerías que se hicieron aquellos *condenaos!* pero Berta y Miguel, a pesar de todo, seguían queriéndose. Este, exponiendo el pellejo, se metía en la misma ma-

driguera de sus enemigos para ver a la pobre Berta, que se pasaba la vida entre angustias y sustos, con el Jesús en la boca. La vigilaban y hacían sufrir hablándole, adrede, de fusilamientos y degollinas. ¡Qué horas amargas pasó aquella pobre criatura! De noche, cuando todos dormían, abría la ventana y se estaba las horas muertas, esperando a su Miguel, con el alma en un hilo por la angustia de que algún grave percance le impidiese venir, o el temor de que lo sintieran los secuaces de su padre e hicieran una fechoría de las que acostumbraban. ¡Y qué peligros no arrostró él por acudir a la cita! A ocasiones se apartaba de los suyos quince o veinte leguas para darle a su prenda un apretón de manos y un beso al través de los barrotes de la ventana. Pero aquello no podía durar mucho. Una noche algunos hombres de la gente de tu abuelo, maliciando la cosa, *lo aguaitaron* para matarlo, pero antes de que Miguel se apease, Berta que por casualidad lo sabía todo, le advirtió el peligro, y aquél pudo huir abriéndose paso a punta de lanza, hiriendo a dos o tres, pues ya lo tenían como a zorro entre perros. Tu abuelo, Dios lo haya *perdonao*, por venganza y para castigar a la moza, decidió casarla con un brasilero ricacho, que desde tiempo atrás la pretendía; hablaron y todo quedó combinado para una semana después.

"Miguel lo supo, y medio loco vino a verme para que yo le hablase a la desdichada Berta: tanto me rogó que cedí, compadecida de aquel pobre muchacho. "Quiero verla por última vez, me dijo; que venga la noche antes de casarse, sino iré allí, y me haré matar como a un perro." Yo no sé cómo, pero el día señalado, a eso de la media noche, tu madre entró por esa puerta. "Así te quiero mi vida", — le dijo él, y pa-

sándole el brazo por la cintura, se internó con Berta en aquel montecito que se ve desde acá. Toda la santa noche estuvieron juntos, charla que te charla, y hasta me pareció oir risas y besos. Ya venía clareando el día cuando salieron del monte, y diciéndome Miguel que iba a acompañarla hasta el arroyo, siguieron caminando muy despacio. Yo estaba temiendo que alguien de la estancia los viese y pagaran caro su atrevimiento; pero ellos como si tal cosa. En el arroyo, en lugar de despedirse, se sentaron al pie de un sauce llorón, abrazándose y besándose repetidas veces. Iba a hacerles seña de que se separaran, cuando Miguel sacó el filoso cuchillo y cerrando los ojos lo hundió en el pecho de tu madre; después, abrazándose a ella, se partió de una tremenda puñalada el corazón. Allí quedaron juntitos. Berta se escapó arañando de las garras de la muerte, pero Miguel no: con el último beso le dio la vida."

La narración de este sencillo episodio conmovió a Beba dulcemente. "Mi madre amó mucho y fue muy desgraciada; sin duda está en el cielo", — pensó, y sin más sintióse acometida de grande admiración hacia su pobre madre, y orgullosa de ser la hija de aquellos dos seres que se habían amado tanto.

La vieja, después de una larga pausa, completó, sin saberlo, los pensamientos de Beba con lo siguiente: "Aquella noche fuiste engendrada tú; por eso eres la hija del amor".

¡La hija del amor! Estas palabras resonaron agradablemente en sus oídos. ¡Qué hermoso título! Al fin se habían juntado aquellas bonitas palabras para explicar su naturaleza y acaso su historia.

Beba perdió los últimos restos de la sana alegría de los verdes años; se hizo romántica y soñadora; sus

actitudes y ademanes se modificaron también; caminaba erguida, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, grave el paso y la soberbia cabeza echada hacia atrás, como bastardo que al conocer su excelso origen, sacude la vergüenza que le hacía bajar la vista y mira frente a frente, radiante de soberbia y altanería el antes abatido rostro.

Todo esto coincidió con sus primeros amores, unos amores ideales, muy dignos de habitar el encantado castillo de su poderosa imaginación. Fue el primer novio un joven de la ciudad, que salía todos los años al campo a pasar las vacaciones, y mientras ella lo tuvo lejos, mientras no se hablaron, todo fue muy bien. Se veían de tarde en tarde; él pasaba por debajo del balcón, luciendo en un bonito caballo el airoso continente; la saludaba, dejaba caer el jazmín que traía en el ojal y partía al galope seguido por las miradas de Beba. En algunas noches de luna viólo rondar el edificio y en otras sintió su voz dulce y melodiosa que saliendo de entre los pajonales del Cacique turbaba la solemne calma de la noche. Cuando se hablaron Beba tuvo un desencanto. No era aquel muchacho frívolo y vulgar el amante de sus sueños; ella quería un hombre que la amara como Miguel amó a Berta capaz de morir por ella.

El desengaño le trajo crueles pesares; se juzgó ofendida, engañada, y este convencimiento la hizo cometer mil extravagancias dañinas todas. Encerrábase en su habitación y frente al espejo veía cómo las lágrimas brotaban de sus ojos complaciéndose en creer que sufría mucho. Algunas veces movida por extraño sentimentalismo hacía fuerzas para llorar más; y otras sostenía largos y curiosos monólogos en los cuales las

pasiones que señoreaban su ser mostrábanse al descubierto.

"Soy bonita, interesante ¿por qué no parezco simpática? quizá porque soy un poco rara, menos vulgar que las otras. No me comprenden ni ellas ni ellos, ¡ah no! Por eso nunca tendré muchas amigas... ¡simpática! ¡simpática!... no quiero serlo, todas las simpáticas son feas o tontas, y sin embargo, ellas tienen novios; ¡pero qué novios!... así no quiero tenerlos. Si alguno de ellos se pareciese a mi padre, ¡ah! entonces segurísima estoy de que me amaría, y yo me dejaría amar, correspondiéndole con mil veces más amor, eso es, mucho amor, hasta morir. Lo que no comprendo es cómo me enamoré de *ése*... ¡también tengo yo unas salidas! y qué fácilmente lo olvidé, parece mentira, pero ya no siento ni esto;" y lo aseguraba dirigiéndose a su propia imagen retratada en el espejo, como si tratase de convencerla. "Nada, como si en la vida lo hubiese visto, ¡qué cosas tiene el corazón!..."

Cada nuevo amor, y tuvo algunos, aunque todos ideales, le acarreaba desabrimientos parecidos: su fantasía los bordaba en un santiamén, y el desencanto daba al traste con el bordado más presto aún. Con la amistad de sus compañeras le acontecía lo propio.

Estos tempranos descalabros de la ilusión la abismaban en hondas tristezas, de las cuales salía al fin, sintiendo hacia su tío un cariño grande, hondo, acrisolado por el sufrimiento.

Libre, aunque por breve tiempo, de enojosas preocupaciones, volvíase alegre y retozona; de gozo le bailaban las piernas, reíase sin motivo, y sus mejillas, pálidas ordinariamente, cobraban color y frescura,

como si un rayo de sol vivificante le hubiera bañado el alma, y el gozo de ésta se le asomara a los carrillos. Y en este estado de ánimo, solía abrazarse al cuello de Ribero, y decirle con sincera ternura: "¡Ah Tito, Tito! sólo tú me entiendes".

## V

En las primeras semanas que siguieron a la llegada, se mostró Rafael muy ágil y dispuesto. Levantábase al amanecer, y ya a caballo, ya en coche, acompañaba a su mujer y a Ribero a inspeccionar el estado de las haciendas, para lo cual hacían diariamente largas excursiones por las despobladas llanuras, que a Rafael se le antojaron interminables. Sus deseos eran buenos, pero resistía poco, sobre todo a caballo; cuando el sol empezaba a apretar de firme, dábale el *matungo* a un peón, y sin más ceremonias, ni hacer punto en la sonrisita que al verlo apearse retozaba en los labios de los paisanos, subíase al coche, estiraba con fruición las adormecidas piernas, y arrellanándose en los blandos almohadones, solía adormecerse esperando a Ribero y a Beba.

Por puro comedimiento, pero violentándose, aceptaba la invitación de penetrar en medio del ganado, para ver, corriendo no poco peligro, a los peones, que a todo escape y en medio de alegre gritería, apartaban desde el rodeo al *siñuelo* las vacas que se les indicaban. Lo ponía nervioso el atropellado correr de las reses, que rozándole las piernas con sus afiladas armaduras, giraban en torno de él, y un poco mal humorado la esbelta figurita de Beba, que sin apuros, con mucha serenidad y soltura evitaba los choques y encontronazos con simples desviaciones o rápidos cuarteos. Acabó, después de los primeros días, por quedarse en el coche. Cuando Ribero y Beba su-

bían en éste o aquel rodeo en sus respectivos caballos para examinarlo, él empuñaba las riendas, y desde el pescante veía sin peligro las bonitas y difíciles faenas camperas; luego, al regresar aquéllos, Ribero sudoroso y cubierto de polvo, y ella tan fresca como si hubiese estado a la sombra, pero eso sí, muy risueña y locuaz, les cedía el pescante Rafael y se tumbaba indolentemente en el fondo de la volanta, y haciendo esfuerzos, martirizando su voluntad para prestar atención a las explicaciones de Beba o su tío, permanecía horas enteras mirando con displicencia al través de las ventanillas del vehículo, la inmensa llanura que se extendía a su frente, a derecha e izquierda, uniforme, regular, sin nada que distrajera la vista, lisa hasta dar sueño... "La verdad es que no me divierto mucho" — se decía para su capote. A fuerza de experimentar diariamente semejantes y tan insulsas impresiones, empezó a aburrirse y a echar de menos la vida de la ciudad; la sustanciosa charla de los amigos en el *Barril* o en los bancos de la plaza; las partidas de golfo o billar en el club; el ir y venir de dos a cuatro por los patios y pasadizos de la bolsa, haciendo como que hacía algo, y finalmente el teatro, el Prado, las carreras, lugares donde se encontraba muy a gusto, y satisfecho por conocer a todo bicho viviente y ser de todos conocido. Extrañaba todo esto, pero lo que lo ponía de pésimo humor era romper con sus hábitos, violentar sus costumbres y mostrarse activo y diligente, él que era de suyo apático y comodón.

A la hora de levantarse costaba un triunfo hacerle dejar la cama. Beba tenía que zamarrearlo un buen rato para que abriese los ojos y balbuceara con voz gangosa las mismas palabras siempre. "Déjame dor-

mir un ratito más; ¡tengo un sueño!" Volvía ella a los cinco minutos a pincharlo y él a contestar lo mismo. Con los ojos cerrados, chorreándose la abullonada pechera del camisón, apuraba el vaso de leche que Beba le traía para obligarlo a incorporarse: en seguida volvíale la espalda a la luz y reanudaba el interrumpido sueño. Cuando se decidía a salir de entre mantas, lo hacía refunfuñando.

"Ahí tienes todo pronto: la camisa limpia, el pantalón, el chaleco, y hazme el bien de apresurarte. Tito hace una hora que nos espera", — le decía ella; a lo cual contestaba él generalmente:

"Si me apuras, ya lo sabes, tardo el doble. ¡Tito, Tito!... que se espere; tras que uno hace el sacrificio de levantarse..."

Estando en el portón, ya pronto el coche y Ribero y Beba dispuestos a partir, hacía falta enviarle dos o tres avisos para verlo llegar al cabo de media hora, con el rostro abotagado por el sueño, la nariz enrojecida por el frío, y el gesto displicente del que madruga contra su voluntad y las necesidades del cuerpo. Hacía esfuerzos por sonreir y formulaba siempre igual o semejante disculpa:

"Los he hecho esperar un ratito, ¿eh? ¡qué diablos! ésta tiene la culpa; ¡si me hubiera llamado fuerte!..."

El día de la yerra, por rarísima excepción, se levantó ligero; sin embargo, cuando bajó de su alcoba encontróse con que todos estaban levantados, incluso su padre y Mariquita, que eran los menos madrugadores.

—Hoy, como no tenemos apuro, supongo que me dejarán desayunar.

Aunque hablaba en plural, se dirigía a Beba, pero ésta sin contestarle, le preguntó:

—¿Cómo quieres ir? Mariquita y Ramoncito van a caballo y los viejos a pie.

—Pues a pie; haremos ejercicio.

Media hora después la comitiva se ponía en marcha hacia la *manguera*. Ribero y Beba caminaban adelante, y Ramoncito y Mariquita a un costado de los que iban a pie. Como esta última recién estaba aprendiendo a montar, no salía del trote, por miedo a que disparase el caballo, precaución por demás inútil, pues Ramoncito lo llevaba del cabestro. "Creo que no vamos haciendo muy airosa figura", — parecía decir el rostro contrariado de éste.

—Por la senda no hay rocío, — les gritó doña Pepa a don Pascual y Rafael, que se habían separado un poco a la derecha. — ¡Qué fresco agradable! ¿No creen ustedes que el cuerpo agradece el madrugar?

—¡Ah, ah! también tú sientes esas lindas cosas!... Pues yo te diré la verdad: siempre que madrugo tengo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza, — dijo Benavente, y entonó con cómico acento:

"Al salir el sol canta la perdiz"

—Estamos de acuerdo, no le veo la poesía al madrugón, — dijo por lo bajo Rafael, pensando en las poco gratas impresiones que sentía todas la mañanas al tomar junto con Beba el camino de los rodeos.

Tumbándose a un lado y a otro con los bruscos sacudimientos del coche, que le impedían dormir, renegaba en aquellos paseos de la curiosa terquedad de su mujer, que se había obstinado en hacerle participar, quieras que no, de la vida laboriosa de la estancia. "Vamos a ver, se decía sosteniendo mentalmente

animado diálogo con Beba, ¿cuál es mi papel en estas correrías? Ya lo he visto todo: ¿ahora que hago andando de aquí para allá, como *bola sin manija?* Para tí que te gusta y lo entiendes, comprendo que tenga grandes atractivos la inspección de los ganados, pero a mí me parecen todos iguales; además, ¿crees que es cosa divertida ir aquí horas y horas sin entender palabra de lo que ustedes dicen? Por otra parte, ya lo sabes, no estoy acostumbrado a estas danzas ni me hacen dichoso; a tí te agradan: en buena hora; a mí no: cada uno tiene sus gustos". Y se formaba el firme propósito de hablarle categóricamente a Beba en la primera oportunidad que se le presentase, pero la oportunidad llegaba y las palabras no le salían de los labios. Esto lo ponía de pésimo humor.

Sólo después que el aire de la mañana azotándole el rostro le refrescaba las facultades mentales, salía de su enojo Rafael, pero era para considerar fríamente lo mucho que le molestaba el tenaz empeño de Beba en hacerlo andar en tan malditos trotes. Aquello de vestirse en un abrir y cerrar de ojos y hacerlo todo de prisa y corriendo, levantarse temprano, sufrir ora frío, ora calor, y flagelar el cuerpo con tales meneos y otros peores si cabe, no se había hecho para él. "¿De qué les servía entonces a las gentes la fortuna?" — se preguntaba; — ¡ah! él entendía el mundo de muy distinta manera. Para él la vida cómoda y regalada, aunque no sintiera los cacareados goces y satisfacciones sin cuento que según Beba, saboreaban los seres que cumplían aquella sentencia del Evangelio que dice: *Ganarás el pan con sudor;* "ñoñería, decíase, todos no han de ser grandes hombres". Rafael, que era moral y físicamente sano, no acertaba a comprender la necesidad de atormentarse que sentía

Beba. Para su capote, aunque en público demostrase muy otra cosa, por no sé qué sentimientos de vergüenza, reíase de las declamaciones de su mujer, que creía picada del aguijón de lo grande y novelesco, y también de los sujetos que por avaricia, ambición o generosa actividad —en éstos no creía— se martirizaban con rudos trabajos por una parte y contenimientos del deseo y privaciones materiales por otra, y todo por redondear a la vejez una miserable fortuna, que poco, muy poco, habían de disfrutar, u obtener renombre tan fútil como pasajero. Por los hijos predilectos de los dioses sentía honda y sincera admiración. Allá para sus adentros, teníalos por una raza de seres superior a la que él pertenecía, y por eso mismo no trataba de seguirles los pasos.

Cuando llegaron a la *manguera*, los peones que lo tenían todo pronto y sólo esperaban por ellos, dieron principio al trabajo. Para que los Benavente conocieran la clásica yerra, se marcaron algunos terneros a la antigua usanza, es decir, a *pial limpio* y tirón seco. Un negro viejo sacaba del corral los terneros enlazados, y los peones daban con ellos en tierra pialándolos no bien salían brincando por la *portera;* pero luego siguieron marcando en los bretes, que era como desde algún tiempo atrás se practicaba aquella faena en el Embrión.

Beba les explicaba a los Benavente las diversas señales que se les hacían a los terneros para diferenciar su origen, y Ribero con los libros por delante confrontaba si la *señalación* del año anterior correspondía a la *marcación* del presente.

—Aquí tienen las hijas del toro viejo. A éstas no les ponemos la marca, pero las numeramos para saber las que dan mejores productos. ¡Pobrecita Zizi! —

exclamó rascándole la frente a una ternera blanca que la miraba con ojos llenos de ternura e inteligencia.

"A la verdad que sería mucho mejor que a mí me gustase todo esto, pensaba Rafael filosofando sobre su suerte, en lo alto del cerco; pero ¿qué hacerle si no me gusta, si no puedo?" — se decía comprendiendo sus mismos defectos.

Era indolente y despreocupado, un poco por costumbre y otro poco por naturaleza, por obra y gracia de un continuo apocamiento de ánimo para cualquier empresa seria, desmayo nativo de la voluntad que la vida frívola de los clubes hizo mayor.

Le temía al trabajo, más por las torturas del espíritu que por las fatigas del cuerpo. Tenía la creencia vaga y difusa, porque jamás se puso a pensar en ello con seriedad, sino así por incidencia y a la ligera, que para ser hombre de negocios, — en la política y las letras no pensaba, — era necesario martirizar el magín con enojosas reflexiones, tenerlo siempre en tensión para ver claro, y estas ideas lo ponían nervioso.

Su inteligencia era clara y vivaz, pero se fatigaba pronto: de aquí que huyera el acto de pensar. No podía envanecerse de deberle una mala jaqueca a los trabajos mentales. De pequeño jamás lo atormentó ese afiebrado afán que sienten los niños precoces de interpretar lo desconocido y misterioso que vela su concepto del mundo; nunca se paró a dilucidar en su primera juventud, entretenido con los placeres que la vida brinda a los jóvenes ricos, si ésto o lo otro era bueno o malo; él aceptaba o rechazaba las cosas porque sí, sin más discurso; si una idea nueva enriquecía su cerebro era prestada, recogida en la calle y no fruto de la noble elaboración de aquel órgano, y

de mozo siguió haciendo lo mismo: "Lo que sea sonará" — se decía, y dejaba que las dudas que a veces, muy pocas, atribulaban su espíritu, se resolvieran por sí mismas.

Como empezaba a levantarse polvo, Rafael aprovechó la coyuntura de estar Beba hablando con su tío para bajarse del cerco y acercarse al fogón, donde se chamuscaba el asado *con cuero.* Se encontraba muy bien allí, tomando mate y hablando con los peones, y se disponía a pasar un buen rato, cuando tuvo que acudir al llamado de Beba, que quería enseñarle los productos del último toro traído de Francia.

Al principio le parecieron entretenidas las explicaciones de su mujer, pero pronto confundió las señales y ya no entendió palotada; sin embargo, iba detrás de ella haciendo signos de inteligencia y aprobación. Y esto era precisamente lo que le alborotaba los nervios: fingir, tener que engañar, siendo, como era, profundamente sincero. Por eso también, él que jamás había contrariado los gustos y aficiones de su esposa, empezó a sentir desde los quince primeros días de su llegada a la estancia, invencible inquina contra la desmedida afición de aquélla al campo y sus faenas, porque por no disgustarla, veíase amarrado al duro potro de fingir admiraciones, sorpresas y contentos que estaba muy lejos de experimentar. ¡Si no le hubiera costado trabajo!... pero lejos de eso, era necesario que hiciese violentos esfuerzos para disimular su indiferencia cuando Beba le llamaba la atención a fin de que se fijase en una caprichosa quebrada del terreno, en un grupo de animales artísticamente dispuestos, o en un paisaje cualquiera. "¡Muy bonito, muy bonito!" — exclamaba por máquina, sin ver; y en seguida, como el caracol que se mete en su concha,

volvía a esconder la cabeza, y a tumbarse en los asientos del coche. "Pero, vamos a ver: si no son de mi agrado estos trotes, ¿por qué diablos no se lo digo? ¿Qué obligaciones tengo de hacer lo que no me place? ¿No soy libre?... " decíase todo nervioso. Alguna que otra vez, dejándose llevar de un arranque de maldad, rarísimo en él, no hacía por ocultarle a Beba la indiferencia que sentía por aquellas cosas que a ella tanto la entusiasmaban, experimentando al ver nublarse el rostro de ésta por su despego, una secreta alegría, un escondido y picante placer, que lo dejaba muy satisfecho, lo mismo que pudiera estarlo después de realizar una gran venganza.

Venciendo al fin la extraña repugnancia que le impedía decirle a Beba que lo dejase en paz, se atrevió a proponerle una mañana, no sin que sintiera su poquito de vergüenza: "Tú, si quieres, sal al campo, por mí no te apures; yo me encuentro mejor aquí, en las casas; me divierte mucho la pesca". Y como ella lo mirara sorprendida, agregó, separando los ojos de los de su mujer: "Esto no quiere decir que no te acompañe algún día que otro, pero no siempre, porque, francamente, me canso".

Pero ella sin hacer poco ni mucho caso de tales palabras, siguió exigiéndole que la acompañara, lo cual concluyó de malhumorar a Rafael.

Se desahogaba poniendo en solfa a la poesía bucólica. Hablaba de ella con indignación, con odio, como si la bucólica le hubiese hecho algo, y era que renegando así, le parecía protestar contra los malhadados gustos de su mujer. El tan pacífico y mesurado al hablar, lo hacía refiriéndose a la poesía pastoril, que tan sin cuidado lo había tenido siempre, con mucho fuego, empleando vocablos vigorosos, de nervio y

hasta imágenes y figuras retóricas, desusadas en su lenguaje ordinario. Beba, sin poder ocultar la risa que le retozaba en los labios viendo el cómico furor de su marido, y por otra parte asustada, temiendo que en una de aquellas endemoniadas ventoleras perdiese la razón, le decía, mirándolo de hito en hito: "Pero Rafael, ¿estás loco? ¿Me quieres decir qué te ha hecho la bucólica?"

Rumiando una disculpa guardaba silencio un poco mohino, disgustado de sus arranques, y con el temor de haberse puesto en ridículo inútilmente, para que Beba tomase el rábano por las hojas. ¡La bucólica!... a él le importaba poquísimo que los pastores de Teócrito tañesen bien o mal la flauta pastoril; sus furias iban dirigidas a la bucólica de su mujer, a los madrugones, a los solazos y largas correrías por la hacienda, que contrariaban los hábitos adquiridos por él en la regalada vida de la ciudad.

Pertenecía a la juventud elegante. Hasta los veinte su vida fue un continuo y pacífico aturdimiento. Vivía sin pensar en nada serio, sin anhelar cosa mayor, satisfaciendo las escasas necesidades de su espíritu con el comercio de algunas insulsas amistades, y el goce de los placeres que el mundo permite y hasta aconseja a los hijos de las familias *acomodadas*. Menganito, Fulanito, todos los de su edad y clase hacían lo mismo que él. Como estudiante, aunque era inteligente, no logró distinguirse: faltaba mucho a las clases y además apenas si leía las lecciones; las partidas de billar, la cancha de pelota, los paseos lo apartaban de los indigestos libros. Distinguíase entre sus compañeros de estudios por la aristocrática y apuesta figura. Vestía elegantemente lo mismo dentro que fuera de casa, y no por vana presunción, aunque de esto

algo había, sino por amor a su persona. Cuando estrenaba un traje de última moda, y las botinas le hacían un lindo pie, y el sombrero le caía bien a la cara, sentíase tan satisfecho de sí, que caminaba por las calles con mayor resolución que de costumbre, y todos sus ademanes eran más desenvueltos y enérgicos; al contrario, si las prendas de vestir no le sentaban tan gallardamente como él hubiera deseado, mostrábase un tanto cohibido e inquieto por el temor de no parecer bien.

Al obtener el título de elegante, calavera y buen muchacho, se vieron satisfechas sus aspiraciones. Los amigos lo recibían con los brazos abiertos, porque era llanote, servicial y nada envidioso, y en todas partes le daban muestras de simpatía: ¿a qué más podía aspirar? Andando el tiempo, cuando por parecerle tarea sobrado pesada dejó los libros, cayó en la cuenta de que le hacía falta un título cualquiera o alguna ocupación, aunque sólo lo fuese en el nombre, para disfrazar su nulidad, y entonces — luego de muchas reflexiones y de un detenido examen de sus facultades y aptitudes, examen del que salió bastante mohino y no poco avergonzado — optó por ser corredor de bolsa, ocupación que no necesitaba en quien la ejerciese otras dotes que aquellas que buenamente posee todo mortal, y de la que se serviría como de un escudo para defenderse del humillante desprecio con que los hombres de trabajo fustigan a los inútiles. Y ya en posesión de aquel título, se dejó correr. Los meses, los años se deslizaban para él con uniformidad encantadora; todos los días hacía lo mismo y recibía idénticas emociones: ni aventuras amorosas de esas que trastornan la existencia, ni una noche de orgía, ni una noche de juego alteraron su apacible existen-

cia; usaba, no abusaba de los placeres, y en todo se distinguía por la misma mesura. De los veinte a los treinta sólo guardaba en la memoria una fecha no común: la de su casamiento.

De casado siguió haciendo, con ligeras variantes, lo que hacía de soltero. Acostumbraba a levantarse a las nueve en verano y a las diez en invierno. En asearse y vestirse, invertía un par de horas; la limpieza de los dientes, peinado del bigote y aseo general, necesitaba la mitad de aquel tiempo; la elección de las prendas, las frecuentes consultas al espejo y el ir y venir por la alcoba tarareando un trozo de ópera, con su pastosa y bonita voz, requerían la otra mitad. En seguida de almorzar emprendía el camino de la bolsa. Bromeando con los amigos, dando vueltas por los corredores, y tal cual vez, las menos, realizando algún insignificante negocio que obtenía entre los amigos de su padre, se estaba dos horas en el local, sus horas de trabajo, y luego iba a contonearse por las calles concurridas, repartiendo sombrerazos a diestra y siniestra, hasta el ansiado momento de tomar el jerez o el *cocktail*, que era de ordenanza hacerlo por las tardes en las bodegas, que una refinación del vicio había antepuesto a las confiterías y cafés más lujosos, quizá porque las cubas, pipas y barriles que adornaban aquellos primeros lugares, y el mismo olor a mosto que trascendía de estos recipientes, le daban carácter al acto de beber.

Y en medio de su aburrimiento lo que echaba de menos era el jerez y el cocktail, no precisamente por el cocktail y el jerez, sino por la franca charla y amistosa broma que se gustaba de cinco a siete en los concurridos departamentos del Barril. Sentíase dentro de la famosa bodega como el pez en el agua: muy

a gusto, muy tranquilo. Allí no lo atormentaba el miedo de que algún tonto encaminase la conversación hacia enojosos asuntos: política, literatura, materias extrañas a su saber, en las que no podía emitir sus juicios, y que sobre darle sueño, le producían, aunque él no se lo confesara, molestos sentimientos de inferioridad, escozores del amor propio y otras desazones más o menos dolorosas, que le hacían huir la presencia cargante de los ilustrados. En el Barril no; todos los parroquianos tenían el mismo buen humor que él y calzaban los mismos puntos intelectuales: la charla juguetona y salpicada de donosos chistes, la broma intencionada y la murmuración, eran el alma de aquellas reuniones, donde encajaban los gustos de Rafael totalmente, sin recortamientos ni limaduras, y donde, por tener voz y voto como el más pintado, y la conciencia de que nadie podía mirarlo por encima del hombro, apetecía él estar. Era Rafael casi siempre el primero en llegar. Paseándose en el saloncito, hablando con el mozo del mostrador, esperaba a sus amigos para jugar a los dados el jerez y los puros. Agrupábanse siempre en derredor de la misma mesa, y envueltos en el humo de los pitillos, picoteando en mil asuntos con ese dicharacheo insustancial, pero lucido y bullicioso de los despreocupados impenitentes, discutían a la *secuencia* el gasto de todos.

Rafael era de los tertulianos el que con mayor fruición gozaba de este entretenimiento. Con mucha seriedad revolvía los dados dentro del cubilete de grueso cuero, imprimiéndoles movimientos regulares, hijos del estudio; y al arrojarlos sobre la mesa, hacía por cábala o por pura afición a las *fiorituras*, una *ese* de muy bonito efecto.

Cuando él tiraba los dados no se esparcían desordenadamente, la suavidad de la *ese* los hacía quedar juntos y en línea. Luego apoyaba ambos codos sobre la mesa, y esperando de nuevo su turno, seguía con atención los azares del juego. En medio de su entretenimiento, de su felicidad, lo único que lo ponía en cuidado era que el tiempo anduviese muy a prisa; ¡se encontraba tan bien él allí! Frecuentemente levantaba los ojos de la mesa para consultar el reloj, y si era la hora de retirarse, el disgusto oscurecía su rostro, risueño siempre. "Es verdaderamente incómodo eso de pensar que lo espera a uno su mujer" — decíase malhumorado. Triunfaba generalmente, aun en aquellos casos en que todos lo creían perdido; una secuencia inesperada, la mayor: cuatro, cinco y seis dábanle el triunfo, cuando no era un *paz* mondo y lirondo que hacía prorrumpir en exclamaciones a sus contrincantes.

En la estancia, fuera de su medio ambiente, extraño a todo, sin gustar los halagos y mimos con que su público, el público del club y del Barril, le acariciaban la vanidad, sentíase molesto, desazonado como si estuviera enfermo. Los complicados cruzamientos, el flamante método de criar y otros sabrosos temas tan caros a Ribero y Beba, lo aburrían a él soberanamente; pero no era eso sólo, a él lo atormentaba otra cosa más, un sufrimiento raro que a poco de aguzar el ingenio dio con su verdadera causa: era la presencia de Ribero que le producía, no dolor, pero sí desasosiego, malestar, tirantez nerviosa tan inexplicable como irritante. No lo había sondeado, pero estaba seguro, segurísimo de que discreparían, ¿por qué? no se esforzaba en averiguarlo, pero ello sería así. Desde el principio le fue Ribero antipático. El

carácter de éste, un poco independiente como quien tiene la conciencia del propio valer, elevado espíritu, hasta sus mismos gestos y ademanes, todo lo que viniera de él, en fin, fuese bueno o malo, inspiraba al hijo de Benavente vaga repulsión y un sentimiento hostil que no podía ahogar ni contener porque le nacía muy de adentro, de lo recóndito del alma. Cuando estaba junto a él oyéndolo dictar órdenes que todos acataban con el mayor respeto, o dirigiendo una faena de campo en la que elegía para sí el sitio de mayor peligro, sentíase mal Rafael, así como abrumado bajo la superioridad de Ribero.

Huyendo de éste y además de las fatigas de las excursiones, hoy con un pretexto y mañana con otro, empezó a escasear sus salidas al campo. — En esos días de completa libertad se levantaba a las diez; dormía una gran siesta en el ameno bosquecito que Benavente había descubierto a orillas del arroyo, y donde mataba el tiempo con la pesca o la caza con trampa; y al declinar el sol, aburrido de tales entretenimientos, tendíase indolentemente en la hamaca, y con la copa de oloroso jerez muy a la mano, contemplando distraídamente las espirales de su *monterrey*, que subían como a pulso por las mustias ramas de un sauce llorón, se deleitaba acariciando con el pensamiento la tertulia del Barril.

## VI

—Haz el favor, Pepa, de no meter tanto ruido, porque sino, se van.

—¿Qué se van?

—Los peces, mujer.

—¡Ah!

Esto decía Benavente en la orilla del arroyo, al tiempo que, con mucha calma y haciéndolo todo prolijamente, como quien prolonga adrede una grata tarea, ordenaba los chismes de pescar. Por él fue elegido aquel rincón escondido de la quinta como el paraje más ameno y deleitable. Era una gruta formada por el ramaje de los árboles, que se entrelazaban arriba sin dejar un hueco por donde pudiera penetrar un rayo de sol. Benavente, dos semanas atrás, armado de un cuchillo de monte y una azada, limpió el piso de la *Floresta*, — así la bautizó desde el primer momento, de las malas yerbas que lo cubrían; dióle ensanche cortando algunas ramas e hizo practicables las retorcidas sendas de entrada y salida, apenas perceptibles antes entre la apretada arboleda. De tronco a tronco de dos corpulentos álamos, tendió su hamaca, y en el punto más saliente y regalado de la orilla, que asombraba el ramaje de un *paraíso*, puso su banqueta como señal de propiedad.

"¡Hermoso!"

"¡Delicioso!"

Exclamaron las señoras cuando Benavente, una vez que satisfizo su afán de embellecimiento, se dignó mostrarles la Floresta.

"A propósito les he ocultado mi descubrimiento para que la primera impresión del bosquecito ya limpio y hermoseado, fuese más grata. ¿Eh, qué tal?"

Doña Pepa considerando los sitios que Benavente se había reservado, que eran los mejores, hizo una mueca de incredulidad que quería decir: "a otro perro con ese hueso", y exclamó:

"Comprendido, perfectamente comprendido.".

Todas las mañanas a la misma hora, desde el feliz descubrimiento de la Floresta, atravesaba Benavente el patio, con la escopeta al hombro, la caña de pescar en la diestra y en la mano izquierda una buena porción de diarios, y a buen paso perdíase por la calle central de la quinta, contoneando su corpachón de gigante, que hacía más imponente el casco de tela gris y amplia gasa que cubría su cabeza. Debajo de la enramada, disfrutando de la dulce frescura que hacía delicioso aquel sitio, entre leer, pescar y dormir se le pasaban la mayor parte de las horas del día, sin que él tuviese otro sentimiento que el no poderlas detener en su fugitiva carrera. Las señoras también disfrutaban de las delicias de aquel paraje; pero dormir la siesta arrulladas por los trinos de calandrias y jilgueros, que según don Pascual era lo verdaderamente encantador, eso no podían hacerlo ellas, pues en las hamacas no lograban acomodarse, y el suelo, aunque cubierto de tupido césped, era muy duro.

Algunas mañanas, cuando Ribero y Beba almorzaban en el campo, lo hacían los Benavente en la quinta, con mucho contento y algazara. Se divertían en grande sin reservas, dentro de la fraternidad de sus gustos. A esa hora en que empieza a levantarse el rocío, abandonaban las casas llevando todo lo necesario para no volver. La carga se la repartían entre todos:

la canasta de las provisiones, los dos mozos; la damajuana del vino, don Pascual, y las señoras el *reverbero,* la *yerbera* y otras menudencias; y cantando y riendo, entre saltos y carreras, seguían el camino del bosque, para entregarse cada cual, una vez allí, a su entretenimiento favorito. Doña Pepa asaba *choclos,* Rafael y Ramoncito ponían sus cinco sentidos en *echar suerte* con la *taba,* Mariquita hacía ramos de flores, y el ínclito don Pascual, disfrutaba las dulces emociones de un patriarca, procuraba amaestrarse en asar al asador los corderitos que se sacrificaban en el festín.

"¡Esto es hermoso, delicioso, candoroso! Tiene toda la ingenua poesía de lo primitivo. Así me figuro a nuestros abuelos, los hombres de las cavernas. ¡Qué encantadora sencillez! ¡Cuánta ternura hay en todo esto!" — decía poniendo toda la atención de que era capaz en seguir los menores movimientos del gaucho que oficiaba de cocinero, y que a su vez miraba, no sin extrañeza, a Benavente, sin comprender cómo un hombre tan grande podía enternecerse hasta lagrimear a la vista de un corderito asado. ¡Ah! sí; eran bien saboreados los paseos a la Floresta. Algunas veces, ya a caballo, ya a pie, emprendían largas excursiones, costeando las orillas del Cacique hasta su desembocadura, o visitaban el agreste bosque que dividía el campo al Sur, pero no lograban distraerse tanto como en aquel bonito paraje, que tan a mano se les ofrecía, y al cual se aficionaron de tal modo que concluyeron por vivir y hacerlo todo en él. La mesa donde Benavente escribía, los bastidores de bordar de las señoras, la maquinilla de café de Rafael, en fin, lo más necesario hubo de ir a parar a aquel sitio.

Don Pascual y Rafael, y también Ramoncito cuando no acompañaba a Beba, se entretenían cambiando el pacífico entretenimiento de la caña, por el belicoso ejercicio de la caza, para lo cual no era necesario que se incomodasen mucho, pues las torcaces, grandes y chicas, hendían el aire a cada instante por encima de ellos; se enteraban de las últimas noticias de la ciudad, haciendo comentarios con las señoras, y jugaban tal cual partida de ajedrez.

Doña Pepa y Mariquita invertían la mayor parte de las horas en la costura y el discreto solaz de los libros, y al caer de la tarde tomaban el camino de la laguna, amplio ensanche del arroyo que escondía intrincado monte de *ceibos, mata-ojos* y *bíraros*, y recatándose entre los árboles como púdicas ninfas, despojábanse de sus vestidos, y a poco interrumpía el poético silencio de la Floresta, una serie de agudos gritos, carcajadas y exclamaciones que hacían fruncir el ceño a Benavente y decir, recogiendo con disgusto aparejos y anzuelos: "Está visto que con mujeres no se puede pescar".

Antes de echarle el agua al mate, doña Pepa le preguntó a Benavente:

—¿Lo quieres con azúcar quemada o sin quemar?

—Quemada.

—Y con cáscaras de naranjas, ¿eh?

—Sí.

Retiró la caldera del fuego y con amoroso cuidado empezó a cebar el mate. Era ésta una ocupación muy agradable para ella, un resabio que conservaba de sus antiguas costumbres de muchacha de pueblo, y aunque en la ciudad iba de capa caída el uso del nacional brebaje, ella y algunas amigas ancianas y muy criollas seguían siendo devotas de él... oculta-

mente. En la Floresta mataba el tiempo ocupada en aquella tarea, cuando no requerían su atención los figurines o los libros de viaje. La lectura de estos últimos, era uno de sus apetecidos entretenimientos y a ellos debía un barniz de ilustración que daba sustancia a sus conversaciones, amenas generalmente, porque era de suyo graciosa e intencionada. Para saborear a sus anchas la lectura, se alejaba de Benavente; acostábase en el suelo muy cerca del arroyo, y con la cabeza apoyada en la palma de la mano, leía con avidez las pintorescas y poéticas descripciones de los viajeros. A veces una página donde se relataba amorosa aventura, removía el recuerdo de sus amores secretos y deseos de la pasada juventud, esos pecadillos de la imaginación que todas las mujeres han cometido y guardan como un elixir misterioso que les remoza la vida, en un rincón, el más escondido del alma; y entonces dejaba el libro, cogíase del brazo de su hija y riendo y jugando con ésta, como si fuese una chiquilla, vagaba por el bosque, entreteniéndose en coger flores silvestres, deteniéndose a cada instante para oir cantar los pájaros, poseída de un contento infantil y saboreando ocultamente el dulce recuerdo de unos amores de su juventud, que se habían deslizado muy poéticamente, confiados sólo a los parajes ocultos, a la discreta luna, y que la lectura y luego la Floresta con su trinar de pájaros y singular encanto, le traían a la memoria. Treinta años la separaban de aquellos primeros amores y todavía a su recuerdo, latíale el corazón con inusitada violencia, y su rostro cetrino, mudo e impenetrable de ordinario, adquiría expresión y vida e iba arrobándose, arrobándose hasta llegar, desviado por los años, al éxtasis religioso.

"¿Qué te pasa, mamá?" — le decía su hija en estos casos, mirándola sorprendida, y entonces doña Pepa entornando los ojos contestaba en medio de un hondo suspiro: "¡Ay! si tú supieras, hija mía, si tú supieras!"

Con el mate en la mano se acercó a Benavente.

—Toma, a ver si está a tu gusto, — dijo, y luego dirigiéndose a Rafael, que pescaba a diez pasos de allí, agregó: — acércate, si quieres.

Benavente dejó la caña en el suelo, y sin perder de vista la boya, apuró el mate.

—Me parece que vamos a pescar de lo lindo, — dijo; — en mi anzuelo pica mucho,

—En el mío también, pero no prende; como no sea tortuga.

—¡Adiós mi plata: si es tortuga están ustedes frescos! — exclamó doña Pepa.

—Vamos a ver, ¿por qué? — preguntó don Pascual mirando a su mujer con resignada benevolencia, como quien se prepara a oir un despropósito.

—Parece mentira que no lo sepas tú, que eres lo que se llama un pescador impenitente: el pescado huye de la tortuga.

—Cabe en lo posible, ¿pero cómo quieres que sepa yo esas cosas? No he sido nunca pescador de riachos ni arroyuelos; he sido pescador de mar, y en él pescar tortugas es un milagro.

Hecha esta advertencia, calló Benavente y en silencio estuvo un buen espacio de tiempo, atento sólo a las rápidas y seguidas inmersiones de la boya. La luz atravesando por entre las hojas de los árboles prestaba a su esponjosa nariz un color verdoso con reflejos azules-violáceos, semejantes a los que dis-

tinguen las creaciones de la modernísima y estrambótica escuela de coloristas franceses.

Debajo de los árboles se estaba bien, pero afuera, del otro lado del Cacique, el pasto ardía bajo los rayos del sol, y el aire caldeado ondeaba sobre la tierra.

—Buen solazo estarán pasando a estas horas Ribero y Beba, —murmuró Benavente, devolviéndole el mate a su mujer.— Se necesita tener afición, para con este día de fuego, andar por esos campos. A propósito, saben ustedes que no me parece muy correcto eso de que anden por ahí siempre solos.

Doña Pepa cerró el libro de Stanley que leía, y mirando a Rafael dijo:

—Sí, a la verdad, no me parece muy conveniente eso. Nadie puede decir nada malo, pero no está bien tampoco; al fin él es un hombre joven y ella una mujer bonita, y aunque es su sobrina, casi su hija...

—¡Mamá, por Dios!...

—Cállate; ya sabes la idea que tengo formada de Beba. ¡No faltaba más! Ella podrá tener sus rarezas, pero en cuanto a eso...

—De cualquier manera, creo que debías insinuarle algo, — observó Benavente, dirigiéndose a Rafael.

Doña Pepa apoyó la idea de su marido, y entre ambos estuvieron azuzando a Rafael para que le hiciese a Beba algunas observaciones sobre su conducta. Este, retorciéndose el bigote y mirando atentamente las listas rojas y azules de la boya, los oía con visibles propósitos de no contestarles, pero tanto lo marearon, que al fin saltó diciendo de muy mal talante:

—Si siguen propinándome la matraca ésa van a tener el gusto de que me vaya. Yo no quiero saber de historias. ¿Les parece muy fácil eso de convencerla? Bueno, inténtenlo; por mi parte estoy decidido a no

decirle nada. Además no es justo que porque yo no quiera acompañarla, tenga ella que permanecer aquí, contra su voluntad; seguramente si le dijera algo me contestaría: "Acompáñame tú". No, me doy por muy satisfecho con que se le haya quitado de la cabeza la idea de traerme de abajo para arriba sin por qué ni para qué. Que haga lo que quiera, con tal que me deje en paz.

—En eso tiene sobrada razón; obra perfectamente en mostrarte lo que al fin es tuyo, — agregó Benavente.

—Bueno, ya lo he visto. Por otra parte, yo he venido aquí a divertirme y no a hacer gimnasia, — contestó con displicencia. — A mí no me gusta la vida del campo: ¿saben? es muy buena para quien no conozca otra mejor. Además no me parece un gran negocio el de la estancia; en la bolsa se le sacaría doble interés al capital.

—Razón de más para que te ocupes de la estancia.

—¡Qué voy a ocuparme, mamá, si no entiendo jota!

Doña Pepa meneando la cabeza exclamó con burlona acritud:

—¡Ah, qué *cuajada* eres, hijo mío!

Rafael hizo un gesto de resignación, y entonces dijo don Pascual:

—Veremos el resultado de todo ese *runrún* que se traen en la cabeza. Yo, francamente, les tengo miedo a los que emprenden los negocios con mucho entusiasmo, sin hacerle ascos a los miles de pesos que hay que invertir. "Es necesario sembrar para recoger", dicen, pero yo como perro viejo, no trago la bolilla ésa; muchos siembran para otros: yo he recogido muy buenas cosechas sin sembrar nada.

Dióle fuego a su cigarro y prosiguió, animado por el interés con que lo escuchaban su mujer e hijo:

—Ribero, no cabe negarlo, sabe y es muy trabajador, pero tampoco es posible negar que tiene la cabeza llena de viento. En sus negocios no lo guía el cálculo, sino la inspiración; es un alucinado cuyos proyectos no pueden inspirar confianza a las gentes sensatas, de peso. Aquí lo peor de todo es el dinero que se invierte... y el que se invertirá. En eso estoy con los viejos: "El primer dinero que se gana es el que se guarda", lo demás es perfumería y papel pintado. Yo que tú, Rafael, terciaría en el asunto; creo que ya es hora de eso.

Seguramente era tortuga la que picaba; las carnadas desaparecían sin que se viese apenas oscilar la boya. Dejaron las cañas, Rafael colocó su banqueta junto a la de Benavente, doña Pepa se acercó a ellos, y hablando todos en voz baja para que Mariquita que leía a veinte pasos de aquel sitio no los oyera, empezaron a morder en el sabroso asunto en que ya habían principiado a picar.

Jamás cambiaron opiniones acerca de los proyectos de Ribero, pero sospechaban que conformarían, puesto que un mismo interés era el de todos. Por idénticas razones los tres hubieran preferido que el capital de Beba fuese colocado en hipotecas sobre seguro, donde no crecería como la espuma seguramente, pero donde tampoco estaría expuesto a mayores eventualidades, a sufrir un bajón de esos que de la noche a la mañana reducen a cero una bonita fortuna. Beba era rica, lo que poseía le sobraba para vivir bien, libre de cuidados, con todas las comodidades que proporciona el dinero; ¿por qué, pues, exponer el capital a una desgracia siempre posible? Y como si

este temor no constituyese por sí solo un malestar grande, vivir relativamente mal, sacrificándose, haciendo economías como el más miserable de los comerciantes, y todo para enterrar en la estancia dineros que Dios sabía si tornarían a ver.

—Gentes que no tienen la cuarta parte que ustedes, viven mil veces mejor: su palco en la ópera, su landó en la puerta... es un afán bien tonto el de sacrificarse sin necesidad, — dijo doña Pepa.

La conducta de Ribero les parecía ilógica, torpe. Consideraban los Benavente, como cosa suya el capital de Ribero, porque se hacían, aunque de una manera vaga, el raciocinio de que siendo de Beba, como había de ser al fin y al cabo, sería por modo indirecto, también de ellos, y no se resignaban a mirar con calma que lo expusiera a una pérdida sin necesidad. Era libre, no tenía hijos y su fortuna muy respetable: ¿para qué, ni para quién se sacrificaba él entonces? Podía casarse, pero a los Benavente les repugnaba pensar en eso.

Con un criterio estrecho, pequeño, juzgaban los vastos y elevados planes de Ribero. El afán de éste en ennoblecer el trabajo y elevarlo a la categoría de una ocupación racional; de mejorar sin descanso los ganados persiguiendo un ideal de formas que no concluía de obtener, y más que nada, el tenaz empeño que lo animaba de dar al traste con lo malo, viejo y rutinario, y en su contra favorecer todo lo que fuera adelanto, progreso, rica novedad, buscando incesantemente dilatar el campo de acción de los criadores y descubrirles horizontes llenos de promesas para que se decidieran a secundarlo en su tarea de reformador inteligente, que tanto le había de agradecer el país cuando conociera la grandeza de su obra... eran

para los Benavente delirios de los cuales se burlaban. ¡Ideas grandes, nobles y generosas, en negocios!... a la verdad la cosa movía a risa. "¡Indudablemente, decíanse, la fiebre de lo grande le ha vuelto el juicio a Ribero y a Beba tonta de remate".

Benavente criticó a destajo los proyectos de Ribero. También él tenía sus resentimientos. Ribero lo trataba con exquisita finura, era afable y comedido, pero a la legua se le conocía el firme propósito de no intimar. Sus agasajos, según Benavente, no eran espontáneos; tenía la amabilidad de sonreir al escuchar un chiste suyo, sí, pero la sonrisa no era católica, se le petrificaba en los labios. Por lo demás, cuando no disimulaba, era frío y reservado. En esto tenía razón Benavente. Al principio no lo fue tanto: repetidas ocasiones se franqueó Ribero con don Pascual, hablándole de sus proyectos; pero adivinando sin duda en la estudiada indiferencia con que le oía éste, sorda oposición a sus planes, no volvió a hacerlo, y lo peor del caso, lo que enojaba a Benavente, era que Ribero siguiese haciendo sus enjuagues en silencio, sin tratar de ocultarlos, y al parecer sin importarle un ardite del descontento que él, Benavente y Obes, había demostrado, y Ribero comprendido sin duda alguna. "¿No era nadie él allí?" preguntóse una vez, y desde entonces la idea de que Ribero lo tenía en poco, se le clavó en la sesera sin dejar de atormentar un punto su quisquillosa vanidad. Quejábase de que Ribero no lo escuchaba con la atención debida; de que lo oyese como quien oye llover, aburriéndose y a veces sonriendo y mirándolo con una expresión de burlesca condescendencia que tenía el privilegio de crisparle los nervios. El estaba acostumbrado muy a otra cosa.

En la ciudad gozaba de grandes consideraciones. Había sido siempre un hombre serio — y ya se sabe las inmunidades que da esta portentosa condición, — muy respetable también por su fortuna y alto puesto social: sus recibos y saraos eran espléndidos y concurridos. Esto le daba cierta popularidad que lo enorgullecía en extremo, y de la cual sacaba él no poco partido; a ella se debía que hubiese figurado como presidente de tres o cuatro comisiones liquidadoras de sociedades quebradas y casas de banca, que sobre aumentar el prestigio de su ya esclarecido nombre, le reportaban siempre algún provecho. Era de lo único que se ocupaba en la ciudad. Desde los cuarenta, fecha en que por juzgarse suficientemente rico liquidó sus negocios, se propuso gozar discretamente de la vida, que al fin y al cabo, según le dijo muy en secreto a doña Pepa, era lo único que los mortales sacaban del pícaro mundo, y sin más preámbulos ni vacilaciones, empezó a tratarse a qué quieres boca, firme en el propósito de llevarse al otro barrio la poquísima y desabrida miel que se liba en éste.

No era don Pascual hombre ilustrado ni siquiera leído, ni su inteligencia rebasaba mucho el nivel de los comunes, pero sus facultades y conocimientos parecían de ex profeso hechos para resolver sin duda ni vacilaciones las pequeñeces, los pequeños conflictos que llenan las tres cuartas partes de nuestra vida y en las cuales suelen tropezar los hombres de ingenio mayor. Era práctico. Manejando un *sanchismo* muy saludable, había avanzado por los ásperos senderos de la vida, sin vacilar, sin dar traspiés, riéndose socarronamente de los hombres de pro, de las grandes inteligencias, que en sutiles filosofías, en nimiedades escolásticas se pasaban vagando y dando tropezones

años y años, sin encontrar su hueco, el hueco que cada quisque tiene señalado en el mundo. A estas gentes, artistas, escritores, políticos, poetas... teníalos por unos cabezas destornilladas, empleando al hablar de ellos duras calificaciones, entre las cuales como muy denigrante esgrimía ésta: *poco seria*, ¡ah! una persona o cosa poco seria merecía todo su odio.

Lo que mayormente lo caracterizaba era una arraigadísima y alta opinión de sí mismo, una vanidad sin límites que le hacía darle solemne importancia y trascendencia a cualquier insignificante dolor de muelas que lo atormentase. Una noticia, por peregrina que fuera, la oía indiferentemente, sin pestañear, como hombre a quien nada lo coge de nuevas; pero si le tocaba referir una anécdota suya, entonces exigía que lo escuchasen atentamente, que estuvieran suspensos de las escogidas palabras que empleaba para tratar cualquier asunto por baladí que fuese. De Rafael, que pasaba en la cancha por un regular aficionado, decía que le arrancaría el secreto a la pelota. Y así, sólo expresiones tan pretenciosas como ésta le caían de los labios cuando hablaba de él o de los suyos. En el club, donde iba todas las noches a jugar una partida de dominó con otros señores no menos graves que él, lo escuchaban, los que lo conocían, como quien oye llover; pero los que no estaban al tanto de las cosas de don Pascual, y se dejaban seducir por el aparato prodigioso de su gesticulación, solían quedarse mirándolo de hito en hito después de concluir aquél su discurso. Había que verlo referir un acaecido. Primero ponía el rostro al diapasón del asunto, luego tomaba el tono, un tono enfático y majestuoso generalmente, y en seguida rompía a hablar accionando poco, pero abriendo mucho los ojos

y la boca; volvía con fastidiosa frecuencia al principio, repetía bastante, y cuando el oyente esperaba la sustancia, la sal y pimienta del cuento, Benavente sonreía, sonreía, y punto final. Había concluído: ello era una simpleza.

Con estas prendas ejercía sobre los suyos una dictadura psíquico-moral absoluta. Sus juicios eran golpes de mazo que anonadaban, no seguramente por su fuerza dialéctica, sino por la autoridad y frescura con que eran formulados. Cuando a punto seguido de levantar las espesas y ásperas cejas y componer el rostro con un gesto digno, dejaba caer desde la altura de su nariz esponjosa y arrebolada una frase terminante, había que asentir o reventar, porque el aparato decorativo de sus gestos, actitudes y ademanes imponía de un modo abrumador. Sin disputa, el mejor puntal de sus huecos razonamientos era el arrogante continente, digno de un tribuno romano. Sí, el formidable corpachón impresionaba favorablemente; el rostro mofletudo, que vendía a una salud y estupidez, inspiraba confianza, y como realzada por estas cualidades, la amplia frente con sus vastas entradas concluía por convencer tanto como el mejor discurso. Dábale el puro en la boca aire de importancia, y el lucimiento del vientre, que se adivinaba repleto de bien condimentados manjares, contribuía a aumentar el prestigio. En la hora de comer y desde la cabecera de la mesa, dictaba leyes tocante a lo humano y divino sin que ningún miembro de su familia, excepto uno, Beba, se atreviera a contradecirlo y aun a enmendarle la plana. Esta era la causa de que Benavente mirase a su nuera con no muy buenos ojos, como a persona que nos ha ofendido despreciando nuestras opiniones.

A doña Pepa la movía a no mirar con entera buena voluntad a Beba, un sentimiento semejante, aunque más femenino y complejo. Era el pique de que Beba no se espontaneara con ella, que le ocultara sus sentimientos, no creyéndola digna, sin duda, de hacerla su confidente. Irritábanla de consuno este desabrimiento y una curiosidad dolorosa. Donde quiera que estuviera, veía a Beba distraída, y en los recibos y reuniones no era extraño que la sorprendiese mirando al techo, ajena a todo, sin ver ni oir, como si no viviera allí, donde las otras respiraban. Doña Pepa, con la enseñanza de sus amores románticos y conocedora del misterio que ocultan las languideces, soponcios y otros arrechuchos de las mujeres jóvenes, no la perdía de vista, estudiando sus menores actos; y sucedía generalmente que cuando Beba volvía los ojos a su suegra, se encontraba con los de ésta, medio entornados y centelleantes como los de un gato en acecho, que la examinaban con una insistencia abrumadora, como si quisieran taladrarle el cráneo y leerle los pensamientos.

## VII

Aún no había salido el sol, cuando Ribero, que hacía un buen rato esperaba a Beba sentado en el pescante del coche, la vio bajar la escalera y dirigirse hacia él caminando de prisa, con la amplia amazona recogida graciosamente en el brazo izquierdo y haciendo arabescos en el aire con el latiguillo de puño de marfil que llevaba en la diestra. Subióse al pescante y el coche partió, arrastrado por el poderoso empuje de una yunta de tordillas, a las cuales Beba no había visto trotar.

Todas las mañanas, para que apreciase las condiciones de las hijas de Príncipe, hacía Ribero enganchar una pareja diferente, que los dos sometían a riguroso examen, antes de decidir si entrarían o no, a la manada *Selecta*, compuesta de yeguas sanas y de formas irreprochables, resistencia probada y muy ligeras en el trote.

Beba examinó atentamente las cabezas pequeñas y descarnadas de las yeguas; el hermoso arranque de los cuellos, el lomo corto y recio; apreció, en fin, el vigor y gallardía de sus movimientos, y dijo con acento de convicción:

—¡Buena yunta!

—¡Ya lo creo! Andan a razón de dos minutos el kilómetro. Pero mira, abrígate, a este paso el aire corta. Ahí tienes mi poncho: puedes envolvértelo al cuello.

Solícitamente la ayudó en esta tarea, y luego desdoblando una manta de pieles, cubrióle las piernas con mucho cuidado, hasta no dejar ningún resquicio por donde pudiera penetrar el aire.

—¿Estás bien así?

—Perfectamente, gracias. ¿Y tú no sientes el fresco?

—No, yo ya estoy curtido, — respondió Ribero haciendo chasquear el látigo.

Las yeguas irguieron los soberbios cogotes y apretaron el paso. Beba, sintiendo un estremecimiento de frío, se arrimó a Ribero.

—*Fa freddo*, — dijo.

Encontrábase muy a gusto, muy tranquila junto a él. Todas las mañanas, al ocupar el asiento que Ribero le dejaba a su lado en el pescante, sentía ella la misma impresión de perfecta placidez de ánimo, de dulce sosiego, que la hacía sonreir de gozo, con un gozo muy íntimo y suave, en el que había mucho de la voluptuosidad inocente del niño que se está quietecito, haciéndose el dormido mientras lo arrulla la mamá.

"¡Cómo me gusta esto!" — decía siempre respirando con fuerza el aire fresco de la mañana, que le producía como en la niñez, cuando vagaba por los campos, inefable contento.

Al calor de los solícitos cuidados, de los mimos de Ribero, perdía Beba su postiza reserva y no tardaba en espontanearse. La alegría devolvíale poco a poco la encantadora locuacidad de la infancia, la charla comunicativa de la lozana juventud, hasta que surgía como un *salto atrás* de la mujer casada, juiciosa y discreta por su estado, la aparición de la niña de quince abriles, alegre, bulliciosa, parlachina y amiga de preguntarlo y saberlo todo. Complacíase entonces,

obedeciendo a un pueril deseo de rejuvenecimiento que suelen sentir las mujeres después que no pueden ser niñas, después de casadas, en hacerse la traviesa, la loquilla mimosa que de antemano sabe que sus gracias han de festejarse. Hablaba hasta por los codos, sin que su conversación a ratos burlona, pero amena y chispeante siempre, decayese un punto; reía por cualquier motivo, y bromeaba con Ribero diciéndole que se mostrara complaciente con la viuda de Márquez, fuerte propietaria del departamento que miraba a Ribero con muy buenos ojos. En medio de una broma solía exclamar de pronto, interrumpiéndose:

"¿No te parece, caro Tito, que a tu sobrina le falta un tornillo?"

Un día, por seguirle el humor, le dijo él:

"Pues ya que te empeñas tanto, voy a seguir tus consejos. Así como así me vendría la viudita como anillo al dedo para ayudarme a llevar el aburrimiento de mi vida de anacoreta. Es hermosa, joven aún y sobre todo muy agradable... En cuanto la encuentre a tiro, le hago la corte; ¿te gustaría?"

Ella lo miró un momento como preguntándole si hablaba en broma o en veras, y separando la vista, dijo resueltamente:

"No."

"¡No!... ¡es curioso! Antes, cuando vivías a mi lado y por el temor de que te obsequiara con una parienta regañona, molesta o cosa así, lo comprendo; pero ahora que vives con tu marido, lejos de mí, no sé qué demonios puede importarte."

"No lo sé, pero no me gustaría..."

"¡Vamos! ¿no te es simpática la viudita?"

"No, no es eso; con otra cualquiera me sucedería lo mismo."

"¿Entonces?..."

"¡Qué sé yo! ¡Anda tú a averiguar!..."

Ribero se encogió de hombros y después de breve pausa dijo:

"Perdona, pero no te comprendo."

"Escucha, es una cosa muy rara. Siempre que me ha ocurrido pensar en eso me he preguntado lo mismo: ¿Habrá alguna mujer capaz de hacer feliz a Tito? y en seguida de darte mentalmente, se entiende, todas las mujeres imaginables, mientras una voz interior me decía: *no es esa, ni esa,* me he dado idéntica respuesta: "No hay ninguna mujer capaz de hacerlo dichoso."

"¡Qué coincidencia! yo he sentido lo mismo que tú, y me he dado también idéntica contestación. Fuera por natural tibieza, o porque las luchas políticas, la filosofía de Schopenhauer, los amores fáciles y los tempranos desencantos de la vida se alimentaran de lo mejorcito de mi alma, dejándome sólo lo inservible, la parte seca, como hacen los gusanos al comerse las hojas y dejar los nervios, el caso es que mientras te tuve a mi lado, no me pasó por las mientes la idea de casarme; pero cuando tú lo hiciste y me ví solo en la estancia, aquilaté toda la frialdad de mi celibato y me asaltó con insistencia la tentación del matrimonio. En aquel mismo tiempo partías para Europa con tu esposo. Fui a la ciudad, frecuenté los centros de diversión, busqué a mis antiguos camaradas y me divertí como un muchacho, con los mismos placeres de diez años atrás, sólo que sin la alegría de entonces. Jugué fuerte, sin la dicha de perder, que me hubiera entretenido algo, y por un

momento me hice esposo de las muchachas más hermosas, y tú sabes que las hay seductoras, pero nada, mi corazón erre que erre. Como a tí, una voz interior me decía: *no es esa, ni esa, ni esa*... Al fin, aburrido, abandoné la ciudad y no pienso volver."

"Es curioso, — murmuró Beba."

"Sí, es curioso, — repitió él."

Y no volvieron a hablar de aquel asunto. Tampoco Beba volvió a mentar a la viuda de Márquez.

Ramoncito los acompañaba generalmente, y a la verdad, no se divertía menos que Beba. Montaba un *lobuno* rabón de pésimo andar y desgarbado aspecto, pero se sentía tan bien sobre sus angulosos lomos, que cuando Beba lo invitaba a subir al coche para que se resguardase del sol, se excusaba diciendo:

"¡Gracias!... voy muy bien aquí." — Beba sonreía, y pensando acaso que con un rostro tan risueño como el de Ramoncito podían pasarse muchas amarguras, murmuraba invariablemente: "¡Pobre Ramoncito, qué bueno es!'"

Al trote rápido de las hijas de Príncipe, precedidos de Ramoncito y los peones con los cuales gustaba aquél acompañarse y charlar, admirando de todo corazón su lenguaje pintoresco, dichos agudos y gentiles *retruques*, recorrían el campo deteniéndose acá y allá, cerca de los nudosos postes de ñandubay que en medio de la desierta planicie señalaban el sitio del rodeo, y donde los peones arrimaban las manadas y majadas para que los patrones las examinasen juntamente con el ganado vacuno.

A la sombra del coche, o debajo de la espesa arboleda de algún monte, almorzaban cuando el trabajo requería que permanecieran en el campo hasta la tarde. En el último rodeo Beba empuñaba las riendas

y se dirigía al sitio convenido, para disponerlo todo antes que llegaran Ribero y Ramoncito. En el paraje mejor colocaba los cojines del coche, en el suelo tendía dos o tres servilletas, según que los acompañara o no Ramoncito, disponiendo sobre ellas con mucho orden las cajas de sardinas, la *mortadella,* el queso de bola y demás provisiones; en el arroyo ponía a refrescar la damajuana del vino y en el fuego a calentar la panzuda *pava,* y después de todo esto sobrábale tiempo aún para vigilar al peón que cocinaba y hacer algún platito. Al apearse Ribero del caballo, la sorprendía siempre muy atareada, sin sombrero ni guantes; recogida la amazona por un bonito *paje,* hasta dejar ver el dorado espolín y la charolada caña de las botas de montar, e impreso en el rostro la preocupación de una celosa ama de casa. Ella les salía casi siempre al encuentro, con el mate para su tío en una mano y en la otra un *choclo* asado o un plato de *pororó* para Ramoncito.

—Vales un Perú, cuñada, — le decía Ramoncito, que cuando estaba lejos de los Benavente, mostrábase muy cariñoso con Beba.

Terminado el almuerzo, aflojábase Beba el corsé, y sobre una cama que Ribero le hacía con el *recado* y los *pellones,* dormíase tranquilamente, sabiendo que su tío no se apartaría de ella. Entre sueños oía hablar bajito a los peones, y de cuando en cuando la voz del capataz que ordenaba: "No hagan ruido, muchachos, que está durmiendo la niña"; o sentía que el tío la cubría con el poncho, no sin haberle arreglado antes las ropas desaliñadas en el abandono del sueño: acariciada por tantos cuidados dormía mejor, sonriendo de felicidad. Al levantarse mojaba el pañuelo en la límpida corriente del arroyo y se humede-

cía los ojos; con dos o tres horquillas bien puestas recomponía su peinado, en un santiamén ordenaba sus ropas, y aparecía nuevamente a la vista de todos, fresca, sonrosada y olorosa como las flores por la mañana cuando las humedece el rocío.

Y ya no cesaba de reir ni charlar en todo el día, sin que descuidara por eso la prolija y delicada tarea de apuntar en la libreta todos los cambios que se hacían en los rodeos. Saboreando mil gratas emociones al oir hablar a su tío con el fuego de un poeta de la gran obra que traía entre manos y en la cual era ella misma ardiente colaboradora, se le pasaba el tiempo velozmente, sin que perdiese una sílaba del discurso, ni decayera nunca su natural interés; lo oía con el mismo respeto y admiración que él supo inspirarle años atrás, cuando le explicaba los misterios del organismo de las plantas y los animales y otras cosas muy peliagudas. Las calurosas palabras de Ribero la mecían dulcemente, despertando en ella ideas nobles y grandes: las naturales en los seres que por condición de su propia naturaleza desean lo mejor: dormidas y vagas ambiciones, ansias y afanes desconocidos, que le acarreaban dulces mareos y suaves desvanecimientos, como los que debe de producir un beso, las caricias o la posesión de la gloria...

Sin embargo, algunas veces, en medio de su entusiasmo y embeleso, por una extraña ligazón de ideas que sugiere lo contrario, el reverso de una cosa, el recuerdo de Rafael, que se le representaba invariablemente tendido en la hamaca, acudía a su memoria, y en estos casos, sin poner nada de su parte, irreflexivamente, llevada a ellos como de la mano por recónditos motivos —desencantos, desabrimientos y sinsabores de la vida íntima sin duda— se pasaba a con-

siderar la pereza innoble, la desidia de su marido, que ella calificaba duramente de flojera e incapacidad. Y sin querer también, admirando la generosa actividad de Ribero, exclamaba: "¡Si Rafael fuera igual a Tito!" — e inmediatamente la invadía negra tristeza, la tristeza de los grandes desencantos.

Pero estas reflexiones se las hacía muy de tarde en tarde. Lo ordinario en ella era sí, que a la hora del regreso, a medida que se acercaban a las casas, fuera su rostro oscureciéndose, oscureciéndose, hasta tomar la expresión de profundo cansancio y abatimiento que siempre tenía en presencia de los Benavente.

## VIII

En una maquinilla de níquel muy cuca, preparaba Rafael el café; Ribero y Beba en un ángulo de la mesa, discutían sobre los planos de los galpones que pensaban construir, algunos detalles de higiene o mero adorno, y los Benavente y Ramoncito afuera en el patio, tendidos en canapés y cómodas mecedoras, disfrutaban de las delicias de una noche de verano, cuajada de estrellas y apiñadas nubes.

Por matar el tiempo jugaban generalmente don Pascual y su familia a la brisca o al punto, pero esa noche tenían algo de importancia que comunicarse, y por tal razón decidieron huir de la luz y buscar la sombra del patio, donde corría un airecillo muy agradable, impregnado del suave olor de los naranjos que adornaban el jardín. Además, los ocupaba la visita del coronel Pedro Quiñones, un pariente de don Pascual, paisano vivaracho y peligroso con sus puntas y ribetes de caudillo y cojeras de doctor, que había hecho su agosto por el año 1876, siendo jefe político de aquel departamento. Quiñones ascendió en su carrera, más que en los campos de batalla, donde se distinguió como soldado valiente, en asonadas y pronunciamientos, o desempeñando difíciles y tenebrosas comisiones, de las cuales salió airoso siempre, porque según frase suya: *era hombrecito que en cualquier parte que se bañara sabía dónde dejaba la ropa.* En trabajos de esta índole y otros brujuleos de la política al por menor y de baja estofa, adquirió un pro-

fundo conocimiento de los hombres con quienes tenía que habérselas para sus enjuagues, que llegó a ser dentro del partido, durante los gobiernos de Ellauri, Bustamante y Latorre, personaje necesario para indicados usos, y después, como remate de tan larga y laboriosa preparación, *hombre de confianza* en los gobiernos sucesivos. Por no sé qué importante cuanto misterioso servicio, obtuvo Quiñones la jefatura, y en tal punto, creyendo muy discretamente que le hacía falta al exterior de su persona un poco de adorno y pulimento, le tomó los puntos a su *excelencia* el general Santos, a quien servilmente, por arrancarle una sonrisa, imitaban en el vestirse y componerse los militares de cierto fuste. Quiñones se dejó crecer las uñas, empleó el *precisamente* a cada paso, y en las carreras lo vieron aparecer con el *gacho* color café sobre los ojos, el ponchito de vicuña al hombro, y el látigo con *pasadores* y *virolas* de plata, colgando de la muñeca. Y en tal camino ya y con tales arreos, arrogante porte y turbia historia, fue adquiriendo poco a poco los visos y perfiles del caudillo de campaña, personaje típico y criollísimo que las gentes han dado en llamar *angelitos*, sin que le faltase un solo detalle: ni el andar quebrachón, ni la mirada oblicua del perdonavidas, ni el grosero y amarillento pedrusco en el meñique de la mano izquierda.

A poco de sentarse se le presentó su viejo asistente preguntándole:

—¿Se le ofrece algo, mi coronel?

Aunque hacía tiempo que había cesado en sus funciones, conservaba además de la característica fachenda, los desplantes y arrestos que da el hábito del mando. Sin contestarle a su criado, estiró las piernas para que le sacara las espuelas, y luego que lo hubo

hecho, le dijo lentamente, sin que las palabras le acabasen de salir de la espesura del bigote:

—Mañana *te me vas* a casa de mi compadre Juan, y *me le dices* que por la tarde llegaré a hacerle una visita, — abusando como siempre del pronombre *me*, con el cual le parecía hacer doblemente personales, directos y autoritarios sus mandatos. Cambiando de tono agregó, dirigiéndose a su primo: — Tengo que cumplir con estas pobres gentes, que nunca dejan de agasajarme.

En el departamento gozaba Quiñones fama de hombre avisado en los negocios. Toda su ciencia estribaba en conocer al dedillo y saberse aprovechar de ello las holguras y necesidades de los hacendados en veinte leguas a la redonda, y por eso a don Pascual, a cuyos oídos habían llegado los ecos de la fama, le bailaba el agua, esperando que Quiñones le aclarase algunos puntos que él no veía muy claros en los proyectos de Ribero.

Le brindó un puro *de los suyos*, hablaron un rato de cosas sin importancia, y luego, con maña, hizo Benavente rodar la conversación sobre las innovaciones y reformas que se hacían actualmente en el Embrión. Quiñones las conocía; en el departamento no se hablaba de otra cosa desde dos años atrás, y era enemigo de ellas, un poco porque el ganado del Embrión aventajaba en precio a los suyos, y otro poco por horror a lo nuevo, esa crónica y hereditaria enfermedad que petrifica en el pecho del paisano toda noble emulación de progreso. Había que hacer grandes gastos y él no estaba por esas novedades. Invertir en un toro Durham o Hereford quinientos o mil pesos, cuando a quince había comprado los suyos *desde que el mundo era mundo*, le parecía locura imperdo-

nable. Como la mayor parte de los ganaderos del país era rutinario, trabajaba como le habían enseñado sus padres y sin salirse del mezquino círculo en que éstos lo habían hecho, con los mismos procedimientos primitivos e irracionales de ellos, sin alcanzar a comprender, por otra parte, que hubiera otra cosa mejor, y riéndose para su capote de los mocitos de la ciudad, que con un libro de zootecnia debajo del brazo y la cabeza llena de viento, salían al campo a probar fortuna. Al freir era el reir. El había visto mucho y estaba curado de espantos. Sin embargo, de Ribero no se burlaba; le reconocía competencia, pero a pesar de eso continuaba retrayéndose, cohibido por el mismo entusiasmo y osada confianza con que aquél seguía adelante la obra de implacable demolición de todo lo viejo. "¿Adónde va a parar?" — se preguntaba. Y no era Quiñones el único que se sentía presa de tales alarmas; todos los vecinos experimentaban idéntica desazón. Los términos exóticos que Ribero había echado a volar en la campaña: leyes de herencia, atavismo, selección... les sabía a cuerno quemado a los viejos ganaderos; los lastimaba hondamente — aparte de juzgar enorme locura y temeridad las sumas que se invertían en ellos — los nuevos edificios y establos, que con sus formas elegantes, techos pintorescos de pizarra de colores, y adornos de barandillas de hierro y calado zinc, parecían insultar y burlarse de la ruindad y miseria de los clásicos ranchos; y más que nada, las ideas revolucionarias de Ribero, su terrible vaticinio de que los que no siguieran la evolución verían la ruina de sus bienes, los traía a todos intranquilos, y había sido objeto de mil hablillas, críticas severas y no pocas burlas, burlas con las que trataban de engañarse a sí mismos, por-

que hasta los más incrédulos abrigaban el secreto temor de que Riberó saliera con la suya, y por eso, aunque a socapa tratasen de hacerle daño, compraban toritos finos y carneros, y tal cual, algún caballo de raza, e iban aceptando y poniendo en práctica las ideas que tanto fingían despreciar. Quiñones había hecho lo que todos, pero no lo confesaba.

A las repetidas y encubiertas insinuaciones de don Pascual, se hacía el sueco el coronel. Era prudente y suspicaz, como la generalidad de las gentes del campo, y había adquirido la costumbre, gracias a la mucha gramática parda que sabía, de no hablar de ciertas cosas, sino valiéndose de medias palabras, intencionadas ambigüedades y toda suerte de rodeos y sutilezas. A lo mejor, cuando parecía que iba a decir algo de provecho, rompía el hilo del discurso con una bufonada o aguda reticencia, y a punto seguido soltaba su especial carcajada, una formidable carcajada, como de hombre que tiene el alma en perfecto estado de salud.

—No, no, Ribero es hombre avispa; sabe donde le aprieta el zapato... sin embargo, son muchos gastos éstos. Ahora todo marcha bien, pero ¡hum! *¡cuidao con el sogazo!*...

Fue lo único que pudo sacarle Benavente.

—Ya está todo concluído. A ver qué les parece, — gritó Beba desde el comedor.

—Nosotras te agradecemos la invitación, — le dijo entrando doña Pepa; — preferimos repasar "La Moda Elegante". Y a propósito, ¿tú no has pensado en alguna *nuveté* para este invierno? Mariquita ya tiene su idea, y a la verdad, muy peregrina.

—No lo creas, no tiene nada de particular: una combinación de verde agua y azul estela, con ramitas

de musgo y volantes de *valenciennes* plata, ¡cosa más sencilla! En lo que no he caído es la forma.

—Es bonito. Mañana, si quieres, te ayudaré a combinar una forma nueva.

Ramoncito se disponía a oir las explicaciones de Ribero, pero Mariquita lo llamó a su lado para que la ayudase en la ardua tarea de idear el traje. Ello tendría forzosamente que ser alguna cosa original, que diera golpe, y bien merecía el honor de un consejo de familia. Leyendo las minuciosas descripciones de los atavíos de las artistas del "Odeón" y de la "Comedia Francesa", pensaba sorprender algunos detalles y caprichos que acaso, acaso concluirían de inspirarla.

A título de antiguo cronista de bailes y saraos, le permitían intervenir a Ramoncito en tan delicados asuntos; en los únicos, por otra parte, en que tenía voz y voto entre la familia, y en los únicos también en que él hubiera deseado que no le reconocieran autoridad ni poca ni mucha. Los figurines, las descripciones de trajes y tocados le traían a la memoria tristes recuerdos de la época en que fue cronista social, bajo el perfumado seudónimo de *Tulipán,* que Dios confundiera.

—Si te fuese posible excusarme, te lo agradecería; me duele la cabeza, — se atrevió a decir Ramoncito, que deseaba conocer los libros ideados por Ribero.

Pero doña Pepa lo miró de una manera particular, por encima de los quevedos, y entonces Ramoncito haciendo un gesto de disgusto, fue a sentarse entre madre e hija, no sin cambiar antes una mirada de inteligencia con Beba, que era la única persona de la familia que inspiraba plena confianza a Ramoncito, y con la cual se había franqueado en alguna oca-

sión, descubriéndole los mil desabrimientos y sinsabores que acibaraban su vida de ser insignificante, de héroe desconocido y mártir oscuro, junto a quien pasan las gentes sin mostrar lástima, con la sonrisa en los labios. Las heridas y llagas de Ramoncito no saltaban a la vista, ni era posible suponerlas en quien poseía aquel rostro imberbe, sonrosado y risueño, aunque con sonrisa de víctima resignada. De su vida pública no podía colegirse otra cosa sino que era muy feliz. Don Pascual y doña Pepa, por respeto a sí mismos, sin duda, lo trataban con muchas consideraciones; parecían quererlo de veras y estar orgullosos de su yerno, y cuando hablaban de él lo hacían en términos encomiásticos. ¡Ah! Ramoncito era un estuche de perfecciones: cariñoso, comedido, servicial, ¡una monada! Y en cuanto a Mariquita, por más que tuviera sus asperezas de niña voluntariosa y tornadiza, mostrábase generalmente afable con su esposo. Pero en la vida íntima... sin que los Benavente trocaran su amabilidad en despego, ni Mariquita dejase de ser amante, que lo era y mucho de Ramoncito, un observador sagaz hubiera descubierto a la primera ojeada que el papel de éste era secundario, pasivo; que su actitud entre mujer y suegros, era la del esposo protegido que se lo debe todo a la esposa, y paga el beneficio deponiendo su autoridad y dignidad maritales, anulándose miserablemente. Había que ver el servilismo con que acataba las ideas y juicios de los Benavente, los esfuerzos que hacía para amoldarse al sentir de éstos, y cómo poco a poco iba despojándose de todo lo que componía su personalidad, para comprender la estrechez del hueco que la suerte y la inexperiencia de los pocos años le habían deparado en aquella casa.

## IX

El, fuera de un nombre sin mancha, pero humilde, y del flamante título de Doctor, no había aportado nada al matrimonio, como no fuera la humildad de quien se considera favorecido, y el noble propósito de corresponder en lo que pudiera a la inestimable gracia que le hacían los Benavente, que por tal la tuvo en un principio. Después, después... cayó en la cuenta un buen día, — un día en que fríamente y sin muchos respetos se puso a juzgar su situación, — en que no era tan alta la merced recibida de la encopetada familia de su esposa. Sí, analizando las cosas con calma, sin que el oropel y los relumbrones de la brillante posición a que había ascendido deslumbraran la vista, sin pagar necio tributo al vano y engañoso aparato de la pompa y fausto que lo rodeaba, creyó a pie juntillas que más tenía por qué darse a los diablos y renegar que no por qué felicitarse. Otra cosa podía suponer el bueno de su padre, que ya no lo llamaban Ramoncito a secas, sino Ramoncito, el yerno de Benavente; de bien distinta manera pensarían los jóvenes en estado de merecer, que sueñan con un casamiento ventajoso para sacar el vientre de mal año; aquellos que al verlo correr por las calles arrastrado por un soberbio tronco de Orlow, se quitaban el sombrero mirándolo con envidia, y diciéndose para sus adentros: "¡Qué buena suerte has hecho, muchacho!"... pero él, que pesaba los embozados rebajamientos, las suaves humillaciones, pero humillaciones

y rebajamientos al fin, que a cambio de un poco de grandeza le exigían sus suegros; él, que había pagado el encumbramiento con lo mejor que atesora la juventud — sana alegría que perdió, nobles aspiraciones que huyeron al primer encuentro con el sanchismo de don Pascual, espíritu brioso, lozano y libre, no empequeñecido aún con el comercio humano y prosa de la vida, que tuvo que enchalecar, — sabía a qué atenerse; y desde el fondo del palco en la ópera, donde se estaba escondido, arrumbado en la penumbra junto con los abrigos y sombreros, mientras su mujercita, risueña y satisfecha, lucía en el antepecho del palco el airoso busto, y los Benavente, eclipsándolo a él, el arrogante porte; desde el lujoso break en el Prado, y también desde la altura del balcón en los días de fiesta patria y gran revista de tropas, le sonreía con desprecio a la turbamulta de adoradores que veía mariposear en torno de las niñas feas y acaudaladas, murmurando para su capote: "Andad, andad; seguid mi ejemplo, ¡pobres mendicantes! Doblad bien el espinazo; humillaos como esclavos serviles o torpes meretrices, seres inútiles y despreciables que no tenéis más porvenir que un casamiento ventajoso; casaos sí, con jóvenes ricas y empingorotadas, creyéndole hacer una jugarreta chistosísima a vuestro oscuro destino, ¡pobres *mixtos!* que Ramoncito Adalid os jura que dentro de poco, ¡de muy poco! sabréis lo que es canela fina y bailar con zuecos!"

Esto se decía en todos aquellos sitios, pero sus atrevidos pensamientos los formulaba en el fondo del palco. Tenía la costumbre don Pascual de abonarse a la ópera, porque así lo exigía el buen parecer, y a mayor abundancia de razones, porque doña Pepa y

Mariquita eran aficionadísimas al arte de Euterpe. Entraban después de haber dado principio el espectáculo, a eso de las nueve. Doña Pepa, Mariquita y Beba se colocaban adelante, atrás de ellas Benavente y Rafael, y en una de las últimas sillas Ramoncito, en tanto que en la restante ponía los abrigos y sombreros que no le era posible colocar en la percha. Encontrábanse las señoras muy bien allí, no sólo por verse admiradas y *comentadas* por el público, sino porque verdaderamente sentían las bellezas del canto: esperaban con ansiedad la nota aguda de tal o cual aria, estimando en su valor las agilidades y *cadenzas*, y conocían los principales números. Rafael también saboreaba las exquisiteces del arte, pero don Pascual, por más que alardeara de entusiasta *dilettanti*, se dormía con harta frecuencia. Disculpábase diciendo que entornaba los ojos para oir mejor, y por eso al llamarlo su mujer o su hija, solía exclamar con acento convencido: "¡Ah, muy bueno, muy bueno!" — aunque no hubiese pasado nada de particular.

Como desde su asiento veía poco y además la ópera no era cosa que le sorbiese el seso, procuraba Ramoncito, durante las representaciones, matar su explicable fastidio, examinando el mar de cabezas que se agitaban en la sala, y, ¡extraño fenómeno! de tanto hacerlo, fue pasando de la pura y plácida contemplación, a la observación sagaz, y de ésta, a los rudos análisis y crueles descubrimientos, desde un día que fue al teatro bajo la dolorosa y amarga impresión de ciertas palabras duras que en un altercado que había tenido por la tarde con su mujer, pronunció ésta. Hacía dos años y todavía recordaba punto por punto cuanto le acaeció y pensó aquella memorable noche.

Beba, que estaba en autos, al ir a dejar su abrigo en la percha, le dijo rápidamente:

"Ten paciencia, Ramoncito."

El le dio las gracias con un furtivo apretón de manos, y presa de vivísima emoción, fue a ocupar su oscuro puesto. "¡Ah, si yo tuviera una mujer así!"... se dijo, y durante algunos minutos estuvo alternativamente contemplando el busto de Beba y el rostro abotagado de Rafael. Luego exhalando un profundo suspiro, echó la cabeza hacia atrás y se puso a meditar en su suerte, mientras a su vista se ofrecían vagarosas, como en los cuentos de las mil y una noches, destacándose sobre la esplendidez de la sala cuajada de luces y dorados, las seductoras formas de mujer que poblaban antaño sus sueños de adolescente: mórbidos brazos de piel blanquísima y tersa, labios húmedos y rojos que brindaban amor, senos palpitantes que lo entristecieron hasta el punto de humedecerle los ojos. "Esas hermosuras ya no pueden ser para mí, ¡Dios mío! ¡para mí no pueden ser ya, ¡infeliz! he sacrificado mi juventud, el mayor tesoro de la vida!" — murmuró, sintiendo una pena tan honda, ¡tan honda! como si siendo joven se viera agonizar lentamente en un día en que la hermosa naturaleza convidara a vivir.

Y le sucedió una cosa rara entonces. Mientras el dúo apasionado del primer acto le acarició los oídos, lo acometieron de continuo pensamientos tan desconsoladores como aquél, pero al fin del acto, cuando la música dejó de suavizar sus amarguras, huyeron de su pecho las poéticas tristezas, dejándolo, como el fuego abrasador sólo deja cenizas, lleno de frialdad y despiadada ironía. En este estado de ánimo cogió los gemelos y recorrió la sala en todas direcciones,

sin sentirse dominado como otras veces por el sentimiento de su insignificancia, con una sonrisa volteriana en los labios. Así estuvo mucho rato. "¡Qué gran comedia es la vida y qué cómica!" — murmuró al fin, pensando que adonde quiera que mirase se encontraba con un caso de estudio que movía a risa generalmente, y que daba compasión pocas. "La verdad es, prosiguió reflexionando, que todos tenemos nuestras máculas y lacerías; nadie se escapa". — Y con sutil penetración, desusada en él, empezó a descubrir el lado cómico que hasta las excelsas cosas tienen, y las pequeñas miserias de que está plagada la doliente humanidad. "¿Pero en dónde he tenido los ojos hasta ahora?" — preguntóse admirado de su propia lucidez, a tiempo que examinaba a las señoritas de Bermúdez, cuyo palco le venía a quedar frente por frente.

Eran las de Bermúdez unas jóvenes amillonadas, feas y larguiruchas, pero muy recompuestas, a quienes media docena de adoradores traían en los entreactos dulces y ramitos de violetas. En el mismo instante en que Ramoncito miraba, entraron dos de ellos, enseñándoles los dientes a las niñas y sonriéndole con toda la cara a la mamá.

¡Cándidas criaturas! no aprovechaban la lección que la casualidad les ofrecía, poniéndoles ante los ojos al marido de la Bermúdez casada, oculto en el fondo del palco, en el último lugar, y sin que nadie, ni siquiera su esposa, pensase en él. Aquél era un colega. Había que aquilatar la sonrisa adulona del tal colega, cuando le pedía al espetado suegro, que en todos los entreactos se iba al pasillo a fumar su cigarro, sombrero y abrigo para colgarlos en la percha, y la cariñosa palmadita que le daba en el hombro

antes de que el respetable señor volviera a sentarse. "¡Cuánto cariño, ji, ji, ji!" — murmuraba y se reía Ramoncito, como quien está en autos de una broma pesada que se da a las gentes y se refocila con la simplicidad de los engañados. "¿Y los incautos pretendientes no ven nada? — seguía diciéndose, — ¡torpe e incomprensible ceguera! Si el mísero Ocampo mostrase el pecho abierto, ¡cuántas cosas no podrían aprender! Pero no, buen cuidado tendría de no mostrarlo".

Y diciéndose así, tornó Ramoncito a asestarle los gemelos al colega. Estaba peor de carnes que un año antes, cuando lo veía entrar muy compuesto, acicalado y oliendo a Colonia en el palco de su prometida, y sentarse con ésta en las sillas del fondo, haciéndose el indiferente, pero en realidad todo ruboroso y cohibido. Figurábase Ramoncito los apuros y fatigas que habría pasado su colega, por aquel tiempo recién venido de España, y sin ocupación provechosa, para vestirse con el último figurín y cuidar del aseo y compostura del bonito rostro, su fortuna. En los teatros, en las carreras, en los baños, a donde quiera que acudieran las de Bermúdez, estaban seguras de encontrar al fidelísimo pretendiente; iba tras de ellas con el mismo ansioso afán que el náufrago tras de la tabla: aquel empeño era realmente conmovedor. Aquí recordó Ramoncito sus propias ansiedades y humillaciones de pretendiente *vergonzante*, y con disgusto, sintiéndose de pronto muy molesto, apartó los ojos del palco de las de Bermúdez, pero lo que vio en el palco de al lado lo hizo sonreir, disipando su mal humor. Era que Misia Petrona Banquels, una catalana estrepitosa como suelen serlo las catalanas, se entretenía, según costumbre suya de todas las noches, en hacerle

comer confites y confites a su futuro yerno, un muchacho muy simpático y amable, que reunía las condiciones de ser pobre y trabajador que Misia Petrona deseaba para la *chica*, que, como ella decía, no necesitaba de mozos ricos, porque tenía mil cuadras en Pando. El con los mejores modos se excusaba, pero ella no atendía de razones, y quieras que no quieras, le hacía ingerir uno tras otros cucuruchos y paquetes de confites, caramelos y pastillas.

"¿Qué te pasa que estás tan risueño?" — le preguntó Beba al finalizar el segundo acto, acercándose a él.

Ramoncito le explicó la causa de su risa, y ella también se rió de muy buena gana.

"Mira, — agregó alcanzándole los gemelos, — mira a las de Bermúdez qué satisfechas están con sus respectivos pretendientes. ¡Pobrecitos, dentro de un año no sonreirán así!"

"¡Pero Ramoncito! — exclamó Beba riendo y mirándolo con cómica extrañeza, — te has vuelto la piel del diablo..."

"¡Pch!... no hay que ser un águila para darse cuenta de algunas cosas", — respondió tranquilamente; y como si hablara de un asunto muy conocido de los dos, dijo: "Los *casos* saltan a la vista".

Quedóse Beba un rato pensativa, y luego asintió, recobrando su sonrisa habitual.

"Sí, efectivamente; ¡mira a tu amigo Sánchez qué cara de aburrido tiene! Ahí está en los sillones, cuarta fila."

A poco de buscarlo lo vio jugando con toda la displicencia de un galán que ha dicho cuanto tenía que decir, con el abanico de su mujercita, una niña de la *espuma,* muy monina antes de casarse, pero que

después del embarazo se había enflaquecido y ajado tanto, que daba lástima verla. Ramoncito imaginaba lo que pasaría por las mientes de Sánchez al considerar que el espíritu de la sociedad elegante, que siempre informó el de su amigo, lo había engañado, sí engañado, haciendo que aceptase por esposa, luego de volverle el seso con sus ridículas y absurdas convenciones, a una señorita enclenque, esmirriada, sin más formas de mujer que aquellas que le daban los perifollos, abullonados y postizos de los trajes que vestía, ni otros atractivos y prendas que la lozanía de los quince años y la donosa soltura de las niñas que poseen el don de gentes. — "Ahí lo tienes", — decíase mentalmente Ramoncito, mientras observaba a su antiguo camarada; — "te dejaste guiar lo mismo, lo mismito que yo, del *tonto* que la *creme* va formando con sus leyes en nosotros; pagaste tributo al que dirán, al buen parecer, eligiendo por esposa a una niña de buena familia, de familia distinguida que, gracias al prestigio de una elevada posición, mareándote con las brillanteces de la exterioridad, te ocultó lo mezquino del cuerpo y lo baldío del alma... y ahora que los postizos encantos se han ido al diablo, como todo lo deleznable, rabias, sí, rabias contra tus antiguas y aristocráticas ideas y preocupaciones de mozo *comil fot*, no me lo niegues, porque a mí no me engañas tú, jugando con el abaniquito de tu mujer, ni haciéndole otras mentirosas carantoñas; yo sé que por dentro te anda la procesión, ni más ni menos que a mí, ésa es la cosa; sólo que tú como engañado puedes quejarte y renegar, pero yo, que engañé a los demás y a mí mismo, ni siquiera tengo ese consuelo." Y lo asaltó el mortificante recuerdo de los estúpidos elogios y alabanzas que había escrito en loor

de Mariquita, para obtener su cariño y la simpatía de los orgullosos papás. ¡Qué trabajos aquéllos! Cada día le era forzoso aumentar la dosis de agua de rosas con que perfumaba sus miserables articulejos y torturar más y más el escaso meollo, para construir pensamientos muy floreados y sutiles, de los que apetecía el ínclito Benavente, y así fue en el largo espacio de tres años, el apasionado cantor de las gracias de Mariquita, que al fin, por gratitud quizá, consintió en ser la esposa de *Tulipán,* que con éste y no con Ramoncito Adalid se casó ella. ¿Con qué cara iba él a referir a nadie su desgracia, después de haber puesto las perfecciones de Mariquita por los cuernos de la luna? De aquí el enojo contra sí mismo, y el acusarse de que *había muerto* por la boca, como los peces y los tontos.

"¡Pobre muchacho, — exclamó Ramoncito acercándose a Beba, — yo era su confidente y recuerdo que nunca me hablaba de la hermosura ni tampoco de las prendas morales de su novia, sino de lo elegante que era y de las ropas y tocados que la veía lucir. Ahora se habrá convencido de que todo eso no basta para hacer feliz a un hombre."

"¿Se puede saber de qué hablan? — les preguntó Mariquita, pareciéndole ya un poco extraño el prolongado palique de su marido y Beba."

"De cosas tristes", — respondió Ramoncito todo risueño, haciéndole un guiño a Beba.

Esta, separándose de él para ir a ocupar su puesto, repuso alegremente:

"Es lo que yo digo: estás de vena hoy."

Todo parecía que se juntaba aquella memorable noche para despertar su observación y aclararle la inteligencia. En la confitería, a donde fue por *bom-*

*bones* para las señoras, se encontró con un viejo compañero de estudios, un muchacho muy elegante que vino a saludarlo. "Otro que tal", — murmuró al verlo Ramoncito, y en seguida dijo en voz alta, al tiempo de tenderle la mano:

"¡Adiós! ¿cómo estás? Hacía tiempo que no tenía el gusto de verte. ¿Qué era de tí?"

"Metido en casa siempre. Desde la desgracia de papá, sabes; ¡ah! ¿tú no sabes?... desde que el pícaro del juez le hizo la infamia de acusarlo de haber detentado los bienes del menor de quien era albacea, no salgo, esperando que se resuelva, como se resolverá a nuestro favor, ese enojoso asunto. ¡Cuántos bribones hay en el mundo! Ese miserable, por vengarse de mi pobre viejo, que le sopló una dama hace muchos años, cosa de muchachos, me ha quitado mi porvenir. Si no hubiera sido por no perderme... te lo juro por ésta, he estado a punto de pegarle un tiro.

Y como Ramoncito lo mirara sin comprender a qué porvenir se refería, añadió esquivando su mirada:

"¡Yo estaba trabajando muy bien en la bolsa, muy bien!"

"Me habían dicho que te ibas a casar."

"Ha habido algo de eso, pero todo se acabó. He roto definitivamente con mi novia."

Dijo esto con tal expresión de tristeza, que Ramoncito dedujo al punto cuál era el porvenir que había perdido su amigo. "La *desgracia* de su padre, pensó, ha caído como una bomba en la casa de la prometida, para desbaratarle a este pobre diablo sus planes de casamiento, su *patota* concienzudamente preparada en ¡Dios sabe cuántos meses de prolija y delicada labor, de ansiedades y fatigas!... ¡Pobre muchacho!"

"Adiós, querido, — le dijo despidiéndose, — te compadezco sinceramente y deseo que pronto vuelvas a encontrar tu porvenir."

Y caminando de prisa, admirado de su propia travesura, entró en el palco.

Al abandonar el teatro, un poco antes de concluir el aria del tenor, los nervios de Ramoncito adquirieron su tensión normal, y él volvió a ser el Ramoncito de todos los días. "Parece que me falta algo, — se dijo al arrellanarse en el coche; — ¿qué demonios me habré dejado en el palco?" — pero no dio en ello, hasta que asistió a la representación de *Hernani* dos días después, y el critiquillo mordaz y sardónico que dormía en el fondo de su ser, empezó a retozarle en el cuerpo como en la representación de *Lucía.* "¡Ah, ah!... ya sé lo que me dejaba en el palco, — pensó entonces Ramoncito; — era el ingenio, la doble vista; una vez afuera no se me ocurre nada de provecho".

Efectivamente: el rincón oscuro del palco, con su muda elocuencia, transformaba al cándido, manso y apacible Ramoncito en sondeador cruel e infatigable de las ajenas y de las propias miserias. No perdía ripio. Mientras los Benavente y Beba se deleitaban con los andantes de *Favorita,* o con los arpegios y gorgoritos del *Barbero,* Ramoncito recorría la sala con vista de lince, sondeando y analizando. La inteligencia se le aclaraba, se le aclaraba...; del pecho subíale a los labios juguetona risa, y sus ojos despedían chispas como si hubiese bebido algunas copas de espumoso *champagne.* Al principio sus observaciones nacían a la vista solamente de los maridos fastidiados, de las mujeres desengañadas, de los pretendientes mendicantes, porque sólo al través de sus propios dolores acertaba a ver a los demás seres; pero

luego su instinto de observador afinado con el diario ejercicio, empezó a mostrarle otros y otros mendicantes de la fortuna, del renombre de la gloria, y otras cómicas miserias y aspectos grotescos de la pobre humanidad, que ni sospechaba siquiera y que lo hicieron reir de gozo.

"Vamos a ver, — decíase con gran consuelo. — por qué, por qué me he de avergonzar, cuando soy poco más o menos como los otros; ¡pch!... se ven muchos como yo entre la juventud de que formo parte. ¡Valiente generación! Todos piensan y sienten de igual manera; no hay uno que se distinga de los otros, y del cual se pueda decir: "ése es un *fuerte*". La ausencia de individualidad, que siempre acusa robustez, los distingue a todos; los ricos — es ley ya — se han quedado sin concluir la carrera, y ahora se ocupan en pasear por el mundo su brillante insignificancia, ¡pobres mentecatos!...; los de modesta fortuna, juiciositos y económicos, trabajan en sus estudios de médicos o abogados, sin otros afanes ni aspiraciones que asegurar el mendrugo, ¡insignificantes seres! algunos pocos dedicados a las letras, andan de abajo arriba y de arriba abajo, sin saber dónde meter la cabeza. A éstos los conozco bien, porque he sido del gremio y... ¡mendicantes, mendicantes!, y los más hacen lo que yo: se casan con ricas herederas para con sus dineros gozar de la vida, ¡gozar de la vida! ¡infelices! Y entre la gente de pro ¿qué hay, vamos a ver? ni uno solo que escape a las vulgares miserias a que están sujetos los demás: aquí un artista de melena, un pobre diablo disfrazado de grande hombre; allí un militar, que ha tomado en serio su papel de héroe, contemplándose las medallas y entorchados; allá un político que quiere por su virtud hacerse sim-

pático a las masas, y para el efecto se pasea en los entreactos del brazo de su feísima mujer. ¡Bah, bah!... nada: cómicos y fantoches". Y diciéndose éstos y otros desatinos con sus puntos de razonables, se sentía crecer y crecer Ramoncito y juntamente bajar a los demás, hasta que todos quedaban a la misma altura, nivelados chicos y grandes, potentados y menesterosos, por el rasero de la común miseria, que no dejaba más alta que las otras —¡quién lo dijera! — la soberbia cabeza del mismísimo Benavente.

## X

Entretanto que Ramoncito releía las páginas de "La Moda Elegante", acompañado de doña Pepa y Mariquita, Ribero había extendido ordenadamente sobre la mesa una buena porción de libros, planos y notas aclaratorias; y usando de su mejor dialéctica, se afanaba en explicarle a los Benavente el sistema de cría ideado por él. Don Pascual y Quiñones, consultándose con la vista, lo escuchaban sentados frente a Beba, que, con los codos apoyados sobre la mesa y ambas manos en los carrillos, seguía los movimientos de Ribero, sin perder una sílaba del discurso. Rafael también afinaba el oído, apurando a pequeños sorbos al mismo tiempo la segunda taza de café, licor muy de su paladar, pero que no bebía sino hecho de su propia mano. El café era para el esposo de Beba una necesidad orgánica. En viaje llevaba siempre en la maleta un paquetito de moka y una maquinilla de fábrica francesa, muy mona, y cuyo principal mérito consistía en retardar la operación de hacer el café media hora más que las comunes y simplísimas de hoja de lata.

Complicadísimo, aunque muy racional y sólido, era el mecanismo de los libros. Cada página comprendía un *rodeo* o cantidad de animales de igual grado de sangre y descendencia, divididos en dos porciones: una, la de las vacas con cría hembra, y otra la de los machos: de esta manera no había que temer los apareamientos entre animales jóvenes y consanguíneos,

tan perjudiciales generalmente. Encabezaban las páginas breve reseña del origen de las vacas y de los toros padres, y algunas notas sobre las señales que distinguían los productos de un rodeo de otro cualquiera; y debajo extendíanse los casilleros de entradas y salidas, que ponían a la vista el movimiento del ganado, es decir, la cantidad y calidad de animales que en el transcurso del año entraban a formar parte del rodeo o salían de él para otros lugares. Demostraba, por último, un balance en extremo curioso, el adelanto de sangre habido en cada rodeo, y el estado en que quedaba éste después de la selección de fin de año, salidas de los terneros y otros cambios y permutaciones. Además de los ganados de cría, ocupaban algunas páginas del libro, los depósitos de terneros y terneras, formados con los productos de todos los rodeos, a donde volvían al cumplir dos años para llenar el hueco hecho por los animales muertos, vendidos o desechados por vejez o fealdad. Los terneros que no servían para reproductores, iban a formar parte de las invernadas.

Poco se diferenciaban de éstos los libros de las ovejas, pero el de las yeguas era mucho más complicado.

Notas curiosas, detalles nimios y sutiles observaciones referentes a cada yegua en particular, hacían de él un archivo de documentos interesantes y dignos de estudio. Aquí, aparte del origen del animal y del *examen de formas,* que requería una buena serie de primorosas observaciones, tales como: la alzada, largo del tronco, espesor de las articulaciones, anchura del pecho... se hacía una relación esmeradísima de los accidentes que hubieran podido influir en su desarrollo, y de las cualidades demostradas en la doma,

en la prueba de resistencia, en la de velocidad en el trote; cosas todas a cuyo conocimiento daba grande importancia Ribero. Como Quiñones no acababa de comprender el objeto de tanto prolijo cuidado, le dijo aquél:

—Para llevar el mestizaje en el menor tiempo posible a la mayor altura, a la pureza, y progresar por año tanto cuanto es posible en una ganadería en la cual se ponen en práctica todos los medios de mejora, me era indispensable tener un conocimiento completo de los animales con que iba a trabajar, y de ahí la formación de los libros. Su utilidad, fuera de ser la historia de la ganadería y fuente de grandes enseñanzas si se saben aprovechar las lecciones de la experiencia, es grandísima para mí; gracias a ellas puedo, con menos trabajo y mayor exactitud que antes, hacer toda suerte de faenas, y manejar tres o cuatro mil vacas, otras tantas ovejas y numerosas yeguadas con el mismo buen orden y prolijidad que los ingleses en sus ganaderías de ochenta piezas. Antes, por ejemplo, para hacer una selección incompleta, había que correr leguas y leguas e invertir muchos días en el trabajo, y a la postre todo salía mal; ahora hago el trabajo de selección aquí, en las casas, muy cómodamente: tomo mis libros y apunto las *deficiencias* de cada rodeo, es decir, el número de animales que hay en ellos que desmerecen del conjunto, por cualquier razón; averiguo en seguida la cantidad y calidad de vaquillonas que necesito para llenar con ventaja el hueco que la selección hace en aquellos rodeos; veo si las hay en el depósito de terneras, y sin apuros, dudas ni tropiezos, practico en el ganado lo que he escrito en el papel. Aunque cultivo seis o siete corrientes de sangre dentro de la variedad Durham,

no hay miedo de que me confunda y haga torpes uniones; consulto el libro y sé a ciencia cierta lo que me conviene, porque los trabajos que practico, como no son hechos a la buena de Dios, sin estudio ni discernimiento, sino que van dirigidos a un fin, son unos y determinados.

Don Pascual y Quiñones lo oían con la boca abierta y mirándolo con la misma desconfianza que a los corredores de bolsa, cuando les proponían una operación tentadora, pero peligrosa. Rafael, aburrido ya, se paseaba por el comedor retorciéndose el sedoso y bien cuidado bigote, y echándole ojeadas a la puerta del patio.

—¿Te vas enterando? — le preguntaba Beba de tiempo en tiempo.

—Sí, mujer, sí, — respondía él; pero a la verdad no se enteraba, ni falta. El resobado tema de las reformas ganaderas, que antes sólo lograba fastidiarlo, le producía ahora hondo disgusto y pueril enojo. Era cosa de niños, pero no podía oir las disertaciones de Ribero y Beba sin experimentar dolorosa tirantez de los nervios y sentir el singularísimo deseo de matar con su intencionada indiferencia, el entusiasmo de tío y sobrina.

—Para llegar a estos resultados, para regimentar una tarea de suyo rebelde al orden, he tenido que hacer muchos trabajos preliminares y grandes desembolsos; pero gracias a Dios, todo está hecho, y ahora me felicito de haber emprendido y llevado a cabo una tarea que se tenía por imposible.

—Todo está muy bueno, — aseveró don Pascual, sonriendo con suficiencia; — lo único que no alcanzo a comprender es la necesidad de los diez galpones. ¡Diez galpones! Eso les va a costar un ojo de la cara.

Treinta mil pesos, si no mienten los cálculos de ustedes. ¡Pues es una friolera! ¿Qué dices tú a eso, Pedro?

—¡Hum!... cada uno sabe por dónde galopa: ¿no es cierto, Ribero? Pero yo, — agregó dirigiéndose a Benavente, — qué quieres que te diga: en mi campo no haría un gasto así, no, no, no!...

—Es un gasto exorbitante.

—Sin embargo, hay que hacerlo. Los galpones tienen por objeto, no sólo evitar que los ganados finos se aniquilen en el invierno y se detenga el crecimiento de los terneros en la edad precisamente de su mayor desarrollo, sino hacer el destete temprano, sin lo cual las vacas no podrían ser fecundadas en el corto tiempo que están los toros padres en los rodeos. La producción anual no se consigue, estoy seguro de ello, sin el destete temprano, ni el destete sin los galpones; éstos aumentarán en un treinta por ciento la producción del año: eso sólo justificaría su construcción. ¡Qué demonio! ¡Algo nos ha de costar obtener tan brillante resultado! Por otra parte, pienso sacarles a los galpones grande utilidad el día que se inicie la exportación de animales en pie a Europa; confío en el porvenir y voy preparándome para cuando ese día llegue, que llegará pronto, y entonces... —agregó sonriendo, — gozaremos cumplidamente el fruto de nuestra tarea. Sin grandes trabajos, porque todo se ha ido preparando al objeto, podremos presentar mil quinientos animales por año, de doble peso que los criollos, mansos y en condiciones de ser transportados sin que experimenten pérdidas de carne; y entonces también será de ver el consumirse de envidia a los rezagados y afanarse, gastando dinero y haciendo toda suerte de sacrificios, en seguir el ejemplo que

les hemos dado nosotros... ¡pobres Quijotes! Pero, ¡ah! no saben que les esperan diez años de fatigas, de duros trabajos, para gustar el carozo del fruto cuya carne habremos saboreado los ridículos optimistas.

Quiñones sonrió con desprecio, y haciéndole a Benavente un disimulado guiño, dijo:

—¡Todo eso es muy bonito... pero ¡hum! — y por lo bajo agregó: — más fe le tengo al mastuerzo.

—¿Y usted cree que la exportación de animales en pie vendrá? — interrumpió Benavente.

—No tiene otro remedio. Lo que hace falta es que los Gobiernos lo entiendan así y se den prisa en secundar los esfuerzos de los criadores progresistas, en allanarles el camino, en favorecer por todos los medios imaginables la multiplicación de las razas de sebo acreditadas en Europa, tales como el Durham y el Hereford. Desde el punto y hora en que tuviéramos una buena cantidad de animales en condiciones de ser exportados, la exportación vendría necesariamente, como cosa caída de su propio peso. Entonces entraríamos en una época de prosperidad y engrandecimiento reales, porque lo que no venga de ahí, de nuestra industria natural y espontánea, será progreso falso y por consiguiente efímero.

—¡Amigo, amigo! se le ha ido la mano; eso es darle demasiada importancia a la ganadería.

Ribero lo examinó de pies a cabeza, como preguntándole si estaba en su sano juicio.

—Le doy la que le pertenece, — dijo; — nosotros no tenemos agricultura en grande, ni industrias de ninguna clase; todo, pues, debemos esperarlo de la ganadería: gracias a ella llegaremos a ser fuertes y libres.

Quiñones abrió desmesuradamente la boca.

—Porque hoy no somos, —continuó diciendo Ribero, — ni una cosa ni otra: no somos fuertes por que no somos ricos, y no siendo ricos no podemos ser independientes, desde el momento en que vivimos del empréstito y soportamos de buen o mal grado, que extranjeros y advenedizos se entrometan en nuestros asuntos y a veces nos impongan su voluntad.

—¿Y cómo hemos de ser libres, amigo, con estos Gobiernos? Denos buen Gobierno y yo le garanto que progresaremos sin tocar para nada la ganadería. ¿No te parece Pascual?

—Está claro: el daño viene de ahí.

—Está claro, — articuló Rafael.

—No, el daño no viene de ahí: ¡los Gobiernos, los Gobiernos! ¡Uf, la eterna canción! ¿Creen ustedes verdaderamente que un hombre puede detener el progreso natural de un país, cuando ese país tiene vida y potente voluntad? Dejémonos de tonterías: los Gobiernos son empujados por la fuerza de las cosas y a esa fuerza le imprime dirección el pueblo, todos nosotros.

Aquí se enredaron en una intrincada discusión, en la que también metieron su cuchara las señoras. Mientras éstas expusieron sus ideas, Ribero guardó silencio, pero así que la polémica quedó reducida a los hombres solamente, se dejó llevar del odio que sentía hacia lo que él llamaba el espíritu rutinario de la mayor parte de las gentes del país, y dijo, paseándose a lo largo de la sala y restregándose las manos, como siempre que se ponía un poco nervioso:

—Es inútil buscar el daño fuera de nosotros. Engañosas apariencias pueden hacernos creer que los malos Gobiernos son los que llevan este pobre país a

la ruina, pero no hay tal cosa: nuestra suerte es la que nos fabricamos todos en estúpida labor común. Es cosa digna de estudio: siempre andamos como los tísicos, procurando engañarnos, atribuyendo nuestros males a diversas causas; sospechamos cuál es la verdadera, pero el horror a ver claramente nuestros males no nos deja analizar, entretanto el tiempo pasa y la enfermedad gana terreno. Esta cobardía es de todo punto inútil ya; aunque tratemos de engañarnos, los hechos son tan significativos, que saltan a la vista. ¿No se han parado nunca a considerar lo que significa esa muchachada sin aspiraciones, sin fuego en el alma?... pues para mí es la prueba palpable de nuestro raquitismo. ¡Ay! si la juventud es así, tan poco briosa y *juvenil*, ¡qué se puede esperar de los hombres maduros y de los viejos, cuyo entusiasmo han tenido que enfriar los desengaños!... Nada: estrechez de miras, sanchismo craso, egoísmo y sordidez. La desconfianza nos impide sembrar y nos apoca e inutiliza. Por eso nuestro comercio es tan mezquino y esquilmador de la riqueza pública; como no devuelve nada de lo que saca, deja empobrecido el terreno donde nace. Y sino, vean cuál es la misión de los capitalistas de nuestra tierra: vivir cruzados de brazos como los zánganos de la colmena, mientras sus capitales, colocados sobre hipotecas, ganan, ¡ah perros judíos! el uno y medio mensual. Y así en otras cosas: la campaña, esta pobre campaña, tan rica, tan generosa, y a la cual le debemos absolutamente todo, sufre sumergida en la ignorancia las desdichadísimas, aunque naturales consecuencias, de nuestro espíritu estrecho, cerrado a toda idea nueva. Somos lo que hemos sido siempre: unos pobres gauchos petrificados dentro de nuestros ranchos de terrón y paja, mientras

afuera todo se transforma y progresa. Hacemos cuando hay ganado gordo, una tropita; les *bajamos* por octubre el escaso vellón a las ovejas y dormimos tranquilamente el resto del año, dejando a Dios el cuidado de vigilar las *haciendas* y darles lo que les hace falta. La inteligencia del criador, arma poderosa con la cual se han mejorado todas las razas, es entre nosotros un instrumento inservible, y como no lo ejercitamos para nada, dicho se está que nos vamos embruteciendo rápida y profundamente, a la par que en nuestros corazones mueren todos los sentimientos nobles y generosos. ¡Sí, la lepra de la sordidez ya hace presa en los degenerados paisanos; ya hay entre ellos muchos usureros y prestamistas, y también avaros que guardan sus monedas en un rincón escondido del monte! Hablarles a estas gentes de las reformas que a gritos está pidiendo la ganadería, y que suponen amplitud de miras y liberalismo, es predicar en desierto. ¡Y pensar que la riqueza del país está en esas manos! Pues bien: la culpa de tantos graves males no la tienen este Gobierno, ni aquél, ni el de más allá: la culpa sencillamente la tenemos todos. El sanchismo nos ahoga.

Y dejándose arrebatar de la tirria que lo animaba contra los egoístas y retrógrados, habló un gran rato con mal templada ira, como si los tuviera delante. Don Pascual y Quiñones empezaron a sentirse molestos. Aunque la alta idea que tenían formada de sí mismos, les impedía creer que las palabras de Ribero rezaban con ellos, mirábanlo inquietos, con el temor de oir algo desagradable. Reíanse para su capote de los entusiasmos de aquel soñador, pero al mismo tiempo, por no tenerlos, se sentían inconscientemente inferiores a él, y de ahí su malestar. Sentimientos análo-

gos desazonaban a Rafael. Por dos o tres veces sintió que se le ponían coloradas las orejas y tuvo deseos de replicar cualquier cosa, pero hubiera sido confesar la partida, y por eso optó por callarse y disimular, dándole a su rostro un gesto de indiferencia y frialdad, como el de quien escucha palabras que están muy lejos de atañerle. En cuanto a Ramoncito, aunque le doliera, se confesaba que Ribero tenía razón.

—Da lástima realmente, —prosiguió Ribero,— el estado de ignorancia en que yace la campaña, en la cual viven y se embrutecen nuestros gauchos, y sin embargo, el remedio está bien a la mano. ¡Ah! como nos desprendiéramos del espíritu de Sancho que nos limita en todo y siguiéramos el ejemplo de esos modernísimos establecimientos de campo que ensayan el cultivo de las razas selectas y emplean los medios científicos más preciosos para el mejoramiento de sus ganados, poco duraría nuestra pena, porque esos establecimientos, han de saberlo ustedes, aparte de su misión civilizadora, tienen altos fines que llenar, marchan en primera línea a la conquista de nuestro porvenir.

La pasión de artista que sentía por su obra, venció aquella noche la repugnancia de su arisca naturaleza a franquearse y expandirse. Contra su costumbre de expresarse con frialdad y habitual reserva, habló largamente y con desusado entusiasmo, pintándoles con vivísimos colores sus sueños y esperanzas de criador.

Los Benavente, encastillados como siempre en su natural descreimiento y poca confianza en las grandezas del porvenir, lo oían, sin embargo, con inquietud, con la supersticiosa inquietud de contagiarse en que los ponía el fuego y entonación profética con que se expresaba Ribero. Mariquita y Ramoncito habían

levantado la cabeza de sobre los periódicos, y doña Pepa, que desde la luminosa aparición de los *impertinentes*, no los dejaba ni a sol ni a sombra, se los asestó a Ribero, y durante algunos minutos estuvo mirándolo con prolija curiosidad.

—Para mí no cabe duda: el problema de nuestro porvenir estará resuelto el día que hayamos asegurado la exportación, y como esa exportación y las reformas preliminares consiguientes sólo las llevarán a cabo los criadores progresistas, inútil es decir que en esa gran obra debe esperarse mayores beneficios del último cabañero, que de todos los políticos, letrados e industriales que pululan por ahí. Y por eso es que el Embrión no aparece a mis ojos como un establecimiento de campo solamente: veo en él algo más que eso, veo el nacimiento de una industria nueva y generosa, como veo en los reproductores que vendo, no los reproductores, sino los gérmenes de aquella industria, que se desparraman por aquí y allá para desarrollarse en el momento oportuno e invadirlo todo. Otras veces se me figura que son —por eso los cuido con tanto esmero— mis ideas hechas carne, vivas, que van a convencer a los incrédulos, o me los imagino soldados que marchan a la conquista de un país rico que hay dentro de este pobre país, pero siempre les atribuyo una trascendentalidad que las gentes no alcanzan a comprender, y que yo siento con una fuerza tan viva y tan sincera que no puede engañarme. No me engaño, no. Merced a ellos nos acercamos paso a paso al punto de partida de nuestro engrandecimiento, que ya no debe de estar lejos... Hace mucho tiempo que el Embrión desparrama por los campos la generosa simiente, y la hora de recoger la cosecha no se hará esperar gran cosa. ¡Ah! cuando

ese día llegue, cuando la exportación se afirme y hasta los rezagados comprendan la necesidad de mejorar sus haciendas, el Embrión, después de haber dado el alto ejemplo, se convertirá en mina robustecedora de la riqueza nacional, pues todos los ganaderos vendrán a buscar aquí, a la fuente, la sangre rica para inocularla en sus ganados. La actividad, el espíritu emprendedor, el sano liberalismo, que forzosamente ha de imponer semejante evolución, arrancará a la campaña del profundo letargo en que la tiene sumida una rutina vergonzosa, y entonces se verán surgir de las desoladas taperas y monótonas llanuras, graciosos edificios, lozanas praderas, apretados montes, y transformarse en valiosos productos, los salvajes animales que ahora, como dejados de la mano de Dios, arrastran sus enflaquecidos miembros por los campos. Y gran parte de esto se deberá al Embrión, porque de él ha partido el impulso inicial, la idea madre, y porque todos sus esfuerzos han sido a sabiendas dirigidos a ese punto.

Calló, y, apoyando las manos en los barrotes de la ventana, estuvo un rato absorto en la contemplación de la luna y del límpido cielo; después, sin cambiar de postura, como impresionado por la romántica poesía que comunicaba a los objetos la melancólica claridad de aquel astro, dijo con verdadera emoción:

—Así y sólo así, serán nuestros nietos poderosos y fuertes. Cuando lo sean puede que miren hacia atrás y reconozcan que el Embrión, que este humilde establecimiento de campo es la cuna de su grandeza. Entonces quizá también tengan algunas palabras de gratitud para nosotros.

Al separarse de la ventana y volver a la realidad de las cosas, sintió rabia contra sí mismo por haber-

se espontaneado y tornó a ser, porque lo agitaba la duda de haberse puesto en ridículo, el Ribero huraño de siempre. "¿Qué necesidad tengo yo de hablarles?"... ¿será posible que no me convenza de que me escuchan con disgusto?... ¿por qué les hablé, por qué?... ¡Me estoy volviendo charlatán como un sacamuelas! ¿Cuándo me dejará este estúpido empeño de convencer a todo el mundo?" — pensó atropelladamente.

Como Ribero no dijese palabra de la hipoteca, ni mostrase intención de decirla, le salió Benavente al encuentro preguntándole:

—Por lo que veo, siguen ustedes impertérritos en la idea de construir los galpones, y por lo tanto, de hacer la hipoteca, ¿eh?

"Es claro, no me escuchaban, pensaban en eso", — se dijo Ribero, y luego respondió en voz alta, ruborizándose sin saber de qué:

—Sí, es necesario hacerla.

A estas palabras siguió un largo y embarazoso silencio. Doña Pepa, algo intranquila, apartó los ojos de "La Moda Elegante" para fijarlos en Benavente, que hacía esfuerzos inauditos para que no se le trasluciese el disgusto; Rafael siguió paseándose un poquito nervioso, con ganas de decir alguna cosa, pero sin saber por dónde empezar, y Beba se hizo la distraída, huyendo las miradas de su esposo y de su suegro.

Ribero sonrió desdeñosamente, creyendo adivinar lo que significaba el hostil silencio de don Pascual y Rafael, e iba a salir, pero se detuvo y, como movido por repentina idea, dijo:

—Necesito que ustedes sepan que en esta operación no peligra el capital de Beba, porque...

—¡Qué no peligra! ¡hombre, hombre! — le interrumpió con acento desabrido Benavente. — Dígame lo que quiera: que es necesario hacer la hipoteca, o que quiere tirar el dinero a la calle, o algo por el estilo; pero en cuanto a que el capital no peligra...

—No peligra, digo, — repitió con firmeza Ribero, — porque la hipoteca la haré sobre la mitad del campo, sobre la parte mía, sin afectar una sola vara del terreno de Beba. Y no crean que mi proceder tiene nada de extraordinario: toda la vida he hecho lo mismo; los gastos han ido a mi cuenta, y las ganancias las he repartido en dos partes iguales, lo cual tampoco debe admirarlos; a la postre todo será de ella...

Con el pretexto de que hacía mucho calor, volvieron don Pascual y Quiñones a salir al jardincito; Rafael pensó que debía decir algo y siguió paseándose, pero viendo que no se le ocurría nada, fue a hacerle compañía a su padre y a Quiñones. Las señoras se quedaron donde estaban. Ribero cerró los libros, y después de proyectar con Beba lo que harían al día siguiente y de darles a todos las buenas noches, subió a su despacho, y abriendo una de las ventanas que daba al campo, se cruzó de brazos sobre la balustrada. Así estuvo durante una buena hora, sin apartar la vista de un punto del espacio, avinagrado el gesto y mordiéndose nerviosamente las guías del bigote.

De abajo subía hasta él un confuso rumor de voces, entre las cuales creyó reconocer las de Rafael y Beba, pero no hizo caso, hasta que convirténdose el rumor en fuerte vocerío, pudo oir pronunciar su nombre. ¡Cosa extraña! parecía ser él la causa de la disputa. De pronto cesó todo el ruido y vio a Beba atravesar el patio y dirigirse a su alcoba. Iba con la cabeza gacha, y por el movimiento de los hombros le pare-

ció que sollozaba. Al cabo de un rato retiróse Rafael, luego Mariquita y Ramoncito, y por último el matrimonio Benavente, y todavía permaneció algunos minutos en la ventana, oyendo como un lejano eco en medio de la solemne calma de la noche, el rumor de la pasada disputa.

—¡Hijos de perra!... —murmuró de pronto cerrando violentamente la ventana; — ¡yo les había de dar!...

## XI

Después de ascender a todo escape, no sin dar tumbos y barquinazos, por la empinada cuesta de un cerro que hacía accesible estrecha y tortuosa senda, Ribero puso las yeguas al paso para darles el necesario refresco, y dirigiéndose a Beba, dijo con afectada indiferencia:

—Te veo muy cariacontecida: ¿qué te pasa?

—¡Qué me ha de pasar! lo de siempre; nada, tontunas, — contestó ella esgrimiendo el abanico, aunque maldito el calor que hacía.

—Algún disgusto con Rafael o con los Benavente, — aseguró Ribero pugnando por sonreir; y como Beba no contestara, continuó después de un buen rato de silencio, poniéndose serio: — Sin querer te estoy haciendo un flaco servicio con interesarte en mis proyectos; la culpa de que vivas en continua guerra con los Benavente, se la tiene este fraile.

—¡Tito, por Dios! ...

El, sin hacer caso de la exclamación de su sobrina, prosiguió, recalcando un poco las palabras:

—Anoche, desde la ventana de mi escritorio, oí por casualidad la disputa de ustedes: ya comprenderás, pues, que no hablo por el gusto de hablar.

—Sí, discutíamos sobre la hipoteca. Ellos no simpatizan con la idea nuestra de invertir grandes cantidades en la mejora de los ganados; pero ¿qué culpa tienes tú en eso? Yo fui la primera que pensé en la dichosa hipoteca, de tí nada decían.

—¡Hum!... Dejémonos de tonterías, querida. Yo sé tan bien como tú, y si no estuviera plenamente convencido no te lo diría, por no agravar tu daño, que en la oposición de los Benavente a mis proyectos hay algo más que un casual antagonismo de ideas. ¡Qué demonios! llamemos a las cosas por su nombre: hay mala voluntad, tirria, inquina... no me lo niegues; escucha: si no estuviera seguro de lo que acabo de decirte, me bastaría verlos una sola vez en la mesa, con la nariz metida en los guisos, haciendo esfuerzos por no dispararse mientras yo hablo, para convencerme de ello.

Iba Beba a replicar, pero él le atajó las palabras diciéndole:

—No trates de paliar la amarga verdad de mis aseveraciones: les soy profundamente antipático y, por supuesto, yo les pago con la misma moneda. Una vez me preguntaste: "¿Qué te parecen, Tito, mi novio y mis futuros suegros?" y yo te respondí: "¿me pides una opinión franca, no es cierto? pues bien: me revientan". — ¿Fué así?... Bueno: de todo esto puedes colegir que no debe de extrañarme mucho la antipatía de los Benavente; en esa parte no hacen otra cosa que corresponder a los sentimientos que me inspiran; es más: ni siquiera me importa, mejor dicho, me importaba, porque ahora he caído en la cuenta de que la repulsión que me tienen va degenerando en tu persona, quizá porque en tus ideas ven el reflejo de las mías o por haberme defendido en algunas ocasiones de sus ataques; ejemplo al canto: anoche.

—Eso sí que no — repuso ella con viveza, como si le hubieran puesto el dedo en la llaga. — No es necesario que yo participe de tus ideas, para que Rafael, mis suegros y yo discrepemos en todo; para eso, por

desgracia, no necesitamos que nadie nos ayude, ¡ah no! Si la causa de nuestro eterno discrepar fuera ésa, poca pena sería la mía; pero no es ésa la causa: la causa está en que... en que no hemos nacido para vivir juntos. Si a tu vez no quieres engañarme, lo comprenderás así.

Y tanto como lo comprendía él, pero guardó discreto silencio, temiendo por una parte mostrar su conformidad con la opinión de Beba y adolorirla más, y por otra no saber mentir como al caso convenía.

—Tengo metida entre ceja y ceja esa idea, la cual me tiene en continua zozobra, sumiéndome en esas murrias y melancolías, que a tí, ¡pobre Tito! te habrán sorprendido y apenado tanto. ¿Qué pensará él cuando descubra que su Beba no es feliz? me he preguntado muchas veces, y a pesar de que tenía la certeza de que tú no ignorabas el origen de mis disgustos, una vergüenza que contenía mis deseos de franquearme contigo, me impidió hablar. No creas que he querido engañarte: he callado por eso, y sólo por eso.

Aquí dio un suspiro que pareció librarla de un gran peso, y volviéndose de pronto hacia Ribero, exclamó:

—¡Qué disgustazo te habré dado cuando, sin prestar oídos a tus consejos, decidí casarme! ¿eh, Tito? ¡Qué loca fui!

—Sí, francamente, tu terquedad, sobre todo la alegría con que te separaste de mí para unirte a Rafael, me produjo vivísimo dolor; si te dijera otra cosa mentiría como un bellaco.

Se le oscureció el rostro, y agregó, dándole un vigoroso latigazo a la yegua de la derecha:

—Pero si te parece doblemos la hoja: ese asunto tiene el privilegio de crisparme los nervios. ¡Pimien-

taaa, hup! ¡Canelaaa...! — gritó poniendo las yeguas al trote largo.

Cosa de media hora después hacían alto frente a un rodeo. Algunos peones que descansaban tendidos en el pasto, a la sombra de los caballos, tornaron a montar al ver el coche, y al trotecito, sin apurarse ni poco ni mucho, fueron arreando las vacas que en busca de la querencia iban dispersándose por el campo. Con los bueyes pastaban, algún tanto retirados de allí, los toros padres que ese año se destinaban a las vaquillonas, única faena que había que hacer con los ganados de cría, pues la división y subdivisión de las vaquillonas en grupos de igual sangre y origen, señalamiento de los terneros y otras engorrosas tareas, habían sido terminadas mucho antes.

—Ahí tienes los últimos hijos de Comet: ahora cumplen dos años, lo mismo que la mayor parte de las vaquillonas que les tengo destinadas; veremos lo que resulta de este apareamiento entre consanguíneos. Defectos no tienen que heredar; — y luego hablando para sí: "Como no tuvieran alguna enfermedad latente que en los hijos se hiciera efectiva..." pero no, no puede ser, — añadió fuerte: — aquí me he criado y jamás he visto un animal enfermo.

Al alejarse de allí, Beba suspiró y dijo:

—¡Quién sabe cuándo volveré a verlos; me da una pena dejar todo esto!...

Y como Ribero la mirara sorprendido, ella se apresuró a decir:

—¡Ah, es verdad que tú no lo sabías! pues nos vamos a Montevideo; anoche Rafael decidió el viaje. Es cosa resuelta.

Callaron. Ribero sólo atendía a las riendas, esgrimiendo el látigo frecuentemente, y Beba, después de

hacer algunos apuntes en la libreta de memorias, cruzó las manos y se estuvo quieta, sin hablar, hundida en enojosas cavilaciones, que fueron poco a poco borrando la expresión risueña de su rostro, hasta darle el severo empaque de una estatuilla griega. Balaban las ovejas dulcemente y cantaban los pájaros multiplicando sus trinos a medida que las manchas de la helada, que acá y allá emblanquecían el suelo, iban evaporándose, pero Beba no oía, pensando en lo que desde algún tiempo a aquella parte la agriaba, teniéndola en propicia irritación para resentirse y volarse por cualquier causa, y era, no ya la sospecha, sino el firmísimo convencimiento, sugerido por la indolencia y poca fibra de Rafael, de que éste no tenía ni con mucho la talla del hombre que ella se forjó en sus poéticos fantaseos: inteligente, esforzado y muy capaz de emprender y llevar a feliz término empresas grandes y magnas. Y aquel convencimiento la hacía pensar en que sus sueños, como todos los sueños, eran tan hermosos como falsos, y caer en tristes deducciones, que removían sus amarguras de niña sensible y esposa desilusionada.

Quedóse mirando fijamente las orejas de las yeguas y pensó:

"El es bueno a su manera, honrado, hasta virtuoso, si la virtud no le cuesta trabajo; pero si hay que hacer algún esfuerzo... ¿por qué es tan débil y superficial? ¡Dios mío! ¿es eso el esposo? ¡Ah! no tiene, no, las prendas que el lenguaje, las cultas maneras y su modo de vestir me hicieron atribuirle, ni las cualidades con que yo me complacía en adornarlo, entre las que figuraban en primera línea, un carácter inquieto, audaz, emprendedor... ¡pobre de mí! Es tanta su indolencia, que si le costara el menor trabajo

ser bueno, dejaría de serlo en seguida. Bien claro lo demuestra en las cosas de la estancia: comprende que debía tomarse algún cuidado por nuestros intereses, que su pasividad es ridícula y hasta denigrante, pero como salir de su vergonzosa inacción le costaría un esfuerzo, no lo hace, y así obra en todo. ¿Se ha tomado alguna vez el trabajo de serme agradable? ¿por qué no hace por complacerme? cuando lo que le pido es tan justo: un poco de calor, un poco de nervio para no vegetar miserablemente... pero ¡bah! él no se incomoda; se dejará correr y me verá sufrir por su causa impasiblemente, sin que se alteren sus facciones de hombre bonito e inútil. ¿Es por ventura este marido el hombre generoso y fuerte, junto a quien me acogeré yo buscando calor y amparo en los momentos difíciles de la vida?"

Esta pregunta solía hacérsela muy a menudo, y dándose por respuesta siempre los inútiles esfuerzos que había hecho por meterle en la cabeza las grandes ideas de que ella se sentía animada, confesábase que no invariablemente. Con el entusiasmo que Ribero había sabido inspirarle, hablábale ella del alto fin que estaba llamado a llenar el Embrión, y del gran contento que gozarían ellos en haber empleado la vida en una tarea útil y noble, y otras cosas por ese estilo; pero él no participaba de tales entusiasmos, sin que se pudiera achacar su indiferencia a que no comprendiese... comprender, ¡vaya si comprendía! y hasta por momentos casi, casi era de la misma opinión de Beba, pero así que ella se separaba de él, tornaba a pensar como lo había enseñado su padre, con el criterio prosaicamente sesudo de un burgués que ha ganado peso a peso su bonita fortuna. Este vulgarismo de Rafael hizo llegar a Beba en repetidas ocasiones

a la triste conclusión de que su esposo cabía en el número de los seres aborrecidos instintivamente por ella, de los bellos-inútiles, que asesinaban estúpidamente el tiempo trotando de las puertas del club a los bancos de la plaza, sin pensar en nada serio, ni sentirse atormentados por una generosa ambición o una noble duda, y que por no poseer nada de lo que caracteriza a los humanos, ni aun tenían un vicio...

Y con el amargor dilacerante de estas conclusiones, ¡cuántas iras y rencorcillos no mordían su alma!

## XII

Recién a las doce del día, cuando Ribero se convenció de que no le sería posible concluir el trabajo hasta la tarde, propuso, saliendo del prolongado silencio en que venía hundido:

—Si te parece bien, almorzaremos en el puesto de Braulio: estamos cerca.

Beba aceptó de muy buena gana, y Ribero dándole orden a los peones de que se adelantasen para ir preparando la comida, tomó el camino del puesto de Braulio, el sitio donde ellos, atraídos por la amenidad del paisaje, acostumbraban a guarecerse de los ardores de la siesta.

Era muy bonita aquella parte del campo. Apretado monte, que se extendía a espaldas y por el costado izquierdo del modesto edificio, impedía el paso a los rayos del sol, y formaba naturales y caprichosas florestas, donde el jilguero y el *sabiá* cantaban alegremente. Un arroyo que se deslizaba por allí, comunicábale al paisaje animación y frescura, y contribuía a que el puesto, pintado de blanco y destacándose sobre el monte, semejara un trapo recién sacado del agua y tendido a secar en las ramas de un árbol.

Cuando llegaron, ya los peones habían desensillado, y los *aperos* veíanse por acá y allá, tendidos a la sombra, formando camas a las cuales el *basto* servía de cabecera. Un costillar de oveja se asaba en el asador a media vara del fuego.

Ribero y Beba, rehusando la invitación de descansar en las casas, que les hacían las hijas de Braulio, unas mulatitas muy limpias y aseadas, se internaron en el bosque seguidos de la menor de ellas, que llevaba en la diestra la caldera llena de agua hirviendo, y en la izquierda el mate ya preparado. Cuando Beba la vio, puso la niña los chismes en el suelo, y acercándose con mucho respeto y con las manos juntas, como quien pide perdón, acertó a decir:

—La bendición, madrina.

—Dios te haga una santita, querida, —le respondió Beba, dándole un beso.— Tú nos vas a servir, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Bueno, pues con mucho cuidadito ve trayendo las provisiones que están en el coche, donde siempre... ¿sabes?

—Sí, señora, — tornó a contestar la niña, y echó a correr hacia la casa.

Sentáronse cerca del arroyo, y en silencio y por turno, empezaron a sorber el mate. Como cosa querida que contra nuestros deseos hemos de abandonar, contemplaba Beba el paisaje, sintiendo un placer triste en hundir la mirada en el intrincado monte por ella recorrido en todas direcciones, en seguir el agua fugitiva del arroyo, o en contemplar la llanura, que animaba el movimiento de los animales del último rodeo que habían visto, y donde en aquellos instantes se disputaban los toros a topetazos las vacas que lo componían.

—¡Ah si yo hubiera seguido tus consejos!... —exclamó Beba de pronto; — cree, Tito, que no soy nada feliz. ¡Y yo que acaricié tanto tiempo la dulce esperanza de que aquí lo sería! — añadió sonriendo

en la ciudad, vida inactiva, monótona y triste de mujer casada y sin hijos.

Después de un viaje de novios a Europa, alquilaron una casita muy bien construida, con balcones de mármol al frente y jardín al fondo, situada un poco lejos del centro; pero, ¿qué importaba? en la gran avenida que conduce al Paso del Molino. El amueblarla y alhajarla fue ocasión de gustoso entretenimiento durante dos meses. Por el día íbanse juntos a hacer compras, a corretear por tiendas, casas de muebles y bazares, mirando y remirando mucho los objetos antes de adquirirlos, como testigos que iban a ser de su felicidad y compañeros de toda la vida, y por la noche, no bien concluían de comer, con el último bocado en la boca, les daban, entre risas y besos, oportuna colocación. Sin embargo, no todo fueron mieles, tuvieron sus disgustillos, y tal cual disputa, pues en la compra y colocación de los objetos opinaban siempre opuestamente. Terminada a principios del invierno la tarea de embellecer su nido de recién casados, dieron los dos en sentir un vacío inexplicable. Pasábanse la mayor parte del día cruzados de manos, sin saber qué hacerse dentro de la casa, ni poder salir a ninguna parte, porque las frecuentes lluvias les atajaban los pasos... El empezó a echar de menos la animación del centro, y ella, columpiándose en la mecedora y contemplando el mezquino jardinete, las huertas y bosques del Embrión. Entonces Rafael, por matar el fastidio, tornó a frecuentar el club y el Barril. Tan bien se encontraba en estos lugares, que no comprendió cómo, aunque por breve tiempo, los había abandonado. Luego vinieron los quehaceres de la bolsa, en seguida las enfermedades de los amigos y los compromisos comerciales... en fin,

apenas si se estaba un momento junto a su esposa. Esta, a fin de no aburrirse, cogió los olvidados pinceles para acometer la ruda obra de decorar con arreglo a la época la salita Luis XV, regalo de Ribero. Allí se pasaba las horas revolviendo las láminas del *Moderno Decorador*, y pinta que pinta, sin que la inquietaran otros cuidados, exceptuando el deseo de salir airosa de su empresa, que el temor de que alguien viniese a importunarla.

No se encontraba muy a sus anchas entre las relaciones de su esposo; siempre que con éste iba a pagar una visita, sufría ella, se violentaba, aunque no hiciera ninguna demostración de disgusto; pero Rafael debió de sospechar algo, porque cada día iba exigiéndole menos las etiquetas y cumplimientos de usanza entre las gentes de alto coturno, lo cual contribuyó a separarlos, y a que ella viviera punto menos que aislada de toda humana relación en la salita Luis XV, el único departamento de la casa, por otra parte, que le producía esa sensación de bienestar especialísima que se experimenta en las habitaciones conocidas de antiguo, y cuyos muebles están en conformidad con nuestras leyes estéticas. Allí se estaba, agitada por crueles dudas y presa de enfermiza nostalgia, en que acabó de sumirla la repentina y honda tristeza que la acometió una tarde a la hora de comer, delante de los platos y postres que no había probado, y frente al asiento vacío de su esposo; y la amargura de la primera noche pasada en el balcón, esperando inútilmente al ingrato. Acabó por acostumbrarse, pero...

—No sé que va a ser de mí en Montevideo; me espanta sólo el pensar en las horas de aburrimiento que allá me esperan. ¡Si yo pudiera dedicarme a una tarea que me ocupara todo el día! Pero no, las muje-

## XIII

Pronto huyeron las últimas semanas del verano, tras ellas las espléndidas tardes de otoño, y el invierno no tardó en presentarse con sus días grises, melancólicos, y noches interminables y tormentosas. Diluviaba. El patio de la estancia convirtióse presto en cenagosa laguna del color sucio del cielo, y las calles del jardín en arroyitos de rápida corriente, que arrastraban hojas y flores de las plantas muertas ya y desposeídas de sus marchitas galas por las furiosas caricias del viento. Apenas si se podía dar un paso fuera de las habitaciones.

Los Benavente, Ribero y Beba empezaron a sentirse mal en la estancia. Se les hacía insoportable la vida de común reclusión que los temporales los obligaba a hacer, teniéndolos todo el día juntos, unos frente a otros en el reducido comedor, en donde una estufa de cal y canto medio derruida, templaba a medias la atmósfera.

Allí, sin libros ni periódicos, procuraban matar el tiempo jugando a la baraja y a las damas, pero estos recreos eran insuficientes contra el malestar que traía consigo el obligado encierro, la ausencia del sol, el irritante zumbido del viento...

Ribero empezó después de los primeros días, a dejarse ver poco. Se estaba en los galpones contemplando con amorosa delectación los toros, los sementales, y a los potrillos que había sometido a un régimen riguroso y concienzudo de alimentación y gimnasia. Frente a ellos, haciendo mil combinaciones y proyec-

tos, se pasaba las horas sin variar de postura, recostado en el muro y con las manos hundidas en los abrigados bolsillos del amplio chaquetón. Muchas veces, con el pretexto de una jaqueca o fingidas ocupaciones, no iba a la mesa: en tales casos los Benaventes se encontraban muy a gusto, hasta alegres, y Beba, por no tener con quién departir de sus caras aficiones, más cabizbaja que de costumbre.

Don Pascual era quien lo pasaba mejor. Aparte de que la idea de restablecer el perdido equilibrio de la bolsa, pues que ese año no gastaría en recibos ni saraos, lo hacían conformarse con el destierro de la ciudad, encontraba eficaz antídoto contra el aburrimiento en la tertulia del mayordomo, donde era punto fijo Quiñones, siempre que sus tareas y frecuentes viajes lo hacían hacer alto en la estancia, el capataz y otros comensales no menos dados que aquéllos a hincar el diente en la fruta apetitosa de la murmuración.

No bien concluía de comer Benavente, calzábase los zuecos, subíase el cuello del gabán, y calándose hasta las orejas el sombrero, atravesaba el patio en dirección al escritorio del mayordomo, donde estaba seguro de encontrar a Quiñones en chancletas y muy repatingado en una mecedora pintada de negro y reluciente de barniz; al capataz escarbándose invariablemente las muelas con la punta del cuchillo, y paseándose a lo largo de la habitación y don Ciriaco, el mayordomo, cuya nariz corcovada, enmarañada pelambrera y cuello largo lo hacían parecer un loro viejo en la silueta que dibujaba en la pared.

"Muy buenas, señores", — decía entre fuertes carraspeos al entrar; ocupaba después su silla junto a la mesa de escribir; huyendo el frío del embaldosado sue-

Solían hablar también del tiempo, del buen o mal estado de los caminos, pero en tales pláticas no se detenían mucho; como los cuerpos buscan su centro de gravedad, así ellos, después de picar en éste y aquel asunto, volvían a ocuparse de lo mismo: las obras y proyectos de Ribero.

El ínclito Benavente, gustando como el que más de tales hablillas, y haciéndole honor al mate de leche y a la sabrosa torta frita con que eran obsequiados los tertulianos, se pasaba las horas y las horas en casa del mayordomo, sin echar de menos el club, el teatro ni otros refinados entretenimiento de la ciudad, ni preocuparse del aburrimiento en que vivían su mujer e hijos. A eso de las diez, al regresar de la tertulia, si Beba se había retirado ya a su alcoba, deteníase un momento en el comedor para referirles a doña Pepa y Rafael lo que había oído en casa del mayordomo, y a hacer los comentarios consiguientes; luego se iba a dormir tan tranquilo.

Doña Pepa y Mariquita se entretenían con la costura, Beba leyendo; pero Rafael, que no tenía en qué ocuparse ni con quién hablar, se fastidiaba enormemente. Para mal de males, concluyéronsele los cigarrillos y tuvo que apelar al tabaco negro, al apestoso *naco;* el vino y las conservas dieron fin; y éstos y otros desagrados que experimentaba por creerse sacrificado a los caprichos de su mujer, lo hacían vivir en continuo estado de displicencia. Parecía otro. El, antes tan apacible y cachazudo, era presa frecuentemente de irritaciones inexplicables, que dejaban a Beba suspensa y entristecida. Quejábase del frío, aunque no lo hiciera; de las malas condiciones de las piezas, aunque fuesen inmejorables, y a la menor contrariedad adquirían sus ojos, de blanda mirada,

una expresión dura, temblábanle los labios, y no era extraño que prorrumpiese en críticas mordaces, llenas de inquina y salpicadas con tal cual vocablo de baja estofa, sucio, que ponía al descubierto el estado de su alma.

"Se necesita talento para hacer una casa con todas las puertas al aire; aquí siempre está uno expuesto a morir de una pulmonía. Esto no tiene sentido común, verdad es que estamos en el campo, y en el campo ¿qué cosa lo tiene? ¡Y pensar que existen gentes tan sin gusto que les agrada esta vida imposible!..."

Y con el rabillo del ojo observaba el efecto que sus palabras le producían a Beba.

Huyendo de los pinchazos con que a cada momento la herían los Benavente, — porque también sus suegros y Mariquita solían despacharse a su gusto contra las cosas del campo, — no perdía Beba ocasión de escaparse a los galpones, en donde estaba segura de encontrar a Ribero; y allí, acariciándole el cuello a los sementales y la rizada frente a los toros, parecía volver a la vida, a su vida normal de soñadora, oyéndolo hablar a Ribero de las portentosas empresas que iba a acometer en lo futuro. Hundidos en tan sabrosas pláticas solía encontrarlos Rafael, cuando por casualidad salía del comedor a estirar las piernas. Al verse experimentaban los tres honda desazón: ¿por qué? ignorábanlo.

Por la mañana no tenía que fingir ningún pretexto para irse a los galpones o al escritorio a charlar con Ribero, porque Rafael se levantaba tarde, a eso de las nueve; lo cual le permitía obrar con entera independencia. Poco después de salir el sol aparecía en el estudio, y sin embargo, ya encontraba allí a Ramon-

cito, que aprovechando el sueño de los Benavente, subía a tomar un mate y a conversar un rato, mostrándose —¡cosa extraña!— muy expresivo, ocurrente, hasta gracioso; todo lo contrario, en fin, de lo que era o aparentaba ser cuando estaba al alcance de los temidos ojos de sus suegros. Al abandonar el estudio, el contento se le iba como por arte de magia. Otro tanto le acontecía a Beba. Mientras estaba rodeada de tantos objetos amigos: el famoso colmillo, el cráneo del megaterio, el herbario, que le recordaba los paseos y excursiones tan gustados por ella en la edad dichosa, o distraída con los chistes de Ramoncito, no la afligía ni el frío ni la tristeza de las lluviosas mañanas; pero al dejar el estudio y entrar en el comedor, caía en la cuenta de que hacía un tiempo de todos los diablos y de que la esperaban muchas horas de fastidio.

Aquello de que Beba disfrutara de ciertos goces, cuando él era presa de negro y desesperante tedio, enojaba secretamente a Rafael. A Beba no le decía palabra, pero sintiendo la imperiosa necesidad de desahogarse con alguien, se despachaba con doña Pepa, que no sabía qué pensar de las ventoleras de su hijo.

"Sabe hasta el cansancio, —solía decirle— que me revienta eso de que ande a todas horas colgada de los faldones de su tío, pero lo sigue haciendo como si tal cosa; que yo rabie, patee y me enferme, ¡qué importa! ¡Si fuera Germinal o Comet u otra cualquiera de esas bestias que el diablo se lleve, todavía!... Dime tú si hay quién tolere tamaño abandono. No se ocupa de mí para nada absolutamente; todos sus cuidados los pone en los padrillos, en los toros, en los proyectos del dichoso Tito. Ya francamente me tienen harto el tío y ella, y ella y el tío.

Te juro, mamá, que estoy dispuesto a poner los puntos sobre las íes, a hacerla entrar por vereda, porque esto pasa de castaño oscuro. Vamos a ver: ¿la esposa a quién tiene que agradar sino a su marido?"

Así prorrumpía a veces accionando mucho y descompasadamente, pero si acertaba a presentarse Beba, se alejaba mascando entre dientes otros cargos o hacía punto final, permaneciendo encerrado en un silencio hostil. Sin embargo, un día, como Beba tomara el camino de los galpones a poco de él haberle manifestado, aunque indirectamente, el disgusto con que la veía andar a todas horas en compañía de Ribero, tuvo un arrebato de loco: la agarró de un brazo violentamente, y mirándola con expresión feroz, acertó a decir:

"Cuando una mujer no obedece a su marido, ¿me quieres decir tú qué hace el marido, me lo quieres decir?"

Después se ocultó en su alcoba todo mohino y avergonzado.

## XIV

Junio 28 de 1890.

Pensando anoche en lo mucho que me fastidio, se me ocurrió de golpe y porrazo reanudar las memorias que por broma y de puro aburrida, empecé a escribir hace tiempo. Le decía Turguenef a un amigo suyo, víctima de no sé qué padecimientos del alma: "Escribid un libro de vuestros pesares, y quedaréis al punto descansado". Este consejo del famoso autor ruso, que no era rana en conocer los achaques del corazón humano, y la esperanza de matar algunas horas del día ocupada en una agradable tarea, concluyeron de decidirme. ¡Qué diablo! ¿por qué no he de escribir yo también mis memorias íntimas? ¿Habrá otras que tengan que decir más grandes cosazas que yo? Lo dudo; pero aun cuando así fuera, bien valen la pena las mías de salir del fondo oscuro del tintero y gozar la luz del sol.

Me decidí, y he tomado con tanto calor la cosa, que ahora son las seis de la mañana, y ya estoy frente a mi cuaderno, un cuaderno muy mono de tapas negras y ribetes dorados, y en cuya primera página he puesto con la bonita letra gótica que sé hacer, esta palabra: *Intimas.* Si yo fuera cursi le pondría por título a mis memorias el *Libro negro,* o cosa así, que pareciese a un tiempo desconsolador y poético, pero como no lo soy, le dejo aquel que expresa perfectamente la índole de mis confesiones.

Estoy entusiasmadísima con mi idea; a la verdad que no he podido elegir cosa mejor para matar las

interminables horas de aburrimiento que aquí paso. Tito no bien termina la comida huye del comedor, y yo por no estar entre los Benavente, me paso las horas sola en mi cuarto, cuando no viene mi cuñada, ¡insoportable cuñada! a atormentarme con un rato de palique. También sube doña Pepa; pero felizmente es de tarde en tarde; tanto una como otra han debido comprender que no las puedo tragar, y se vengan escatimándome las atenciones que suelen guardarse entre familia. ¡Si supieran cuánto les agradezco su despego! Porque, francamente, no me encuentro bien entre ellas, me irrita todo lo que dicen y todo lo que hacen; es una repulsión salvaje que no puedo reprimir; apenas hablan, me acontece el intemperante deseo de salirles a la cruzada, de replicarles con acritud, aunque se trate de afirmaciones y dichos que a mí nada debían importarme, y que encuentro fuera de razón tan sólo porque son ellos quienes dicen o afirman. A la vista tengo unos apuntes escritos un año hace, cuando me dio por pintar la salita Luis XV, que me lo demuestra claramente. Sí, ya por aquel tiempo empezaba a sentir las desazones que hoy se han convertido en verdaderas amarguras, a la par que me agitaban idénticas propensiones al aislamiento y a la meditación que ahora. Es una página elocuente, que me complazco en copiar como dato interesante.

Mayo 24 de 1889.

"Por fin me dejan sola doña Pepa y Mariquita. ¡Jesús qué manera de hablar, y qué meterse en todo, y qué sacarme a colación asuntos y habilillas que a mí me importan un rábano! ¿No comprenderán que

me aburren?... Y si fueran sólo ellas... pero no, entre mis otras relaciones y amistades me acaece tres cuartos de lo mismo: jamás llegan a interesarme, y hasta me molesta ese parloteo insignificante, cortado por el mismo patrón, que es el alma de las tertulias que yo frecuento. ¿Quién se atrevería a espontanearse, a abrirse de corazón con gentes así? ¡Ah! no, ninguna de mis amigas es merecedora de mi confianza, por eso esquivo su trato y voy viviendo más sola cada día, más aislada del mundo y su *banal ruido* en esta cuca salita Luis XV, cuyos muebles de palo de rosa y primorosa marquetería, sillas de caprichosas formas y variados colores, — aquí la de respaldo redondo forrada de pintoresco tapiz de *abusson*, allí los casi cuadrados canapés, allá los muelles sillones Pompadour de raso negro con florecillas rojas, — y ricos cortinajes y colgaduras le comunican una *femenilidad* muy de mi gusto. De mi casa es lo único que me llena. Con mi inveterada afición a los batones amplios, de mangas perdidas, adornadas de encajes, blondas y toda suerte de recogidos y bullones, estoy en mi centro en la sala, como un bonito *biscuit* encerrado en una vitrina, según la gráfica expresión de Tito. ¡Pobre Tito, cómo conocía mis aficiones! No olvidó la biblioteca repleta de los libros que yo leo, ni el escritorio con muchos cajoncitos y secretos, ni la caja de colores. Si yo hubiera amueblado esta sala no la habría hecho tan a mi gusto. A veces me ocurre pensar que él, presagiando mi suerte, se adelantó a construirme un bonito retiro, donde las penas no parecieran tan negras, y si fue así, bien sabe Dios que acertó. El saloncito me consuela y me atrae; aquí puedo expandirme a mis anchas con el discreto papel sin que me conturbe el temor, como me acontece

cuando me explayo con algunas personas, de oir una tontería de esas que crispan los nervios, o de que me miren sin comprender, con los ojos muy abiertos y llenos de idiotismo y malicia; aquí, recostada en el blando *chaise-longe*, sin que me vigilen las escrutadoras miradas, los atisbos de doña Pepa, puedo entregarme, cuando me poseen los vagos deseos de algo que me falta sin que yo sospeche siquiera qué es, a la *morbidezza*, a la suave melancolía de los sueños no realizados, que en medio de todo, aunque me hagan a veces llorar un poquito, refrescan el alma; y aquí, por último, puedo empezar a vivir de mí misma, de lo que yo llevo adentro, porque los goces que yo reciba de fuera, de mi familia e insulsas amistades, desde ahora digo que me los claven en la frente."

Las tales líneas no dejan nada que desear. Allá van otras que no son menos elocuentes:

Junio 2 de 1889.

"Vivo fuera de mi centro.

"Hoy me he convencido de ello en el paseo en bote que hemos dado con el objeto de visitar los buques de guerra extranjeros que se balancean en la bahía. Todos mis amigos y amigas se han reído y divertido mucho, mientras que yo... Ya lo creo: como que recordaba otro paseo en bote con Rafael, y sin quererlo me hacía enojosas reflexiones. ¡Qué diferencia! éramos novios entonces; yo aquel día brincaba de contento, y todo lo encontraba hermoso y alegre, lo mismo abajo en la tierra y en el mar, que arriba en el cielo. ¡Con qué gratísima emoción oía las palabras de Rafael, y qué mareos me produjeron, no estoy cierta si ellas o aquel sol de amores que brillaba en el

¡Buena batahola se armaría si yo me desayunase una mañana con la fresca de que iba a dar un libro a la estampa! ¡Jesús, Jesús! ni pensarlo quiero; de seguro causaba la desgracia de los Benavente, y el mundo me pondría de romántica, rara y loca que no habría por dónde agarrarme. Quizá llegaran a calificarme con más dureza, porque como yo no sería, — primero la muerte, — una escritora dulzona y moral en el bajo sentido de la palabra, y como por otra parte, mis producciones, dado el caso de que no fueran muy insulsas o de un idealismo enteco, no podrían leerse en el hogar, que aquí parece ser la piedra de toque con que se juzga del mérito de los libros, es difícil que me leyeran con la imparcialidad que hace falta, y muy fácil que muchos, creyéndose ofendidos en su pudibundez, me prodigaran poco honrosos epítetos.

Julio 3.

No, no hay que pensar en ello: ¡qué fastidio! no poder una dedicarse a ningún fin noble ni práctico como no esté comprendido en las tareas de nuestro sexo: algunos quehaceres tontos y otros tantos entretenimientos frívolos. Sí, la suerte y las leyes me condenan a vivir en la inacción, a vegetar, aunque otras sean mis inclinaciones, y aunque para ello mutile lo mejorcito de mi persona, ¡Hermosa suerte y donosas leyes! Pues bien, digan lo que quieran los Licurgos, fuere cual fuere la razón de nuestro oscuro y mísero destino, y aconseje la moral cristiana lo que le parezca, resignación a todo pasto probablemente, yo no me convenzo ni me resigno, no, no y no; siento una voz interna que me grita: "rebélate, rebélate;

es mentira y mentira eso que Dios te dé con una mano facultades preciosas y con la otra te obligue a sofocarlas, a aniquilarlas, no hay ninguna razón humana ni divina que te obligue a ser víctima silenciosa del egoísmo de los hombres, a aceptar sin decir oxte ni moxte el reducido hueco que te dejan en el mundo." ¡Y cuidado que está mal hecho el mundo! Como cosa de los hombres, parece que todo ha sido dispuesto en contra nuestra. Para ser mujeres, *verdaderamente* mujeres, y lograr, sino la felicidad, al menos el casamiento, tenemos que anularnos, que matar todo pujo de individualidad, toda aspiración a ser, y no ver ni oir sino por los ojos y oídos de los hombres. ¡Ah perros! nos idiotizan para dominarnos a su antojo; de otra manera no nos quieren, y como no tenemos más misión que serles agradables, porque el matrimonio es el único porvenir que nos han dejado en la vida, dicho se está que nos dejamos idiotizar: ¡qué remedio!

Este trabajo de desorganización empieza muy temprano, desde la cuna. Debemos ser bonitas y frívolas, y toda nuestra educación tiende a eso: a convertirnos en un primoroso juguete dotado de una sensibilidad exquisita y de mil monerías intelectuales que la ex profesa división de nuestra inteligencia da como fruto, contribuyendo a embellecernos y a anularnos. ¡Pobres mujeres! Las que por naturaleza repugnan tan bárbaro sacrificio, es casi seguro que no encontrarán quién les diga: "por ahí te pudras"; y las que logran anularse no obtienen muchas veces, así y todo, la felicidad, pues por no tener hijos u otras causas que aridecen la vida del matrimonio, y también por no casarse, —caso muy frecuente,— se encuentran sin objeto en la vida, preguntándose todas perplejas

## XV

Julio 6.

Sí, tienes razón Tito: no encajo. Hoy me he acabado de convencer. Hemos hablado en el almuerzo de veinte asuntos, y en todos, ¡cosa del diablo! opinábamos de opuesta manera. Lo peor no es eso, sino que una sorda irritación, un escaso dominio de nosotros mismos, inexplicable tratándose de gentes educadas, nos hace discutir con calor a gritos.

Tito se levantó de la mesa antes de concluir el almuerzo; llevaba el ceño fuertemente arrugado. ¿Qué pensará?

Julio 8.

Llueve a cántaros desde hace dos días, lo cual nos obliga a permanecer en el comedor, la única pieza de la casa que tiene estufa. Yo, así que termino de comer, me siento junto a la ventana, al través de cuyos vidrios contemplo el campo cubierto de pozos y lagunitas donde discurren las becasinas y los teru-terus. El paisaje no tiene nada de alegre: los caballos dan las ancas a la lluvia, las vacas del ganado tambero se amontonan con las cabezas gachas, y los terneritos se pegan a ellas buscando calor... y sin embargo, me atrae el cuadro; ese cielo gris, esos mustios animales y la monótona cantilena de la lluvia al caer sobre la tierra me hablan al corazón y convidan a meditar. A poco de absorberme en la contemplación del triste paisaje, no oigo las conversaciones de los Be-

navente, ni los pasos de mi marido, que camina de un lado a otro como un león enjaulado; poco a poco pierdo la conciencia del sitio y me elevo, me elevo hasta mecerme en las alturas del *ensueño*, en una región encantada en donde habitan mis doradas ilusiones... Cuando vuelvo a la realidad me encuentro siempre con la vigilante mirada de mi suegra, que parece decirme maliciosamente: "¡Qué cosas más raras deben de bullir en esa cabecita!"

Julio 9.

Me he estado dos horas examinando a Benavente. Es un hombre feliz y satisfecho de sí mismo; en su cuadrada cabezota sólo se agita el propósito de gozar de la vida. Y nada más: ni dudas, ni vacilaciones, ni temores de ningún género le quitan el sueño. Verdaderamente son insoportables estos señores que escapan al dolor como si no fueran de este mundo; él come bien, duerme a pierna suelta, satisface todos sus caprichos y es a todas luces dichoso, y sin embargo ¿qué ha hecho este hombre para obtener la felicidad? Acaso le han servido para conquistarla, sus mismas cualidades negativas: profundo egoísmo e inmensa vanidad que le hace creer que todo se lo merece y que el mundo ha sido hecho para que él goce y se dé buena vida. Viéndolo roncar plácidamente después del almuerzo, se adivina que aquel hombre no tiene otro remedio que ser dichoso, porque no hay pena capaz de hacer mella en la coraza de su insensibilidad. ¡Ah! ¡y cómo se parecen sus dormidos ojos a los de Rafael! Sí, es la misma mirada indiferente, sin expresión. No piensa, no siente, no sufre... de buena gana le daría un mordisco en la rubicunda nariz.

Julio 11.

Rafael padece un humor de todos los diablos. A él también deben de amargarle la vida iguales o parecidos sinsabores que a mí: el caso es que anda hecho una pimienta. Ahora ha dado en la flor de desahogarse poniendo como trapo de fregar a las gentes que gustan de la vida tranquila del campo. —¡Con qué burlesca expresión dice: *vida tranquila!*— Con eso procura enojarme y zaherirme... Yo lucho por llevar con paciencia tales repenterres; pero hay veces que no puedo, que un fortísimo deseo de devolverle los pinchazos con que me martiriza dan al traste con aquella sana intención, y entonces las rozaduras y resentimientos menudean sin que yo pueda remediarlo, sin que en ocasiones lo intente siquiera, cansada de hacer estériles esfuerzos, y convencida íntimamente de que una fuerza superior a nuestras míseras voluntades, algo que nos brota muy de adentro nos hará siempre chocar y repelernos. Esto toma mal cariz. Hubo un tiempo —¡tiempo dichoso!— en que todo lo echaba en el saco del olvido; Rafael hacía otro tanto porque todavía el continuo padecer no había agotado el filón de nuestra nativa bondad, nos disculpábamos, nos perdonábamos las destemplanzas y acritudes que desde el principio tuvimos, pero hoy no, no podemos: el menor disgustillo nos emponzoña la alegría durante semanas enteras, y la discordia en un terreno abonado así, nace y crece, ¡ay! con lujuriosa lozanía.

Después de una de nuestras rencillas, cuando la calma devuelve a mis nervios el perdido equilibrio, siento haberlo tratado con dureza, pero ya es tarde. A él le sucede otro tanto: se lo conozco en que pugna por hacer las paces, por desarrugarme el ceño; tór-

nase cariñoso y yo cedo; pero, ¡bah!... es tontería: nos reconciliamos sin fe, sin entusiasmo, sabiendo a ciencia cierta que nuestras paces no han de ser duraderas. Estos descorazonamientos me hacen mucho mal.

Julio 14.

¡Pobre Tito! se conoce que sufre viéndome arrastrar una existencia tan poco risueña. Cuando hablamos de ello, jamás deja de decirme las mismas palabras: "¡Si tú hubieras seguido mis consejos!"...

Como le recriminara el otro día medio en serio, medio en broma, el haberme dejado obrar por mi cuenta, siendo una niña como era, se puso grave, me miró de un modo extraño, y dijo: "Yo podía y debía aconsejarte en todo, y oponerme a esto y a lo de más allá; pero privarte de que te casaras, eso no podía hacerlo yo; la razón... acaso algún día la sabrás".

He pensado mucho en estas misteriosas palabras, sin poder desentrañar su oculto sentido, porque, ¿quién duda que lo tienen?

Julio 15.

Desde algún tiempo a esta parte vengo notando en Tito cosas muy raras. Ayer tuvo una discusión con mi suegro, y lo ví palidecer de ira y mirar de un modo que me dio miedo. Cualquier día se le va la mula al verde, como dice él, y hace un desaguisado con el inclito Benavente. Quizá por eso, porque duda de su paciencia, se oculta de nosotros. Pero lo que me sorprende son las costumbres que va adquiriendo. Antes no bebía aperitivos ni licores de ninguna clase, y

Me enojó el tonillo de burla con que dijo Rafael estas palabras, y no pude menos de contestarle con acritud:

—¡Ah! ¿te molesta también que me apesadumbre la muerte de Comet? Es lo que me faltaba: ¿por qué no me pides que ría la gracia de tu padre?

—A mí qué me importa que te apesadumbres y llores por la bestia ésa; lo encuentro sencillamente ridículo, y así lo digo. Famoso sentimentalismo; cualquiera diría que se ha muerto un gran personaje.

—Más importancia tenía que algunas personas que creen tenerla. Ya lo sabes, —le repliqué airada; — y así nuestra disputa empezó a subir de tono hasta rematar en lo de siempre, en aquello de "me tienes harto ya, y tú a mí hasta los pelos". Por último, después que sostuvimos un tiroteo de palabras llenas de encono, masculló él no sé qué amenaza y se quedó mirándome con los labios contraídos por una mueca de odio feroz. Yo — ¿cómo tuve valor para ello? — le hice un gesto de profundo desprecio, y volviéndole la espalda salí de la alcoba lentamente. ¡Ah! es horrible, me avergüenzo al escribirlo, en aquellos momentos nos deseábamos la muerte, más que la muerte, la peor de las enfermedades.

¿Qué quiere decir todo esto, Dios mío?

Julio 20.

Otra vez los insomnios, las mortificantes dudas y la negra melancolía. Siempre me sucede lo mismo: al menor disgusto, y como vigorizados por ellos, tornan a poseerme doblemente amenazadores, los desabrimientos no bien definidos, que ahincaron el venenoso diente en mi alma, así que pasaron las dul-

zuras de la luna de miel, y me invadió el miedo de no ser dichosa. Lo peor de todo es que mi mal, porque tengo la conciencia de que lo es, aunque no del cuerpo, progresa de un modo alarmante; empiezo a sentir como los pacientes los primeros avisos del recrudecimiento de la enfermedad que entorpece el complicado mecanismo de la vida, esos a modo de sensaciones y dolores de desgaje, rotura y hundimiento interno, que nos sugiere la sospecha de que allá, en lo recóndito de nuestro ser, se derrumba una cosa que sostiene la salud. Estos temores me llevan a pensar en cosas muy tristes. En balde lucho por poner el pensamiento en otros y más agradables sucesos, nada; una enfermiza necesidad de curioseo y explicación me lleva a sondear, a analizar, a pasarme horas enteras ensimismada en crueles reflexiones, de las cuales es caso ordinario que salga con el corazón encogido por el descubrimiento inesperado y doloroso de nuevos al parecer, pero en realidad añejos males. Yo no sabía que llevaba un mundo tan grande aquí dentro. ¡Cuántas y cuántas inauditas cosas descubro a cada paso, y qué entrelazadas están, y cómo se sostienen unas a otras! Ayer sondeando, sondeando, tuve una sospecha que me dejó absorta. ¿En este descenso rápido de nuestra no muy cumplida ventura no acabaremos por odiarnos? Al principio rechacé con horror tal pensamiento, pero después tuve que confesarme que no estamos lejos de eso; sí, no hay que darle vueltas: la cosa va mal y concluirá peor.

Julio 21.

El fatal antagonismo de temperamentos y divergencia de gustos y aficiones, que desde un principio hizo

que no nos comunicáramos abiertamente dejando en nuestro amor un hueco, una grieta por donde muy luego hubo de penetrar la discordia, va a medida que pasa el tiempo abriéndose, separándonos y aumentando la aversión que sentía uno por las preferencias del otro, hasta el extremo de aborrecer él lo que yo amo y viceversa. Y es claro, opinando en todo opuestamente, hemos llegado a tal excitación nerviosa, que apenas podemos hablarnos sin disputar, sin reñir, sin que él para demostrarme su desagrado se haga el distraído mirando al techo, o yo dé una rabotada intempestiva y lo deje con la palabra en los labios.

"¡Qué hermosa noche! ¡qué fresco tan agradable!" digo yo, y entonces él frunce las cejas, endurece las facciones del rostro como acometido por repentino dolor, y suspira con fuerza; este suspiro maldice implícitamente de la noche, del fresco, y es la manifestación de una salvaje inquina arraigada en el alma de ambos, y a duras penas sujeta por el poderoso freno de las fórmulas sociales, que a no haberlas...

Y lo singular es que estas escenas se repiten a cada paso, sin razón aparente, por el motivo más baladí. Tan extraña tirria, lo he observado bien, crece en él en razón directa del cariño que demuestro hacia alguna idea, objeto o persona. Rafael, que gracias a su misma despreocupación, no ha tenido nunca una mala voluntad hacia nadie, detesta de todo corazón a Comet, aun después de muerto; y lo mismo a los sementales, como si aquélla y estas pobres bestias le hubieran hecho algo. Hablarle de las reformas ganaderas es ponerlo en un potro; él no entiende de esas cosas, pero como se trata de pensamientos de Tito y míos, se inclina a creer lo peor, que todo se lo lle-

vará el diablo, y lo dice como un desahogo inofensivo contra mis aficiones. Lo peor, ¡ah! es que no puedo culparlo: ¿con lo suyo, con lo que le toca de cerca no me sucede a mí lo propio?

Sin embargo, ¡cosa extraña! hay momentos en nuestras legítimas aproximaciones, en que a pesar de los pesares parece sonreírnos la felicidad. ¿Cómo sin amarnos no nos repugnan esos abandonos? Pensándolo bien es tremendo, lo sabemos; pero... ¡qué pliegues y sinuosidades tiene el corazón!

## XVI

Julio 26.

Rafael se pone dulzón, señal que quiere reconciliarse para gozar una felicidad fugitiva y luego volver a las andadas. Lo conozco bien. Tornaráse, conseguido su objeto, huraño y displicente; no, que se fastidie: no le hago el gusto. Y a mí ¡qué cosa tan rara me acontece! después de una de estas reconciliaciones me siento indignada contra él y contra mí misma; mi conciencia se subleva allá dentro de no sé qué vejamen; sospecho, así vagamente, que Rafael ha pisoteado mi dignidad, y le cobro por algunos instantes una repugnancia idéntica a la que debe inspirar un asqueroso y sucio sátiro.

Julio 27.

He hecho un detenido examen de nuestra vida matrimonial y me confirmo en la sospecha que desde el otro día me viene torturando: nos aborrecemos. Esa es la palabra: ¿qué va a ser de mí?

Julio 28.

No tengo ánimos para nada. Padezco un aplanamiento sólo comparable al que debe de experimentar el reo a quien han leído la sentencia de muerte. Dejo la pluma porque no puedo escribir, y el libro, *Las amorosas* de Daudet, porque no puedo leer. ¡Buena noche me espera!

Julio 29.

De nuevo hace presa en mí el miedo de morirme que padecía en la ciudad. Era curioso aquello. "Si ahora veo una cajonería fúnebre, es que voy a morirme pronto" — pensaba, y era casi fijo que al sacar la cabeza por la ventanilla del coche, viera el negro cajón con la indispensable cruz blanca balanceándose sobre la puerta de un taller de ataúdes...

Agosto 1º

No debía afligirme: nuestro mutuo aborrecimiento no es de hoy ni de ayer; arranca de largo y ha ido creciendo un poco todos los días. Es historia antigua. ¿Cómo brotó en mi alma? Tengo que ir lejos, muy lejos, para encontrar su origen; remontarme a la noche de bodas, aquella triste noche en que una grosera realidad echó por tierra las bellas ilusiones de mi vida, y en la que sólo obtuve un dolor bien prosaico, al que quedaron reducidos todos los inefables goces que yo, en mis fantaseos de soltera, me prometía dulcemente. ¡Qué desencanto! Lo recuerdo todo como si hubiese sido ayer. Apenas me despojé del traje de novia y puse una bata, se abrió la puerta del cuarto contiguo y apareció Rafael. ¡Rafael en paños menores! No atendí más que a ocultar mis pies desnudos debajo de la silla en que estaba sentada, y temblando esperé que me abrazara, que me cubriera de besos y dijese mil ternezas, como yo creía que hacía al caso; pero no, no hizo tal, aunque sonriente parecía cohibido; acaso lo embargaba aquel camisón de seda floreada con muchas cintas y bullones, que le caía hasta los pies, o detenía mi natural encogimiento,

el caso fue que se estuvo parado algunos minutos junto a mí, sin atreverse a hablar y sonriendo estúpidamente. ¡Qué papelón! Por fin, después de muchos carraspeos, se atrevió a decirme tartamudeando y por decir algo: "Desnúdate, acuéstate: yo no te miraré". ¡Qué cosas me pasaron por las mientes en aquellos instantes! Sólo hago memoria de haberme acostado indignada, y sin sentir el pudoroso miedo, la dulce emoción que momentos antes sentía. Las tales palabras, y además la figura de Rafael, despojándose tranquilamente de los charolados zapatos que por olvido o aturdimiento se dejara puestos, le cortaron las alas a mi fantasía. No era aquéllo lo que yo había soñado, ¡ah no! Un desmayado sentimentalismo se apoderó de mí entonces, y en medio de él tuve un triste presagio, no, presagio no: tuve así como la visión, sí la visión clarísima de una infelicidad cierta en lo futuro. Las lágrimas acudieron a mis ojos, me creí burlada, vendida, destrozada para siempre, y lloré sin hacer por contenerme a la vista de mi esposo, que con la mayor cachaza, como si estuviera solo, creo que hasta silbando se metía entre mantas. Con las lágrimas me pareció que huían mis ilusiones para no volver jamás. "¿Qué tienes, por qué lloras, ricura mía?" — me dijo con empalagosa solicitud, pero yo no pude responderle, a la verdad no sabía por qué lloraba, y entonces él, como no obtuviera contestación, creyó oportuno atraerme hacia sí, acariciándome y cubriéndome de besos. Tampoco pude corresponder a sus caricias, y por eso, sin duda, debí de parecerle sosa, pues al cabo de algunos momentos dejó de besuquearme y se estuvo quieto, con los ojos fijos en la corona de la cama e impreso en el rostro el sello de un repentino disgusto. ¡Qué descalabro! Si

alguien en aquellos instantes nos hubiese sondeado el alma, habría visto que sin tener plena conciencia de ello, los dos sentíamos el frío mortal de la tremenda *equivocación*. Más tarde volvió a las caricias, pero no con la entera franqueza y sana confianza de quien no guarda nada escondido en el pecho, sin aquel espontáneo desembarazo de los seres que se aman y saben que mutuamente se han de agradar. No pudo ser. Cuando él se durmió, a altas horas de la noche, yo permanecí despierta, agitada por crueles dudas y tristes presentimientos.

**Agosto 3.**

Iba en el momento crítico en que Rafael se quedó dormido. Lo que pensé en aquella memorable noche, difícilmente volvería a pensarlo en algunas semanas. ¡Cuántas ideas inauditas, cuántos encontrados pensamientos, cuántas amargas reflexiones! ¡Y todo en el espacio de algunas horas! Si el mundo se hubiese detenido en su marcha, no hubiera yo experimentado mayor trastorno. El recuerdo de mis ilusiones de soltera me producía verdadero tormento. ¡Cómo venían a mí los fantaseos, las dulces promesas, los dorados sueños que acaricié en la encantadora edad en que todo se ve de color de rosa... por eso le pedía a Dios con todas las fuerzas de mi alma que apresurase el lento rodar de las horas, que me sacara lo más pronto posible de aquel lugar donde todo me irritaba: el fuerte calor, la fatigosa respiración de mi marido, y hasta los muebles que vestían la alcoba! Nada había allí de lo que yo hubiera deseado para mi dormitorio de casada: ¡ah, y qué bien me lo tenía construido en un rinconcito de la imaginación! Estaría

tapizado de raso blanco; la cama había de ser de madera primorosamente labrada, con ángeles en relieve y alegorías de amor; los cortinajes grises para que el lecho estuviera así como a la sombra, y las sábanas azules, sobre las cuales parecería la carne de mi cuerpo una nube rosada. Una alfombra de plumas cubriría el suelo, aromas orientales embalsamarían el ambiente, y por todas partes se verían regaladas poltronas, blandos divanes y preciosas pieles. En un nido así, viviríamos amándonos mucho el *hombre rubio* y yo.

Ahora comprendo que todas estas locuras eran, aunque inocentes, relamidamente voluptuosas, pero el caso es que yo me había encariñado con las tales locuras y el desencanto tuvo que ser doloroso. "¡Qué cosas bonitas crea la fantasía y cuán diferentes de la realidad!" — no pude menos de decirme: el palo de rosa del lecho convertido en nogal mate, sí, pero nogal al cabo; las ricas colgaduras de damasco en vulgarísima seda, y para mal de males, aquellos desencantados objetos iban a acompañarnos toda la vida, no había esperanza de sustituirlos por otros, porque eran regalo de Benavente. "Y el hombre rubio, ¿dónde está el hombre rubio?" — me pregunté, y me asaltó la horrible duda de si sería o no mi esposo el amante de mis sueños.

Pero entre todos los sinsabores que experimenté, ninguno me hirió tan hondo ni encogió tanto el corazón, como el sentimiento de haber perdido la libertad. Me asaltó de pronto, cuando al destaparme volví a cubrirme apresuradamente, temiendo que las miradas de Rafael profanaran mi cuerpo, lo cual hizo que cayera en la cuenta de que ya no me pertenecía, de que tenía dueño, y un dueño que acaso me despre-

ciaba... En fin, jamás podría enumerar las ideas que me señorearon la noche de mis bodas. Sólo sé que por la mañana era otra mujer: un choque con la realidad prosaica y bruta hirió en mí esos sentimientos tiernos, delicados, exquisitos que poseen las mujeres que han sido criadas con mimo, y que debían ser respetados religiosamente por los hombres; pero éstos ¡con qué grosera maña ponen la torpe planta allí donde nace una delicada florecilla!...

Agosto 5.

El germen quedó depositado aquel día; lo demás lo ha ido haciendo el viejo Cronos, y hemos llegado a donde debíamos llegar. ¡Y a cuántos no les habrá acaecido lo mismo! Al convencernos de que no habíamos nacido el uno para el otro, vino el enfriamiento, luego nació la discordia, más tarde la inquina, y por último vendrá el odio, el odio del presidiario a su grillete, el día que tengamos la conciencia cierta, él de que su esposa es causa de su infelicidad, y yo de que mi marido lo es de la mía. Sí, la ley salvaje, pero infalible que dice: "contribuyes a mi felicidad, pues te amo; te opones, pues te detesto", se cumplirá entonces arrollando los obstáculos que nosotros logremos oponer, que no serán muchos ni muy fuertes ¡ah no!

¿Y esto es para toda la vida, no hay nada más, de modo que sólo me resta sufrir y sufrir siempre, siempre?... No puedo creerlo, debe de haber algún remedio; ¿qué inhumana ley nos obliga a pagar la equivocación con la desgracia de toda la vida, a vivir, por el delito de habernos engañado, como perro y

gato en estrecha jaula?... En contra de todas las leyes, de todas las convenciones sociales y artificios de los códigos, que no acaban de convencerme, me hago esta pregunta: ¿Concluido el amor, qué junta a dos seres en el matrimonio?

Agosto 7.

¡Pero Señor, yo he venido al mundo para ésto solamente, solamente para ésto?

Agosto 8.

A todas horas me hago atribulada la misma pregunta, y aunque comprendo que sí, que mi daño es irremediable, no me resigno y me acometen ideas de rebelión contra mi mala estrella, y aún, Dios me lo perdone, contra Dios mismo por dejarme de su mano. Renunciar a la vida... ¿por qué?... algo me dice que teniendo hermosura y juventud, tengo derecho a ser dichosa.

Agosto 11.

El sol campea en un cielo azul purísimo, comunicándole a la desmayada naturaleza una alegría que convida a vivir. Las gotas de agua que tiemblan suspendidas de las hojas de los árboles y de los hilos de los alambrados brillan con las múltiples irisaciones del diamante; los pájaros revolotean animosos y entonan desusados trinos, y de la tierra que se seca poco a poco, despréndense olores y aromas dulcemente enervantes. ¿Será posible que mi hado no me tenga reservada alguna dicha?

Agosto 14.

He hablado largamente con Tito. Tuvo que apartar una *tropa*, y eso nos presentó la coyuntura de hablarnos libres de enojosos testigos. Hacía tiempo que deseaba una entrevista. Yo no sé qué será, pero junto a Tito me siento tranquila; ya no me parece que estoy sola en el mundo, sé que me quiere y eso me anima y conforta. Además sus sinceras palabras y prácticos y sesudos razonamientos, disipan las nieblas de pesimismo, que no me dejan ver claro, y refrescan mi alma bien necesitada, por cierto, de calmantes y lenitivos.

¡Con qué elevación y honrosa rectitud, doma la antipatía que a todas luces siente por don Pascual y los suyos, y discurre sobre nuestros enojos con entera imparcialidad, inclinándose en lo que cabe, a darles a ellos la razón, llamándome a mí loquilla cavilosa y visionaria; sin embargo, en determinados casos parece como si se cansara de fingir, o que sus verdaderos sentimientos lo ahogaran, porque, de repente, se le descompone el rostro, y después de una pequeña pausa, en que deben de luchar a brazo partido su voluntad y los ímpetus de su bravía naturaleza, vencen éstos, pierde la afectada calma, y el razonador frío tórnase apasionado impugnador. En tales casos lo he oído pronunciar palabras hirientes, de las cuales estoy segura que pasado el enojo se avergüenza. También he caído en la cuenta de que el recuerdo de mi repentina resolución de casarme lo afecta de un modo extraño. Ayer precisamente, cuando detuvo el coche en el cerro del Carancho para esperar que los peones trajeran al rodeo los animales dispersos por el campo, como recayera la conversación

sobre mi antojo de marras, se le nubló el rostro, huyó la sonrisita que tan bellamente le juguetea en los labios, y dijo con la voz temblorosa por reconcentrada ira:

"Yo debí oponerme a tu casamiento, decirte lo que pensaba sin rodeos: que entre los Benavente morirías como un pajarito cuando le falta el aire; que tu bonito dandy, a poco que lo escarbaras con la uña, iba a mostrar lo que ocultaba la brillante corteza exterior: viento y sandez: que iba a defraudar tus esperanzas, porque él no podía ser, a pesar de sus botas charoladas y corbata de seda china, el amante ideal que tú, como todas las muchachas soñadoras, tuviste que forjarte, y otras cosas por el estilo, pero no lo hice; un sentimiento estúpido de delicadeza, contra el cual renegaré toda la vida, y el escozor de no sé qué ofensa que casándote me hacías, sellaron mis labios.

"¡Yo ofenderte! — exclamé.

"Sí, tú, aunque sin intentarlo; bien lo comprendo.

"¿Pero en qué, Dios mío!

"Eso es lo que no he podido averiguar todavía, y acaso no lo averigüe nunca, lo cual no tendría nada de extraño que fuera mejor para los dos; hay cosas que conviene olvidarlas desde el punto y hora en que se comprende que para nada sirven."

Dijo esto con acento tan sombrío, que yo me sentí sobrecogida, y no supe qué contestarle; después de una leve pausa continuó:

"¡Cuántos males no habiera evitado si digo entonces lo que debía! pero lejos de eso, apoyé tus intenciones, y Rafael te arrancó de mi lado: de ahí mi inquina hacia él. Muy acostumbrado estaba a la idea de tenerte siempre junto a mí; nunca pensé en que te podrías casar, y el perderte de golpe y porrazo me

hizo mucho daño, sobre todo por la alegría con que me abandonaste. Sí, mi hijita, — añadió cambiando de tono, — tu tío te quería más de lo que tú te imaginabas."

El resto del día habló sólo lo necesario, y me pareció pesaroso de haberse espontaneado. Es muy raro todo esto.

Agosto 15.

Tengo una sospecha tremenda y a un tiempo grata a mi corazón. ¡Dios mío, si fuera verdad!

Agosto 16.

¡Pues sí!...

## XVII

—Al fin ya está esto pronto, — exclamó Rafael sentándose, después de haber cerrado su voluminosa maleta, en una de las mecedoras del comedor. — ¡Uf! creí que nunca llegaría este momento. ¿Y a ustedes les falta mucho? — agregó dirigiéndose a doña Pepa y a Mariquita, que iban y venían por allí ocupadas en hacer sus baúles.

Partían al día siguiente, y con ese motivo estaba Rafael menos malhumorado que de costumbre. Cuando se supo la noticia de que la epidemia había cesado en Montevideo, no hubo reparos ni razonamientos que contuvieran a Rafael unos cuantos días más en el Embrión, como la prudencia aconsejaba. "A preparar el equipaje" — dijo, y no tuvieron otro remedio que hacerle el gusto, temiendo que si lo contrariaban le diera un sofocón. La partida se fijó para dos días después; el tiempo necesario para disponerlo todo.

—Estoy fatigadísima, hijo, fatigadísima, y hasta los pelos de oirte refunfuñar; cuidado que te has vuelto majadero y gruñón. ¡Buena lata me has dado en estos dos días! ¡qué criatura! pero gracias a Dios ya no tendrás de qué quejarte. Y, antes que se me olvide, ¿a qué hora salen las carretas con los baúles?

—En seguida: sólo esperan por ustedes.

—¡Ah no, eso sí que no! — gritó Mariquita; — mi baúl no irá en la carreta.

—¡Pero, mujer, si todos van allí!

—Pues el mío no: para que con el traqueteo se me hagan añicos los frascos de esencias, o se me pongan, si llueve, hechos una lástima mis vestidos de baile, no, no.

—Y vamos a ver: ¿dónde se te ocurre que vaya? Mamá, prepárate a oir un disparate.

—Pues en el coche.

—¡En el coche —repitió indignado Rafael;— ¿te parece que somos pocos los que tenemos que ir para que nos obsequies con tu baúl!... además con ese peso no llegaríamos nunca.

Ella no se dio por vencida, y entonces él dijo irritado por el temor de que la terquedad de Mariquita los hiciera perder el ferrocarril:

—Tú podrás hacer lo que quieras, pero te juro que mañana, allí donde note que tu baúl retrasa el andar de los caballos, lo agarro y doy con él en la mitad del camino. Ya lo sabes.

Pero luego, comprendiendo la inutilidad de sus amenazas, decidió discretamente tocar otros resortes, y acercándose a su hermana, que permanecía empacada, con los labios fruncidos como de chica, cuando no le hacían el gusto, le suplicó con melosa voz:

—Maruja, Marujita, no seas terca; haz lo que yo te digo. En el coche, si llueve, se te va a mojar toda la ropa; en la carreta no, porque tiene toldo.

Ablandóse ella, y Rafael tornó a repantigarse en la mecedora, muy satisfecho de haber salvado aquella pequeña dificultad; pero pronto se le hizo humo la alegría, pues a poco vino Ribero a darles la noticia de que el río Negro, que tenían forzosamente que atravesar, venía creciendo, y era muy fácil, sobre ser peligroso intentarlo, que no lo pudieran conseguir.

—Pues lo pasaremos. ¿Supongo que no querrá que suspendamos el viaje de nuevo? — articuló Rafael con marcado desabrimiento.

—Yo no quiero nada, amigo, — replicó vivamente Ribero, que no estaba menos nervioso e irritable que el marido de Beba. — Les advierto lo que debo advertirles para salvar mi responsabilidad; ustedes son muy dueños de hacer lo que les plazca; — y saliendo del comedor se dijo: "¡Por mí, a ver como no pasan a nado!"

—¿Has visto, mamá? — interrogó Rafael incorporándose.

Pero doña Pepa lo calmó e hizo sentarse de nuevo.

—Qué te extraña, hijo; cosas de campuzos, — arguyó.

Comieron poco y en silencio esa noche, y la sobremesa duró menos que otras veces. Hiciéronle a Ribero algunas preguntas relativas al viaje, y cada cual tomó el camino de su alcoba.

Beba, a poco de haberse acostado y como no pudiera conciliar el sueño, volvió a levantarse, y ya sentada, ya de pie, ora meditando, ora leyendo, aunque no se enterara de lo que leía, se estuvo hasta las primeras horas de la madrugada, en que, luego de llamar a su esposo, que dormía como un bienaventurado, se dirigió al comedor andando a tientas por azoteas y corredores. Allí encontró a Ribero calentándose junto a la estufa.

A la luz rojiza de la lumbre, le pareció a Beba mucho más delgado que dos meses atrás. Sentóse frente de él y estuvo breve rato contemplándolo y descubriendo en su rostro rasgos y perfiles nunca vistos, y luego dijo:

—No has podido dormir, Tito.

—No, — respondió él sin mirarla.

Guardaron penoso silencio. De pronto exclamó Beba:

—¿Y ahora... hasta cuándo?

—¡Quién sabe! — contestó él humedeciéndosele los ojos al ver llenos de lágrimas los de Beba, y no volvieron a cruzar palabra, asaltados los dos acaso por los mismos pensamientos.

Poco después, castañeteando los dientes, entraron don Pascual y doña Pepa, seguidos de sus hijos. Al verlos Ribero consultó el reloj y propuso:

—Si les parece nos pondremos en marcha.

—¡Cómo!, ¿sin desayunarnos? — observó don Pascual.

—No hay otro remedio; los caminos están pesados, los arroyos *campo afuera*, y, por otra parte, tenemos que atravesar el río.

—Sí, sí, — articuló Rafael, — no perdamos tiempo.

"Gracias a Dios que al menos por esta vez estamos conformes" — pensó al oirlo Ribero.

Acomodáronse como mejor pudieron, arrebujáronse en sus mantas y abrigos, y el coche partió acompañado del monótono *chis chas*, que hacían los caballos al herir con sus duros cascos el suelo reblandecido por la lluvia. La noche estaba tan oscura que los viajeros sólo lograban ver al *cuarteador* y a los peones que galopaban a algunos metros del vehículo, cuando un relámpago, que iluminaba un momento el ámbito de la tierra con luz violácea, los hacía surgir de las tinieblas y desaparecer al instante con la prontitud de espectros. Oíase el estampido de un trueno, arreciaba la lluvia, y volvía a sentirse el monótono *chis chas*. Sin embargo, de tiempo en tiempo, siempre que era necesario atravesar una *cañada o paso feo*,

interrumpíase la monotonía del viaje. Ribero les advertía que se agarraran, y a punto seguido empezaban los tumbos y barquinazos, en medio del ruido infernal de las piedras pisadas y removidas por las ruedas del coche; luego tornaba éste a oscilar suavemente y los viajeros a adormilarse, buscando en vano una cómoda postura. Y entre tanto llueve que llueve.

—¡No se me olvidará, no, esta noche de perros aunque viva cien años! — exclamaba Benavente a cada momento.

No llevaban una hora de viaje, cuando fue preciso hacer alto.

—¿Qué pasa? — preguntaron las señoras.

—Se me han *aplastao* los caballos, vamos a mudar, — les respondió entre dientes Ribero. — Y como don Pascual le dijera que cómo se las iba a componer a oscuras, agregó: — Pierda cuidado, ya nos arreglaremos.

—¡Malditos animales! — mascullaba Rafael entretanto que los peones, luego de haberle quitado los arrreos a las fatigadas bestias, hacían corral en medio de la llanura para agarrar dos de los seis caballos que formaban el repuesto.

—A ver si se mueven, — ordenó Ribero al cabo de un rato.

Entonces se oyó, como si viniera de muy lejos, la voz de un peón, que decía:

—Es que el *malacara* no se deja agarrar.

—*¡Mancarrón* ordinario!... *encajale* lazo, — gritó Ribero impaciente.

"Pobre Tito, qué irritable está, y la causa es, es..." — se dijo Beba, y se puso a pensar en todo lo que le había acaecido en el Embrión.

Con dos cuarteadores volvieron a emprender la marcha a galope para recuperar el tiempo perdido; a cosa de dos leguas, tornaron a mudar, y al venir el día llegaron al río. Su imponente aspecto atemorizó a las señoras y aun a Benavente y Ramoncito: aquéllas no querían pasar de ninguna manera, y éstos ponían no pocos obstáculos; pero a las repetidas instancias de Rafael, por una parte, y por desconocer, de otra, lo peligroso de la empresa, se animaron, y entonces Ribero empezó a dar las órdenes necesarias para el caso. Los caballos pasarían a nado, el coche en una balsa que se improvisaría con cuatro *canoas* unidas por tablones y a la cual remolcaría el bote, y en éste los viajeros. Después de una buena hora de trabajo, cuando todo estuvo pronto, los Benavente y Beba se despidieron de Ribero, que decidió quedarse en la orilla para librar de su peso al bote, de sobra cargado ya. Dentro de él Rafael y Ramoncito empuñaban cada cual un remo con el fin de ayudar a los boteros, que se confesaron impotentes para vencer por sí solos la furiosa correntada. Una vez vadeado el río, Rafael guiaría el coche en el corto trayecto que los separaba de la estación. Al ir Beba a ocupar su asiento, notaron que no había sitio, lo cual hizo que su esposo se diera a todos los diablos, y se le ocurriera la malhadada idea de atar al bote una canoa para que Ramoncito la ocupara y Beba pudiera acomodarse en el sitio vacante, pero como aquél hacía falta para remar, Beba, a fuerza de ruegos, ocupó la canoa.

El plan era éste: sin alejarse de la orilla y ayudados por dos cuarteadores, avanzarían río arriba, en contra de la corriente unos doscientos metros, para luego dejarse arrastrar por ella y salir al puerto o

*picada*, atravesando el río al sesgo. Se despidieron de nuevo, y pusieron manos a la obra. Los cuarteadores, ayudados de los remeros, que empujaban clavando los remos en la arenosa orilla, avanzaban lentamente, sí, pero sin pararse.

—¡Adiós Tito, no dejes de escribirme! — gritó Beba, al tiempo que la tropilla, *arreada* por los peones, caía al agua entre relinchos, fuertes resoplidos y alegres manotazos que producían grande estrépito, en medio del cual se oían, como si salieran de las profundidades de las aguas, las voces de los conductores: *jopa, jopa, jopa*...

Un caballo que nadaba con todo el lomo fuera del agua tomó la delantera, y sus compañeros, enfilándose tras él, lo siguieron, moviendo sin descanso las orejas, resoplando fuerte, y con los ojos clavados en la opuesta orilla, donde otros caballos, puestos allí de intento, se revolcaban en la arena. Ribero los siguió con la mirada hasta verlos salir, y luego volvió los ojos hacia el bote, extrañándole mucho verlo tan poco retirado de la costa, por más que hiciese un buen espacio de tiempo que los cuarteadores lo dejaran en libertad.

—¡Hum, mal negocio! — murmuró considerando la rapidez con que venía creciendo el río.

Entonces recién se fijó en que los barrancones de la opuesta margen empezaban a desaparecer bajo las aguas, y que algunos árboles sumergían ya sus ramas en ellas, lo cual dilataba la anchura del embravecido río, que corría impetuosamente, arrancando de cuajo los yuyos de las orillas y batiendo las musgosas peñas.

—¡Mal negocio, mal negocio! — repetía Ribero muy intranquilo.

—No olvides que somos del Rowing Club, — le gritó Rafael en aquel instante a Ramoncito para animarlo, porque éste, como los otros remeros, empezaba a desfallecer. Iban perdiendo los alientos con que empezaron a remar, precisamente allí donde necesitaban de todos sus bríos para vencer el empuje de la correntada, más temible cuanto más se acercaban al medio del río. El concurso de otras corrientes menores y opuestas formaba remolinos peligrosos y verdaderos oleajes, que detenían la marcha del bote, ya difícil, porque el pesado armatoste de la balsa la dificultaba con fuertes tirones y bruscos sacudimientos. Aunque penosa y lentamente avanzaban a pesar de todo. Cuando llegaron al medio casi zozobran al ser embestidos por un corpulento ombú que arrastraban las aguas con rapidez vertiginosa. Y ya no se les vio adelantar. En balde Rafael maldecía y rabiosamente tiraba del remo, hasta doblarlo, el bote cada vez se movía menos, sujeto por una gran cantidad de ramas, camalotes y yuyos que a su alrededor se iban amontonando. Ni ganaban ni perdían terreno en aquella desesperada lucha contra la corriente. Así estuvieron un rato. De pronto un grito penetrante de Beba detuvo la acción de los remeros, y trajo la ansiedad al pecho de todos. La canoa, cuya cuerda habían roto los repetidos golpes de la balsa contra el bote, huía veloz, girando sobre sí, arrastrada por la furiosa corriente con la misma facilidad que si fuera un cascarón de nuez. Beba, de pie, con el cuerpo inclinado hacia adelante, los brazos tendidos en demanda de auxilio y el rostro desfigurado por una mueca de terror, vacilaba entre permanecer en la canoa o arrojarse al río.

—¡Jesús! ¡Jesús! — gimió doña Pepa espantada, y Mariquita se echó a llorar.

Rafael hizo un movimiento para arrojarse, pero uno de los boteros lo atajó diciéndole:

—¡Qué va a hacer patroncito, sería inútil!

Alelados, sin saber qué partido tomar, permanecían todos, siguiendo ya la rápida fuga de la canoa, ya a Ribero, que después de haberse quitado el poncho, corría desatentado por la orilla, sin reparar en zanjones ni barrancas, rompiendo con el pecho del caballo el tupido ramaje de los arbustos que en partes poblaban la costa, y encaramándose sobre las piedras con la intención evidente de ganar terreno, arrojarse al agua y salirle al encuentro a Beba más arriba.

Después de correr un gran trecho se detuvo; de un golpe despojó a su caballo del basto, caronas y pellones, y saltando *en pelo* arrojóse al río, nadando casi al favor de la corriente, con ánimo de cortar aguas hacia el medio. Al principio el bruto nadó bien, pero pronto, por librarse de la carga que pesaba sobre sus lomos, empezó a manotear con ira, empinándose hasta sacar medio cuerpo fuera del agua, o sacudía la cabeza violentamente, tascando el freno sin obedecer a las indicaciones de la rienda. Presa de dolorosa ansiedad seguían los viajeros los menores incidentes de aquella aventura. Ribero, comprendiendo la inutilidad del freno, golpeaba al bruto con el látigo en las quijadas para hacerlo ir a un lado u otro. Las violentas empinadas, sobre agotarle las fuerzas, lo hacían perder un tiempo precioso; después de uno de aquellos bruscos movimientos, apenas podía sacar las rojas y dilatadas fauces fuera del agua, como si ya no pudiera sostenerse a flote. Y a todo esto la canoa iba a pasar sin que Ribero pudiera darle alcance.

—No, no; es imposible, — murmuró con desaliento don Pascual.

—¡Quién sabe! él es buen nadador, — observó uno de los boteros.

Muy poca distancia los separaba de la canoa cuando caballo y jinete desaparecieron en la profundidad de las aguas. Agitaron la superficie algunos borbollones y movibles círculos, y perdióse todo rastro. Durante varios momentos permanecieron atónitos los Benavente, con la boca abierta y los ojos fijos en el lugar del suceso, sin ver nada; después, a cosa de tres o cuatro varas del sitio vieron salir a Ribero, mirar en torno y dirigirse nadando vigorosamente hacia la canoa. Un poco más tarde le daba alcance y se subía a ella con mucho tiento.

—¡Tírenme un *lazooo!* allá adelante, — gritó así que pudo respirar, mientras sostenía en sus brazos a Beba, que se había desmayado; pero comprendiendo que no lograría hacerse entender, colocó a su sobrina lo mejor que pudo en el fondo de la canoa para evitar que con un brusco e inconsciente movimiento la volcara, y sujetándole la cabeza empezó a rociarle el pálido rostro con el agua del río. Así, arrodillado junto a ella, desapareció a la vista de los Benavente.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? — interrogó don Pascual dirigiéndose a su hijo.

Pero éste no respondió; permanecía parado en el bote, absorto, y con los ojos clavados en las revueltas del río por donde había visto desaparecer la canoa, viéndola aún, como si la tuviera a dos metros de distancia, con claridad y riqueza de detalles sorprendentes.

"Yo debía estar allí y no él", — se dijo muchas veces, y a medida que salía de su estupor, ya pasado en parte el peligro, iba invadiéndolo, en vez de sentimientos de compasión y ternura hacia Beba, una in-

sana ira y hondo despecho que envenenados pensamientos elaboraban escondida y misteriosamente en las profundas reconditeces de su alma. "Todo se junta: la lluvia, la cuerda, el río; viaje inútil. ¿Y ellos... qué hace *ese* allí? ¿por qué no me arrojé al agua? ¿será posible que me haya vuelto idiota?," — pensó, y acariciando un resto de esperanza, siguió diciéndose: "pero todavía puedo alcanzarlos, remando fuerte, río abajo, sí, río abajo"; — y sin responder a las preguntas de sus padres, principió a remar con verdadera furia, siguiendo la corriente, gracias a lo cual estuvieron en pocos momentos en el sitio donde Ribero y Beba habían desaparecido. Se paró, miró... nada.

"¡Es inútil, suerte perra!" — se dijo, y volvió a representarse, sintiendo crecer su enojo, a Ribero arrodillado frente a Beba, sosteniéndole amorosamente la cabeza.

"En medio de todo se alegrarán", — supuso recordando las largas horas de plática y los paseos de Ribero y Beba; y acometido de pronto por furiosos celos, estiró el brazo como en señal de amenaza, y exclamó con todas sus fuerzas, a voz en cuello, vaciando en una maldición toda la rabia que le mordía el alma:

—¡Suerte cochina... así permita Dios que se ahoguen! — y rendido por aquel esfuerzo, entre sollozos desgarradores se dejó caer en su asiento, escondiendo la cabeza entre las manos.

## XVIII

—¡Dios mío, Dios mío! ¿qué va a ser de nosotros? — exclamó Beba incorporándose al volver en sí.

—Con tal que no volquemos... Si a alguien se le ocurriera tirarnos un lazo — dijo Ribero extendiendo la mirada en torno, y luego agregó con un gesto muy significativo — pero no, no se le ocurrirá a nadie, ni siquiera a Rafael que tiene la culpa de todo.

Beba, medio mareada con las vueltas que en su veloz carrera daba la canoa sobre sí, haciéndole pasar por los ojos arboledas y costas que parecían correr a estrellarse, y padeciendo además un total aplanamiento, vio sin pena ni dolor fundirse sobre el fondo oscuro del monte el grupo de los Benavente, y desaparecer allá, a lo lejos, como entre espesa niebla, las líneas y contornos de la picada y de los paisajes que ella conocía. A medida que avanzaban ofrecíasele el río a los ojos más ancho y bravío. Las cuestas de gruesa arena y agrestes albardones como cortados a pico y hendidos por profundas grietas, albergue de culebras y lagartos, que dibujaban las escarpadas orillas, iban desapareciendo bajo las aguas; y en algunas partes en que el terreno era llano, se extendían éstas, cubriendo grandes superficies que semejaban verdaderos mares. A poco de mirar los diferentes tonos verdes de los *virarós*, *ceibos* y *coronillas* de retorcido ramaje; de los espinosos *ñapindás*, y quebrachos, cuyas ramas abrumaban apiñados *claveles del aire*, principió a confundirlo todo, y tuvo que volver a

acostarse porque la cabeza le daba vueltas y el estómago se le subía a la boca. Luego, sintiéndose muy molesta, cerró los ojos para no ver los negros nubarrones que empujados por furioso viento surcaban el cielo a la desbandada, y así se estuvo.

El arrastrándose se acercó a ella, y tomándola de la mano, le dijo para animarla:

—No tengas miedo, nada malo puede sucedernos.

Ella, sonriéndole agradecida, exclamó:

—¡Pobre Tito! te has mojado por mi causa: ¿no tienes frío?

—Un poco, pero ya pasará; si fuera la primera vez que tengo que andar mojado... pero no te preocupes de mí: el caso es que tú no te asustes; mira, a la larga tenemos que salir a la orilla.

Pero ella no se tranquilizó; cuando sacaba la cabeza fuera de la canoa y veía el furioso río desbocarse por las arenosas orillas o batir con estrépito las peñas, la acometía el temor supersticioso de que aquella vertiginosa corriente iba a precipitar la débil barquilla a un abismo sin fondo, y entonces cerraba los ojos, escondía la cabeza, y toda temblorosa esperaba el momento fatal. Pasados algunos minutos, "todavía no" — se decía, sintiéndose revivir para tornar a los pocos momentos a ser presa del mismo terror.

Lentamente, como arrastrándose, transcurrían las horas. Cerca del medio día pasaron frente a un pueblito, cuyas primeras casas estaban inundadas. Algunas mujeres y criaturas que discurrían por las orillas, oyeron los gritos y vieron las señalas de Ribero y Beba, pero no pudieron prestarles auxilio, lo cual afligió más a esta última, y le hizo repetir con quejumbrosa voz:

—¡Ya lo ves, Tito!

Ribero procuraba infundirle valor, pero tampoco las tenía todas consigo. El peligro era grande; cualquier árbol de los muchos que arrastraba la corriente, podía volcar la canoa; y la esperanza de que les prestaran socorro se le desvanecía considerando el espacio que los separaba de las costas; sin embargo, vigilaba esperando por momentos que cualquiera viniese a auxiliarlos. Algunos paisanos lo intentaron: uno de ellos revoleó el lazo y midiendo la distancia que lo separaba de la canoa, dejólo caer con desaliento; otro se arrojó al río, pero así que le dieron las aguas por el lomo al caballo volvió grupas, lo cual le hizo hacer a Ribero un gesto de enojo y a Beba otro de pena, y los restantes se limitaron a seguirlos por la orilla, sin hacer ni intentar cosa de provecho.

Y pasaron dos horas más, absorbidos los dos al parecer, en graves reflexiones, pero en realidad sin pensar con fijeza en cosa ninguna.

—Me siento mal, — dijo Ribero con desfallecida voz, saliendo de su mutismo; — me duele la cabeza, la espalda: sería gracioso que me enfermara ahora.

Entonces recién ella notó que Ribero tenía los ojos muy brillantes, encendidas las mejillas, y que temblaba de frío.

—¿Por qué no me pediste el tapado? Yo para nada lo necesito. Se conoce que has tomado un poco de frío; — y luego tocándole la frente, agregó: — pero, ¡Dios mío! ¡si tienès fiebre!

—No es nada, déjame, — murmuró; — ya pasará. — Y durante algunos momentos hizo fuerzas para vencer la modorra que se iba apoderando de él, pero al fin, viendo que la cabeza se le caía a un lado y otro, se acostó en el fondo de la canoa. Incorporóse des-

pués de breves instantes, haciendo un gesto de desaliento:

—Se me parte la cabeza: ahí no puedo dormir.

—¡Pobre Tito! apóyala en mi falda... todo por culpa mía, — dijo Beba, y recordando la generosa acción de Ribero, e invadida de un grande deseo de servirlo que le dictaba su agradecimiento, se olvidó del peligro que corría, y solícitamente lo atrajo hacia sí, llenándolo de atenciones y cuidados.

Abrió él la boca para darle las gracias, pero como le costara trabajo hablar, le asió una mano besándosela repetidas veces; luego, sin soltársela, hundióse en un sueño inquieto.

Beba, con los ojos humedecidos por repentina ternura, lo contemplaba cariñosamente, al propio tiempo que en su abatido ánimo renacía el vigor. El aspecto del río ya no le intimidaba tanto; una vaga satisfacción, un goce recóndito e inconsciente, le hacía aceptar sin desmayos, casi con placer, los peligros que iba corriendo. Qué era, no lo sabía; en medio de todo, gracias al embotamiento de sus facultades y agotada nerviosidad, que le impedía hacerse en aquellos instantes raciocinio alguno, sentíase mejor que antes, y sin meterse en otras averiguaciones se dejaba estar, permaneciendo absorta en la muda contemplación del río, magnífico en su furor. Sin apurarse ni poco ni mucho, vio al rápido paso de la canoa a algunos paisanos que desde las orillas le hacían señas siguiéndolos breves instantes. Fuera porque creyera vanos sus gritos, o pura insensibilidad, el caso es que los miraba indiferentemente, como si las demostraciones de simpatía no rezasen con ella. Ella no deseaba absolutamente nada, ni sentía pena alguna, como no fuese un

poco de hambre. ¿Qué suerte la esperaba? Dios lo diría.

En ese estado especial de ánimo, pasó el día y la sorprendió la noche. A la tardecita Ribero saliendo de su letargo, miró con extrañeza en torno suyo, y al ver a Beba dijo:

—¡Ah! ¿estás tú ahí? entonces no es un sueño; — y haciendo un gesto de disgusto agregó: — va a cerrar la noche y yo no puedo hacer nada por tí; aflójate las ropas, no hay peligro, pero... por si acaso.

—No te ocupes de eso: qué importa que cierre la noche, ya no tengo miedo; ocupémonos de tí: ¿cómo te sientes?

—¿Qué no tienes miedo, dice? ¿No te asusta pensar en lo que puede sucedernos?

—No.

El la miró con ojos extraviados, y dejando caer de nuevo la cabeza, dijo incoherentemente:

—Haces bien, no se debe temer la muerte... A mí no me importaría; me siento mejor aquí que allá abajo: tú no puedes entender eso.

Comprendiendo que deliraba, trató de hacerlo callar; pero él, como si quisiera poner en claro alguna cosa, dijo muy despierto y suelto de lengua:

—¿Pero de veras, no tienes miedo, será posible que no te importe morir?... la verdad es que tu vida dista mucho de ser risueña, pobre Beba, pero no te creo; lo dices por no apenarme.

Ella le aseguró que no era así, y entonces repuso él con marcado interés:

—¿Quiere decir que no te importa volver?

—¡Volver, volver! ¡que sea lo que Dios quiera!

Al oir estas palabras hizo un gesto de disgusto y añadió luego, sonriendo desdeñosamente:

—Pues yo no... es verdad que no tengo nada que allí me llame; en cambio a tí te esperan tu marido, los Benavente... a mí nadie... ¿quién tiene la culpa? El nido está deshecho; para morir como un perro, lo mismo es acá que allá; pero, — repuso con viveza y como si de pronto recobrara el sentido, — ¡qué sarta de tonterías te estoy diciendo; no me hagas caso, tengo fiebre! — y ocultando el rostro en el regazo de Beba, tornó a caer en el sopor de antes.

Sin que volvieran a hablar, transcurrieron algunas horas. Un silencio profundo, solemne, enmudecía el monte, casi fundido en la misteriosa oscuridad. Misteriosa también y rápidamente, como visión encantada del otro mundo que corriera sin herir el suelo, se deslizaba la canoa por el medio del río de riberas pobladas de añosos árboles, cuyos contornos ya menguaban, ya crecían tomando las vagarosas y fantásticas formas de gigantescos animales y disformes cabezas de brujas. Una de éstas, que tuvo delante de los ojos un buen rato, la impresionó vivamente: era copia fidelísima, pero mayor y terrible, de una estampa que había visto en la niñez en un libro de cuentos, y que ahora, con el mismo terror de antes tornaba a ver, temblando ante la corva nariz, la puntiaguda barba y desgreñado pelo de la arpía, que montada en una puerca, esgrimiendo un inmundo escobón, corría despavorida por los aires. Las peñas antojábansele grupos vivientes y conciliábulos de brujas; los sombríos vórtices que formaba la corriente, hondas cuevas de víboras, dragones y quimeras, y los nudosos troncos de los árboles, sátiros y ninfas, que protegidos por la oscuridad bailaban impúdicas y furiosas danzas.

Sólo de tarde en tarde, algunos ruidos temerosos y silbidos extraños, o el canto ronco y desabrido de las

torcaces; rompía el silencio del monte, que luego parecía más lúgubre y misterioso aún. Beba, sobrecogida de espanto, hubiera querido no mirar; la afligía la superstición de que seres de naturaleza desconocida y diabólica, amigos de la oscuridad como los murciélagos, poblaban el bosque, pero no podía resistir la atracción de las tinieblas y miraba, esperando por momentos que surgiese de los antros del monte alguna aparición del otro mundo, y con tal ansiedad oprimía las manos de Ribero, que entre sueños le preguntaba siempre lo mismo: "¿Estás cerca de mí?" — o pronunciaba palabras incoherentes, ora dulces y cariñosas, que se dirigían a ella, a *Bebita*, ya rudas y llenas de rabia, como si en su pesadilla riñera con alguien que se empeñara en perseguirlo. Su sueño iba haciéndose muy intranquilo; tan pronto deliraba como caía en profundo letargo. Suponiendo que el frío podría agravar su mal, tuvo Beba la feliz idea de abrigarlo; al ir a hacerlo notó, no sin sorpresa, que su tío tenía los ojos abiertos.

—¡Qué! ¿no duermes? — le dijo; y como él empezase a desbarrar, y tratara de incorporarse, agregó: — no hables, te podría hacer daño.

Sin curarse de las palabras de su sobrina se incorporó, y estirando el brazo, hasta apoyar la mano en el hombro de ésta, le dijo un sí no es delirando, con débil y sofocada voz:

—No te apures, ni tengas miedo, estamos solos... ¿quién quieres que nos oiga? es preciso hablar; aquí no se debe mentir como allá abajo... lo he pensado bien, sabes, sí, hace dos horas que lo pienso; puesto que la muerte nos espera, no te ocultaré nada; de cualquier manera poco tardarías en saberlo, porque *después* lo sabemos todo... Sí, ahora que marchamos

a la región oscura, te diré la verdad: yo siempre te he querido...

Beba sintió que el corazón le daba un vuelco, y tuvo que apretárselo con ambas manos para contener sus violentos y desacompasados latidos. Ribero prosiguió, atrayéndola dulcemente hacia sí:

—¿Quién lo va a saber?... ya no nos verán más; a qué fingir: ¿no ves a la vieja e inexorable Parca?... ésta es la hora suprema de las dulces confesiones, muy dulces, sobre todo después que se ha callado tanto tiempo... No sabes qué alegría tengo, ¡qué dicha! poder hablar sin ofenderte, porque ahora no te pueden ofender mis palabras; es preciso que lo sepas, Beba: te he querido siempre, siempre, desde que eras así. ¿Recuerdas cuánto prolijo cuidado te prodigaba al educarte?... bueno: pues eso era que te criaba para mí, obedeciendo sin saberlo, como sugestionado, a los designios de tu madre, que al morir me dijo: "Sé tú su apoyo en la vida, no la abandones nunca; me entiendes: nunca"; — palabras cuyo oculto sentido recién comprendo. Te acariciaba como se acaricia una promesa. ¿Sabes cuándo lo supe, aunque atribuyeras entonces mi desesperación a otra cosa? Pues cuando te casaste; ahora caigo en ello: qué dolor sentí; no parecía sino que una férrea mano me arrancaba del pecho las entrañas dejándome vacío, yerto... Me herías tú y no él; tu ingrata resolución de abandonarme me llenó de tristeza y de otra cosa que no era sólo tristeza. "Que se case es muy natural" — me decía en voz alta para acallar ciertas protestas, pero interiormente... ¡ah! tú te ibas sonriendo feliz, y yo, como el ciego a quien abandona su lazarillo, me quedaba en la mitad del camino de la vida, sin saber qué hacer ni adónde dirigirme, descarriado

para siempre. Lo que sufrí solo yo lo sé. Me vine a la estancia: ¡qué frío hacía en aquellas desiertas habitaciones! Cuando me ví solo aumentó mi amargura y creció mi despecho; a veces me acometían una ganas rabiosas de llorar y de quejarme, y otras, presa de tristeza infinita, me quedaba horas y horas mirando el lejano horizonte, donde al fin aparecías con tu sombrero de paja adornado de flores, sonriéndome como en los felices días... Entonces no sospeché lo que era eso, pero eso era el amor.

En medio del imponente silencio las palabras de Ribero le llegaron al corazón, ¡y cómo repercutían allí! Nunca voz humana penetró tan hondo en su ser, ni sonó tan agradablemente en sus oídos, y sin embargo, era aquél un goce penoso, una felicidad tan grande que parecía querer romperle el pecho porque no cabía en él. "No delira, no; lo sospechaba, todo es verdad". — pensó en aquellos instante. El continuó como soñando:

—Sí era el amor, ¡con qué lucidez lo veo ahora! El secreto odio contra don Pascual y los suyos nacía de mi despecho. Tenía la certeza inconsciente de que me habían robado; mis negros pensamientos arrancaban de ahí también: ¡descarriado para siempre! en conocerlo consistía mi daño. ¡Adiós porvenir risueño y promesas de ventura... no volvería a encontrar nunca el camino de la felicidad! Y a pesar de mi desesperación, a pesar de todo, esperaba algo: que llegaría un momento crítico en nuestra vida en que, al arrojarnos la suerte a uno en brazos del otro, te lo pudiera decir todo sin ofenderte ni mancharte, eso es lo que esperaba y esa oculta esperanza lo que me sostenía; ¡cómo veo el fondo de mi alma en estos instantes! ¡qué claro está todo! y es quizá que a la hora

de muerte, tenemos la visión más nítida y exacta de lo que significó nuestra vida.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — murmuró Beba elevando los ojos al cielo; — ¿será posible?...

Y toda trémula y anhelante, como si de improviso empezara a sentir las extrañas emociones que acompañan al despertar de una pasión adormecida, permaneció con los ojos clavados en el oscuro firmamento, mientras respiraba apresuradamente el aire impregnado de los olores y aromas del monte. Recuerdos confusos, ideas vagas, ansias y temores de todo género la invadían en tropel, nublando su inteligencia y hundiéndola en un feliz arrobamiento. Entre tanto Ribero seguía hablando con la misma y apasionada entonación:

—¿Y tú no lo sabías, y tú no lo sospechabas? ¡Parece mentira que no te lo advirtiera el corazón! Pero no, tienes que haber caído en ello, como también en la cuenta de que al abandonarme equivocaste el camino de la felicidad... Fue un capricho aquél, no me lo niegues, ahora no hay mal ninguno en confesarlo; fue un capricho pueril, porque tú no podías amar a otro queriéndote yo tanto como te quería. ¡Y qué amargo debió de ser tu desengaño!... ¡Pobre Beba! las risueñas cosas que creaba esa cabecita, convertidas en tristezas y duelos, tenía que suceder. "Pronto echará de menos mis caricias y cuidados" — me dije al comprarte el saloncito Luis XV, en el que procuré acumular todo lo que yo sabía que era de tu agrado: muebles coquetones, libros sugestivos, caballete, colores y pinceles, "y aquí donde estos objetos por mí escogidos con amor le hagan presente mis halagos, vendrá a refugiarse en momentos de tribulación y desconsuelo, y no se creerá tan sola y

abandonada". — ¡Con qué cuidado coloqué yo mismo los muebles, y con qué ternura me despedí de ellos! En un cajón del escritorio dejé un ramo de violetas atado con una cinta azul, y en la vitrina, oculto por algunas estatuitas y monerías, mi retrato: sin sospecharlo deseaba que me recordaras, ¿para qué? no lo sé aún.

—¡Dios mío, Dios mío! — volvió a repetir ella.

—Bien has pagado tu error, bien... ¡ Y yo que tenía la conciencia cierta de que no eras dichosa, sin poder auxiliarte! ¡Qué mundo estúpido aquél! ¡Cómo nos martirizamos para conservar el orden doloroso de la vida falsa!

Y después de un rato, agregó cambiando de tono:

—Aquí no se puede mentir: los que se aman se juntan, el amor es bueno, y, ¡qué delicia! ya no nos separaremos más. Allá muy lejos se quedan los otros con sus eternas falsedades... no tengas miedo de que nos alcancen. Todos esos que van por las orillas son amigos como nosotros que juntos hacen el gran viaje.... Ya no nos separaremos: al fin tenía que suceder, porque, te lo he dicho Beba, yo siempre te he querido.

Beba quiso contestarle, pero no pudo, y entonces le tapó la boca para que no hablara. La idea de la muerte, que tanto acariciaba Ribero, le ponía a ella los pelos de punta. "No, morir no, ¿porqué? la vida es hermosa; sueña, delira", — se decía; pero con esta convicción y todo, hubo momentos en que, comunicada de la fiebre de Ribero, a la que auxiliaban a maravilla para hacerle perder la conciencia de la realidad, el misterio de la noche, los ruidos del monte, el rápido paso de la canoa, se imaginó que habían dejado el mundo de los vivos, y por lugares descono-

cidos de los humanos, poblados de quiméricos animales y visiones dantescas, iban camino de otro mundo mejor. Los extraños ruidos, los rumores que a veces estremecían el monte cual si nuevos genios lo habitaran, trocábanse en suaves y melancólicas armonías, en espíritus sutiles y hálitos de los muertos, el murmullo de las hojas, y todo cuanto la rodeaba adquiría a sus ojos vida singular y fantástica.

Ya atemorizada, ya anhelosa, pero siempre con el espíritu en tensión, oía las suaves, aunque incoherentes palabras que en su delirio no cesaba Ribero de dirigirle. Para cerciorarse de que no era un sueño, palpaba la tosca armazón de la canoa, y al conocer la verdad permanecía algunos momentos en dulce éxtasis, mirando al cielo como en acción de gracias. Acurrucados uno contra otro, prestándose mutuamente el calor de sus cuerpos, pasaron el resto de la noche, Ribero delirando siempre, y Beba despierta y vuelta todo oídos. Al venir la aurora, mecida Beba dulcemente por el risueño presentimiento de que tantos extraordinarios sucesos como le habían acaecido, anunciaban algo, una nueva vida de dicha y de paz, se dijo: "Después de la lóbrega noche vendrá un día hermoso de espléndido sol", — y se durmió con la miel de estas palabras en los labios.

Ya de día claro, cuando pudo apreciar los progresos de la creciente, volvieron a agitarla los temores y angustias del día anterior. El río completamente desbordado, enseñando triunfante las presas de su furor — árboles arrancados de cuajo, desvencijados muebles, y animales muertos, — se señoreaba orgullosamente de las dilatadas llanuras, en que a trechos se extendían las agrestes costas. Del anchuroso y apretado monte, apenas se veían, como para dar señales

de su existencia, las copas de algunos árboles, donde se balanceaban centenares de aves acuáticas y tal cual gallina montés, a quien la inundación había desposeído de su escondrijo en la espesura. Un viento fresco y sutil encrespaba la superficie del río y mecía las ramas que, acá y allá, surgían de entre las aguas.

—¿Qué tal, cómo te encuentras? — le dijo Beba a Ribero, que miraba sin comprender, como si aún no hubiera salido de los limbos del sueño.

Se pasó la mano por la frente, hizo un gesto de disgusto, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, con desaliento:

—Me encuentro mal, ya lo ves, no puedo ni con mi alma, — dijo, e iba a proseguir, pero un acceso de tos se lo impidió.

Al ver Beba que los labios de Ribero se humedecían de sangre, no pudo disimular su temor, y tomándole las manos gritó toda atribulada:

—¡Sangre, has escupido sangre! ¿Qué tienes, qué te duele?... ¡y yo sin poder darle nada, Dios mío!

—¡Qué tengo, qué tengo... yo que sé! Déjame, más vale acabar pronto.

—No, no, eso no; yo no lo quiero: es preciso que vivas, que vivamos, ¿entiendes?

El la miró con extraviados ojos, miró luego al río. "No puede ser", pensó; "todo es mentira"; — y sonriendo amarga e irónicamente acertó a decir, como si volviese a delirar:

"¡Nada! Se ha escapado el perro,
y he visto en sueños al diablo."

—Es preciso que vivamos, — murmuró Beba; y al ver el sol que aparecía rompiendo con sus rayos las

brumas de la mañana, sintióse tan reanimada, que no pudo menos de exclamar, como si el astro rey le hubiese hecho alguna promesa:

—Sí, ¿quién lo duda? viviremos.

## XIX

Al pie del ombú, que distaba tres o cuatro metros del rancho donde Ribero dormía, una china gorda y *retacona* ya entrada en años, machacaba en un mortero de madera lustrosa por el uso, algunas raíces y yerbas que había recogido en el campo para preparar no sé qué extravagante menjurje. De tiempo en tiempo, con el revés de la mano, se quitaba de sobre los ojos las renegridas greñas, encendía de nuevo el apestoso *pucho*, y con él en la boca, y el ojo izquierdo entornado para evitar que le entrase el humo, volvía a su tarea cachazudamente. Junto a ella, en una vasija de barro, hervía el pucherito de gallina y arroz para el enfermo.

Beba, sentada enfrente de la mujer, la contemplaba con curiosidad. Vestía aquélla un sencillísimo y raído traje de percal, que la hija mayor de doña Melitona le había proporcionado dos semanas antes, cuando chorreando agua, y medio muerta de hambre y fatiga, llegó al rancho. Sin embargo, aquel humilde traje, el abundante pelo que tenía recogido a la ligera, y momentáneo abandono en toda su persona le sentaban a las mil maravillas; las formas de su cuerpo se delineaban mejor bajo la sencilla tela, que hacía resaltar, por inesperado contraste, la blancura y morbidez del cuello, y suave piel de las manos, tan relimpias y cuidadas.

Sirviéndose como de un remo de una tabla, que puso a su alcance la corriente, pudo siguiendo la di-

rección de ésta, que por fin empezaba a ser menos impetuosa, y gracias a la ligereza de la canoa, irse acercando a la orilla, pero no sin grandes trabajos, y sin que el desaliento se hubiera apoderado de ella repetidas veces. Se le desollaron los dedos y adormecieron los brazos, pero así y todo, animada por el poderoso deseo de vivir, que le hacía sacar fuerza de flaqueza, siguió remando hasta salirse del cauce del río, y llegar a un sitio en que la corriente apenas podía mover la débil embarcación, que flotaba como sujeta entre las resacas. Luego, agarrándose aquí y allá de las ramas que surgían del agua, y sirviéndose de la tabla otras veces para apartar los troncos de los árboles y animales muertos que le impedían avanzar, llegó a la orilla.

Casi en peso tuvo que sacar a Ribero de la canoa. Vacilando él y ella sirviéndole de apoyo, emprendieron la subida de las barrancas que separaba el río del monte, en cuya espesura sólo lograron internarse después de varios descansos. A poco de avanzar por él a Ribero le flaquearon las piernas y tuvo que detenerse, quedándole apenas fuerzas para decirle que lo dejara y buscase auxilio para sí, pero ella le tapó la boca, y sollozando le dijo: "Si me quieres, no me vuelvas a decir eso", — y ocurriéndosele explorar el sitio en que se encontraba, echó a correr por entre los árboles. Lo que atravesó el monte, cuando con ávidos ojos recorrió la llanura, pudo ver a lo lejos la copa de un ombú, indicio cierto de población, y sin tomar aliento se encaminó hacia allá. A poco divisó el techo de un rancho; después, destacándose sobre la verde pradera, toda la población con su corral y *ramada,* y por último a algunas mujeres que al verla se apresuraron a atar los perros.

Con breves palabras y lo mejor que pudo, les explicó lo que les había acaecido y la situación en que se encontraba Ribero, lo cual apenas oído por las mujeres, engancharon el carrito y se dirigieron al monte. Dos horas más tarde volvían con el enfermo.

—¿Se puede saber para qué es eso, doña Melitona? — le preguntó Beba, después de haber estado mirándola un buen rato.

La china escupió; dióle tres o cuatro buenas fumadas a su cigarro, y colocándoselo en un ángulo de la boca para que no le impidiera hablar, dijo sin levantar la vista del mortero:

—*Pa* aflojar el pecho, niña. Siempre queda algo, y esto lo *limpea tuito.*

—Pero vamos a ver: ¿eso que usted prepara lo mandó la curandera o es de su botica? — repuso Beba, que en los días que llevaba allí había intimado mucho con doña Melitona, y conociendo los flacos y debilidades de ésta, no perdía ocasión de embromarla y buscarle la lengua.

Divertíanla mucho la franca charla y agudezas a lo Sancho de la buena mujer, e interesaba en extremo el concepto entre ingenuo y truhanesco, que en sesenta años de vida ruda y difícil se había formado del mundo. Cuando Ribero descansaba, Beba iba a sentarse junto a doña Melitona, debajo del ombú, si el día era bueno, o en la cocina, en caso contrario, y juntas, y tomando mate mano a mano se pasaban las horas, hablando la vieja de sus mocedades, del *finadito,* — no llamaba de otro modo a su difunto esposo. — y de las *revueltas;* y haciendo Beba descripciones de la vida de la ciudad, y caricaturas más o menos ingeniosas de las costumbres y modas, pero que siempre hacían prorrumpir a la china en estrepi-

tosa risa, una risa que le ocultaba los ojos y hacía bailar el vientre.

Sazonaba estos paliques tal cual discusión sobre medicina, materia en la que jamás estuvieron de acuerdo. Beba, por oir la argumentación de la buena mujer, defendía con calor los progresos de la ciencia, y doña Melitona a uña y diente los *daños*, la fuerza de los yuyos, y la cura por palabras.

—No, mi comadre la médica, — contestó doña Melitona, — no me dijo nada, pero yo sé que es bueno.

Beba se puso grave y contestó:

—Mire, es mejor no hacer sino lo que manda la curandera; cuando ella no lo ha prescrito...

—No le hace, niña: los yuyos no hacen daño; yo se lo digo, niña...

Discutieron un rato, y como doña Melitona siguiera firme en el propósito de propinarle al enfermo el menjurje que preparaba, repuso Beba entre seria y risueña, sin poder enojarse del todo por la cómica obstinación de la vieja:

—Entendámonos: para curar se necesita saber... ¿usted sabe acaso medicina?

—*Champurreo.* — contestó la vieja tranquilamente, y levantándose, meneando a compás las disformes caderas, se encaminó hacia el barril del agua.

—He *curao* a mucha gente con ese cocimiento; no ve, criatura, que me lo enseñó la médica, — añadió después de haber dejado en su sitio la *huampa*, el cuerno que servía de vaso.

—Con eso y con la ayuda de Dios lo tendremos sanito dentro de tres o cuatro días.

Y como Beba le preguntara si pronto podía el enfermo salir al campo a disfrutar del sol, siguió diciendo muy satisfecha de la consulta:

—Ya lo creo: hoy *mesmo* si se le antoja, con tal que se meta adentro antes de la tardecita. Mi comadre lo dio convaleciente; lo demás lo iremos haciendo nosotros con leche gorda, buenas presitas y caldos de gallina.

Poco después entraba Beba con una taza de caldo en el cuarto del enfermo:

—Tengo que darte una gran noticia. Doña Melitona te ha declarado sano; hoy, al fin, podrás salir de esta inmunda barraca. ¡Mira qué día hermoso hace! — y abriendo la ventana que caía al campo, y por la cual entraron los rayos del sol, prosiguió: — ves, Febo saluda tu restablecimiento; — y sentóse en el borde de la cama, sin darle punto de reposo a la lengua, mientras que Ribero, sonriendo al verla tan alegre y habladora, apuraba el sabroso caldo.

—Hace tiempo que no te veía así: ¿qué te pasa?

—No lo sé; un gozo tremendo, unas ganas atroces de gustar la vida; no parece sino que acabo de salir de una larga y penosa enfermedad... en cambio tú, que tienes motivos de sobra para alegrarte, pareces triste y abatido.

Efectivamente, Ribero, como quien sale de un sueño delicioso para ver de nuevo la prosaica y desencantada realidad, volvía a la vida mohino y apesadumbrado. El contento con que recibía el retorno de la salud no era completo. Tal vez lo agitaba alguna preocupación o escondida pena, porque frecuentemente, oscureciéndose su semblante, caía en prolongadas abstracciones. Además parecía a todas horas intranquilo y receloso. Como si hubiese cometido alguna grave falta, sólo miraba a Beba a hurtadillas. Esta, que no tardó en notarlo, tuvo que salirse del aposento en más de una ocasión para contener la risa. "Parece un pi-

lluelo que se ha comido un dulce y teme que le pregunten por él", — decíase riendo.

—Tanto como triste y abatido no, pero tampoco muy contento... no creas que debí de pasarlo del todo mal mientras estuve entre la vida y la muerte; tengo así como un confuso recuerdo de haber gozado una felicidad que no gozo ahora... sueños tal vez.

—¡Ah sí! delirabas mucho.

El la miró intranquilo, y luego afectando indiferencia:

—Habré disparatado en grande, — acertó a decir.

—¡Hum!... no lo creas: decías unas cosas muy puestas en razón; pero, mira, luego hablaremos de eso, ahora levántate.

Y llevándose la taza vacía salió del aposento. Cuando volvió a entrar, Ribero estaba sentado junto a la ventana.

—No sabes cuánta alegría tengo de verte sano, sano por mí, porque si yo me hubiera abandonado en brazos de la suerte, ¿en dónde estaríamos ahora? No veríamos este hermoso cielo.

Ribero respiró una gran bocanada de aire puro, y al sentir que la sangre le rebullía en las venas y en oleadas le subía al rostro produciéndole mareos de salud, dijo, contemplando el vario paisaje cubierto de alegre verdor, que se extendía del otro lado del río:

—Sí, la verdad es que todo convida a vivir: el espléndido sol, el cielo tan azul, tan límpido y brillante, el aire aromatizado y fresco. — Y al volver la vista y contemplar a su sobrina, que escuchándolo le sonreía enseñando tras de sus labios rojos, el marfil de unos dientes iguales y apretados, fijóse en que toda ella respiraba lozanía, hermosura y juventud, y sin-

tiendo una emoción muy dulce, repitió por máquina ruborizándose: — Sí, todo convida a vivir.

Y luego: "No hay que darle vueltas, no es mentira, no es un sueño; la quiero, la adoro con toda mi alma", — pensó confesándose plenamente lo que hasta entonces sólo se había atrevido a sospechar. "Todo esto es muy hermoso, —se dijo después,— volver a la vida lleno de risueños pensamientos, sentir correr por las venas el vigor de la juventud, la sangre moza, produciéndonos hormigueos en todo el cuerpo; pero ¿para qué vivir si no la puedo amar?"

Beba, sospechando quizá lo que pasaba por el alma de Ribero, se acercó a él, le puso la mano en el hombro, y señalándole con un ademán el campo que se abarcaba desde la ventana, exclamó:

—Todo se reanima y vive. ¿No te dice nada este día hermoso?... a mí sí: es el cumplimiento de un risueño presagio, lo adivino, lo sé... después de una lóbrega noche, un día espléndido. Mira como el pasto brota de la tierra húmeda bajo las caricias del fecundante sol... es la vida nueva, tú estás sano, la risueña esperanza viste la tierra, y yo empiezo a ser dichosa.

Hizo una pausa y luego agregó:

—En la canoa, cuando ya acariciaba con placer la idea de la muerte, escuché tus palabras, y vuelta a la vida por un risueño presentimiento me prometí salvarte y salvarme, ¿comprendes?...

Se puso muy pálido. No sabía qué pensar de las palabras de Beba; pero al verla sonreir enamorada, tuvo la instantánea revelación de la verdad, e incorporándose de un salto, le agarró las manos, y mirándola fijamente, articuló con trabajo:

—¿He hablado, te lo he dicho, no es cierto?...

Ella hizo una señal afirmativa y, luego, entre risueña y avergonzada, mirándolo blanda y dulcemente, repuso:

—Me quieres: hace tiempo que lo sé; yo también te quiero y nunca he querido a nadie más que a tí.

Y lo que tenía que suceder alguna vez, sucedió entonces en aquel miserable rancho, convertido de pronto en dichoso nido de amor...

## XX

Sonriente y dulcemente conmovido, le dijo él, al tiempo de llevarla hacia la ventana:

—¡Tanta felicidad me parece un sueño!

—A mí no: ahora comprendo que esperaba ser tuya, porque lo encuentro muy natural, muy lógico; de pensamiento siempre lo fui, aunque no lo supiera; ¡y cuánto daño me hice con no saberlo! Las inquietudes y vagos deseos que me agitaban de algo desconocido, nacían de ahí, de haber contrariado mi destino, que era pertenecerte. La noche de mis bodas, después de la violenta sacudida, del desencanto que me hizo comprender que no era mi esposo el amante de mis sueños, sentí por primera vez la amargura de no *poder ser de él;* ese *él* eras tú. Desde entonces he vivido siempre así, llena de tristezas y dudas. No hay nada tan doloroso como errar el hueco que venimos a llenar con nuestra vida; pero ahora lo he encontrado, sé que cumplo mi fin, y ya me siento curada para siempre.

Y sintiéndose verdaderamente dichosa:

—¡Cuánta alegría! no me pesa, no; tengo la conciencia tranquila, y me siento contenta de mí misma, como si acabara de llevar a cabo una generosa acción.

Ribero no participaba de este último contento, pero tampoco sentía la menor inquietud; lo cual no dejó de parecerle extraño, tratándose de una falta que él siempre había juzgado indigna e imperdonable en cualquier caso. Y en los días sucesivos, cuando en

medio de un transporte de amor sentía así como la sombra no más del remordimiento, pensaba en que su cariño no era tumultuoso, material y torpe, sino plácido y sereno, y al punto sentíase tranquilizado.

Como si se hubieran olvidado de que en el mundo existiera otra cosa que su amor, empezaron a vivir el uno para el otro, sin pensar en nada más, ni extrañar cosa ninguna en el miserable rancho que habitaban. No veían los terrones de la pared, ni la paja del techo, ni los miserables trastos que amueblaban la humilde choza: su dicha hacía que todo les pareciera bueno y hermoso. En cuanto a deseos, abrigaban uno constantemente: estar solos, para contarse lo que ciento y una vez se habían contado: la historia de su cariño, y repetirse lo que de mil modos se habían dicho: que se amaban con toda el alma.

—Soy tan dichoso, que en ciertos momentos, por el temor de dejar de serlo, recibiría la muerte con gusto, — exclamaba Ribero.

A lo cual respondía ella, llena de fe y risueña confianza:

—No digas simplezas: yo me encargaré de hacerte dichoso; el porvenir es nuestro, no lo dudes: hemos pagado el debido tributo al dolor y ahora empezaremos a ser felices. Solos en la estancia, lejos de todo ruido molesto, y entregados a una tarea que los dos amamos y que prestará inagotable encanto a nuestra vida, dime: ¿qué deseo, ni qué pena puede turbarnos ni afligirnos? Nada se opone a nuestra dicha, créemelo. Siempre juntos, ¡Dios mío! ¡qué bien, qué bien vamos a estar allí!

Y volando en alas de su fantasía, pintábale con mil colores la dicha que los esperaba.

—Tengo plena confianza, —aseguraba otras veces,— en lo que me reserva mi hado. Mis sueños, sus promesas se cumplen. No me engañará más no, no... mi hado es bueno, — y clavando los ojos en el cielo, ebria de gozo, sonreía a cosas invisibles.

En el monte, hablando y hablando, perdían la noción del tiempo. A menudo veíase doña Melitona en la necesidad de avisarles que el asado se pasaba, para que ellos, muy contentos de haberse olvidado de comer entregados a su amor, emprendiesen el regreso comentando alegremente lo sucedido. Así transcurrieron algunos días, hasta que una tarde, al tomar el tortuoso camino del rancho, dijo él, como si saliera de un largo sueño:

—Oye, Beba: ¿sabes en lo que pienso? pues en que estoy fuerte, y en que es necesario volver.

Ella se quedó anonadada.

—Sí, es verdad... es necesario volver, — asintió, y ambos con el corazón oprimido, subieron silenciosa y lentamente la empinada cuesta.

Engañada por su felicidad, que le hacía verlo todo de color de rosa, pensó, creyendo sin saber por qué, lejos de la estancia a su marido, que el trago amargo de la confesión lo apuraría sin disgustos ni vergüenzas, por medio de una carta explícita, categórica. Su sorpresa y aturdimiento, pues, no pudieron menos de ser grandes, cuando al llegar se encontraron de manos a boca con Rafael.

Sin saber qué decir se quedó ella, pero él le marcó una línea de conducta con su actitud reservada y fría. Había andado durante una semana haciendo pesquisas infructuosamente, y al regresar a la estancia recién supo el paradero de Beba, lo cual lo tenía irritadísimo.

"Lo sabe todo", — se dijo Beba, y reanimándose de pronto, resuelta a arrostrar francamente la situación en que se había colocado, le hizo un grave saludo con la cabeza y avanzó hacia la casa. Los dos hombres la siguieron caminando lentamente. En la sala, mortificados los tres por un malestar profundo, aunque distinto, permanecieron mudos algunos momentos, observándose con el rabillo del ojo.

Ríbero hubiera preferido una escena violenta; aquel marido burlado que no insultaba ni prorrumpía en terribles amenazas, que parecía más lleno de vergüenza, él, la víctima, que ellos, que eran los criminales, lo hizo enrojecer de ira y vergüenza a un tiempo. De buena gana lo hubiera provocado para concluir pronto, pero lo detenía un respeto inexplicable que jamás había sentido por él.

Arrancólo Beba de aquel angustioso estado de ánimo, diciéndole:

—Te ruego que nos dejes un momento solos: tenemos que hablar.

Rafael se puso muy pálido:

"¡Ay, Dios mío! ¿qué me pasa, qué tengo, por qué me agita este temor?" — se preguntó esperando que Beba le dirigiera la palabra.

—Por sus miradas interrogadoras y frío recibimiento veo que espera una explicación: no puedo dársela, pero bástele saber para su gobierno, que ya nada puede existir entre nosotros, — dijo ella con tono firme, admirándose de haber dicho tan bien lo que quería.

Rafael no tuvo el arrebato que ella esperaba, lo cual la admiró e hizo hacer un gesto de desprecio. "Ni siquiera es hombre", — se dijo; pero él, sin duda, no la había entendido, porque mirándola lleno de sorpresa, balbuceó:

—No comprendo... dices que nada puede existir entre los dos: ¿por qué?

Por primera vez Beba se sintió así como avergonzada de lo que había hecho, pero reaccionando contra la confusión que la embargaba, repuso, haciéndole perder los sentimientos de delicadeza que antes detenían su lengua, el miedo de encontrarse culpabla a sus propios ojos:

—¡Por qué! ¿acaso no lo sabe, o espera que yo mienta y me disculpe?... no haré ni una cosa ni otra: en mí no cabe el engaño ni la hipocresía; — y haciendo un violento esfuerzo para vencer su repugnancia: — Eso que usted sospecha ha sucedido; no podemos vivir bajo el mismo techo...

Rafael abrió la boca como si no pudiese respirar bien de otro modo. — ¿Lo que yo sospecho, dices? — e iluminándosele su rostro de súbito, gritó dando un paso hacia ella: — ¡lo que yo sospecho... entonces me has engañado... no mientas... dime la verdad, dímela!... — y como permaneciera muda, rugió con ira reconcentrada, apretando los dientes: — ¿Conque es cierto: has sido tan vil, tan infame? Bien me lo decían todos: te portaste como quién eras...

Y acercándose hasta tocarla, le arrojó al rostro el más innoble e infamante de los insultos.

Mientras lo vio furioso y fuera de sí, no la turbó el remordimiento de haber sido dura y sobrado cruel con su marido. Alta la frente, desafiando con su arrogante postura el enojo de Rafael, contestó uno a uno los reproches que éste le dirigía, echándole además en cara la muerte de sus ilusiones y temprano desencanto; pero cuando él, así como agotado y exhausto, enteramente abatido por el dolor se dejó caer en una silla, llorando amargamente, le tuvo lástima, y otra vez se avergonzó de sí misma.

"Me amaba aún... debe de sufrir mucho... ¿por qué fui tan cruel? ¡Si yo pudiera consolarlo!... ¿pero cómo?" — se preguntaba sin atreverse a ensayar ningún consuelo.

—Engañarme así: ¿qué te hice yo para engañarme así?... Y ahora, ¿qué me espera? la risa de todo el mundo, la vergüenza... puedes gozarte de tu obra: en ridículo, ¡yo en ridículo! y para siempre, ¡ah! pero pierde cuidado: ya las pagarás.

¡El ridículo! esta palabra terrible, fea y digna de desprecio para él repercutía en sus oídos como si la pronunciaran mil veces. No lo acongojaba tanto la ofensa en sí, como el temor de ser objeto de las hablillas y burlas de las gentes, y aunque sentía todos los escozores de su orgullo de hombre herido en el punto sensible, y los retortijones de la propia estimación pisoteada y maltrecha, el miedo al ridículo acallaba los otros sentimientos e imperaba solo.

Aunque estaba allí, en el Embrión, veía el saloncito del Barril, y la sonrisa burlona que al verlo a él jugueteaba en los labios de sus amigos. "¡Cómo librarme del ridículo! yo debía matarla", — se dijo con desaliento, sabiendo que no tendría fuerzas para llevar a cabo tal idea, y continuaba imaginando, y considerándose el blanco de las bromas y pullas, no ya de sus camaradas, sino de todo el mundo. "El mozo, al traerme el jerez, les hará un guiño a los otros dependientes; las muchachas se reirán en mis narices, y en el rostro de todos se imprimirá la desdeñosa lástima que inspira un pobre diablo", — y de rabia se mesaba el cabello.

Ribero, que lo había oído todo, paseábase agitadísimo por la pieza inmediata. Le hacía daño que Beba tratara tan duramente al *esposo engañado*; estas pa-

labras se le imponían, y más daño aún que él fuese la causa de aquella escena repugnante. Escuchándola le parecía descubrir en ella un ser nuevo, desconocido para él, y a la verdad, nada simpático, y como sintiera que todo aquello lo laceraba, pugnó por salir repetidas ocasiones, pero una dolorosa curiosidad lo hizo permanecer allí, para oir las quejas de Rafael, que lo llenaban de confusión. "¡Si al menos la insultara!" — se decía, olvidándose de que momentos antes, sofocados sus ímpetus de cólera por un sentimiento de justicia, había escuchado sin pestañear los reproches que Rafael le dirigía a Beba.

—¿Por qué me engañaste, por qué?

Beba se había formado el propósito de no responderle para no adolorirlo, pero pensando que esta actitud podía hacerlo sospechar que se avergonzaba de su conducta, cuando no era así, le recordó, hablándole mesurada, pero dignamente, la frialdad de sus relaciones matrimoniales, y aquella continua guerra que la hacía tan desgraciada. Pero Rafael no la oía; levantóse, y mirándola un momento con indecible angustia, salió lentamente de la habitación. Dos horas después abandonaba la estancia para siempre.

"Estaba de Dios", — se dijo Beba al verlo partir, para acallar sus remordimientos, y entrando en la alcoba contigua, agregó fuerte:

—Ya puedo ser tuya por entero: nada se opone a nuestro amor.

E iba a arrojarse en los brazos de su amante, pero él, aunque dulcemente, la apartó de sí diciendo:

—Perdóname; te ruego que me dejes solo un momento... lo que ha sucedido me ha puesto de mal humor.

## XXI

Todas las mañanas, entre los limbos del sueño y la vigilia, hacíase Rafael esta pregunta: "¿Pero es verdad que ha sucedido eso?" — y paseando la mirada por la habitación, que era la que antes ocupaba de soltero en casa de sus padres, se decía: "Estoy en casa de mis padres, todo es verdad", — y sintiendo así como un peso en el corazón, y no sé qué gusto amargo en la boca, enlazaba las manos detrás de la cabeza y se ponía a pensar en su desgracia.

Seguía atormentándolo más que la falta de su mujer, el ridículo que le acarrearía; el verse a la disposición de las afiladas lenguas de sus conocidos, como un cadáver en el hospital a los escalpelos de los indiferentes estudiantes. ¡Cómo cortarían! ¡ah! por haber puesto a muchos en la picota, no se le ocultaban las sangrientas burlas de que ahora sería objeto él, el marido burlado. Y se preguntaba medio loco qué debía hacer para vengar la afrenta, y espantarse las furiosas avispas de la mordacidad, que revoloteaban en torno de su cabeza, dispuestas a clavarle el envenenado aguijón.

Para meditar en ello procuraba estar solo.

Benavente y doña Pepa, al ver que las palabras de consuelo lo irritaban, decidieron no hablarle de lo ocurrido, y apartar de su vista todo objeto que pudiera traerle a la memoria el infausto nombre de Beba. Cuando por casualidad se encontraban juntos, hablaban de cosas indiferentes, como si no hubiera

ocurrido nada de extraordinario, pero eso sí, mostrábanse todos con él en sumo grado cariñosos y complacientes. El, al verlos tan risueños, los miraba de un modo particular, que quería decir: "¿Sí, de veras, les parece a ustedes que *lo mío* no es para desesperar?" e interiormente deseaba que fuese así. Hasta la díscola Mariquita procuraba distraerlo, haciendo por las noches un poco de música. Sentábase Rafael en un rincón de la sala, y desde él oía con grande recogimiento las melodías y sonatas que Mariquita ejecutaba en el piano. Esto duraba poco; levantábase de repente, y murmurando palabras ininteligibles, huía a su alcoba.

La noticia —una versión de doña Pepa arreglada y poetizada— se divulgó por la ciudad con la general rapidez que corren las malas nuevas. Los íntimos de la casa acudieron a demostrarle su aprecio a los Benavente en aquel infortunio, pues nadie de la familia hacía misterio de lo ocurrido, y en aquellas reuniones, don Pascual y su esposa, con exquisito tacto, hablaban sin ira de Beba, como de una criatura infeliz que sin querer les había hecho mucho daño, y a la que ellos casi, casi perdonaban.

—A nosotros nos ha sorprendido el caso más que a nadie, — solía decir Benavente, — conociéndola a fondo no se podía creerla capaz de una falta así, porque, hay que decirlo, era una naturaleza esencialmente honrada, una criatura sincera y digna, y vean ustedes: de repente sale con la embajada ésa... Por supuesto, aunque a mí no se me ocultaban sus buenas cualidades, siempre sospeché que a aquella linda cabecita le faltaba un tornillo; su romanticismo no me inspiraba entera confianza. En cuanto a Ribero, ¿quién iba a imaginarse?... pero ellos no nos han

engañado: yo los creo incapaces del engaño; aquí no ha habido premeditación: fue la fatalidad, el destino; pero no por eso deja de ser menos grande la desgracia de mi pobre Rafael. ¡Ah, señoras mías, la falta de principios! ¡Si es lo que yo he dicho siempre!...

Doña Pepa en voz alta se expresaba de la misma manera, y al oído de las señoras solía añadir, como si el femenino auditorio fuera el único capaz de entender ciertas cosas:

—Créanme: yo no la disculpo, pero la perdono, porque su falta me parece menos terrible, cuando pienso que la arrastró la pasión; sí, una verdadera pasión.

Y las señoras, sintiendo hacia la culpable fuerte simpatía, se comunicaban el secreto con tono dulce y misterioso.

Así, dándole al suceso color de aventura novelesca, apartaron los Benavente el ridículo que amenazaba a Rafael, e hicieron digno de respeto su infortunio; pero éste no se daba por satisfecho, y seguía preguntándose qué debía hacer para vengar la afrenta. "Todas estas pruebas de cariño son de dientes afuera; para su capote es seguro que se ríen de mí" — decíase; y mientras no dio con el remedio, anduvo caviloso, alicaído, sin pizca de apetito, y martirizándose con diarias encerronas; pero después del duelo, y a pesar de no haber sido su victoria lucida ni con mucho, sintió dulce alivio, como si le hubieran quitado de encima un gran peso.

La idea no fue suya: algunos viejos camaradas le insinuaron algo, aunque embozadamente, y otro con quien lo unía estrecha amistad, se lo dijo a las claras.

—Tú conoces como yo, — arguyóle en cierta ocasión, — los comentarios que suelen hacer las gentes

en estos casos; la única manera de evitar que se te rían en las narices, es batirte. ¿Qué más puede hacer un marido burlado que batirse? ¿y quién después del duelo se atreverá a reírse de tí estando expuesto a lo mismo y a no salir mejor? Además, creo que tú tirabas bastante bien el florete: es un arma peligrosa, pero...

Aunque a pesar de todo, no sentía Rafael malditas las ganas de verse enfrente de Ribero, y menos de matarlo, aceptó sin vacilar lo que le proponía aquel amigo oficioso, y se preguntó luego de haberlo autorizado para que pidiese al ofensor una reparación por medio de las armas, cómo no había tomado esta resolución antes, siendo tan natural y sencilla; y parándose delante del espejo agregó alto:

—Parece mentira que no se me haya ocurrido antes: es tan comprensible, tan claro; porque, bien dice mi amigo: ¿qué más puede hacer un marido burlado que batirse, eso es, que batirse? La cosa no tiene vuelta.

La idea de que podía perecer en la contienda cruzó por su imaginación sin llegar a intimidarlo, por creerla poco posible, y además porque no era cobarde; pero aunque lo hubiera sido, la seductora perspectiva de volverle el lustre a su empañado nombre, y poder andar de nuevo alta la frente, sin que nadie osara mirarlo con cargante curiosidad y sonreirse a su paso, fueran bastante poderosas razones para alejar de él todo temor. Por otra parte, confiaba en su brazo y en la falta de destreza que equivocadamente le suponía a Ribero. "¿Quién después del duelo se atreverá a reirse de mí?" — se dijo con manifiesta alegría, y empuñó los viejos floretes para plastronar un poco y devolverle a las piernas el perdido vigor. Desde ese

día, marchando ora hacia adelante, ora hacia atrás, se pasaba muchas horas, con la idea de corregir la posición, tanto en la guardia como en el a fondo, y adquirir la ligereza necesaria para ejecutar sus golpes favoritos, que eran complicados y siempre marchando. Cuando sentía adormecidas las piernas, trabajaba un rato la mano, tirando unos cuantos *coupés* y contestaciones, e iba a acostarse en el sofá, donde a poco se dormía, para soñar que jugaba a la secuencia con sus viejos camaradas, y que como antaño volvía a sonreirle la felicidad.

Una mañana, muy temprano, salió de la casa sin hacer ruido. Tres señores lo esperaban a la puerta. Subieron todos en un coche, y después de media hora de marcha se detuvieron en una quinta del Paso del Molino. Ribero ya estaba allí con sus testigos: dos camaradas de la infancia. Los saludó a los tres Rafael con una leve inclinación de cabeza, y deseando visiblemente parecer sereno, se puso a azotar con el bastón el robusto tronco de una acacia. Vio que las hojas secas rodaban por el suelo, y que los árboles empezaban a cubrirse de nuevo verdor con las caricias de la risueña primavera, y como todo ésto le produjo interés placentero, apartóle por un momento de la mente el enojoso asunto que iba a ventilar allí.

Después de saludarse cortésmente, los testigos se acercaron para medir las espadas de triangulares hojas, y entonces Ribero empezó a pasearse a lo largo de una calle de casuarinas, con las manos puestas atrás y la cabeza gacha. A los pocos minutos se despojaba tranquilamente de la americana y el chaleco.

Al caer en guardia se dijo Rafael, admirado de la correcta e imponente posición de su contrincante: "Tira más que yo", y se puso un poco pálido. Ribero

estaba tranquilo y grave, como quien cumple un deber doloroso; las ventanillas de la nariz, dilatadas nerviosamente, prestábanle a su rostro el fiero aspecto de un ave de rapiña. Hizo unos cuantos pases, tomó la contra de cuarta, y recogiéndose en las piernas esperó el ataque de Rafael.

"Tira más que yo, — seguía pensando éste, — y me espera: ¿qué debo hacer? ¡qué guardia tan impertinente! ¿le engañaré la contra? ¡quién sabe si me dan las piernas, y si para, y si contesta!..." — y se tiró a fondo con un poco de indecisión, repitiendo luego el ataque con un *pase.* Ribero paró ambos golpes a pie firme y sin contestar, lo cual animó a Rafael a emprender otro ataque más fuerte y decisivo. "¡Ah, ah! no ataca, ni contesta; bueno, bueno", — y preparando un ataque con muchos cambios y *batimentos,* ejecutó marchando su golpe favorito: *una dos, una dos.* Tuvo tanta *autoridad* la parada en sexta de Ribero, que el arma de su adversario quedó completamente desviada, y la punta de la de aquél, que volvió la mano uñas afuera como para contestar, frente a su pecho. "Soy perdido", — se dijo Rafael, tratando de volver a la guardia, pero con la seguridad de que Ribero lo heriría antes de lograrlo; pero éste dio un paso atrás, y tomando la contra de *tercera* esperó de nuevo. Y ya Rafael no fue dueño de sí, y empezó a atacar descompuesto y receloso; se quedaba corto en los golpes, abría demasiado las fintas, y visiblemente lo preocupaba el *arresto,* la punta de la espada que Ribero le ponía siempre delante de los ojos, sin duda para quitarle la energía y confianza tan necesarias en esgrima. Hubo un descanso, luego otro, después otro. Cuando los padrinos empezaban a mirarse, como pre-

guntándose qué quería decir aquello, la espada de Rafael alcanzó en el brazo a Ribero.

No era motivo suficiente para dar por terminado el lance, pero los testigos de Rafael, comprendiendo quizá que si el duelo proseguía su ahijado corría grave riesgo de salir menos airoso aún, alegaron mil argumentos y sutiles razones para que la cosa terminase allí. Ribero estaba casi inutilizado, se habían batido durante media hora, demostrando ambos cumplidamente su valor, ¿por qué, pues, seguir adelante?

Cuando le comunicaron a Ribero la propuesta de los testigos de su adversario, se encogió de hombros, y sonriendo desdeñosamente dijo:

—Bueno.

Interiormente se sentía Rafael humillado, pero como a los ojos de todo el mundo había cumplido como un *hombre*, haciendo todo lo que puede hacer un marido en su caso, y se elogiaba su conducta y valor, y la opinión le era propicia, dejó de turbarle la conciencia aquel sentimiento, hasta quedarle sólo una débil duda del poco airoso papel que jugara en el duelo. Todavía por espacio de algunos meses se estuvo en su casa, por el qué dirán y sólo por el qué dirán, pues ganas de sobra le retozaban en el cuerpo de corretear por las calles, mostrarse a las gentes, y respirar la querida atmósfera del club y del Barril, ¡ah! pero el buen parecer exigía que permaneciese encerrado, aburriéndose frente a una docena de novelas francesas, que no se animaba a abrir, o dormitando en el muelle sofá.

Lavada la honra, y tranquilizado por las demostraciones de cariño y consideración que le seguían dispensando amigos y conocidos, recobró sus hábitos de elegante, las maneras de hombre de mundo, y las

costumbres de buen muchacho que antes tenía; ocupóse nuevamente del descuidado bigote, de trajearse a la moda, y concurrió al Barril, donde fue recibido con los brazos abiertos, y en resumen, empezó a ser lo que había sido, y a sentirse tan dichoso como en los verdes años. La falta de su mujer se iba alejando del cielo de su plácida vida como oscura nube que barre el viento. Pensaba en ella de tarde en tarde, sintiendo herido, no su corazón, pues nunca la había amado entrañablemente, sino su amor propio, su vanidad de hombre; pero suavizaba esta oculta pena, el haber recobrado la perdida libertad. Se encontraba como el pez en el agua; no lo afligían deberes ni cuidados de ninguna clase, ni tenía que ajustar su conducta a otro gusto que al suyo; prolongaba la partida de dados hasta las ocho, comía en su casa o en el hotel cuando y a la hora que le cuadrase, y era, en fin, dueño y señor de su persona. Si en su mano hubiese tenido el poder de cambiar los sucesos, no hubiera borrado lo ocurrido; apurada la copa de hiel de la infidelidad conyugal, y pasado el duro trance del duelo, prefería allá, en el fondo de su alma, verse abandonado y libre, que no querido y preso, como el pájaro la viudez del monte a la dulce compañera de la jaula.

## XXII

Pasaron los días y los meses, y todo tornó a seguir el curso ordinario en la casa de don Pascual. Muy poco se hablaba allí de Beba, y ahora no por intento expreso, sino porque realmente se iban olvidando de ella. Sólo Ramoncito seguía recordándola, y a hurto de los Benavente le escribía larguísimas cartas. A la vuelta de la buena estación, después de un invierno muy crudo, y de la salida de una bronquitis, que lo había tenido en cama veinte días, se propuso, así que obtuvo permiso para veranear un mes en la estancia de Quiñones, visitar a Beba, aun cuando se expusiese a tener un disgusto con sus suegros, y así se lo participó a aquélla en su última carta. La noche antes de partir, cuando doña Pepa entró en la habitación de Ramoncito para despedirse, se dijo éste: "Viene a recomendarme que no ponga los pies allí; se lo prometeré, y luego..." y tan firmemente esperaba oir tal prohibición, que no pudo menos de quedarse con la boca abierta al escuchar de los mismísimos labios de su suegra lo siguiente:

—La estancia de Quiñones está cerca del Embrión; antes de venirte puedes ir hasta allí...

—¡Que yo vaya al Embrión! pero...

—Sí, hombre, sí; aunque eres de la familia, puedes hacerlo, sobre todo alegando un buen pretexto.

Ramoncito, sin atreverse a creer lo que oía, repuso:

—Usted quiere chancearse conmigo.

—No seas testarudo, te hablo formalmente; ¿y, por qué te parece extraño que quiera tener noticias

de Beba? A pesar de su falta, de su locura, la quiero, y deseo averiguar cuál es su suerte. Con cualquier excusa llegas allí, ella te recibirá con los brazos abiertos, estoy segura, y como quien no quiere la cosa te enteras de su vida. Te supongo tacto suficiente para hacerlo sin suscitar sospechas.

—Bueno, iré, por complacerla; pero...

—¿Y tú no te complacerás? — le respondió doña Pepa con retintín.

—Pero si don Pascual lo sabe, — siguió diciendo Ramoncito sin darse por entendido de la maliciosa interrupción de doña Pepa, — yo seré quien pague el pato: como si lo viera.

—Si sabes hacer las cosas nadie se enterará, y en todo caso yo sabría disculparte. ¡Ah! te recomiendo que no dejes traslucir mi deseo ni a Mariquita, ni a la misma Beba: sé cauto. ¿Necesitas plata?

Ramoncito hizo un gesto que decía en elocuente, aunque mudo lenguaje: "eso no se pregunta", y doña Pepa salió, volviendo a poco con algunos billetes de banco.

—¡Qué te diviertas y vuelvas gordo! — dijo por último, y poniéndole la frente para que Ramoncito se la besara, salió de la alcoba.

Al otro día de llegar a la estancia de Quiñones, Ramoncito ardiendo en deseos de ver a Ribero y a Beba, aprovechó la coyuntura de la ausencia del coronel para hacer una escapada al Embrión. En cuanto al pretexto, pensaba dar las muchas ganas que tenía de encontrarse de nuevo entre ellos.

Beba, al verlo apearse del caballo y dirigirse a ella, le salió al encuentro sonriendo.

—¡Qué alegrón: no sabes cuánto te agradezco esta visita! La carta donde me anunciabas que vendrías la

recibí anteayer, y desde entonces no he hecho otra cosa que pensar en tu llegada. Por supuesto, allá nadie conocería tus intenciones de visitarme.

—Pásmate: doña Pepa misma me recomendó que te visitara; — y luego se dijo para sí, un poco mohino de haber dicho lo que no debía: "Si más me lo recomienda, más pronto la suelto".

—¡Qué doña Pepa! siempre tan curiosa... ¿y tu familia?

Al hacer Beba esta pregunta se ruborizó.

—Todos bien... Rafael en viaje para Europa.

Y como Beba le dirigiese una mirada interrogativa, continuó:

—Va agregado a la Legación Uruguaya en París.

El verdadero objeto de su viaje era el cambio de vida, prescripción hecha por el discreto Benavente. Rafael, sirviéndose del pretexto de su desgracia para satisfacer los hábitos adquiridos en el Barril, iba entregándose a la bebida, sin gran escándalo de la benévola sociedad; "es tan desgraciado", — solían exclamar las gentes, — pero sí de don Pascual y su esposa, que se creían ofendidos y denigrados por aquel feo vicio del heredero de su nombre.

—Dios me perdone el mal que le hice, — dijo Beba, colocando debajo de la glorieta una silla enfrente de la que ocupó Ramoncito; — por no habérselo hecho daría gustosa la mitad de mi vida; ¡qué mala debo parecer a todos... pero hablemos de tí, — añadió pasándose la mano por la despejada frente: — ¿qué es de tu vida? ¿te sonríe la esquiva fortuna? ¡No sabes con cuánta alegría recibo tus cartas, y cuánto te agradezco que me escribas largo!

—No tienes que agradecerme nada, pues en eso quien sale realmente ganancioso soy yo; lo hago por-

que, si vieras, me alivia mucho el escribirte; es un desahogo que yo no conocía; cuando tengo algún entripado me acuerdo de ti, tomo la pluma, escribo, y santo remedio: en seguida me siento bien... hasta otro. Si no existieras tú, no sé qué sería de mí en ciertos casos; allá no encuentro a nadie con quien franquearme, y yo hace tiempo que experimento la necesidad de abrirme un poco.

Dióle fuego a un habano con la fruición de un novel fumador, y se puso a echar humo con gracioso desparpajo. Beba lo contemplaba sonriendo. Al observarlo dijo él:

—Sí, a veces caen estas brevas, pero a cambio de ellas... ¿Qué te hable de mi vida? Bien sabes tú lo que es mi vida entre los Benavente; en aquella maldita casa el manantial de mi juventud no brota, se derrama por dentro, y ésa es mi amargura: verme marchito a los veinte y cinco años; lo que me aflige y apena hasta hacerme llorar, señor, hasta llorar; no te rías.

—En todo eso de vida estéril y temprano agotamiento de que me hablas en tus cartas, me parece Ramoncito que hay mucho de monomanía. Yo sé que tú tienes razones de sobra para quejarte de la vida, pero perdona si te lo digo, exageras, y eso nace de que como no tienes ocupación en que atarearte, ni con qué entretener el rebullicio de la sangre juvenil, cavilas demasiado sobre todo lo que te pasa, y cavilando piensas lo peor. El cavilar es malo, créeme, por experiencia te lo digo; tu gran remedio sería una tarea diaria que te hiciera caer en la cama rendido de cansancio.

—Una tarea, dices: ¿y para qué tarea sirvo yo ahora, después de haber vivido cuatro años entre don

Pascual y los suyos, que me han quitado los ánimos y vuelos para todo? ¡Monomanía! ¡ah, no! ¿es acaso manomanía creerse agotado, cuando grandes y chicos se lo dan a entender a uno con sonrisas de burlona conmiseración, que dicen: "este infeliz ha dado todo lo que tenía que dar, y no será más de lo que es"; cuando no hay perro ni gato que al saludarme no me escupa al rostro con un gesto protector o desdeñosa sonrisa: "¿eres un insignificante?" Escúchame Beba: yo no soy ningún águila, pero no se me ocultan algunas cosas; sé leer lo que me hace falta en los ademanes y gestos de los demás, y ¡son tan elocuentes los detalles pequeñitos! Escucha una de esas pequeñeces que para mí significa tanto: El otro día, por solazarme, por puro placer estético, sin propósito ninguno, — ¿qué propósito había de tener yo? — seguí a una muchacha de gentil palmito y rostro de expresión graciosa y pura, un lindo rostro sonrosado, fresco y alegre, que respiraba juventud. La seguí admirándola con toda el alma y con oculta pena, como a un objeto querido que no puede ser nuestro, y sin que en mi admiración, puramente artística, ninguna idea torpe me pasara por la mente. La falda en forma de campana dibujaba la mórbida cadera y hacía resaltar el flexible talle; el sombrerito era muy gracioso, y lo mismo la bata de amplísimas mangas y breve escote, que permitía ver un poquito de la tersa espalda y todo el cuello, cuya blancura hacían resaltar algunos juguetones rizos, negros como el azabache", y entonó: — "*Una vergine, un angel di Dio*... ¡qué lozana! ¡qué juvenil!... y pensar que no puede ser mía, — me dije, — ¿y por qué, qué ha sucedido?" — y entonces, ¡oh dolor! pasaron por mis ojos, para arrancarme de mi dulce éxtasis, la imagen de mi mujer, de doña

Pepa, de Benavente... Te aseguro que tuve lástima de mí, y envidia de los mortales que no han sido uncidos al yugo del matrimonio, que conservan incólume el derecho de amar sin avergonzarse de ello; en tales momentos me hubiera cambiado por la más insignificante y miserable criatura, con tal de adquirir el derecho de amarla sin sonrojos, aunque no me correspondiera, sólo para tranquilidad mía. Cuando desapareció en el portal de su domicilio, me volví a mi casa muy triste y presa de un aplanamiento igual al que padezco siempre a la salida del teatro, después de oir un drama conmovedor. Soñé con ella, al otro día la volví a seguir, y así otras veces; pero no paró aquí mi aventura. Un domingo que iba a Colón como casi todos, y en el mismo momento de oir la campana de aviso, me veo entrar a mi gacela. No me reconoció, y como el asiento que yo tenía enfrente estaba desocupado, sentóse en él. Le coloqué en la percha la canastita y la sombrilla que llevaba, y con tal motivo entramos en conversación. ¡Cómo me miraba y cómo se sonreía! pero verás: sin querer, dejé traslucir que era casado, y entonces hizo un gesto, que nunca olvidaré, y apartándose suavemente de mí, exclamó:

"¡Ah es usted casado!" — ¡Dios de bondad, qué efecto me hicieron sus palabras! No he sentido mayor vergüenza en mi vida, ni nunca me tendré por tan despreciable como en aquel momento me tuve. Aquel sincero ¡ah! de conmiseración, salido de su boca bella, de aquella misma boca que yo sin saberlo anhelaba que pronunciase para mí frases de amor, me llenó el alma de desconsuelo y tristeza. A los pocos días la encontré por la calle, pero no me miró: era casado, ¡ah!...

Beba se rió de muy buena gana de la cómica amargura de Ramoncito, y él, al cabo de un rato, sin ofenderse por ello, continuó:

—Sí, ríete, ríete; tú eres mujer y no entiendes eso: se necesita ser hombre y comprender — por la frialdad con que de nosotros se apartan las hermosas, — que no nos tienen por tales, que para ellas no lo somos ya, para aquilatar mi dolor; el que no se siente en ese caso triste y avergonzado de sí mismo, no tiene corazón, ni ha tenido juventud, ni sangre, ni nada. De mí, sé decir que el ¡ah! de mi cándida paloma, que yo interpretaba así: "¡Qué lástima! ya no me sirve usted, todo ha concluido entre los dos", me humilló cruelmente. ¡No servirle yo! ¡ay! me consideré tan despreciado como debe de serlo el vil eunuco por la orgullosa favorita del sultán. Y no la volví a ver.

Y como este detalle cuántos otros, ¡ah, ah! la cosa no tiene remedio: de la fruta sólo queda el carozo, ¡y pensar que tuvo sabrosa carne!... Pero soy un aturdido: desde que he llegado no he hecho otra cosa que hablar de mí. ¿Y tú qué me dices? en tus cartas te muestras muy reservada... no, no me abres el pecho como yo a tí.

—Pues qué te había de decir: ¡es tan simple nuestra vida! Sí, soy dichosa... (al decir esto le pareció a Ramoncito que el rostro de Beba se oscurecía)... todo lo dichosa que se puede ser acá abajo. Nunca faltan contrariedades, Ramoncito; los negocios no marchan del todo bien.

Entonces supo por boca de su amiga, que para seguir desenvolviendo los vastos proyectos de Ribero, les había sido forzoso hipotecar el resto del campo y contraer además algunas deudas, pues como el valor de las propiedades había bajado notablemente, ape-

nas si pudieron conseguir por todo el campo sobre hipoteca lo que antes obtuvieron por la tercera parte. Los gastos eran muchos: una reforma implicaba otras, y éstas una serie de desembolsos inesperados; por añadidura luchaban contra toda suerte de dificultades materiales, y contra el mal estado de los negocios, poco precio de los ganados, y pestes y flagelos. A causa de estas contrariedades, las rentas del establecimiento eran muy inferiores a lo que se esperaba, y, naturalmente, las deudas iban creciendo sin que ellos pudiesen impedirlo. Habían llegado a un punto en que les era imposible detenerse, y seguir adelante parecía temeridad y locura, pero era forzoso seguir. Al llegar aquí, le refirió que habían aparecido en las nuevas producciones, pestes y enfermedades desconocidas, que hacían dudar a Ribero de la bondad de su sistema de crianza, y caer en grandes desalientos.

—Su vida no es vida, — agregó, — siempre agitado por alguna nueva duda o preocupación, ni come ni descansa; todo el día anda de aquí para allá, en continuo trajín, como si quisiera infundirle su aliento a todo lo que lo rodea y hacer andar las cosas tan a prisa como sus deseos. Monta a caballo a las cuatro de la mañana, y ya no se apea hasta las siete de la noche. Yo estoy con el alma en un hilo siempre, esperando que caiga enfermo de un momento a otro.

Cuando le pregunté por los antiguos empleados de la estancia, volvióse a nublar el rostro de Beba, y Ramoncito con gran sorpresa le oyó decir que ya no estaban en el establecimiento.

"Algo grave ha pasado aquí: ¡pobre Beba! me sospecho que no es dichosa", — se dijo Ramoncito, mirándola atentamente.

Un momento después llegaba Ribero. Al verlo, Ra-

moncito recibió una impresión desagradable: había enflaquecido, llevaba la barba descuidada, y sus facciones aparecían más angulosas y duras. Beba le salió al encuentro, y él, cogiéndola de ambas manos, la besó en la frente. Cuando divisó a Ramoncito hizo un ademán de sorpresa, y al reconocerlo, la sonrisa que antes le hacía simpático el rostro, le retozó en los labios. Recién entonces creyó Ramoncito que verdaderamente era Ribero el que tenía ante los ojos.

Después de saludarse y cambiar algunas palabras, como si contestara a alguna muda interrogación de Beba, dijo Ribero, con el tono natural de quien se desahoga:

—Nos sigue persiguiendo la mala suerte; los potreros se quedan sin agua, y los ganados, andando de un lado a otro, no engordan, ni miras; sobre todo los novillos permanecen tan flacos como al principio de invierno. No sé si el destete temprano a que nos obliga nuestra forma de criar, ha podido influir en eso; pero lo cierto es que sin carnes se han criado y sin carnes están. ¡Y yo que pensaba vender a principio de primavera para *agarrar* los buenos precios! no hay que pensar en eso: sólo podemos contar ahora con la lana y la venta de potros, y a estos mismos ¡quién sabe si logramos darles salida! Según noticias, casi todos los particulares han rematado por una bicoca sus coches y yuntas. Eso es lo que me hacía falta, que no hubiera interesados.

Y pasando de un asunto a otro, empezó a referirle a Ramoncito los muchos contratiempos que habían tenido. Le habló de la seca, de las pestes que diezmaron los rodeos, y sobre todo de la enconada lucha que sostenía contra los viejos ganaderos y el mismo personal de la estancia.

—Cada reforma es objeto entre los vecinos de mil hablillas y comentarios, y es una batalla que tengo que librar con los de casa; nadie me ayuda, nadie me secunda: yo tengo que hacerlo todo, encontrándome siempre y por todas partes con una resistencia sorda, paciente, pero tenaz. Ya estoy hasta los pelos; preferiría domesticar tigres. Y lo malo es que esa terca desconfianza no deja de sugerirme algunas dudas: el macarronismo suele triunfar aunque por inesperadas razones y caminos ocultos. ¿Quién iba a figurarse que la mayoría de las vacas, estando en buen estado, no concebirían hasta después de criar sus respectivos terneros? Nadie; pues así sucede, y ése es el mayor golpe asestado a mi plan de cría, porque sin la cubrición en un reducido tiempo, ¿cómo logro los nacimientos en una y determinada época? y sin esto ¿cómo practico en un momento dado la señalación, el destete y otros trabajos que hacen falta para evitar el desorden, la confusión de orígenes?... Todo caería por su base, y ahí está por dónde los rutinarios, los Sanchos se salen con la suya: es mejor criar a la bartola.

Ramoncito escuchaba a Ribero admirado de verlo tan locuaz, y era que ahora que éste dudaba de sí mismo, sentía con mayor vehemencia que nunca la necesidad de convencer a todo el mundo, para confortar su desmayada esperanza con la opinión de los otros. También notó que se excitaba hablando, y que sus razonamientos eran menos sesudos y precisos.

Por la tarde lo vio increpar duramente a algunos peones sin causa para ello, y sorprendió la expresión triste con que lo observaba Beba. Reflexionando sobre todo esto, "no deben ser felices", — se dijo de regreso a la estancia del coronel.

# XXIII

Cuando perdieron de vista a Ramoncito, dijo Ribero entrando en el estudio:

—Tengo que participarte otra mala nueva: nuestro antiguo mayordomo, don Ciriaco, pide el dinero que tenía en mi poder, y lo mismo su hermana. Esos son como todos: dudan de mí, y créeme, por que triunfen sus ideas, por salirse con la suya se alegrarían que a todo lo mío se lo llevara el diablo. ¡Qué pobre cosa es el cariño de estas gentes!

—¡También él! —exclamó Beba con desaliento. — ¡Quién lo hubiera creído!

—Sí, ahora te convencerás de que su partida de la estancia obedecía a alguna causa que no quiso manifestarme, y que el haber salido con él algunos otros empleados no fue casual coincidencia... ¿Y sabes cómo me pide el dinero? pues con el mayor apuro; si me guardase buena amistad no haría eso, conociendo, como conoce, el estado de mis negocios. Acariciará sin duda la pequeñez de demostrarme que la confianza, el crédito lo inspiraba él y no yo; que su alejamiento me acarreará gran perjuicio: ¡infeliz!... Yo le demostraré a ése, y a los otros, y a los de más allá que no necesito de ellos para nada, que de lo único que me han servido es de estorbo. — Y exaltándose, empezó a echar sapos y culebras contra el viejo mayordomo y las gentes del campo.

—¿Y ahora qué piensas hacer? — le interrumpió Beba al cabo de un rato.

—¿Qué pienso hacer? pues pagarles el mismo día que expire el plazo de la deuda. Aunque tenga que vender los potros a un precio vil, no les daré el gustazo de pedirles prórroga, de demostrarles que tengo necesidad de sus pesos, ¡ah no! Felizmente los potros están gordos, y aunque domados se venderían mejor, espero que así y todo saldremos de ellos con relativa facilidad y a buen precio.

Estuvo paseándose algunos minutos, y luego dijo:

—¿Y la familia? tú no has observado eso: antes venían casi todos los domingos, y desde un año a esta parte apenas si han puesto los pies aquí. Eso es muy significativo, — y dejóse caer en una silla, apoyando luego la cabeza en la palma de la mano.

Beba, al verlo así, se acercó a él y pasándole el brazo alrededor del cuello, le dijo, adivinando lo que pasaba por su alma:

—Si tú te empeñas, lograrás que seamos infelices.

Pero él no le respondió nada, y siguió tan taciturno como antes.

La idea de que las gentes reprobaban su conducta le producía sordas irritaciones y toda suerte de escrúpulos y mortificantes dudas, que no eran bastante poderosos a desvanecer los bien hilados discursos con que procuraba demostrarse a sí mismo que Beba tenía razón cuando le aseguraba que no podía haber mal en tanto amor, en cariño tan sincero. Por pensar así — ¡ah, y cuánto la envidiaba él! — no sentía ella el come-come de analizar y sofocar remordimientos de conciencia; tenía la firmísima, aunque confusa certeza, no convicción, de que pertenecerle a Ribero era cumplir su verdadero destino, que no podía ser de otro modo, y por eso estaba tranquila y con tan serena altivez despreciaba las acerbas críticas de que

era objeto. "Es inútil que me diga lo que me diga, — pensaba sin embargo a veces, como respondiendo a una voz interior que la recriminase, — todo lo sé; sé que juzgando las cosas por el orden vulgar y corriente mi falta es de las que no tienen disculpa, que merezco el desprecio de todo el mundo... bueno, pero sé también que la equivocación de una criatura, que al jurar lo que no sabe se engaña a sí misma, no debe pagarse con la desgracia de toda la vida, que he sufrido mucho, y que cuando el corazón manda nadie resiste", y concluía con lo que siempre acallaba cualquiera turbación de conciencia: "Que la que haya amado como yo me tire la primera piedra".

Pero Ribero no podía pensar con la misma entereza; interiormente se consideraba culpable, y el descontento de sí mismo era para él fuente de tenebrosas ideas y dolores que emponzoñaban sus pensamientos amorosos. A lo mejor, en medio de las más tiernas caricias, lo asaltaba el recuerdo de la última entrevista de Rafael con Beba, y palideciendo apartábase de su sobrina. Esta, toda angustiada, iba a sentarse en un rincón, desde el cual derramando silenciosas lágrimas, lo observaba atentamente. "¡Ah, su mal es como la grangrena, va pudriendo su cuerpo poco a poco, y cuando llegue al corazón!..." — solía pensar. Un día en que estaba sumamente excitado llegó a decirle él:

"Las mujeres tienen la culpa de todo; si tú no te hubieras casado..." y como Beba se echase a llorar por aquella cruel reconvención, él, arrepentido, acercóse a ella, y entre besos y caricias le rogó:

"Perdóname, no me hagas caso: estoy loco; ¡yo vacilar y ser el débil cuando tú me estás demostrando

lo que debo hacer! Soy un imbécil, indigno de besar la tierra que tú pisas, pero no volverá a sucederme, te lo juro; tus lágrimas me han hecho volver en mí: dime que me perdonas."

Durante algunas semanas pareció otro, pero los contratiempos y dificultades que entorpecían sus asuntos, volvieron a exacerbarlo. Desde que comprendió que no podía reprimirse, huía de Beba por no martirizarla, y montándose a caballo galopaba y galopaba sin dirección fija, bebiendo a bocanadas el aire, que al azotarle las revueltas melenas parecía barrerle las ideas y despejarle la cabeza de dudas y de sombras.

A las pocas visitas que hizo Ramoncito al Embrión pudo convencerse de que Ribero y Beba, a pesar de quererse mucho, no eran dichosos; pero de su verdadero estado no se dio exacta cuenta hasta la tarde, en que precisamente fue a despedirse de ellos para regresar a la ciudad. Ribero estaba más alegre y hablador que de costumbre. Había dado orden de que trajeran los potros al corral para darles un *manoseo,* formar las yuntas, y prepararlas para la venta, y ésto lo hacía gozar anticipadamente de la satisfacción que iba a tener contemplando su obra, el resultado de sus estudios.

—Hace dos meses, estaban muy gordos, — le dijo a Ramoncito; — ahora con la primavera deben de haber soltado el pelo, y seguramente parecerán más lindos aún. Estoy deseando venderlos para pagarles a estas gentes con su producto, con el producto de la cría de caballos de raza; negocio en el cual ellos me pronosticaron ruina completa, y ahora resulta que los potros son los que me van a sacar de apuros. Si les hubiera prestado oídos, ¡cuántos disparates no habría hecho!

Y como viesen a Beba paseándose enfrente de los boxes de los sementales, se dirigieron hacia allá. Ribero se detuvo junto a Germinal, que sacaba la inteligente y enérgica cabeza por el ventanillo.

—Ahí lo tienen: es una verdadera obra de arte; esa talla y hermosa forma no son producto de la naturaleza, sino del cálculo en los apareamientos de sus antecesores, de una apropiada alimentación, y mil prolijos cuidados; esas articulaciones reforzadas y secas, en las que se distinguen las apófisis de los huesos al través de la piel, no están ahí porque sí: mi trabajo me cuestan. ¿Y qué me dicen ustedes de los tendones tan resaltantes y soberbios músculos? pues todo eso ha habido que amasarlo, es obra mía.

Y le hizo a Ramoncito, con grande riqueza de detalles, una curiosa biografía de Germinal.

—Me extraña que no hayan llegado los potros ya, — dijo después, y divisando a lo lejos una nube de polvo, agregó: — pero allá vienen; me alegro de que los vea antes de irse.

Como esperaba que llegasen corriendo y retozando, lo sorprendió mucho verlos entrar en el corral al trote y con las cabezas gachas. "¡Qué les pasa, Dios mío!" preguntóse Beba angustiadísima.

Cuando Ribero entró en el corral, pudo ver que los potros estaban mucho más flacos que en el invierno, y que la mayor parte tenían un bulto en la quijada.

Palideció, y acercándose a los conductores, estuvo conferenciando con ellos un buen rato.

Ramoncito y Beba lo veían agitar los brazos y discutir acaloradamente.

—¿Sabes lo que pasa? pues que hace dos meses que los potros están enfermos, y que sabiéndolo don

Ciriaco no me ha dicho jota. Dicen que aseguraba que yo lo sabía porque la última vez que los vi ya estaban enfermos. Y no han intentado nada, absolutamente nada para detener el curso de la enfermedad; serían capaces de verlos morir uno a uno sin pestañear: ¡qué cuajo! no les importa un comino de lo que a uno tanto le interesa; debían andar todos en cuatro patas. Por desgracia, aunque yo lo hubiese sabido antes, no habría podido hacer cosa de provecho. ¡ah! todo se vuelve contra nosotros... Eso no es la *mancha:* es una enfermedad incurable; los descendientes de un hijo de Príncipe la tenían, y nosotros al haber hecho apareamiento entre hermanos, hemos favorecido la potencia hereditaria y con ella el desarrollo del mal: ¿vas entendiendo? Nos herimos con nuestras propias armas; no hay que ponerlo en duda: estamos dejados de la mano de Dios.

Y jadeante, con la garganta seca, ahogándose de despecho, siguió maldiciendo de su suerte, mientras a paso rápido se alejaba de los corrales. Frente al box de Germinal se detuvo, y abriendo la puerta contempló al noble bruto. Los elogios que de él le había hecho momentos antes a Ramoncito acudieron a su memoria y lo exasperaron.

—¡Tú también contra mí, tú también me engañas! verás cómo yo te arreglo — articuló apretando los dientes, y lívido de ira, sin que Ramoncito ni Beba pudieran evitarlo, sacó la filosa daga hundiéndola hasta el mango de un golpe en el pecho de Germinal. Luego, con los ojos desmesuradamente abiertos, espantado de su propia acción, dio dos pasos atrás, al tiempo que el caballo relinchando de terror atropellaba la puerta y huía al campo, trotando con la agilidad y gallardía en él naturales, como si no fuera

herido de muerte. Olía el caño de caliente sangre que le brotaba de la herida, y bufando apretaba el paso. Ribero, medio loco, corría tras de la pobre bestia. Aquella escena no duró mucho. Germinal se detuvo de pronto como si le faltasen las fuerzas y empezó a oscilar sobre sus patas: las manos se le doblaban, un fuerte temblor le estremecía toda la piel, y la respiración hacíase difícil y fatigosa; un ronquido angustioso le salía de la garganta cuando aspiraba el aire. Mientras luchaba con la muerte, Ribero sin razonar, todo afanoso intentaba detenerle la sangre, tapándole la ancha herida, ya con el pañuelo, ya con sus propias manos, y ocupado estaba en tan pueril intento, cuando Germinal rodó por tierra, estiró el cuello, agitó un momento las patas, y abriendo la boca expiró.

Ribero hizo un movimiento para buscar de nuevo en la cintura el arma que ya no tenía, y Beba adivinando su intención, gritóle, agarrándole los brazos: — ¡ Gustavo, por Dios, qué vas a hacer!

El se desprendió de ella, y alejándose con paso vacilante hacia el estudio:

—Te lo he dicho: ¡todo lo nuestro está maldito! — exclamó.

Prestóle Ramoncito su apoyo a Beba, que apenas podía sostenerse, y caminando muy despacio llegaron a la glorieta.

—Ya lo ves, para qué mentir: que todo el mundo lo sepa y la vergüenza caiga sobre nosotros. Voy a contestar a la muda interrogación que me haces todos los días: pues bien, no, no somos felices.

Ramoncito, profundamente impresionado, no se atrevía a objetarle nada. Ella prosiguió:

—¡Pobre Gustavo! conozco su mal, nuestro mal; hemos ido contra la corriente y la corriente nos ahoga... La escena de hoy es un detalle del cáncer que lo consume: eso de creer que todo lo nuestro está maldito, es la manifestación de su estado de ánimo. Yo sufro por él; la muerte de Germinal acabará de ulcerarlo.

El joven, por fin, se animó a prodigarle algunas palabras de consuelo, que ella escuchó con triste y a la par que incrédula sonrisa, y que a él le parecieron muy torpes, luego de haberlas pronunciado. "Yo no sirvo para estas cosas", se dijo, y tendiéndole la mano, ya dispuesto a partir, añadió fuerte, con lágrimas en los ojos:

—¡Adiós, Beba! cree que me apena mucho verte así, y que daría diez años de mi vida por devolverte la dicha que la fatalidad te roba.

—Ya lo sé, ya lo sé, y te lo agradezco; pero no te ocupes de mí y trata de sortear lo *tuyo*, porque tú también, pobre Ramoncito, tienes bastante.

"Es verdad", — pensó él estrechándole la mano nuevamente.

De Ribero no pudo despedirse porque permanecía encerrado.

## XXIV

Una mañana de agosto muy lluviosa, Ramoncito metido en un largo impermeable se apeó del tren en la plaza de la Libertad, avanzando luego a zancadas por la calle Ibicuy. A poco metióse en un portal, y subiendo de cuatro en cuatro los tramos de la escalera se internó por los corredores silbando alegremente.

—La señora está concluyendo de vestirse — advirtióle en el patiecito del fondo la sirvienta. Volvió grupas Ramoncito, y al entrar en la sala oyó una voz de mujer que le decía:

—Espérame un minuto. ¿Cómo te has animado a venir con este día de perros?

—Para saber si tenías noticias del Colling americano. Hace tres semanas que salió de aquí y debe de haber llegado.

—Recibí telegrama.

—Ves... lo presentía. ¿Y qué tal?

—Que está muy bien y que ha tenido un feliz viaje.

—¿Y nada más?

—Nada.

Y abriéndose la puerta apareció Beba. Hacía cerca de tres meses que estaba en Montevideo. Una tarde, al pasar Ramoncito por la botica del Globo, donde Beba por precaución le dirigía la correspondencia, le entregó el dependiente una carta en la cual aquélla le rogaba que comprase algunos muebles para concluir de hacer habitable la casita que Ribero, con el

objeto de pasar los inviernos en ella, tenía alquilada, y que aún no habían estrenado. "Compra a tu gusto, que nosotros quedaremos satisfechos y agradecidos", — decía la carta al fin.

Fuera del saloncito Luis XV, cuyos muebles eran los únicos que Beba conservaba de su antigua casa, y de un juego de comedor comprado en remate, no había en la nueva otra cosa que las alfombras; y como Beba le anunciaba para dos días después la partida de la estancia, tuvo que pretextar la enfermedad de un amigo para verse libre, correr por tiendas y mueblerías y arreglarlo todo.

Beba estuvo muy expansiva al saludarlo, y él la encontró más risueña que de costumbre y lo mismo a Ribero. Al preguntarles la causa de aquella gratísima sorpresa, le dijo éste, que el objeto de su viaje era dejar a Beba en la ciudad hasta su regreso de Europa, hacia donde partiría en breve con un numeroso cargamento de animales, con cuyo producto pensaba sacar a flote su malparada fortuna. Ya tenía contratados los vapores, pero aún le faltaba ajustar las chatas y botes para el embarque, y estudiar el modo de hacerlo, proveerse de los alimentos necesarios, y que llenar mil formalidades; y como el tiempo urgía, le pidió a Ramoncito su ayuda, con lo cual anduvo éste en continuo movimiento durante tres semanas, y aunque lo hizo de mil amores, no dejaron de producirle fastidio las repetidas visitas a los Consulados, casa de Gobierno, Aduanas y muelles, donde lo sacaron de quicio las informalidades de los boteros y patrones de lanchas. Por eso esperaba con ansiedad el resultado de la empresa de su amigo, en la cual había tomado él parte tan activa.

—¿Y eso cómo va? — dijo sonriendo, indicándole a Beba el montón de ropas de niño que había sobre una silla.

—¡Ya vienes con las bromitas!... pues muy bien, — y principió a mostrarle baberos, pañales y envolturas, todo muy concluido y primoroso.

—Va a estar mi ahijado hecho un duque, — dijo Ramoncito, y se quedó mirándola apaciblemente, mientras ella revolvía entre los dedos un gorro de finísima batista.

Sorprendiólo el embarazo de Beba tanto como el repentino viaje de ésta a Montevideo, pero lo que realmente lo dejó estupefacto fue la felicidad que se traslucía en su rostro. La había dejado tan apenada, que no pudo explicarse en los primeros momentos la alegría con que lo recibiera en la estación. El le preguntaba la causa, y ella ríe que te ríe, y cuanto más se confundía él, más se reía ella, hasta que mirándola detenidamente lo comprendió todo. ¡Y cuánto lo satisfizo la mudanza! Beba volvía a ser la encantada soñadora de siempre. Ya tenía otro y grande objeto a que dedicar su inquieta actividad y el exceso de amor de su apasionada naturaleza, una ilusión que lanzara su fantasía a las regiones ideales. Siempre que Ramoncito iba a verla se la encontraba preparando la canastilla del niño, de aquel niño que sería hermoso y fuerte como un hijo de los dioses, o embebida en la lectura de Froebel, Sheldon, Wickerslan y otros educacionistas, de cuyas obras tenía una completa colección. Desde la partida de Ribero se ocupaba de la costura y en leer cuanto cayera por banda que con la pedagogía se relacionase, y no leía de prisa y corriendo, sino que meditaba sobre las enseñanzas de los libros, hacía comparaciones, y se grababa en el

entendimiento lo que le parecía mejor y más práctico. La "Educación" de Spencer, la repasaba con frecuencia, llenando el margen de las páginas de curiosas anotaciones, y así con otros libros de la misma índole. Habíase propuesto ser una madre modelo, una madre sabia y advertida, que supiera ayudar a la naturaleza y no la entorpeciera en su obra como generalmente acontece, y por eso leía y meditaba tanto. De tarde en tarde levantaba la vista del libro o de la costura, y reclinando la cabeza en el respaldo del sillón soñaba, soñaba... Veía a un tierno angelito — cuya rosada carita de ojillos brillantes como cuentas aparecía entre los encajes y cintas del gorro pegado contra su pecho — agitar de gozo manos y pies, mientras con ansia cómica apuraba con la graciosa boquita el materno licor... luego el angelito se transformaba en robusto infante de rizada cabellera y rostro picaresco, al que ella tenía que entretener haciéndolo cabalgar sobre las rodillas, y éste iba creciendo hasta convertirse en gallardo mancebo, que al subir las escaleras le daba a ella el brazo para que se apoyase... los ojos se le humedecían y tornaba a su tarea sintiendo una emoción muy suave y dulce. Otras veces, con la risueña esperanza de que la suerte le reservaba a su niño un porvenir brillante, hacía mil proyectos para cuando fuese hombre: ya lo quería médico célebre, ya excelso poeta como orador famoso o periodista de fuste, y todo le parecía poco para él.

De mañana muy temprano, para evitar enojosos encuentros, salía de compras o a hacer simplemente un poco de ejercicio; el resto del día se lo pasaba sola en la salita, cuando no venía Ramoncito a darle un rato de conversación. Por él estaba al tanto de lo que en la ciudad digno de mencionarse fuera, y particu-

larmente en casa de sus suegros. Supo que don Pascual se había entregado por completo a la ardua tarea de coleccionar vinos viejos — afición que se le despertó leyendo las memorias de un ilustre personaje inglés, que hacía lo mismo porque no lograba distraerlo otra cosa — y para ello exploraba las bodegas de los hoteles, restoranes y aún de los cafés de cierto viso, e iba haciéndose de unas relaciones muy curiosas. Las últimas noticias de doña Pepa eran que andaba atareadísima con las *kermesses*, rifas y fiestas de beneficencia que organizaba una sociedad de señoras, en cuya comisión directiva tenía ella un importante puesto. Mariquita seguía como antes soñando con tes y recibos, que su esposo comentaba con no escasa chispa, y ocupándose sólo de moños y perendengues; y de Rafael sabía que estaba bueno.

Hablando con su amiga Ramoncito se mostraba tal cual era en el fondo, y entonces sazonaban sus paliques, al parecer insustanciales, las observaciones del crítico mordaz que el sarcasmo de la falsa posición de esposo protegido había poco a poco formado dentro del cándido y manso Ramoncito. Beba se divertía mucho oyéndolo, porque en la singular manera de ver Ramoncito las cosas había mucho de falso y mucho también de verdadero, sobre todo para quien, como ella, lo conociera en su vida íntima, y de este contraste resultaba lo cómico de su charla. Además había cierta oculta afinidad de sentimientos entre ella y él: ambos debían su infelicidad a una equivocación, y esta circunstancia estrechaba el parentesco de su espíritu y hacía mutuamente simpáticos.

La *mucama* entró trayendo en una bandeja el vermouth, el bitter y la soda.

—Hoy tienes que darme de almorzar. — dijo Ramoncito, combinando en una copa grande los tres líquidos. — Aseguré que iba a hacerlo en casa de un amigo y me salí en ayunas; conque si tienes que darme de comer me quedo, sino me largo a un restorán y después vendré.

—¡Ave María, no estoy tan arruinada como para no tener que darte de almorzar! — y tocando el timbre agregó: — ¿A tí no te disgustarían unas ostras frescas, eh?... con franqueza.

—Pch... ya que eres tan amable... pero por mí no te molestes.

—No es molestia... las acompañaremos con *soterne,* ¿no es cierto? es del que tuviste la amabilidad de comprarme, — y salió a dar algunas órdenes, volviendo a los pocos minutos para decirle a Ramoncito que pasase al comedor.

Aunque el almuerzo prometía ser muy alegre, no lograba Ramoncito hacer reir a Beba como otras veces. Mostrábase ésta a ratos distraída, comía poco y con frecuencia se llevaba la mano a la cintura, como si sintiera alguna molestia. A la mitad del almuerzo se puso tan pálida, que Ramoncito notándolo le preguntó:

—¡Qué!... ¿te encuentras mal?

—No, no es nada, — dijo esforzándose por reir, pero a los pocos minutos, exhalando un débil quejido, exclamó muy asustada y nerviosa: — ¡Ramoncito... no sé qué tengo! ¡Ay, Dios mío! ¿habrá llegado la hora?...

Este la miró sorprendido.

—¡La hora!... — articuló por fin.

—Sí... no... no lo sé... pero por si acaso, ve a buscar la partera.

—¿No decías que para el mes que viene recién...?

—Eso creía: me habré equivocado... date prisa y vuelve pronto. ¡Si vieras... tengo un miedo!... —y huyó hacia su alcoba.

Contra lo que se esperaba Beba, el parto no tardó en presentarse. Después que la partera la hubo examinado, le dijo a Ramoncito que la *cosa* se presentaba bien, pero que iría despacio; hízole algunas recomendaciones a la criada, y se fue diciendo que volvería pronto.

El resto de la tarde pasó sin novedad. Por la noche, al despedirse Ramoncito, la encontró poniéndose una bonita cofia.

A la mañana siguiente, al entrar en la casa notó mucha agitación. La criada iba y venía corriendo sin responder a sus preguntas ni hacerle siquiera caso, y en el dormitorio de Beba oíase rumor de voces y sordos quejidos. No se atrevía a entrar en las habitaciones, y se estuvo en el patio dando vueltas como un tonto. Le hizo algunas preguntas al cocinero, pero éste no sabía nada, y cuando ya empezaba a impacientarse, vio venir hacia él a la partera, la cual le dijo atropelladamente:

—La señora ha tenido un niño muerto, un monstruo... sería bueno que usted entrase para tranquilizarla; a nosotros no nos hace caso: está muy irritada.

Y lo fue empujando hasta introducirlo en el dormitorio de Beba, que al verlo vociferó:

—¿Sabes lo que sucede? no quieren mostrarme mi hijo, ¡si serán perras!... diles que me lo traigan, es mío... ya sé que no vive, pero quiero verlo... Si no me lo traen me tiro de la cama y voy yo mismo a buscarlo.

Inútiles fueron las razones que alegaron para disuadirla y los ruegos que le hicieron, y como quisiese cumplir su amenaza, Ramoncito optó por complacerla.

Al ver a su hijo, un monstruo repugnante en cuya horrible cara se confundían los ojos, la boca y la nariz, dio un grito y escondió la cabeza debajo de las almohadas.

## XXV

Cuando en el reloj de la catedral dieron las dos, Beba velaba aún. Con los ojos inmóviles y hundida la mirada en la semi oscuridad de la alcoba, hubiera parecido muerta a no acusar vida el tenue aliento que se escapaba de sus labios y el acompasado subir y bajar de su seno, cuyos contornos no cubría la sábana de hilo finísima. Tan fina, que al través de ella, como al través de un velo, bien se columbraba la morbidez de los muslos, la suave curva del vientre, luego un gracioso hundimiento, la línea del talle, que iba gradualmente engrosando hasta rematar arriba el magnífico busto, y concluir abajo, como en espléndido florecimiento, en la amplia y carnosa cadera.

El rostro, sombreado por las cortinas que interceptaban la luz, aparecía sobre las almohadas como un boceto esfumado solamente, y un pecho, el izquierdo, surgiendo de entre los encajes de la camisa, contrastaba con el tono gris de la habitación, ostentando una nota muy fresca y alegre.

Hacía algunas noches que le era imposible dormir tranquilamente. Después de las dos primeras horas de reposo se lo pasaba entre la vigilia y el sueño, sin que supiera a punto fijo cuándo dormía o cuándo no, mareada por un tole-tole de encontrados pensamientos y continuo divagar; pero esa noche al contrario, tenía todas las potencias despiertas y la cabeza despejadísima, demasiado, pues gracias a tal lucidez apreciaba claramente la triste realidad que le veló

al principio el anonadamiento e inconsciencia en que yacía desde el parto. No quería, no, reflexionar sobre su situación, pero los pensamientos se obstinaban en que sí con irritante terquedad. Hizo todo lo posible para distraerse pensando en sucesos divertidos, y a fin de conciliar el sueño cambió mil veces de postura, e intentó fijar la atención en una cosa negra que no suscitara ideas ni imágenes, pero la *cosa* que no tenía formas la iba tomando hasta que, al principio borrosa y luego distintamente, se le aparecía la partera sosteniendo en los brazos al monstruo de su hijo, a la horrible criatura... "No, no lograré dormir", — acabó por decirse, y entonces fue cuando poniéndose boca arriba, murmuró llamando a sí las ideas que antes quería alejar: "Vamos a ver, de qué se trata". Y recordó lo primero la conversación que con Ramoncito sostuvo por la tarde. Este, al sentarse a los pies de la cama, donde se pasaba dos o tres horas todos los días, preguntóle si había recibido carta de Ribero, y como ella le contestase afirmativamente, añadió:

—¿Y qué tal está?

—Bien, muy bien — respondió ella alargándole la carta, en la cual Ribero le hablaba largamente del extraordinario éxito de la venta de los animales, y mucho también de las cabañas que había visitado; pero en la que, fuera de las obligadas, apenas si le dirigía una frase de cariño.

—Ya lo ves: todo se junta para decirme que no me empeñe en torcer mi destino, que el cuento acabó.

Ramoncito quiso decir algo, pero ella lo detuvo con un ademán.

—Si sé lo que vas a objetarme: que es Gustavo poco amigo de cariñosas demostraciones, que su ca-

rácter, que los negocios... bueno, bueno... pero la carta es muy elocuante: se avergüenza de hablar de su cariño. ¡Ah! el manantial no está agotado, pero está turbio. He sufrido mucho para que pueda pensar de otro modo. Los escrúpulos burgueses, las estúpidas convenciones que apartó con el pie en un arranque de generoso desprecio de todo lo que no fuera su amor, pesan ahora sobre su conciencia honrada y lo ahogan... y tenía que ser así; la corriente tiene razón, por algo buscan las aguas los bajos y no los altos... hemos ido contra ella y vamos al fondo.

Desde los pies de la cama oía Ramoncito las palabras de Beba, preguntándose por qué la suerte era tan esquiva con aquella criatura hermosa, inteligente, bajo todos conceptos amable, y que sin embargo no lograba la felicidad que otras obtenían con menos prendas y sin hacer esfuerzo alguno. Con frecuencia, mientras Beba dormitaba, permanecía él largo tiempo contemplándola y sosteniendo animados monólogos. Sentía por ella grande admiración y un cariño puro, hondo, respetuoso, pero no tanto que le impidiese extasiarse ante su belleza, y sentir la oculta amargura de que ya no pudiera ser para él, que experimentaba delante de todas las hermosas. Y el verla desgraciada encendía su cariño hasta el punto de sentirse capaz de sacrificarse por ella. "Si su dicha dependiese de mi vida, pensaba, la daría con gusto... ¡y qué cosas no hubiese hecho si hubiera sido mi mujer!... Entonces ella no se vería así, poco menos que abandonada por *esos*, que no han sabido apreciar el tesoro que poseían, y yo, ¡ah yo!..." — aquí se interrumpía generalmente, y una sonrisa de felicidad le iluminaba el rostro.

—Ir al fondo, dices; que yo lo pensara es casi natural, porque soy un insignificante, un pobre diablo, cuya vida no tiene objeto, ¡pero tú, Beba, una mujer como tú!...

—Por favor, Ramoncito, no me vengas con consuelos, porque sería muy capaz de forjarme nuevas ilusiones y no quiero, no, no, no. Cada sueño me traería a la postre mil desencantos. ¡Pobre Gustavo! cuando sepa el último golpe, entonces sí que podrá exclamar, y con razón, que todo lo nuestro está maldito.

Ramoncito trató de calmarla sin lograrlo. Al despedirse le dijo ella:

—Ven, si puedes, esta noche; tengo miedo de estar sola.

Pensando en las palabras de su buen amigo, y como para confirmarse de que ella era quien estaba en lo cierto, se incorporó, y agarrando la carta volvió a paleerla. "Sí todo acabó", afirmóse, dándole a estas palabras un sentido y alcance que la hicieron temblar; "todo fue burla y mentira", — y se anegó en llanto.

Desde el alumbramiento le sucedía eso muy a menudo: las lágrimas brotaban de sus ojos como la sangre de la herida abierta. Este estado de ánimo vino después de una profunda melancolía y gran irritabilidad, que hicieron pensar a los médicos en la locura; se negaba a los alimentos; la presencia de los sirvientes y aun del mismo Ramoncito la ponían fuera de sí, y decía mil disparates, pero todo pasó, quedándole solamente aquella tristeza y anonadamiento, cuya causa no era tanto física como moral. De continuo la atormentaba la idea, sugerida por el amargor de sus desengaños y por aquel hijo que parecía haber venido al mundo a echarle en cara su falta, de

que todo lo de *ellos* estaba dejado de la mano de Dios, de que no volvería a ser madre, única cosa que para Ribero legitimaría sus amores, y entonces la preocupación de que éste la olvidara fijábase en su mente con cruel insistencia, haciéndola que lo viese todo de color negro, lúgubre.

Hacía calor. Con un brusco movimiento se destapó de las ropas que la cubrían, y sus miradas perdidas en las sombras se posaron en su cuerpo descubierto. El contemplarse así la hizo recordar los baños de sol por las mañanas, allá en la edad dichosa. A propósito dejaba de noche abiertas las persianas, y al otro día despertábala el sol, cuyos tibios rayos parecían darle vida a su cuerpo. Los sonrosados pezones de sus infantiles pechos se dilataban con aquel calor vivificante; a ella le hacía mucha gracia esto, y transcurrían los minutos y hasta las horas en la curiosa contemplación del fenómeno, las carnes al aire libre y bañada por la luz. Esta visión le trajo a la memoria muchos recuerdos de la niñez: los cuidados de Berta, las correrías por las costas del Cacique, las excursiones con Tito, y dominándolos a todos el cariño hacia su personita y el afán de embellecerse para *él;* este *él* sólo existía en su imaginación. "¡Qué lejos, qué lejos está todo eso!" — consideró repetidas veces. La alcoba representósele con todos los detalles: ¡cuántas cosas se había prometido allí, frente al espejo, admirando su naciente hermosura, y cuántas había soñado debajo del albo pabellón que cubría la coquetona camita! Ya era ella nobilísima princesa, que cansada de galanteos cortesanos buscaba en la sencillez de la vida campestre, triaca a su aburrimiento. Un pastor, sin conocerla, se enamora de ella, y por librarla de los desaforados apetitos de un señor

de la comarca, lo hiere y es condenado a muerte. En el momento de irse a cumplir la sentencia se presenta ella en su verdadero ser, rodeada de sus damas y caballeros, y arrancando al amante pastor esposas y cadenas, le brinda su blanca mano. Ora ignorada hija de un rey, que bizarro caballero saca de la mazmorra de un encantado palacio, donde la tenían presa celosos parientes, y cubriéndola de ricas telas, de oro y pedrería la presenta al egregio padre, quien la recibe con los brazos abiertos, y en recompensa de aquella generosa acción la entrega por esposa al gallardo mancebo, dándoles para que gobernasen a su antojo muchos castillos y tierras. "¡Qué lejos está todo eso!" — volvió a pensar. Las idealidades de la adolescencia pasaron también por su memoria; se vio tal cual era a los catorce años: alta, un tanto desgarbado el cuerpo, pero muy graciosa y expresiva la cabeza. Se creía entonces un ser extraordinario, no comprendido, y huía de las gentes para vivir sola con sus sueños y quimeras. Tenía el pecho lleno de aspiraciones y afanes nobles. Si pintaba creíase Murillo, Safo si escribía versos, y sólo con los seres excepcionales o con las amadas de los poetas gustaba de encontrarse semejanza. Le parecía sentir y pensar como ellas. En cierta ocasión, en una tertulia, representando el drama de Shakespeare, "Romeo y Julieta", se posesionó de tal modo de su papel, que hizo prorrumpir en gritos a las señoras, y al volver a la realidad fue tanta su pena en despojarse de las ropas y dejar de ser Julieta, que lloró amargamente. "¡Qué bien estaba yo allí! Sintiendo aquellas violentas emociones respiraba en la atmósfera que me convenía", — pensó ahora, no obstante de encontrar extravagante y casi risible su conducta.

El ruido de los carros, martillazos y exclamaciones de los vendedores, que a lo largo de la calle levantaban sus puestos como todos los domingos, llegó hasta ella, y durante algunos minutos la distrajeron; al volver a sus pensamientos se dijo: "¡Cuánto he soñado, Dios mío, pero qué amargo el despertar!... todo fue engaño y mentira: no hice otra cosa que forjarme ilusiones, corderas de cándido vellón que ha ido devorando el lobo de mi destino! Ya no debe esperar nada, nada, nada; pero ¿por qué, por qué?"... Y estuvo mucho rato haciéndose la misma pregunta y cavilando.

No encontraba de qué arrepentirse.

Luego de convenir en que sólo había amado lo que eleva y engrandece, recordó su falta sin poder considerarla como tal, aun cuando para demostrarse lo contrario adujera los más convincentes argumentos y hasta recordase los epítetos que sobre ella arrojaba la airada familia de Rafael. "Será inexplicable aberración de ideas, pero si aquéllo fue un pecado tan grande, ¿por qué no me dice nada la conciencia, por qué me siento tan tranquila?" — Y considerando injusta su suerte, un verdadero arranque de despecho y furor le contrajo los músculos de la cara. Poseída de las ideas que antaño la atormentaban, haciéndola creerse objeto del aborrecimiento de todos, sentía odio contra todos también. Acarició tremendas venganzas, y maldijo la existencia; pero de repente, pensando en que Ribero la abandonaba, pasó de un extremo a otro; sus músculos, tirantes por la ira, se aflojaron, y apoderóse de ella un grande decaimiento. ¡Ribero la abandonaba! Caíasele el mundo encima: ¿para qué luchar? El sentimiento de su impotencia la abatía, y un desconsuelo inmenso la hizo verse en un oscuro

rincón, olvidada de todos y consumida por los dolores. Contemplábase muy débil y macilenta, desposeída totalmente de su hermosura y naturales encantos; luego en el mísero lecho, devorada por la fiebre, agonizando, y por último rígida, el rostro del color de la cera, los labios entreabiertos y sin sangre, secos y hundidos los ojos: muerta... y las lágrimas empezaron a correr tibias y silenciosas.

Entretanto el ruido de la calle iba siendo mayor; los carros llegaban unos tras otros con sus rechinamientos de ejes, golpes de herraduras contra los adoquines y pesado rodar. En la acera, a la luz escasa de pequeños farolillos o medio a tientas, los conductores descargaban, y tranquilamente, después de tomar la *mañana* en el bodegón de la esquina, alejábanse dejando tras de sí efluvios de legumbres y frutas, de pescado húmedo aún, de carne recién cortada; husmo de tocino y aves, y toda suerte de olores, que iban embalsamando el ambiente. La animación aumentaba. El cacareo de las gallinas confundíase con el canto de los pájaros, y éste con el gruñido de los cerdos al ser pisados en su continuo trajín por los vendedores, cuyas bromas y palabrotas oíanse distintamente; y el mercachifle de juguetes, que acostumbraba a poner su puesto debajo de los balcones de Beba, por matar el tiempo hacía oir, como otras noches, en la flauta algunas muñeiras y jotas.

"Ahí el trabajo, la alegría, y yo aquí muriéndome de pena... todo acabó; y ¿qué espero, que me desprecie acaso?" — preguntóse, y recordando los remordimientos que parecían atormentar a su amante, continuó: "¡y estoy segura que eso llegaría a suceder! ¡Dios mío! su desprecio... ¡ah no, nunca! pri-

mero la muerte". — Y sus ojos se reanimaron con el brillo de una resolución extrema e irrevocable.

Temblando y con el mayor sigilo se levantó. Frente al espejo, al quitarse las horquillas y caerle sobre los hombros la soberbia mata de su pelo castaño, se le aflojaron las piernas y tuvo que apoyarse para no caer. Así estuvo un rato, oyendo la frívola música del mercachifle, que a ella se le antojaba triste y quejumbrosa. Bebiéndose las lágrimas empezó a peinarse. El verse pálida y enflaquecida aumentaba su dolor. "Pronto acabará todo y nadie se acordará de mí". — se dijo; y sin proponérselo, pensó en las finezas de Ramoncito y en la acendrada amistad que le había demostrado en toda ocasión. Exponiéndose a tener un serio disgusto con los Benavente pasó tres noches junto a ella, durmiendo mal para darle a su tiempo las medicinas, yendo a buscarlas él mismo a altas horas de la noche, y en conclusión, desviviéndose por servirla. "¡Pobre Ramoncito, él sí se acordaba de Beba!" — y asaltada por reminiscencias y vagos recuerdos de la conducta que con ella había observado su amigo, supuso que bien podía ser suyo y no hijo del delirio, el beso que creyó sentir una noche sobre la frente, y articuló: "¡Quizá, quizá!..." — llenándosele el pecho de gratitud hacia el fidelísimo amante.

Ya vestida, con los zapatos de charol en la mano para no hacer ruido, salióse de la alcoba y entró en la salita Luis XV. Al contemplar aquellos objetos queridos reavivóse su pena y la acometieron unos sollozos tan fuertes, que se vio en el caso de taparse la boca con el pañuelo a fin de no despertar a la criada. "¡Adiós amores del alma y soñadas venturas!" Y volvieron a desfilar por su imaginación, para hacerla

creerse doblemente mísera e infeliz, los amados recuerdos y los bienes que iba a perder: el pintoresco caserío del Embrión se le representó irguiéndose en la loma, rodeado del Cacique, cuyas costas tan bien conocía ella; la huerta en seguida, con sus verduras y colores alegres; luego el estudio de Ribero, y en él el famoso colmillo; la alcoba después, donde soñó tantas cosas... y por último, el paisaje todo, embellecido por plantaciones, grandes arboledas y quebradas cuchillas. "¡Adiós, adiós, adiós...!" Deshecha en llanto besó algunos muebles; frente al retrato de Ribero cayó de rodillas, y tambaleándose, como si estuviera ebria, abarcándolo todo con una última mirada abandonó la salita, saliendo luego a la calle.

Recién venía clareando. Al salir del tumulto de la feria la ciudad le pareció abandonada. Sólo algunos perros hambrientos, que hociqueaban en las basuras, o tal cual empedernido trasnochador, que haciendo eses volvía al hogar, transitaban por las calles. Esquivando encontrarse con estos últimos, caminaba todo lo a prisa que se lo permitían las piernas, sin oir otra cosa que el ruido de su corazón que parecía querérsele saltar del pecho, ni ver más que el cielo triste y brumoso, que como una tela de gasa se corría al fin de la espaciosa calle. En Río Negro dobló a la derecha, siguiendo luego a lo largo del recio murallón, junto al que se veían a poco trecho las casetas de baños. Los vastos almacenes del ferrocarril, repletos con los sencillos productos con que la fecunda campaña enriquece el comercio, se alzaban a la derecha dominados por los imponentes edificios de algunas fábricas de aspecto próspero, que lucían orgullosamente sus bonitos techos de zinc, monteras de pintados cristales y múltiples ventanas. Aunque

absorta en graves meditaciones, no pudo menos de respirar con fruición la brisa, cuya frescura le produjo mucho bien, y distraerse un momento mirando la locomotora que iba y venía arrastrando vagones, lo cual la hizo que pensase en la vida de trabajo que animaba aquellos sitios en las horas hábiles. Entonces la llegada de los *paquetes* de Buenos Aires, y el ir y venir de los botes y vaporcitos alegraban la bahía, tranquila ahora. Ya broncas, ya agudas pitadas hacían vibrar el aire, oíanse las voces de los *changadores* al poner el pie en tierra los viajeros, y las grúas funcionaban sin descanso en los muelles, hacia donde crecía el bullicio y animación reinantes en la Aduana y sus dependencias. Junto a la estación notábase la misma actividad. A la salida de los trenes afluían, preocupados con sus negocios, centenares de pasajeros de todas clases y cataduras; de los departamentos llegaban los vagones conduciendo inapreciables riquezas, brujuleaban adentro de las oficinas los empleados, y los peones en los depósitos, y continuamente salían carretillas y vehículos cargados con grandes bolsas de lana, fardos de cueros y otros productos que pronto circulaban, como la sangre en las venas, por las calles de la ciudad. "Si yo hubiera pertenecido al sexo fuerte, se dijo, a qué empresas, por difíciles que fueran, no habría dado feliz término, pero siendo mujer..." — reflexionó haciendo un gesto de desprecio que expresaba claramente: "¡Todo se lo lleva el diablo!"

Dando un suspiro prosiguió. Algunos edificios a medio concluir y terrenos sin poblar veíanse adelante; en uno de éstos pastaban dos vacas y una buena porción de ovejas. "Son mestizas de Lincoln", — observó sin poder sustraerse a sus hábitos de conocedora,

y el sencillo cuadro le trajo de nuevo a la mente el caserío del Embrión, pero sin adolorirla como antes, lo cual la hizo admirarse de su propia insensibilidad. Junto al último muelle de los dos que por allí entran en el mar, se detuvo. La puertecilla que le daba acceso estaba cerrada, pero como no era sólida, al primer empuje cedió. Pisando la lana, restos de un naufragio habido dos días antes, y que tendida a secar cubría el suelo, avanzó con paso vacilante. Una débil esperanza de ser feliz la hacía dudar; pero involuntariamente, como atraída por el abismo, siguió caminando hasta el extremo del muelle. Un hermoso panorama se descubría desde aquel sitio. Más allá de los talleres de Bella Vista alcanzábase a ver algunas casas de bonito aspecto, medio ocultas por espesas arboledas que dominaban la arenosa orilla, sobre la que, destrozados, enseñando el esqueleto de sus armaduras, yacían algunos buques y lanchones arrojados allí por los recios temporales del invierno. Al frente, en la bahía se balanceaban centenares de barcos, y tras de ellos, manchando el horizonte, erguíase la imponente mole del Cerro, cuajado de dispersas casitas que parecían escalar la cumbre. A la izquierda extendíase el apretado caserío de la población, que Beba miró con odio; allí estaban los Benavente, y allí, bajo las azuladas torres de la Catedral, le juró a Rafael fe eterna, ¡fe eterna! y se quedó pensando, mientras reconocía la iglesia de los Vascos, la torre sin concluir de San Francisco, el Balneario de modernísima arquitectura; e iba construyendo en su mente toda la ciudad.

Al contemplar aquellas grandezas mudas e indiferentes a la pena que la afligía, un sollozo se escapó de su pecho. Ni una chispita de aire: las nubes arri-

ba avanzaban lenta e impasiblemente, las casas abajo permanecían firmes en los cimientos. "¡Pobre de mí!" — se dijo, y tuvo una última lágrima para su juventud y hermosura. De las chimeneas de algunos vaporcitos elevábanse ya blanquísimas espirales de humo, y los vehículos empezaban a transitar a su espalda por la avenida.

Con angustia mortal se arrolló al cuerpo desde los hombros a los pies una gruesa cadena que había allí; y queriendo acabar como había vivido, con un rasgo que no desmintiera su carácter, envió con la punta de los dedos un beso a lo largo de la vía férrea, hacia el Embrión, otro a la ciudad, donde dormía el fiel Ramoncito, y el último al través del mar... y murmurando "¡Perdón, Dios mío!" — se arrojó al agua, para sentir al sumergirse un frío muy intenso y la impresión visual de muchas estrellitas blancas, rojas, verdes y amarillas que le rodaban por los ojos...

Al mismo tiempo, como ya se iba acercando la hora de que acudieran los compradores, el mercachifle dio de mano a la flauta, y poniéndose a arreglar su puesto, entonó por última vez:

Tanto bailé con el ama del cura.
Tanto bailé que me dio calentura,
Pin, pin, pin, pin, pin, pi, rin, pin;
Pin, pin, pin, pi, rin, pi, rin pon.

"Cabaña Reyles", Octubre 10 de 1894.

FIN

